

Josie Lloyd & Emlyn Rees



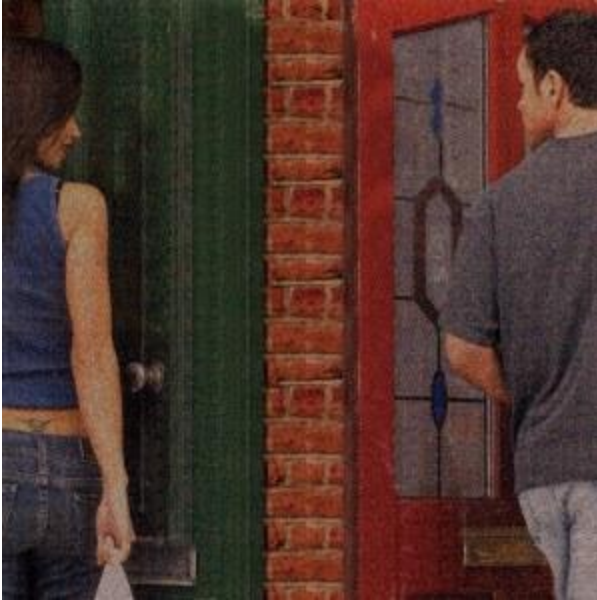
EL CHICO DE AL LADO

El chico de al lado

Sobrecubierta

None

OceanofPDF.com



Josie Lloyd & Emlyn Rees
EL CHICO DE AL LADO

para nuestros papas, por las gafas de sol...

Nuestra gratitud a Vivienne, Jonny, Euan, Doug, Carol, Kate, Diana, Emma, Sarah, Gilí y Karen, de Curtis Brown; a Lynne, Andy, Thomas (¡te echaremos de menos!), Ron, Dave, Simón, Grainne, Mark, Glenn, Susan y Karen, de Random House; a Di por su apoyo; a Dawn Fozard por la palabra «drama»; a David y Gwenda y los Savage por las escapadas; a Gina Ford por el libro; y a Tallulah por aguantarnos.

ÍNDICE

1. Fred	4
2. Mickey.....	21
3. Fred	43
4. Mickey.....	62
5. Fred	82
6. Mickey.....	101
7. Fred	
120	
8. Mickey.....	138
RESEÑA BIBLIOGRÁFICA	
155	



1. Fred

—¡Acción! —grita Eddie desde fuera, y yo salgo a la soleada terraza por la puerta del salón. Pese a que estamos en el último piso de un edificio de cuatro plantas, no sopla ni pizca de viento. Recorro con la vista el ondulante paisaje urbano: sombreretes de chimenea, tejas y rascacielos. Reluciendo a lo lejos, el tráfico que serpentea calmoso por la mole elevada del Westway suena extrañamente amortiguado, como si lo observara desde detrás de una mampara gigante de metacrilato. Mi Londres: una ciudad donde puedes ser quien a ti te dé la gana, una ciudad donde a diario empiezan y terminan millares de vidas. Con cuidado de no mirar a Eddie (ya me ha dicho dos veces que no lo haga), me siento de cara al objetivo de la videocámara que sostiene.

—Hola —digo—, me llamo Fred Wilson y soy. .

—Corten.

Esta vez sí lo miro. Como yo, Eddie está instalado en una butaca de jardín de plástico blanco y va desnudo de cintura para arriba. Una delgada franja de sombra proyectada por un cable de teléfonos le rodea el bíceps del brazo izquierdo como un tatuaje. Eddie es unos años más joven que yo y su piel brilla por la crema solar de factor alto (no quiere ponerse moreno; pegaría mal con su cazadora de cuero negro).

Un murmullo de frustración me nace en la garganta y se traduce en un gruñido. Es el quinto corte que he tenido que aguantar en otros tantos minutos. Uno más, y temo hacer una locura.

—¿Y ahora qué pasa? —exploto, lamentando haber accedido a ayudarlo en este su primer (y por consiguiente bastante horrendo) proyecto para la escuela de cine. Eddie pone cara de desconcierto, procurando no reírse. Es una expresión que le he visto usar con chicas en los bares; de ese modo consigue derrumbar sus defensas y que lo miren con impotente adoración.

Los ojos de Eddie son azules, aunque su esplendor permanece casi siempre oculto detrás de unos párpados fruncidos. Esto se debe a su negativa a ponerse las gafas salvo para mirar la tele, y esto, a su vez, se debe a su convicción de que sin gafas resulta más atractivo.

«Sólo si a la chica le gustan bizcos y tirando a raros», le dije hace unos meses, una acusación que Eddie (bien pensado, no me sorprende) se apresuró a negar. Y estaba en su derecho. «Tranqui» y «tirado» son palabras que le cuadran muy bien. (Hasta Rebecca, mi prometida, lo ha reconocido.) Su vida amorosa es espectacularmente variada (sobre todo comparada con

la mía), lo cual ha hecho que me pregunte en más de una ocasión si mi falta de bizquera será la causa de esta vida tan estable que llevo.

—Perdona —dice al fin—. Es que. .

—¿Es que qué? —lo corto, mientras este nuevo Lou Reed se aparta de la cara unos mechones oscuros—. No, no —continúo sin darle tiempo a hablar—. A ver si lo adivino. Son mis uñas, ¿verdad? —Las examino de cerca—. ¿Demasiado largas? —aventuro—. ¿Demasiado sucias, quizá? —Eddie niega con la cabeza ambas posibilidades—. ¿Demasiado uñas para ser uñas? —sugiero.

Eddie esboza una sonrisa sesgada.

—A tus uñas no les pasa nada.

—Entonces, ¿qué? ¿Es mi manera de andar? ¿La postura? ¿La sonrisa? ¿La forma de cruzar las piernas? —Veo que arruga la frente—. Vamos, Scorsese —bufo, retrepándome en la silla—, dímelo a la cara. Sabré encajarlo.

Él suspira.

—Se te ve muy estirado. Como.. como si estuvieras actuando. Y no se trata de eso. Su crítica no me sorprende: odio que me examinen demasiado, me pasa desde que era un adolescente.

—Ya te advertí que no valía para esto —digo, encogiéndome de hombros.

—No, si no es que.. no valgas. Sólo que. . —Se queda sin palabras—. Verás, es que eso de

«Hola, me llamo Fred Wilson y soy. .» suena medio mal.

—¿Por qué?

—Porque la gente no habla así.

—¿Qué gente?

—La gente como nosotros.

—¿Como nosotros?

—Sí, hombre. La gente real, la gente de la calle.

—Pero si estamos en una azotea —observo.

—Hablabas metafóricamente.

—Ya.

—Procura no hacerlo como si estuvieras leyendo noticias en la tele y más como eres tú en realidad —me aconseja—. Menos ampuloso, más fluido, ¿entiendes? Tienes que relajarte. Sólo es un corto para la escuela, nada más. Nadie va a verlo, aparte de mi grupo de trabajo.

—¿Que me relaje? Para ti es fácil decirlo. Tú fuiste a la escuela de interpretación.

—Y mi representante no me llama desde hace seis meses —me recuerda. Y a mi vez yo me recuerdo que por eso trabaja de noche en un club de King's Road llamado Nitrogene, y por eso sacar algo positivo de este cursillo de cine significa tanto para él, y por eso precisamente accedí a ayudarlo.

—Está bien —digo—. Probaré otra vez.

Murmura algo sobre ajustar la mezcla de audio de la video-cámara, y yo vuelvo al salón y espero a que me avise apoyado contra la pared, junto a la puerta. Unos visillos verde lima cubren las dos ventanas de guillotina que dan a la calle. A mi derecha, estantes para libros desde el suelo de parquet hasta el techo enyesado. Además de libros, hay muchos CDs y revistas. Entre las dos estanterías están el televisor de pantalla grande, el vídeo, el DVD, los aparatos de la televisión por cable y por satélite, así como los últimos juguetes de Sony, Microsoft, Nintendo y Sega. Entre un lío de cables se ven videojuegos, dentro y fuera de sus cajas. El mobiliario, por lo demás escaso, es básicamente funcional. Hay una pequeña mesa y sillas de pino junto a la cocina, y en medio de la sala, un sofá de tres plazas ladeado adrede hacia el televisor.

A Rebecca no le gusta el piso. Su aire de provisionalidad le molesta.

—Dime dónde vives y te diré quién eres —comentó una vez con cierto misterio, dejándome a dos velas sobre si se refería a que yo olía un poco a moho y me iría bien un toque de aspirador, o simplemente a que vivía en una zona de la ciudad menos que salubre. Como no quería arrostrar ninguna de las dos posibilidades, hice lo que suelo hacer cuando discutimos y veo que puedo salir mal parado: quedarme callado.

El piso 3 del número 9 de St. Thomas's Gardens es la única propiedad que he tenido jamás. Llevo cuatro años viviendo aquí y, de no ser por Rebecca, no me importaría seguir cuarenta más. Es lo bastante grande para dos (Eddie y yo), pero demasiado pequeño para tres (Eddie, Rebecca y yo). No sé por qué nunca me he esforzado en decorarlo un poco, tal vez me

basta con poder llamarlo mi casa, sin darle importancia a su aspecto general. Me mudé unos meses antes de empezar a salir con Rebecca, y hasta hace muy poco ella ha tolerado este piso de la misma manera que uno toleraría a los amigos más pelmas de su pareja. En otras palabras, es lo que hay, pero tarde o temprano habrá que dejarlo por el bien de nuestra relación.

Sigo durmiendo solo en el piso un par de noches a la semana (el resto lo paso en la mucho más coqueta vivienda que Rebecca tiene en Maida Vale). Este pacto es un remanente de la primera época de nuestra relación, una pauta que yo no he llegado a cuestionar, y que, hasta hace muy poco, Rebecca no había considerado oportuno impugnar. A decir verdad, creo que al principio nos iba bien a los dos, ya que disponíamos de tiempo y espacio propios hasta que decidiéramos nuestro estatus de pareja. Una situación que, naturalmente, terminó al hacerse oficial nuestro compromiso. Desde entonces, quién duerme en qué sitio y por qué ha sido tema constante de conversación. Y yo me encuentro practicando casi continuas acciones de retaguardia para defenderme de las repetidas ofensivas de Rebecca, que quiere convencerme de que venda mi casa y me traslade a la suya. Sin embargo, y a pesar de lo inevitable, una parte de mí todavía pone reparos a la idea de fundir nuestros dos universos. Me digo que este piso no será gran cosa, pero es mío y me costó

mucho trabajo conseguirlo. Es mi zona de seguridad, y de independencia también. Rebecca no lo ve así. Ella lo ve como un activo, un medio (sumado a la venta de su propio piso) para un futuro mejor juntos. Está decidida, y si alguna cosa he aprendido en estos últimos años, es que cuando Rebecca quiere algo, por lo general lo logra.

Me miro un momento en el espejo de la pared. Mis ojos son grises y mi pelo, que llevo muy corto, castaño oscuro. Que tenga mala pinta no es de extrañar. Me he levantado tempranísimo (hoy era mi primer día libre en varios meses) para llevar a Rebecca al aeropuerto de Heathrow.

—¡Acción! —grita Eddie otra vez.

Salgo a la terraza y ocupo mi asiento.

—Hola, qué tal —digo a la cámara, no menos tímido que antes—, me llamo Fred Wilson y. . y aquí el amigo Eddie quiere que hable un poco de mí, lo cual es una auténtica novedad. Bien.. pues allá voy.

Sólo que no voy a ninguna parte. De repente empiezo a dudar, ponderando mis cimientos existenciales. La introspección (explicar los cómo y los porqués de quién soy y lo que me ha hecho ser así) no es mi especialidad. Se me da mal mirarme el ombligo, me van más los horizontes. Yo siempre prefiero el futuro al pasado.

Mi mirada se posa en mis rodillas y aparto una avispa que se pasea por allí.

—Soy director de marketing de *news as it breaks.com* —digo, con una ancha sonrisa de marketing y un poco de acento americano por añadidura, y acto seguido suelto el rollo (bastante soso, por cierto) que acompañaba nuestro último anuncio de televisión—. Habrán oído hablar de nosotros. Si no, les conviene hacerlo. Somos un equipo online que trabaja veinticuatro horas diarias, siete días a la semana, para llevar a su casa, o a donde se encuentren, las últimas noticias, junto con otros muchos servicios de la mayor calidad. —

Sonrío y tomo aire antes de concluir—: No volverán a leer un periódico en su vida, se lo aseguro.

Mi sonrisa se desvanece. Me inclino y cojo el Times de hoy, que había dejado antes debajo del asiento. Lo despliego y miro a la cámara con aire conspirativo.

—Esa última frase era mentira, claro. Pero lo demás es bastante cierto, para ser un anuncio. Y mi trabajo tampoco mola tanto como parece —reconozco—. Los horarios pueden ser demenciales, y siempre dependemos de inversores norteamericanos que en cualquier momento pueden echarse atrás.. Pero no está mal, la verdad. No es como para dar saltos de

alegría ni para escribir a casa contando tus triunfos, pero es un empleo, qué caramba. De hecho, es bastante mejor que eso, pero no quiero alardear delante de Eddie, cuya carrera parece haber topado literalmente con una pared de ladrillo. Para ser francos, yo disfruto con lo que me da de comer. Bueno, claro está, ni los productos ni los servicios que ofrecemos son perfectos, pero por eso es un reto trabajar allí: para mejorar, para hacer que pasen cosas. Y ése es ni más ni menos mi cometido: expandir el mercado al sector juvenil mediante el acceso a juegos online y compras a través de nuestra página web, aparte de las noticias y asuntos de actualidad que nos salen ya bastante bien. Dejo el periódico en mi regazo.

—Estooo, ¿qué más? —dudo, tamborileando distraídamente sobre el diario mientras pienso algo que decir.

Segundos más tarde, todavía en blanco, le lanzo una mirada de auxilio a Eddie, que forma con la boca la palabra «Rebecca».

—Ah, sí —digo, sonrojándome ante tamaño descuido—. Rebecca. Es la chica con la que voy a casarme dentro de un mes. A propósito, Eddie será mi padrino. Ahora está en Oslo, Rebecca, en viaje de negocios. También trabaja en marketing. . una empresa de publicidad para revistas.. así fue como nos conocimos... y. . es maravillosa.. mi mejor amiga y, bueno, mi

media naranja.. ¿Media naranja? Santo Dios, qué cursilada.. ¿Eddie? — Noto las mejillas al rojo—. Eddie, ¿podemos cortar eso?

No me hace caso.

—Muchas gracias, tío —mascullo—. Bueno, ¿por dónde iba? El trabajo.. Rebecca.. cursiladas.. ¿qué más?

—Corten.

—¿Ahora qué pasa? —pregunto, al ver que levanta el dedo del botoncito rojo de grabar—. Creía que estaba saliendo muy bien.

Pero ahora Eddie sonrío.

—No está mal —dice con frialdad, y oprime otro botoncito que desliza una pantalla sobre el objetivo de la videocámara—, pero tengo que ir a mear. —Deja el aparato en el suelo y se pone en pie—. Vuelvo enseguida.

Lo veo entrar en el salón, y el umbral en sombras se lo traga en un santiamén. Me reclino en la silla y cierro los ojos para que el sol no me deslumbre. Rebecca..

Rebecca proviene de una familia muy estable, muy afectuosa y muy segura, es decir, todo lo contrario que yo. Para ella es lo más normal del mundo, por supuesto, pero a mí me atrae con una mezcla de envidia y deseo.

Thorn House, la casa de campo de sus padres, está en la cumbre de una colina chata que mira al pequeño pueblo de Shotbury, en Oxfordshire. Es una enorme mansión de estilo georgiano, con ocho dormitorios, pista de tenis de tierra batida y unas caballerizas rehabilitadas. Aparte de todo eso tiene veinte hectáreas de terreno, la mayoría de las cuales arrienda un granjero de la localidad para que pasten sus vacas, pero hay una parte ocupada por los diversos jardines vallados que rodean el edificio principal. No hace mucho estuve en el mayor de esos jardines. Es una zona llana de una hectárea, rodeada por altos muros de piedra gris, y en aquella ocasión el aire olía mucho a lavan-da. Desde donde yo me encontraba (en la parte de atrás, tumbado sobre las frescas losas del sendero) podía ver manzanos y ciruelos, habichuelas, el centelleo de los cristales del invernadero y, cosa no muy habitual en esa época del año, los pechitos desnudos de Rebecca (que estaba a horcajadas encima de mí), pálidos al sol de la tarde y moviéndose arriba y abajo.

—Dios, cuántas ganas tenía —dijo ella, apartándose el flequillo de la cara con una mano—

. Creía que la comida no iba a acabar nunca.

—Dímelo a mí —musité.

—¿Has visto? —preguntó, empezando a brincar—. El vicario no dejaba de mirarme el escote. Incluso —añadió, moviéndose cada vez más rápido— cuando ha comenzado a tararear los primeros compases de Jerusalem. Me-ha-pues-to-su-per-ca-chon-da —gruñó.

—Pero si tiene casi setenta años —dije, imaginándome a aquel viejo afable de pelo gris mordisqueando galletas y sorbiendo té.

—No-me-re-fe-rí-a-a-que-me-pu-sie-ra-ca-chon-da-él-si-no-a-la-i-de-a-de-fo-llar-con-uncu-ra. —Ah, entiendo —mentí. De pronto, Rebecca aflojó el ritmo y se inclinó hasta quedar a unos centímetros de mi cara. Recibí en los labios unas gotas de sudor de su frente.

—Oye, si te compro un alzacuello de cura, te lo pondrías para darme ese gusto, ¿no?

—Pues claro —contesté, deseoso de no desbaratar sus impulsos. Una sonrisa la iluminó, acentuando un momento sus pómulos. Sumada al brillo esmeralda de sus ojos, confería a su cara ovalada toda su felinidad, lo que me dejaba extrañamente a su merced.

—Lo sabía —dijo.

Cerró los ojos y yo continué debajo de ella, viendo cómo disfrutaba. No quiero decir con eso que yo no disfrutase. Por supuesto que sí. Pero dejando a un lado por ahora mi placer personal, así era (y todavía es) como yo veía a Rebecca cuando hacíamos el amor: pasándoselo en grande.. ella. Yo no estaba invitado (ni se requería mi presencia) a ese lugar donde sus ojos cerrados parecían transportarla.

Tardé bastante en comprenderlo. Las primeras veces que nos acostamos (ahora lo veo, ingenuamente), suponía que era yo el catalizador, fuese por puro magnetismo animal o por una afortunada combinación de feromonas, del insaciable apetito sexual de Rebecca y los subsiguientes placeres amorosos. Hasta varios meses después no me di cuenta de que yo jugaba un papel bastante superfluo en ese proceso. Era un simple testigo de sus fantasías, un accesorio de su libido, un ayuda de cámara, pero nada más fundamental que eso.

—Oh, Dios —gimió de repente—. Creo.. que. . voy. . a. .

Pero no pudo terminar, porque una voz masculina y estentórea gritó su nombre desde el otro lado del huerto.

—¡Hostia! —gruñó con los dientes apretados, separándose enseguida de mí—. Papá. Un minuto después estábamos pacíficamente sentados, y

vestidos, en un banco de hierro forjado, justo cuando su padre apareció.

George Dickenson es un hombre delgado, mide al menos un metro ochenta y siete y tiene un porte juvenil, erguido, y una mandíbula grande y cuadrada. Siempre se ha portado bien conmigo, desde que nos presentaron. Me trata como a un hijo, sabiendo que soy huérfano, y yo, a mi vez, siempre procuro mostrarle el respeto que todo padre merece.

—Ah —dijo, pasando un brazo por los hombros de su hija y estrechándola—, estabais aquí. Os he buscado por todas partes.

Rebecca tiró de unos hilos que colgaban de su camisa a rayas de manga corta. Al igual que George, es delgada y bien proporcionada, y mide un metro setenta y tres, es decir, unos centímetros menos que yo.

—Le estaba enseñando los huertos a Fred. Están preciosos en esta época del año.

—¿Habéis ido ya al estanque? —me preguntó George.

—Aún no.

—Lo he llenado de truchas desde la última vez que viniste. —Levantó la vista al cielo con ojos expertos y se pasó la mano para alisarse el pelo ralo—. Todavía hay mucha luz —

dictaminó, sonriéndonos, primero a su hija y después a mí—. Mike les da de comer a las seis y media. Podemos acercarnos a echar un vistazo, si queréis.

—De acuerdo —acepté.

George miró a Rebecca y le preguntó:

—¿Qué dices?

—Peces —respondió ella con una mueca—. Qué asco. No, gracias, iré a darme una ducha.

—Como quieras. —La besó en la frente y echamos a andar por el sendero. Un murete de piedra separaba el estanque del campo de tenis y, siguiendo el ejemplo de George, me senté en él. Observamos juntos cómo Mike, un cuarentón del pueblo que ayuda a George en la finca, lanzaba puñados de comida al amplio estanque circular. Al instante asomaron truchas asalmonadas y la superficie del agua hirvió como un cazo al fuego. George acababa de explicarme que él y su hermana Julia (que se había partido el cuello a los dieciséis años al caer de un caballo) siempre iban a ese lugar a refrescarse en verano cuando eran pequeños.

—La infancia es algo mágico —dijo—. Todo lo que uno aprende de la vida empieza ahí. Es como si te dieran una hoja en blanco y te dijeren que

puedes dibujar lo que te plazca. Todo depende de uno. —Me miró—. Tú y Becky. . Dime, ¿habéis pensado en tener hijos?

—¿Hijos en plural? —respondí en broma—. ¿No deberíamos comenzar por uno solo?

—Claro, tienes razón —concedió de buen talante, sacándose del bolsillo de la camisa un puro y un encendedor—. No es asunto mío. —Pero siguió mirándome mientras encendía el puro. —No hemos hablado de eso —dije, en consideración a su mirada inquisitiva—. La verdad es que hemos estado muy ocupados desde que nos conocimos, entre el trabajo y ahora la boda. Asintió, pero supe que no se daba por satisfecho.

—Todavía somos jóvenes —añadí tímidamente, viendo lo importante que era para él.

—Sí —dijo, dando unas caladas con aire pensativo—, y tenéis todo un futuro común que construir. ¿Qué prisa hay?

Nos quedamos un rato callados y yo dirigí la vista más allá de los árboles que había entre el estanque y la casa.

—Estaba pensando —dijo George— en montar un entoldado en el jardín, para el día de la boda, si el tiempo acompaña.

—Sería estupendo.

Mike echó un último puñado al estanque y dijo:

—Hasta mañana, George.

—De acuerdo, Mike —respondió, y se volvió hacia mí—. Seis semanas. No es mucho. Será

un gran día, ¿eh? Nuestra Becky, convertida en la señora Wilson. Incluso después de tantos años, el apellido Wilson seguía sonándose como notas de un piano desafinado.

—Sí —dije, imaginándome bajo el entoldado, bailando con Rebecca—. Soy un hombre con suerte.

—Y yo también. No podría haber encontrado mejor marido para mi hija. Moví la cabeza agradeciendo su comentario, y George apartó la vista.

—Deberíamos volver —dijo, mirando su reloj.

Me levanté después que él y miré hacia la casa. Los jardines estaban en plena floración y unas golondrinas revoloteaban alrededor de las chimeneas. El sol estaba bajo y el suelo empezaba a cubrirse de sombras. Era un momento ideal e hice un esfuerzo consciente por congelarlo en mi memoria, conservándolo para la posteridad, temeroso, como me ocurre

siempre que algo me parece demasiado bonito, de que pudiera durar poco y que a partir de ahí

todo comenzara a ir cuesta abajo.

Oí suspirar a George.

—Espero que Becky y tú seáis tan felices aquí como lo somos ahora Mary y yo —dijo, echando a andar—. Estoy muy orgulloso, ¿sabes?, muy orgulloso de vosotros dos, y muy contento también.

Lo seguí sin decir nada, aspirando el aroma de su cigarro y escuchando el sonido de los zapatos en el sendero de grava. Tal vez George tenía razón y algún día Rebecca y yo ocuparíamos los puestos dejados por Mary y él. Me dije que, tal vez, yo encontraría allí la paz. Eso fue hace dos semanas. Ahora (en esta azotea, mientras espero a que vuelva Eddie) es la una de un viernes por la tarde de mediados de junio del célebre año 2000, tanto si te interesa como si no el proclamado milenio.

Yo no me creía nada de toda esa propaganda. Reconozco que, en parte, se debía a mi aversión a la comercialización de cualquier tipo de aniversario; una psicosis que procede principalmente del hecho de estar rodeado de esas cosas en mi trabajo. Pero, sobre todo, mi falta de afición al rollo milenarista puede achacarse a un terror innato al hecho en sí. No me refiero a lo de emborracharse y ver cómo la pirotecnia ilumina el recién remozado horizonte urbano de Londres, no. Yo estuve allí, fui uno más de los dos millones de sardinas que se apretujaban en la estrecha lata de las riberas del Támesis gritando a voz en cuello. Me mojé con la lluvia igual que casi todo el mundo. Comí sobaco e intercambié transpiraciones. Lo hice y disfruté todos los segundos del evento, no me lo habría perdido por nada del mundo. Cuando digo que le tenía pánico al hecho en sí, me refiero sólo a eso, al momento exacto en que el siglo XX pasó inexorablemente a ser historia.

Desde el otro lado del río vi cómo el Big Ben, cual arbitro de combate de boxeo, le hacía la cuenta atrás al viejo milenio entre los vítores de la multitud y presentaba al nuevo. Y fue entonces, sólo entonces (al verlo con mis propios ojos y oírlo con mis propios oídos), cuando acepté por fin la horrorosa verdad: el futuro, mi futuro (esa parte de mi vida que hasta el momento me había parecido siempre muy lejana), había llegado de repente.

—Te quiero, cariño —me dijo Rebecca.

—Y yo a ti —respondí.

La estreché medio ebrio, besando su cara mojada por la lluvia, y levanté la vista hacia la miríada de fuegos artificiales que estallaban en la negrura de tinta de la noche inglesa. Pero dentro de mí todo seguía oscuro. Noté el dedo de la muerte hurgando en los tendones de mi corazón con sus uñas melladas.

Me repetía para mis adentros que eso no era posible. El año 2000 no podía haber llegado ya, ¿eh? Pero, allá donde miraba, la respuesta era «sí». En las pequeñísimas, apenas perceptibles, arrugas que Rebecca tenía en el rabillo de los ojos cuando me decía que ése era el cuarto año que veíamos nacer juntos: sí. En su melenita corta que yo aún consideraba nueva pese a que, me di cuenta entonces, hacía dos años que se había cortado sus antiguos rizos: sí. En el contacto familiar de sus manos en las mías, nuestros dedos perfectamente entrelazados, como si hubieran crecido juntos igual que enredaderas: sí. Y allí, en la diminuta foto Kodak Instamatic que Eddie me enseñó: la piel de mi cara un poco más gris de lo que yo recordaba, la frente un poco más ancha debido a la paulatina retirada del cabello, y en el aspecto del cigarrillo en mis labios, menos James Dean de lo que yo habría deseado. Sí, sí y otra vez sí. Fue entonces cuando, con el corazón en un puño, Rebecca, Eddie, el resto de la pandilla y yo nos dirigimos lentamente a casa por el puente de Westminster. «Dos mil años de civilización

—pensé—, ¿y qué he aportado yo de importante al mundo?» ¿Había inventado la rueda? No.

¿Había formulado la teoría de la relatividad? Tampoco. ¿Había tenido la idea de una World Wide Web? Ni por éstas. Entonces ¿cuál había sido mi aportación? ¿Qué había conseguido yo?

¿Un empleo que se me daba muy bien? Sí, en eso había sido afortunado. ¿Una mujer de la que me había enamorado y a quien amaba todavía? Sí, ahí también me había sonreído la suerte. Pero en todo eso no había nada seguro. Podían despedirme. Rebecca podía darme calabazas. Yo bebía más de la cuenta y fumaba demasiado y por tanto era susceptible de morirme. En ese mismo instante, mis vasos sanguíneos podían estar dilatándose, formando bolsas.. Podía estar a un paso de un aneurisma. Y si ése tenía que ser mi destino, ¿quién se acordaría de mí después? ¿Qué epitafio convendría a mi tumba? ¿«Aquí yace Fred Wilson, que nunca hizo gran cosa»? ¿Qué más se podía escribir? Yo no era religioso. Ni político. No había engendrado hijos. Heme aquí, envejeciendo a marchas forzadas, acercándome a la muerte con cada inspiración de aire, ¿y qué esfuerzos había hecho para dejar impronta?

La respuesta era: ninguno. Nada en absoluto. Había ganduleado. Había ganado tiempo. Había dejado la vida para más adelante.

Pues bien, ya era hora de hacer algo al respecto. Había que tomar decisiones de Año Nuevo. Sólo que aquél no era un Año Nuevo cualquiera y las decisiones no serían corrientes. Serían propias del Nuevo Milenio, pensadas para que duraran mil años más y capaces de cambiar el rumbo de una vida (la mía) para siempre.

El tabaco fue lo primero. Di una postrera calada al Marlboro Light que estaba fumando y de un capirotazo lo mandé por los aires como una rueda catalina en miniatura, despidiendo chispas y destellos. Luego saqué la cajetilla, la estrujé y me aparté unos pasos de Rebecca y los demás. Con dificultad logré salir de la melé humana, salté una valla policial que no estaba vigilada y caí en un yermo a oscuras junto a la orilla.

El ruido de la multitud disminuyó al instante, y, sin dejar de andar, lancé el paquete de tabaco a las revueltas aguas negras del Támesis. Allí de pie, frente al austero telón de fondo del Parlamento, juré solemnemente no volver a fumar. No quería pasar otra bronquitis como la del noviembre anterior, que me dejó la garganta de la anchura de un limpiador de pipas. Ya me había fumado bastantes años de mi futuro.

—¿Qué haces? —Era la voz de Rebecca.

Giré en redondo y vi que me miraba desde la valla. Llevaba el cuello de la chaqueta subido, y el gorro de esquiar le tapaba hasta las cejas. No me di tiempo a pensar. Era el momento de pasar a la acción. Si el tabaco había sido mi primera decisión, Rebecca sería la segunda.

—¡Ven! —le grité.

Arrugó la cara en un gesto de asco.

—Eso está muy sucio.

Me acerqué a la valla, le tendí los brazos y dije:

—Lánzate. Yo te agarro. No pasa nada.

—Pero ¿por qué? —preguntó, mirándome con recelo.

—Porque sí.

—Porque sí ¿qué?

—Porque tengo que decirte algo y quiero hacerlo en privado.

Se inclinó, ebria, hacia la izquierda.

—¿No puedes esperar a que lleguemos a casa? Me estoy helando.

—No. Confía en mí. Valdrá la pena. Ya lo verás.

Entornó los ojos.

—Más te vale —aceptó sin sonreír, y luego, de mala gana, se subió a la valla y se dejó caer en mis brazos.

La deposité suavemente en el suelo.

—No te muevas —le dije, retrocediendo un par de pasos.

Sus ojos escudraron las cercanías en busca de algún peligro.

—Date prisa. Este lugar me pone nerviosa.

—Lo que quiero saber es.. —Pero mi voz se perdió como la radio de un coche dentro de un túnel. Abrí la boca para continuar, pero nada, era como si me hubiera quedado sin saliva, y mi lengua estaba tan áspera y silenciosa como la de un gato.

Rebecca me miró como miraría a un borracho desplomado ante la puerta de su tienda de ropa favorita.

—Si se trata de una broma.. —me advirtió. Negué con la cabeza, pero seguía sin poder articular palabra. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Por qué me había quedado seco? ¿Era yo?

Había tomado una decisión, ¿no? Eso era lo que deseaba, ¿verdad? Rebecca era mi novia desde hacía cuatro años. Era muy guapa e inteligente. Nos reíamos mucho juntos y el sexo iba de maravilla. Y yo la quería. Claro que sí.

¿Era por pensar en una familia propia, en abandonar por fin la debilitante sombra de mis padres? No, yo buscaba la seguridad ante todo. ¿O es que me daba miedo que Rebecca pudiera decir que no? ¿Por eso la lengua se me había declarado en rebeldía? Ése era un tema sobre el que había meditado anteriormente, por supuesto. Dios sabía que yo no era perfecto, y si lo sabía Dios, entonces dudaba de que Rebecca le fuera a la zaga. Pero si rechazaba mi proposición... Yo no podría hacer nada, y no tenía ningún sentido renunciar a preguntárselo. Me agaché e hiqué las rodillas en el suelo.

Rebecca me miró a través de la penumbra urbana.

—Oye, no irás a vomitar, ¿verdad?

Aturdido, negué con la cabeza y vi que ella suspiraba aliviada. Di unas palmadas al suelo instándola a acercarse.

—¿Qué? —inquirió, ladeando la cabeza mientras se quitaba una pizca de suciedad de los pantalones—. No esperarás que me agaché ahí contigo, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

Se cruzó de brazos.

—Vas listo. Estás borracho. Haz el favor de levantarte, antes de que te muerda una rata. Inspiré hondo.

—Por favor —acerté a decir—. Vamos.. hazlo... por mí.

—Debo de estar loca —gruñó, hurgando en su bolso y sacando un ejemplar arrollado del Time Out. Se inclinó para extenderlo delante de mí y dijo—: Más vale que sea por algo bueno.

—Y se arrodilló encima.

—Lo es —repose entre dientes y tomando sus manos en las mías. Creo que nunca había visto una chica tan guapa en mi vida—. Creo que nunca he visto una chica tan guapa en mi vida

—le dije, al borde de las lágrimas.

—¿Ya está? ¿Era eso? —preguntó, sin disimular su decepción—. ¿Es todo lo que querías decirme?

Negando solemnemente con la cabeza, inspiré hondo y dije con la voz rota:

—Quiero.. —Bajé las manos hasta sus muslos, tomé aire de nuevo y balbucí—: A ti, Rebecca. Te quiero a ti..

Me miró, cada vez más incrédula, y luego observó mis manos en sus muslos.

—¿Aquí mismo? ¿Ahora?

—Sí —resollé—. Aquí mismo. Ahora mismo. —Santo cielo, era lo más gordo que había dicho en toda mi vida.

Esperé angustiado su respuesta y, bueno, algo en mi expresión debió de conmoverla, porque de repente su rostro se ablandó.

—No sé —dijo, con un brillo en los ojos—, es que.. con tanta gente cerca..

—¿Cómo?

—. .y los policías montados en esos sementales negros.. podrían sorprendernos en cualquier momento.

—¿Cómo dices?

Pero no me escuchaba.

—Sin contar con que puedan mandarnos a la comisaría o la cárcel.. —Puso los ojos en blanco—. Hum. . esposados y todo..

Sin entender nada, vi cómo se mordía el labio reflexionando.

—Está bien —dijo al fin—. Tú ganas.

—¿Está bien? —repetí para asegurarme. No era la reacción claramente positiva o negativa que yo esperaba a mi declaración.

—Pero tendrá que ser rápido —añadió.

—¿Rápido? —Yo le estaba planteando un futuro en común.

Entonces se incorporó.

—Suerte que no llevo bragas —dijo guiñándome el ojo, antes de mirar alrededor, nerviosa y excitada—. ¿Dónde me pongo? —susurró—. ¿Junto a la valla? ¿O prefieres ahí, en ese amarre? —Entonces, al ver mi cara, me reprendió—: No me digas que ahora vas a echarte atrás..

Ahí me di cuenta de lo que pasaba y, rápidamente, hice que se agachara de nuevo.

—No —balbuceé—, no lo has entendido. Yo.. yo no te quiero. . Noté que se ponía tensa.

—Pero..

—No, claro que sí, pero es más que eso.. Me refiero a que te quiero. . —expliqué—. Es decir, ahora.. para siempre.. —Dudé, desesperado—. ¿Entiendes?

—Pensaba que.. —Acercó su cara a la mía y me miró de hito en hito, comenzando por fin a comprender mis palabras—. ¿No estarás diciendo que.. ?

—Sí —susurré—. Eso mismo. Quiero que te cases conmigo. —¡Por fin! Lo había soltado. La miré fijamente y esperé a ver qué respondía.

Guardó silencio unos instantes y me miró boquiabierta, sin más. Luego, despacio pero con firmeza, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¡Dios mío! —exclamó, mirando alrededor y empezando a reír—. Pensaba que querías..

—Su voz subió varias notas—. ¡Oh, Dios mío! —chilló, echándome los brazos al cuello. Me apretó con tal fuerza que pensé que me partía las costillas—. Pues claro que quiero, Fred. —

Suspiró, exhalando su cálido aliento sobre mi mejilla—. Naturalmente que me caso contigo. Ahora, al abrir los ojos, lo primero que veo es el paquete de Marlboro de Eddie en el alféizar, al lado de su silla vacía. Una punzada de envidia me corroe mientras, allá arriba, el sol continúa apretando. Es la marca que yo fumaba cuando empecé de adolescente, y hoy, en este día perfecto, recuerdo otros días perfectos de mi juventud, horas perdidas charlando y fumando en el bosque cercano al pueblo donde crecí, ajeno al paso del tiempo.

—Bueno —me dice Eddie, volviendo a la azotea. Se sienta, agarra la cámara y apunta hacia mí. La tapa del objetivo se desliza silenciosamente—. Háblame un poco de ti, y luego lo dejamos.

—¿De qué, por ejemplo? —pregunto, confiando en que la cosa sea breve.

—No sé. —Lo medita un poco—. De tu familia. Háblame de ella.

Por supuesto, él ya conoce la historia, pero la repito por el bien del proyecto.

—Mi padre murió —digo—. Y mi madre vive en Escocia.

Eddie me hace señas con la mano, indicando, supongo, que con eso no basta.

—Mamá no ha vuelto a casarse, pero tiene novio.

Me imagino a Alan, el maestro de cincuenta y cinco años con el que vive actualmente. Es

bastante simpático, aunque un poco reservado, pero de hecho no lo conozco bien. Tiene hijos mayores.

Pienso en mi madre y en cómo nos fuimos separando a partir de la muerte de papá, y cómo esa pérdida, en lugar de acercarnos, nos alejó cada vez más. Y pienso en lo mucho que me alegré cuando ella se lió con Alan, porque así dejaba de ser exclusiva responsabilidad mía.

—No la veo tanto como debiera. Uno se hace mayor y se va distanciando, ya sabes. Eddie no dice nada; le consta que mi madre apenas me llama.

—Yo creo que es feliz —concluyo—, y eso es lo que importa.

Eddie parece seguir esperando más, de modo que, un poco remiso, continúo:

—Mi padre murió de un ataque de corazón cuando yo tenía quince años. Otra señal de Eddie. Me encojo de hombros y sigo:

—Procuró no pensar en él. Es mejor así.

No tengo intención de decir nada más, pero de repente me acuerdo de cuando mi padre se sentaba en el borde de mi cama y me cantaba para que me durmiese.

—Antes deseaba que volviera —reconozco—. Sí, deseaba.. —Busco las palabras mirando al cielo, luego bajo la vista—. Deseaba que dejara de estar muerto, algo así. Ya sé que suena muy raro, pero bueno, lo que quiero decir es que tenía muchas preguntas que hacerle, sobre él, y claro, él ya no estaba allí para responder y un día me di cuenta de que nunca obtendría las

respuestas. Imagino que a todo el mundo le pasa —añado, pensando que ojalá no hubiera tocado el tema, decidido acortar por lo sano—. Siempre hay tristezas de algún tipo.. Silencio durante un par de segundos. Eddie apaga la cámara y la deposita sobre sus piernas.

—Gracias —dice—, tengo material suficiente para continuar. —Se inclina hacia delante y me mira—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Tu cara. Estás un poco colorado. Creo que te ha dado demasiado el sol. Me toco la frente con la yema de los dedos y me los miro: brillantes de sudor.

—Estoy bien —digo, acertando a sonreír—. Un poco deshidratado, nada más. En la cocina me bebo dos vasos de agua del grifo, pero el calor que me brota de dentro sigue sin remitir. Lleno otra vez el vaso, voy a mi cuarto y cierro la puerta. Me tumbo en la cama y miro el techo, deseando que hubiera un ventilador.

Cierro los ojos y trato de dormir. No puedo. Los recuerdos se agolpan en mi cabeza. Demasiado cansado para desecharlos, sucumbo a ellos y empiezo a ver escenas de mi infancia y adolescencia que parpadean como una película muda. Primero es toda una cadena de hechos y escenas: mis amigos y yo jugando a la hora de comer, las lupas que utilizábamos para escribir nuestros nombres en la suela de los zapatos en verano, y las bolas de nieve que nos tirábamos unos a otros en invierno. Luego vienen otros días, anteriores a éstos, días en los que no había vuelto a pensar en mucho tiempo.

El nombre de pila de mi padre era Miles, y no recuerdo haberlo llamado nunca de otra manera. De pequeño, Miles era una fuente inagotable de misterios para mí. Medía un metro ochenta y dos, mi estatura actual, y tenía los ojos pequeños y muy hundidos, como los de un lobo. Aparte de eso, su aspecto era muy cambiante. Bigotes, barbas y patillas iban y venían caprichosamente. Las perneras de los pantalones se ensanchaban o se estrechaban. Una semana iba de lunares y la siguiente de rayas. Y a mí se me antojaba, a medida que me hacía mayor, que siempre que creía llegar a conocerlo, de repente se convertía en otra persona. La única constante eran sus ausencias. Trabajaba en el West End londinense, a veces

durante semanas seguidas sin interrupción (o eso me parecía a mí), tal como sucedía desde que mi madre me tuvo. Soy hijo único.

Louisa, mi madre, solía contarme la anécdota de que mi padre fue a darme un beso de buenas noches el día que cumplí siete años. Yo lo recuerdo casi todo con detalle. Me descubrió

en mi armario, hecho un ovillo bajo una pila de jerséis y con una expresión de pánico absoluto. Miles vestía una chaqueta azul cielo y una camisa rosa subido con solapas puntiagudas que le llegaban más abajo de las clavículas. Le faltaba uno de los botones nacarados, y por la abertura le asomaba un vello rizado.

Cuando me preguntó qué hacía y por qué lo apuntaba con una pistola (siguiendo el ejemplo del enorme cinturón de cowboy con hebillas de latón que él llevaba puesto), le disparé

entre ceja y ceja. El dardo de caucho negro quedó temblando sobre el puente de su nariz, y Miles lo miró bizqueando mientras yo me escurría entre sus piernas y huía de la habitación. Hasta diez minutos más tarde, cuando los gritos preocupados de mi madre lograron sacarme una cauta respuesta desde mi nuevo escondite cerca de la lavadora y las fregonas en el cuarto de la caldera, no tuve plena conciencia del origen de mi temor. Recuerdo sus afables ojos castaños mientras yo hablaba.

El Miles que había ido a darme las buenas noches (en voz baja) no era mi padre. El Miles que había ido a darme las buenas noches no podía ser mi padre, porque mi padre (el verdadero Miles) no se habría saltado mi fiesta de cumpleaños.

Por lo tanto, había una única explicación posible: el Miles que estaba en casa era un impostor que se había cargado al verdadero y ahora pensaba hacer lo mismo conmigo. Le aconsejé a mi madre que llamara a la policía o que se escondiera junto a mí y cerrara la puerta con sigilo.

Media hora después, consentí por fin en hablar con el falso Miles. Me senté a la mesa redonda de la cocina donde comíamos. La lluvia golpeteaba suavemente en las ventanas. Era noche cerrada y la única luz en la cocina provenía de una lámpara metálica con pantalla de dibujos de dragones chinos, en la mesita contigua a la puerta. Mamá estaba apoyada en la encimera y Miles, sentado delante de mí a la mesa.

—Si eres el Miles de verdad —dije, según la versión de mi madre—, ¿cuántos años tengo?

Él se rebulló impaciente en el taburete giratorio, que crujió bajo su peso. Sorbió un poco de café y me miró por encima del tazón con ojos inyectados en sangre.

—Siete —respondió.

Su voz sonó desagradable, impostada. Dejó el tazón, y sus dedos produjeron un ruido como si descorriera una tira de velero al rascarse la barba de tres días.

—Ayer tenías seis. Y hoy ya tienes siete.

Lo medité un momento, y probé otra táctica para desenmascararlo.

—¿Cuál es la contraseña? —le pregunté.

Achicó los ojos y las cejas se le juntaron sobre la nariz.

—¿Qué contraseña? —inquirió, pasándose la mano por la nariz con un ruido molesto. Apunté con la pistola directamente al punto rojo que tenía en la cara, donde le había disparado antes.

—Si fueras el Miles auténtico —dije con un tonillo de advertencia—, lo sabrías.

—Ah —repuso, asintiendo con la cabeza—, quieres decir esa contraseña. —Tamborileó

en la mesa con sus uñas desaparejas. Ahogando un bostezo, me miró impasible. Entonces sus ojos brillaron—. ¿Por qué quieres que te diga cuál es? ¿Es que no la recuerdas?

—Claro que sí.

—Demuéstralo —me retó, cruzándose de brazos.

Abrí la boca para hablar, pero no lo hice. No iba a pillarme tan fácilmente.

—No.

Se inclinó hacia delante y su frente se arrugó.

—¿Por qué no?

Yo también fruncí el entrecejo.

—Porque es un secreto. Ahí está la gracia.

Miles me apuntó con un dedo.

—Pero si no me dices cuál es, ¿cómo sé yo que tú eres el verdadero Fred?

—Porque yo si lo soy —balbuceé, con la pistola temblando en mi mano—. ¿Quién voy a ser si no?

—Que yo sepa, podrías ser un impostor..

—¡No! —exclamé—. Eso no es justo. El impostor eres tú. —Amartillé el arma y rechiné

los dientes—. Y si no me dices la contraseña, voy a..

Rápidamente Miles sonrió, y su sonrisa encajó en mis recuerdos del verdadero Miles: alegre pero sesgada, desarmante y peligrosa.

—Sergeant Pepper —dijo.

Me quedé boquiabierto de asombro; había acertado.

Bajé la pistola y, luchando contra un infinito cansancio repentino, estiré las piernas bajo la mesa pasando los dedos de los pies por la gruesa moqueta color crema que parecía haber sido arrancada de un cordero gigante. Alargando un poco más el pie izquierdo y doblando los dedos hasta agarrarme a la lana, pregunté:

—¿Por qué no has estado en mi fiesta?

Miles miró a mi madre y luego otra vez a mí.

—Tenía que verme con unas personas importantes.

Levanté la vista. No pude evitarlo.

—¿Gente del Gobierno?

Miles miró de nuevo a mi madre, se cubrió la boca para que sólo yo pudiera verlo y susurró:

—Sí.

Mamá murmuró algo en voz baja, se acercó a la vitrina de la cristalería y cogió un cigarrillo de la pitillera que guardaba dentro.

—¿De qué habéis hablado? —pregunté, levantando las rodillas hasta el mentón. Miles bajó la cabeza con aire conspiratorio hasta sólo unos centímetros de la mesa.

—¿Puedo confiar en ti? Es que se trata de algo muy secreto..

Asentí muy serio con la cabeza.

—Pues claro...

Miró nervioso alrededor, como si aparte de mi madre pudiera haber alguien más escuchando. Luego, aparentemente satisfecho, se llevó el índice a los labios y me dijo:

—Han visto al capitán Carnage en Londres.

Giré en redondo y miré hacia los rincones oscuros de la cocina. El capitán Carnage era el hombre más perverso del mundo, capaz de matar de miedo a alguien con una sola mirada. Como agente especial supersecreto del Gobierno, Miles era su peor enemigo. Era el único no espía del mundo que conocía la existencia del capitán Carnage. Miles pestañeó varias veces y su expresión se suavizó.

—Mira, Fred —dijo, estirando el brazo para tomarme la mano sobre la mesa—, siento no haber estado en tu fiesta.

Di un respingo, asustado por una rama de árbol surgida de pronto en la oscuridad del otro lado de la ventana.

—¿Y si el capitán Carnage te ha seguido hasta aquí? ¿Y si entra mientras estamos durmiendo?

Miles me tomó en brazos y dijo:

—Mientras estemos metidos en la cama, no pasará nada.

—¿Y eso por qué? —pregunté mientras me llevaba hacia la escalera.

—Porque cuando dormimos —respondió, empezando a subir y haciendo caso omiso del rechinar de mis dedos sobre el pasamanos—, cerramos los ojos y no vemos nada. Y ese nada incluye a los malos. Y los malos no pueden asustarnos si no podemos verlos. Pues con el capitán Carnage, igual. Mientras tengas los ojos cerrados, no puede hacerte ningún daño.

—Pero ¿y si te atrapa a ti, y luego va y me despierta? Entonces ¿qué?

—Entonces usamos esto —dijo Miles, sacándose unas gafas de sol del bolsillo de la camisa—. Son propiedad del Estado —me explicó—. Cien por cien a prueba de Carnage. Nada malo puede pasarte cuando las llevas puestas.

Abracé a Miles y cerré los ojos. Lo quería. Lo quería con toda mi alma y sabía que lo que estaba diciendo era verdad.

La infancia de Miles no había sido tan desahogada como la mía. A los quince años dejó de asistir a un colegio de Warminster tras escaparse de casa de su familia (a la que no llegué a conocer). La madre de Miles había muerto al dar a luz y el padre era tendero, un veterano de la Armada aficionado a la bebida que solía castigar a su hijo a puñetazos por el crimen que había cometido sin saberlo al venir a este mundo.

Cuando Miles aún vivía y yo tuve edad suficiente para escuchar, nunca trató de ocultarme la verdad sobre su adolescencia.

Se consideraba un aventurero, un espíritu corsario que había surcado los mares de la vida trazando sus propias reglas sobre la marcha. Estaba orgulloso de haber llegado tan lejos; y si por el camino había quebrantado alguna ley, era culpa de las leyes mismas, no suya. Cuando conoció a mi madre a finales de los años sesenta, vivía en una casa destartalada a las afueras de Oxford y se había hecho un huequecito en el mercado, suministrando hachís de la mejor calidad a la comunidad estudiantil.

Frederick, el padre de mamá, era un próspero abogado que vivía cerca de Aberdeen. Al igual que mi abuela, era presbiteriano estricto. Murió de un

cáncer de colon cuando yo tenía once años, y era un hombre afable y generoso que no soportaba estar en la misma habitación con Miles. Mi abuela vive todavía, pero padece el mal de Alzheimer. Mamá vive en el mismo pueblecito escocés y cuida de ella.

Cuando conoció a Miles, mamá estudiaba Historia en la Universidad de Oxford. En los dos años que llevaba fuera de casa había ligado con más tipos curiosos de los que había encontrado a lo largo de su protegida adolescencia. Cambió cristianismo por espiritualidad, con el aditamento de los ideales hippies (años después daría vuelta atrás de la manera más radical). En Miles, un chico a todas luces poco recomendable, vio un antídoto a lo que entonces consideraba su agobiante y aburrida juventud. Él, a su vez, vio a una chica muy guapa y consiguió que perdiera la cabeza.

No le costó mucho convencerla de que dejara Oxford sin pasar los exámenes finales, pero fue una decisión que lo enemistaría con mis abuelos hasta el fin de su vida. Armados con el dinero de Miles, su alijo y sus balanzas, recorrieron el país de punta a punta entre pisos *okupados*, campamentos y festivales de música. Fue un viaje de autodescubrimiento que ambos confiaban en que duraría siempre. Pero llegó febrero de 1969, y el mismo mes en que unos científicos de Cambridge lograban fertilizar un óvulo humano en una probeta, Miles consiguió

hacer lo propio en el útero de mi madre.

El embarazo acabó de inmediato con la temeridad juvenil de mamá. De repente se transformó en una mujer responsable.

Seis meses después se casaban en un registro civil de Aberdeen. (Los padres de mamá se

negaron a asistir, pese a que una de las razones de que ella quisiese casarse era la esperanza de una reconciliación familiar.) Yo nací unos meses más tarde en el hospital de Charing Cross. Pesé tres kilos y seiscientos gramos y salí con los ojos azules que luego se volverían grises. Mamá dice ahora que el momento en que redescubrió su fe en Jesucristo fue precisamente al dar a luz.

Anticipando mi llegada, Miles y ella alquilaron un piso miserable en Islington. Mamá

había insistido, además, en que Miles buscara un empleo, y eso hizo él, trabajando de barman en un local de moda en Soho. Sin embargo, no desaprovechó la oportunidad de sacarse un sobresueldo con sus trapicheos, y fue allí donde entró en contacto con gente dedicada también al tráfico de

poca monta y que, con el tiempo, se convertirían en sus socios. Por lo visto, mi madre nunca tuvo nada que ver con ese mundo. Decidió ponerse una venda en los ojos y, pensando en su recién nacido, se empeñó en que se mudaran fuera de Londres. Por alguna razón, mi padre accedió y compraron una casa en Rushton, un pequeño pueblo de Hertfordshire donde yo pasaría casi quince años de mi vida. Miles, mientras tanto, seguía trabajando en Soho y un tiempo después, mediada la década de los setenta, montó un club nocturno llamado Clan. En aquel entonces el trayecto entre el pueblo y la ciudad era largo, y paulatinamente mi madre y yo empezamos a verle muy poco el pelo. Rushton está situado en un valle a poca distancia en coche del Safan Park Woburn, el zoo de Whipsnade y el canal Grand Union, y hace más de diez años que no voy por allí. No tiene una calle mayor propiamente dicha, aunque la carretera de Hemel Hempstead lo atraviesa de punta a punta, paralela al brioso curso del río Elo, al que cruza en el extremo norte del pueblo. Un chico mayor que yo me dijo un día que debajo del puente vivía un trasgo de afilados dientes, y durante años yo solía cruzarlo a la carrera cuando volvía de Cubs, temeroso de que el trasgo pudiera arrastrarme a las húmedas profundidades y devorarme. Hay unas setenta casas en todo el pueblo, la mayoría de ellas construidas en los años cincuenta y situadas en la colina que hay al oeste del río. El lado este está dominado por casas más antiguas, varios chalets y una austera iglesia gótica. La lápida más antigua que llegué a ver en su cementerio, oscurecida por una maraña de zarzas, era de 1568. Pertenecía a un hombre llamado David Jeremiah Johnson, que durante semanas enteras envenenó mis pesadillas. Contiguo a la iglesia hay un pub que lleva por nombre Duck & Swan. Mamá solía frecuentarlo al principio, pero más adelante, cuando yo casi tenía diez años y su relación con Miles empezaba a desintegrarse, se decantó por el otro edificio, a cuyos cimientos se fue agarrando cada vez más en un esfuerzo por no pensar en su propio mundo, que comenzaba a desmoronarse de manera inexorable.

Detrás de la iglesia y el pub se encuentra el Memorial Hall, construido en honor de los jóvenes de Rushton y las granjas fronterizas que sacrificaron su vida por el rey y la patria durante la Primera Guerra Mundial. Un poco más lejos está el pequeño campo de golf, el Gordon Arms y la Rushton Primary, la escuela primaria donde aprendí los colores del arco iris, así como a leer, escribir, sumar y restar.

Por la colina que hay al oeste del Elo pasa lo que llaman la Avenida, una calle larga y empinada, flanqueada por unos robles imponentes cuya robustez es aterradora. Un día, de chaval, me lancé cuesta abajo en un kart para sortear los veintidós robles del lado izquierdo de la Avenida como en un eslalon gigante. Conseguí ir zigzagueando hasta el veintiuno, pero luego perdí el equilibrio y di contra el último árbol. Choqué estrepitosamente con su nudosa corteza y me hice una brecha de casi ocho centímetros en el codo. El kart quedó desparramado como yesca por la cuneta, y yo todavía conservo la cicatriz.

Vivíamos en Orchard View, una casa situada en lo alto de la Avenida, en una bocacalle llamada Hill Drive. La casa databa de 1947, el mismo año en que nació Miles (cosa que a mí de

niño me fascinaba), y debía su nombre a un huerto de manzanos que en tiempos hubo allí. La casa, al igual que su propietario, estaba sometida a cambios constantes. Recuerdo que las tejas variaban según la estación, lo mismo que las paredes, que podían estar encaladas o pintadas de amarillo y azul, y luego otra vez de blanco. Anexos y cobertizos surgían y desaparecían en función de los coches nuevos y las modas arquitectónicas. Dentro de la casa, lo mismo. Papeles pintados y electrodomésticos se renovaban a veces casi mensualmente. Lo único que en mi memoria permanece inalterable son los muebles de anticuario que tanto gustaban a mamá.

Cuando yo era pequeño, Miles encargó que arreglaran el desván para que fuese mi habitación. La primera noche que dormí allí lo hice en la cama de abajo de la litera, protegido por sábanas con estampado de soldados y una colcha morada de chenilla que en verano se utilizaba como tienda de campaña india. Mis juguetes se guardaban en un armario profundo preparado a tal efecto, y en el techo había pegatinas luminosas de estrellas y planetas. La noche real entraba por dos ventanas. Desde una se veía el patio de atrás y, más allá, la casa del árbol de Mickey, la vecina de al lado. Mickey tenía la misma edad que yo y era mi mejor amiga. Algunos días, muy temprano y si hacía sol, oteaba entre las ramas más altas tratando de ver el Jesucristo que Mickey había pintado y que le había merecido un premio en el colegio. La otra ventana de mi cuarto daba justo a la habitación de Mickey, a una distancia de dos metros escasos.

En verano, Mickey y yo solíamos dejar las ventanas abiertas por la noche para conversar en voz baja, o tirarnos aviones de papel de un lado al

otro. En otras ocasiones intentábamos meternos miedo mutuamente: la cosa consistía en birlar trozos de caña de bambú del huerto que el padre de Mickey tenía al final de la avenida, unirlos con unas gomas y lanzarlos a la ventana del otro en mitad de la noche.

Una vez, durante las vacaciones de Navidad, cuando teníamos quince años y sin que Mickey me viera, observé cómo se desnudaba. Cuando se quitó el sostén y empezó a cepillarse el pelo delante del espejo, supe que entre ella y yo nada volvería a ser igual. Por la parte de atrás, nuestros jardines daban a un arroyo ancho y poco profundo que descendía colina abajo hasta el río Elo. Los campos y el bosque que había al otro lado pertenecían a Jimmy Dughead, un granjero gruñón que fumaba cigarrillos liados a mano y ataba ratas y cuervos muertos a su cercado de alambre de espino. Todos los niños del pueblo le teníamos pánico, sobre todo por la historia que contaba Tommy Wilmot, un chico varios años mayor que Mickey y yo. Según la leyenda, Dughead había pillado una vez a Tommy poniendo trampas para conejos en su bosque. En vez de entregarlo a la policía, Dughead le apuntó con su escopeta del calibre 12 directamente al pecho y le dijo que le daba veinte segundos de ventaja, y que luego le enseñaría una lección sobre cazar bichos que no olvidaría jamás. Tras una carrera donde el pavor dio alas a sus piernas, Tommy consiguió

escapar sin que el trasero le quedara marcado de por vida. No había vuelto a poner el pie en las tierras de Jimmy Dughead, y decía que sólo un loco se atrevería a hacerlo. Yo estaba con Tommy Wilmot en eso, pero Mickey opinaba distinto. Ella no temía a nadie, ni siquiera a Jimmy Dughead. Decidió que las tierras de Dughead, precisamente porque todos (incluido su hermano mayor, Scott) tenían miedo de entrar en ellas, eran el sitio más seguro para esconder algo. Y Mickey y yo teníamos algo que esconder: un tesoro. Así fue como yo, a mis nueve años, y Mickey, recién cumplidos los diez, nos colamos hasta la mitad del campo que había detrás de nuestras casas y enterramos allí una vieja caja de bombones, de aquellas de lata, sirviéndonos de cuatro árboles lejanos para recordar el emplazamiento exacto del escondite. Nuestro plan era dejar la lata allí hasta el día de Halloween. Pero, como otros muchos de nuestros planes, ése tuvo un fallo.

Dos semanas después de haber enterrado el tesoro, Jimmy Dughead llevó su célebre toro

negro a ese campo. Con más de seiscientos kilos, *Hércules* era un monstruo de ojos penetrantes capaz de atravesar el cercado al galope en cuestión de segundos. Estaba siempre en la parte donde habíamos ocultado nuestro tesoro y odiaba a los niños más que su amo. Mickey y yo intentamos nada menos que ocho veces recuperar lo que era nuestro, pero no hubo forma de distraer o engañar al toro, como si el bicho presintiera que así nos fastidiaba. La misma tarde de Halloween a Mickey se le ocurrió un nuevo plan para rescatar el botín. Dijo que esa vez seguro que funcionaba. Aquél iba a ser el gran día, el día en que le daríamos su merecido a Dughead y su maldito toro.

A la postre, también acabó siendo el día en que Mickey Maloney me salvó la vida.

Estoy sentado en el borde de la cama, indolente y desorientado, como cuando te quedas dormido en una playa. Me paso la mano por la nuca y la encuentro empapada de sudor. Me levanto, cruzo la habitación y me asomo a la ventana, rezando para que sople un poco de brisa, pero lo único que respiro son emanaciones de tubo de escape.

Suspiro, enfadado conmigo mismo. No me gusta pensar en Miles ni en las cosas de entonces. No quiero echarlo de menos. No puedo pasar por eso otra vez. Lograr que mi mente esté libre de esos recuerdos es un hábito que me costó mucho adquirir. La idea fue de mamá, lo de no pensar en él, como también lo fue mudarnos a Escocia, cambiar de apellido y empezar de cero. Autoprotección: supongo que se trataba de eso. En cualquier caso, no había nada que comentar al respecto. Sucedió así. Fue la vida, el destino. Un día me acosté siendo Fred Roper, hijo de Miles Roper, y a la mañana siguiente me había convertido en Fred Wilson (el apellido de soltera de mi madre), hijo de Louisa Wilson.

La verdad sobre Miles se desvaneció también aquella noche, y él fue reemplazado por una versión nueva y aséptica. Miles se convirtió en un hombre corriente que había muerto de un infarto normal y corriente. A esa historia me ceñí yo a partir de entonces, y es la que Eddie, Rebecca y su familia han aceptado sin ponerla en duda. Ni mi madre ni yo hablamos nunca con nadie de lo que le pasó en realidad a Miles, del mismo modo que ya no hablamos de quién era en realidad.

Y en cuanto a aquel muchacho de quince años llamado Fred Roper que se crió en Rushton.. pues bien, simplemente dejó de existir.

Oigo un rumor de truenos en la distancia y al levantar la vista veo pasar un jumbo que deja una estela blanca en el cielo azul grisáceo. Luego miro hacia abajo, a la calle; hay un atasco importante, me llegan bocinazos y gritos airados. Desde luego, no le desearía a nadie estar metido dentro de un coche en un día bochornoso y sofocante como éste.



2. Mickey

Joe odia que llegue tarde. También odia mi manera de conducir.

—Tendríamos que comprarnos un cuatro por cuatro —murmura ceñudo cuando subimos al bordillo.

—¿Y para qué? —replico, volviendo a la calzada con un estrépito de chasis y colándome en un huequecito entre el lento tráfico—. Esto no es el campo, cariño. Joe se hunde en el desgarrado asiento del copiloto de mi cochambrosa furgoneta blanca y no dice nada, pero no hay que olvidar que él considera la bici de montaña algo absolutamente indispensable para vivir en el Londres actual. Yo seré un bicho raro, pero hace tiempo que no veo ninguna montaña en nuestro distrito, el NW10.

Miro al cielo por mi ventanilla. ¡Uf, qué calor! Es uno de esos días excepcionales en que Londres adquiere visos mediterráneos y todo el mundo se da de bofetadas por no haber instalado aire acondicionado y se pasa el día fantaseando sobre unas vacaciones en la costa. Las toberas de la furgo despiden un aire caliente y polvoriento que se pega a la fina película de sudor que perla mi frente. Cojo una lata tibia de Coca-Cola *light* del salpicadero y bebo un trago. Se la ofrezco a Joe, que me lanza una mirada asesina. Tiene la piel pálida y tersa, el pelo oscuro, y una peca sobre el pómulo izquierdo que hace que parezca guapo, casi bello.

—Alegra esa cara —digo con un suspiro—, no creo que dure mucho. Joe se cruza de brazos y mira la cola interminable de coches que tenemos delante. Yo estiro el brazo para tocarle el pelo, pero desde que se lo cortó al dos se ha vuelto muy melindroso, y se aparta.

—Siempre dices lo mismo. Pero estamos atascados.

Empiezan las noticias y muevo el dial en busca de algo un poco más animado. Por lo general me atengo al principio de que uno siempre se entera si ocurre alguna cosa grave. Entretanto, procuro evitar el anestésico aturdimiento que producen los noticiarios anodinos no escuchando las noticias cada media hora. Cosa nada fácil, en realidad. En todas las cadenas los últimos titulares te abofetean como números atrasados de una revista del

corazón leídos en una cinta sin fin. Si no es la estrella pop que acaba de ponerle a su bebé el nombre más ridículo posible, o el político corrupto al que han diagnosticado cáncer de próstata, son sueltos sobre los prolegómenos del apocalipsis en distintas partes del planeta, correctamente servidos con un fondo de hip hop. «Miles de muertos en un terremoto. Centenares de víctimas en un atentado terrorista. El calentamiento de la Tierra fuera de control.» Sigo moviendo el dial hasta que sintonizo mi emisora de country favorita y empiezo a tamborilear con los dedos en el volante al compás de la guitarra de Hank Williams.

Delante de nosotros, entre el espejismo creado por los capós recalentados y el humo de motores al ralentí, aparecen dos limpiaparabrisas humanos. Caminan despacio entre los vehículos, blandiendo chorreantes artilugios de goma y trapos mugrientos como si de armas se tratara mientras intimidan a sus cautivos espectadores. De repente, sé que vienen hacia nosotros.

Llegan a mi furgo justo cuando el colapso circulatorio empieza a despejar. Niego con un gesto y formo con la boca las palabras «No, gracias» detrás del parabrisas, pero he cometido el grave error de establecer contacto visual. El chaval, no tendrá aún veinte años, lleva un pañuelo

sucio anudado a la frente. Se inclina y estampa el limpiador enjabonado en el cristal. Acciono la rígida manivela de mi puerta y la ventanilla del conductor desciende dos centímetros; cambio de táctica, asomándome al hueco para que me oiga.

—Lo siento —digo con cara de disculpa—. No llevo dinero.

Haciendo caso omiso de mi educada negativa, el tipo me levanta los limpiaparabrisas y pasa su goma por el cristal, dejando una franja líquida de un desagradable marrón. Acto seguido tiende la palma de la mano. Joe rebusca entre envoltorios de caramelo y horquillas de pelo en la bandeja que hay entre la palanca de cambio y el ventilador. Le pongo la mano en el brazo.

—No —digo, pero el tipo ya ha visto que Joe acaba de encontrar la moneda de una libra que guardo para el parquímetro.

—No tenemos nada más.

—Es demasiado —le susurro.

Tenemos que avanzar y se me acaba el tiempo. Los dos tipos se ciernen amenazadores desde el exterior, casi babeando ante la reluciente pieza de oro que atesoramos. Le cojo la moneda a Joe y se la paso rápidamente al

tipo por la ventanilla. Es un viejo truco: debía de tener otra moneda en la mano porque se pone a gritar, devolviéndome muy indignado un penique, fingiendo que es lo que yo le he dado. Presa del pánico, subo rápidamente el cristal y por poco le pillo los dedos. El chaval chilla y escupe con violencia sobre el parabrisas.

—¡Déjala en paz! —le grita Joe, cabreado, inclinándose en el asiento para mirar con furia al tipo, que nos amenaza con el puño cuando por fin nos ponemos en marcha. Presiono varias veces el limpiaparabrisas y un chorlito de agua salpica el cristal. El escupitajo queda diluido en una mancha delgada hasta que desaparece por completo, pero no así su efecto. Joe se vuelve sobre el asiento, yo le toco el hombro y digo:

—Déjalo, cariño. Da igual.

—Pero ¿por qué ha hecho eso? —Está muy enfadado. Le acaricio la mejilla, orgullosa de él por apoyarme—. Le has dado una libra.

—Ya lo sé —respondo, mirando su dulce cara mientras pienso cómo explicarle a un niño de nueve años que el mundo puede ser muy cruel y desagradable—. Sólo están probando —

digo, en plan apaciguador. Miro por el retrovisor lateral y veo que los dos tipos están buscando nuevas víctimas. Me noto el pulso acelerado y sólo quiero alejarme lo más rápido posible.

—Pero ¿por qué?

—Supongo que porque son pobres —contesto, tratando de aparentar calma—. La gente hace cosas raras para conseguir dinero.

Joe guarda silencio mientras yo tuerzo al llegar al cruce y paso sobre las bandas sonoras del atajo que conduce a nuestra calle.

—Venga. Vamos a meter la compra —digo, sonriendo para animarlo un poco. Estoy muy orgullosa de mi floristería. Pedí que la pintaran de color lila, y el rótulo «Las Flores de Mickey» en letras plateadas y blancas sobre el escaparate ha quedado muy bien. Destaca mucho entre los otros comercios: la tienda de muebles de segunda mano de la esquina y la anticuada fachada en rojo y gris de la inmobiliaria James Peters, contigua a la floristería. Veo a Kevin, el engominado gerente de la agencia, hablando por teléfono, y lo saludo con la mano, pero no hace caso. Parece que se está derritiendo en su traje a rayas y se afloja el gran nudo de su corbata mientras sigue charla que te charla.

Fue Kevin quien gestionó la compra de la floristería, y creo que no ha superado aún el hecho de que yo consiguiera una rebaja sustancial en el

precio. Se lo ha tomado como un desaire por mi parte, sobre todo teniendo en cuenta que fue él quien nos mostró la zona cuando llegamos a este barrio.

—Si se mira bien —dijo, dando una calada a su cigarrillo mientras Joe y yo patinábamos en los asientos de imitación piel de su coche—, Londres es, ¿verdad?, como una serie de pueblos, todos juntos. Y esto, ¿verdad? —gritó entre el follón de camiones mientras lanzaba la colilla de un capirotazo a un trozo de terreno (el parque)—, no es una excepción. Si quiere vida de pueblo, la tendrá. Esos presumidos del centro de la ciudad están viniendo a docenas.. —Se volvió para mirarme, lanzó un silbido impresionado y me dijo—: Entre usted y yo, querida, esto es un auténtico boom.

Naturalmente, Kevin estaba diciendo chorradas, y así se lo manifesté sin poder evitarlo, razón por la cual ahora finge que no me ve. No fue antipatía por mi parte, sino que, según mi experiencia, «vida de pueblo» no incluía a millares de desconocidos apretujados en un montón de casas victorianas reformadas y bloques de hormigón, siempre con miedo a los ladrones, los vándalos o, para el caso, los chismorreos de los vecinos. Como tampoco incluía carriles para autobús, cámaras de vigilancia o zonas de aparcamiento para residentes. Si este sitio fuera remotamente «pueblerino», Joe podría dejar su bici frente a la tienda sin que se la robaran a los cinco minutos y yo podría dejar el coche en marcha mientras voy al cajero automático. También podría descargar la compra con tranquilidad.

Pero no, conecto las luces de emergencia y dejo a Joe montando guardia junto a la furgo. Lisa abre la puerta de la tienda, y el anticuado timbre que he instalado suena cuando ella pisa el felpudo. Un coche pasa tocando el claxon, y Joe y yo miramos inmediatamente a Lisa, pero ella no se entera. Tiene veintitrés años y es a todas luces una «tía buena», sólo que nunca se le ocurriría pensar que sus largas y torneadas piernas, su melena de apretados rizos o su tersa piel olivácea pueden interesar a nadie.

—El tráfico estaba espantoso —gruño, mientras jadeo bajo el peso de las bolsas.

—Deja que te eche una mano —dice Lisa—. Tienes que tomarte un respiro, Mickey. Acabarás agotada.

Lisa es mi salvavidas. A veces me parece un regalo divino, pues llegó como un ángel cuando inauguré la tienda y desde entonces trabaja para mí. También le alquilo una habitación en el piso que tenemos encima de la tienda, y sin ella no podría llegar a fin de mes ni apañármelas con Joe, a

quien cuida cuando he de ausentarme. Pero para ser alguien con tan buen corazón, tiene una increíble capacidad para preocuparse por todo. Lo que la pone de los nervios son las cosas intangibles de la vida. Está muy bien cuando se trata de elaborar el ramo más extravagante que hayas visto jamás y preparar todos los pedidos de la semana, cosa que hace con los ojos cerrados. Pero es capaz de comerse las uñas hasta la raíz, inquieta por un buen karma o por cómo combinar de la mejor manera los aceites esenciales de su baño. Le tomo el pelo cuando le dan esos ataques de equilibrio ying-yang, pero siempre me sale el tiro por la culata porque cuando se le acaban los motivos de preocupación, entonces se preocupa por mi persona.

—Tienes que descansar un poco, en serio —repite mirándome mientras subo de dos en dos la escalera del piso con la compra.

—Así ahorro en gimnasio —digo, sin resuello, cuando vuelvo abajar—. ¿Alguna novedad?—pregunto, pasando por alto su expresión atribulada.

—Hemos tenido nuestra primera defunción —responde, ahuecando los manojos de claveles del Japón que hay en el cubo, junto a la puerta—. Marge ha tomado el pedido. Miro detrás de Lisa y veo a Marge, mi otra ayudante, derrumbada en el taburete al lado del mostrador del fondo. Se lame el dedo gordo y el índice y pasa una página de un periódico sensacionalista, absorta como siempre en su lectura. Delante de ella hay un paquete de galletas de chocolate a medio consumir.

—Fantástico. ¿Para cuándo?

—El martes. Han encargado todo lo encargable para el funeral. Marge los ha convencido.

—Lo dice en tono crítico, claro que Lisa sería capaz de hacer cualquier cosa gratis, si de ella dependiera.

—Estupendo. Con eso tendremos al banco a raya al menos una semana. Lisa arruga la frente al oír mis palabras.

—No te preocupes —la tranquilizo—. Le haremos una despedida de gala al pobre muerto. Joe se saca un yoyó del bolsillo y se pone a jugar con aire desconsolado, arrastrando los pies por la acera mientras vigila la furgo. Lleva bermudas y una camiseta holgada, y tiene pinta de estar esperando a crecer más. Me acerco a él.

—No digas nada raro —murmura.

—¡Oh! Entonces no merece la pena ir —replico en broma.

Me observa con cara de malicia.

—Oye —digo, más cariñosa—, recuerda que estoy de tu parte, ¿vale?

—Vale —contesta, antes de apartarme—. Vete, que llegarás tarde. Miro a Lisa y disimulo las ganas de reír.

Se supone que St. Luke es la mejor escuela primaria de la zona y que tuve suerte de encontrar plaza para Joe. Hay montones de mamás con peinados como montañas, que conducen enormes monovolúmenes con lustrosos capós como narices respingonas a través de barrios y más barrios para depositar a sus hijos en la doble franja amarilla que hay frente al colegio. Yo tardo sólo cinco minutos.

Cuando llego, encuentro el vestíbulo atestado de gente, y no sé si es el sol de la tarde que reverbera en la batería de ventanas del colegio o mi natural reacción al estar en un entorno escolar, pero de inmediato me entra sueño y tengo que resistir las ganas de esconderme detrás del primer cobertizo para bicis y fumarme un pitillo. Sin embargo, sonrío a la señora que reparte tazas de té en la cafetería y sostengo a la altura del pecho mi taza verde de reglamento con su correspondiente platillo, sorbiendo cautamente y poniendo cara de persona responsable, respetable y todas las otras cosas que empiezan por R que se supone que debo ser. Haciendo caso omiso del ruidoso tropel de padres, maestros rendidos de cansancio y el incesante arrastrar de sillas de colegio enanas sobre el suelo de parquet, me acerco a la pared y leo el texto que hay al pie de un mural donde se describe la muerte del ecosistema en tonos verdes, papel de aluminio y rotulador. Como todo esto acabará sin duda en la papelería tras la visita de los padres, se me antoja la cosa más tonta del mundo, pero reconozco que siempre me ha costado asimilar los beneficios de la educación. No puedo decir que la mía me sirviera de mucho, y dudo que algo de lo que Joe aprende en St. Luke vaya a prepararlo para la vida. No parece que les interese enseñar a los crios cosas útiles, como enlosar un cuarto de baño, rellenar la declaración de la renta o cambiar un neumático; claro que, bien pensado, Joe sólo tiene nueve años.

Joe está muy impresionado con su maestro, el señor Sastry, tanto que casi espero encontrarme a un Mick Jagger, de modo que me llevo una sorpresa al ver que es guapísimo. Tampoco estoy preparada para el hecho de que sea mucho más joven que yo. Lleva barba de chivo, tiene la piel color chocolate y unos ojos verdosos. Me mira cuando por fin tomo asiento. Se produce un breve silencio.

—Siento llegar tarde —me disculpo, sujetándome el pelo detrás de las orejas. Él hace un gesto como si no importara y procede a hojear un dossier,

antes de sacar los libros de Joe del montón que tiene bajo su mesa. Me resulta extraño, es como si estuviera espiando a Joe sin que él me viera. Recelo de los maestros en general, sobre todo cuando están al final de una reunión de padres. Mientras el señor Sastry habla de temas diversos y explica en

tono tranquilizador que Joe lleva bien el curso, empiezo a pensar que no sabe de qué está

hablando. Lo pienso hasta que, poco después de Arte y antes de Mates, hace una pausa y junta las yemas de los dedos.

—El caso es que.. Joe. . ¿cómo lo diría?

—¿Qué? —pregunto, alarmada.

—Es muy solitario. Como si.. bueno, se le ve muy solo. ¿Va todo bien en casa?

No sé qué decirle. Me acude a la mente una imagen de Joe a solas en un rincón del aula y noto que me entra pánico. Joe es un chico fabuloso. ¿Por qué no es el chaval más popular de la clase? —Cuando se le conoce bien —tartamudeo—, es un chico muy bullicioso. La alegría de la casa, para serle franca. —Sonríó al señor Sastry, quien me mira con escepticismo.

—Entiéndame, no lo estoy criticando. Sólo era una observación, nada más. Me enseña el libro de Mates de Joe y empiezo a rebullir en el asiento al ver todos los errores.

—Son los genes —digo, patética—. Creo que no vale para contable. Gracias a Dios —

añado, tratando de ser jovial.

El profesor sonrío desmayadamente y cierra los libros.

—No se preocupe. Yo creo que Joe saldrá adelante. Entre todos lo conseguiremos. De vuelta en la furgo, una oleada de autocompasión se apodera de mí. Ese «entre todos»

no va conmigo. Por primera vez en muchos años desearía tener una pareja que me respaldara y me diera ánimos. Quiero alguien que me diga que soy una buena madre, que no he perjudicado a mi hijo cambiándolo de colegio y a un barrio totalmente nuevo. Quiero que me digan que si Joe es callado, no pasa nada. Quiero que esté bien que Joe no tenga demasiadas amistades. Pero, por encima de todo, quiero sentir que me basto sola. Y algo me dice que no es así. A veces detesto esa gran responsabilidad de cuidar yo sola de mi hijo. Es duro saber que cualquier decisión que tome afecta a Joe. Desde que nació, es como si toda palabra que he dicho, todo

paso que he dado, hubieran dejado en él una huella imborrable. Y cuando pienso en todos los fallos que he cometido y cuan imperfecta soy como madre, me dan ganas de rebobinar y empezar de nuevo.

Hablando en voz alta, me miro con dureza por el retrovisor. La verdad es que Joe será una persona con problemas por más que yo me esfuerce. Se abrirá paso en la vida a su manera con sus propios errores, y yo no puedo ser responsable de ellos. Lo único que puedo hacer es quererlo, y si crece pensando que yo no he servido como madre, supongo que me tocará

pasarle dinero para el terapeuta. Me he fumado dos cigarrillos para cuando consigo quitarme el pánico a base de hablar sola, y voy por el tercero cuando se me ocurre un plan. ToyZone está entre un enorme almacén de bricolaje y otro de muebles de piel en la carretera de circunvalación al norte de la ciudad. Lo llaman «el paraíso de los niños»; yo lo llamo «el infierno de los padres». Casi renuncio a mi misión cuando veo lo lejos que tengo que aparcar, y cuando por fin entro en la tienda, apenas me queda tiempo. Debería estar ya en casa, pero estoy decidida a perseverar.

Quiero comprarle a Joe una cometa. Una especie de gesto solidario, en compensación por ser un niño y tener que aguantar el colegio. Es para demostrarle que me preocupo por él y que no soy de esos padres que van a las reuniones del colé y luego vuelven a casa y les echan la bronca a sus hijos.

En teoría es un plan sencillo e impulsivo, pero he necesitado tres empleados con sudadera verde para llegar a donde quería. Ninguno de ellos parece saber qué es una cometa y entiendo por qué. Está claro que aquí las actividades al aire libre no son la moda. En cuestión de segundos, me extravió en un laberinto de pasillos, todos repletos de juegos de ordenador, consolas y cosas por el estilo. Los hay a millares, por lo visto, de todas clases y variedades. Me

detengo a examinar uno que se me antoja especialmente violento. Sacudo la cabeza al ver las imágenes de extraterrestres destripados que ilustran la caja. Me suena que es éste el que Joe ha insistido en que le comprara y miro el precio en el reverso.

Unos pasos más allá hay un hombre vestido con vaqueros oscuros y una camisa informal. Me mira, o más bien mira la caja que tengo en la mano, y ya me dispongo a hacer un comentario airado sobre lo carísimo que es el

jueguito de marras cuando reparo en su perfil y el corazón me da un vuelco.

Me acerco nerviosa a él.

—Usted perdone. .

El hombre gira en redondo, devuelve al estante el videojuego que estaba examinando y se aleja de mí.

Inspiro hondo y lo sigo. Le doy alcance con unas cuantas zancadas.

—¿Fred? ¿Eres tú? —pregunto, aunque apostarí cualquier cosa a que es él. Se detiene cuando le toco el brazo por detrás. Lentamente se da la vuelta, y al cruzarse nuestras miradas siento un vacío en el estómago.

Me ocurre la cosa más rara del mundo: es como si en una fracción de segundo hubiera regresado al pasado.

—Fred Roper. Dios mío.. ¡eres tú! —exclamo con un nudo en la garganta. Por un momento su cara refleja pánico.

—Soy yo: Mickey —le digo, poniéndome la mano sobre el pecho.

Él mira nervioso alrededor y se rasca la nuca. Finalmente me mira y su boca dibuja una media sonrisa tan familiar, pero tan olvidada, que me quedo sin aliento.

—Hola, Mickey —dice, parpadeando. Como si nos hubiéramos visto la semana pasada. Pero yo sigo moviendo la cabeza, atónita. Su voz suena más grave de lo que yo recordaba, pero imagino que es normal.

—Fred —repito, sin acabar de creerm que sea él.

Nos miramos unos instantes. Tiene arruguitas alrededor de los ojos y la cara más chupada, con barba de uno o dos días, pero no se puede negar que es guapo. Le sienta bien ser un hombre adulto, y cuanto más lo miro, más obvio me parece que este hombre con corte de pelo a la moda tenía que salir por fuerza de aquel adolescente tímido y desgreñado que vi por última vez hace tanto. Con todo, no puedo evitar buscar en su rostro los rasgos que conocía tan bien. Están todos ahí, sí, pero mejorados, y el efecto me conmueve de tal manera que noto cómo la sangre me sube a las mejillas.

—Casi no te reconozco. Estás.. estás muy cambiado —digo como una tonta. Fred sacude la cabeza, como si pensara otro tanto de mí.

—¿Cómo.. cómo te va? —pregunta.

—Muy bien, gracias —acierto a decir, pero las piernas me tiemblan y mis manos han empezado a sudar. Fred asiente despacio, como si analizara mi ridícula e inadecuada respuesta—. ¿Y a ti?

—Bien. —Medio se ríe de sorpresa—. Sí, me va bien.

Los altavoces de la tienda anuncian a todo volumen las ofertas especiales en la sección de Sony, pero Fred continúa mirándome y yo no sé dónde meterme.

Me doy cuenta de que, en el fondo, hacía mucho tiempo que esperaba este momento, pero ahora que ha ocurrido me parece estar en un sueño. Todo tan mundano y tan tranquilo, cuando yo siempre imaginaba que ver a Fred de nuevo sería una experiencia tumultuosa y dramática. Pero supongo que nada podría ser tan dramático como la última vez que nos vimos. Me estremezco al recordarlo y bajo la vista. Soy consciente de las poco halagadoras luces de la tienda, de cómo deben de resaltar las raíces sin reflejos de mi cabello. No es propio de mí

ser presumida, pero ahora me gustaría haberme esforzado un poquito más para no tener esta

pinta. Estoy segura de que me sentiría mucho mejor con los labios pintados. En realidad, no estoy convencida de que eso sea verdad. No creo que un maquillaje en toda regla pudiera hacer más fácil este momento.

—Estoy buscando un regalo para mi hijo Joe —digo de sopetón, y añado—: Tiene nueve años. —Esto le encantará —asegura Fred, indicando la caja que tengo en la mano—. El diseño gráfico es increíble.

—No —me apresuro a decir, dejando el juego en su sitio—. Iba a comprarle una cometa. Sólo estaba mirando.

—Oh.

—Esto de los videojuegos no me gusta —confieso—. Si le dejara, Joe se pasaría todo el santo día sentado al ordenador. Bueno, seguro que ya sabes a qué me refiero. Fred asiente con la cabeza, pero no da explicaciones sobre sus propios hijos.

—Supongo que lo que quiero es que Joe salga por ahí a correr. Como hacíamos nosotros. Ante la mención del pasado común, Fred se muerde el labio. En la pausa subsiguiente noto la gran burbuja que nos separa. Preguntas y más preguntas se me agolpan en la punta de la lengua, pero no soy capaz de hacer ninguna. Nos sumimos en un silencio ruidoso.

—Tengo una floristería —digo al fin, rompiendo la tensión—. Está en Kensal Rise. Toma.

—Saco una tarjeta de la tienda del bolsillo de mi cazadora tejana y se la doy. Fred la examina con atención. La sostiene con cuidado, con respeto casi, y yo le señalo la dirección—. Vivo en el piso de arriba.

Fred me mira, y sé que me he sonrojado. Casi espero, y casi deseo, que me devuelva la tarjeta, pero no lo hace.

—Bueno, pásate cuando quieras. —Me pregunto qué hacer con las manos, que parecen dotadas de vida y decisiones propias más allá de mis muñecas. Junto los dedos—. A tomar un café o algo.

Se guarda la tarjeta en el bolsillo.

La vibración de mi teléfono móvil me da un susto. Lo saco del bolso sonriendo a Fred a modo de disculpa, y me giro para contestar. Es Joe.

—Hola, cariño, llegaré un poquito tarde —digo, tapándome la otra oreja para oír mejor.

—Tengo hambre —dice Joe—. ¿Podemos comer palitos de pescado?

—Como quieras —respondo, pero se nota que estoy por otra cosa—. Estaré ahí dentro de unos quince minutos, ¿vale? Besos.

Pulso el botón rojo y sonrío de nuevo en dirección a Fred. Pero ha desaparecido. El pasillo está vacío. Sorprendida, miro alrededor sin dar crédito a mis ojos. Me giro de nuevo y noto una sensación desagradable en el estómago al comprobar que, efectivamente, Fred se ha marchado. Durante un momento me dan ganas de echarme a llorar.

Mientras voy a la sección de cometas, trato de localizarlo con la mirada, pero no hay rastro de él. Estoy tan aturdida que no puedo concentrarme. Las cometas son todas mucho más caras de lo que suponía, y dudo un rato hasta decidirme por una muy pequeña. Cuando llego por fin a la furgoneta, no he dejado de temblar, confusa ante la enormidad y la normalidad de mi encuentro fortuito. Nada menos que toparme con él. El cabrón de Fred Roper. Cómo no, Joe está en su cuarto jugando con el ordenador cuando llego a casa. Las cortinas están abiertas y la ventana, cerrada. Hace un calor sofocante y la cama y la exigua extensión de suelo están cubiertas de ropa, libros y patines en línea. Joe se ha arrodillado en la silla y el mando da sacudidas en sus manos cuando acciona los botones. Me quedo mirándolo desde el umbral mientras el ruido electrónico llega al tope de su volumen y Joe lanza un puño al aire.

—¡Viva!

—Hola, ojos cuadrados —le digo, sonriente.

Joe me mira contrito, sonrío y se baja de la silla. Inmediatamente se pone a dar saltos de dolor. —Ay, ay —chilla—. Me pincha por todas partes.

—Para que aprendas —río, y doy media vuelta—. Vamos.

Nuestra cocina-comedor-saloncito al final del pasillo es una habitación con grandes ventanales a un lado que dan a un balconcito con balaustrada de hierro fundido. Nunca abrimos los ventanales, sobre todo porque la calle es muy ruidosa, pero también porque el balcón es inseguro hasta para unas macetas con plantas. Lisa y yo hemos colgado largas tiras de muselina de colores para que parezca todo más espacioso, pese a que sólo hay sitio para un sofá, el mueble de la tele y el vídeo, y una desvencijada mesa de contrachapado negro con todo el papeleo que genera la floristería.

La cocina está incrustada en el extremo de la habitación. Para entrar tienes que pasar entre la nevera y una barra larga que usamos para desayunar. El piso es blanco y negro, linóleo que imita baldosas. Está repleto de arañosos módulos de madera, la mayoría de los cuales se caen a poco que los toques. Me he jurado que en cuanto tenga dinero suficiente, voy a hacer una reforma a fondo. Joe dice que deberíamos escribir a uno de los programas de bricolaje de la tele, pero dudo que aquí quepa un equipo de televisión con sus cámaras y focos; además, sería demasiado humillante que viniera gente desconocida a meter la nariz. Joe me mira y se frota el pie mientras abro la nevera y saco una lata de Coca-Cola *light*.

—¿Cómo ha ido? —pregunta.

—Fatal —digo en broma—. Me he enterado de que eres muy malo. Alborotador, gritón..

—Mamá.

Le pellizco la mejilla.

—Les parece un encanto, pero eso ya podía habérselo dicho yo. Joe sonríe tímidamente.

—Te he traído algo —digo—. Mira.

Le paso la bolsa con la cometa y apoyo la barbilla en la lata de refresco a la espera de su reacción.

—¿Te gusta?

—¿Qué es? —pregunta Joe, sacando el largo paquete.

—Pues una cometa, claro —tartamudeo.

—Ah —dice, pero como si no acabara de creérselo—. Gracias.

—Puedes ir al parque a volarla —lo animo.

—¿Con quién?

Tardo un segundo en responder, con el corazón en un puño.

—Conmigo, si quieres.

Joe deja la cometa sobre la encimera. Trago saliva.

—¿Has hablado con el señor Sastry? —pregunta, hundiendo las manos en los bolsillos.

—Claro.

—¿Y qué te ha dicho? —Parece receloso.

Mi intención es repetir una por una las palabras del señor Sastry. Y también suplicarle que me diga si es infeliz y preguntarle por qué está tan callado en el colé, pero no me decido; pienso que sólo le causaría más problemas.

—Pues.. —empiezo, extremando las precauciones—. ¿Tú qué crees que me ha dicho?

—Que iba mal en Mates, ¿no es eso?

—No ha dicho «mal» exactamente. Que no eres el mejor de la clase, nada más —

respondo—. Pero eso no importa. No tienes que ser el mejor en todo.

Joe se muestra abatido y me doy cuenta de que he metido la pata. Me conoce demasiado bien y adivina por mi tono de voz que no estoy siendo sincera. Se ha tomado el asunto como una crítica, como algo personal. Igual que yo.

—Joe —le suplico—. Joe. No importa. Yo iba fatal en Mates. .

—Sabía que el profe hablaría mal de mí. Lo odio.

Se da la vuelta sin mirarme, pasa la pierna sobre el respaldo del sofá y se hunde en los cojines. Voy hacia él, y cuando ya me dispongo a darle explicaciones, Lisa sale de su cuarto.

—¿Habéis visto mi esterilla de hacer yoga? —pregunta, metiendo una botella de agua y una toalla en su mochila pequeña. Se ha cambiado para ir a clase y tiene un aspecto estupendo con su sudadera holgada y el pantalón de chándal nuevo.

—Pues no —murmuro.

—¿Y tú, Joe? —dice, dejando la bolsa en el sofá mientras empieza a buscar por el saloncito, levantando cojines y mirando debajo del escritorio—. ¿No has visto mi estera? Ayer estaba aquí.

Joe se encoge de hombros y enciende el televisor, y yo me retiro a la cocina al advertir que he perdido mi oportunidad.

Cuando por fin me acuesto, no puedo conciliar el sueño. Estoy rodeada de ruidos por todas partes. Debajo del suelo las cañerías resuenan y al otro lado de la pared oigo las risas amortiguadas de nuestros desconocidos vecinos, que están mirando la tele. Fuera, a pocos metros de distancia, el

motor de un autobús hace que vibre la ventana, y un poco más allá las motocicletas de los repartidores de pizza pasan zumbando por la calle como mosquitos gigantes.

Me levanto, me pongo el mugriento albornoz y voy a la cocina. La cometa está donde Joe la ha dejado y el paquete dibuja una sombra alargada en la pared. Sé que el regalo no ha funcionado. Debería haber seguido el consejo de Fred y comprado un juego de ordenador, o quizá no debería haberle hecho ningún regalo.

Me agacho hasta el cajón inferior, que está roto y es mi cajón de sastre, un batiburrillo de peines viejos, imanes para la nevera, cupones de regalo que nunca he llegado a enviar, sobres manchados de café y otros muchos artículos útiles que no me decido a tirar. Busco y rebusco tratando de encontrar el neceser de regalo de las líneas aéreas que Scott, mi hermano, le dio a Joe cuando estuvo en casa la última vez. Es lo más cerca que Joe va a estar nunca de unas vacaciones y le encantó el regalo. En el compartimento con cremallera hay unos discos de limpieza facial, un cepillo con dentífrico en miniatura, un peine, una máscara para dormir y lo que estoy buscando: tapones para los oídos.

Pese al cartel con la calavera y las tibias cruzadas que dice «NO ENTRAR» en la puerta del cuarto de Joe, me asomo y lo miro. Está tumbado boca arriba bajo el edredón con funda de camuflaje, durmiendo profundamente y sin ruido, como una momia. Su cara está iluminada por el fulgor verde de la pantalla del ordenador. Entro en la habitación y lo apago. Joe no se mueve cuando me agacho para darle un beso furtivo y tierno en la frente. Está tan serio que durante un momento me entra pánico.

Le paso los dedos por el pelo reprimiendo las ganas de inclinarme para ver si respira, como me ocurre desde que era pequeño. Tengo ganas de llorar, pero me aguanto. Me arrodillo junto a la cama y me quedo allí un rato contemplando su cara, fijándome en todos los detalles, memorizando sus largas pestañas y la forma de sus párpados, deseando que el tiempo se detenga unos segundos con la esperanza de conservarlo tal como es ahora. Vuelvo de puntillas a mi cuarto, aunque sé que Joe no despertará, y me introduzco los tapones en los oídos. Mientras me acurruco de costado y escucho el sonido de mi propia

respiración dentro de la cabeza, una franja diagonal de luz anaranjada barre el armario años cincuenta de color marrón, se pasea por la desconchada pintura beige del techo y baja por la tabla de planchar plegada

junto a una pila de ropa limpia mientras otro autobús pasa frente a la ventana.

No hay manera, no consigo dormir pese a que estoy rendida. Me quedo mirando la esquina de mi almohada. Siento como si hubiera tropezado y, al caer, el mundo hubiera quedado torcido. He pasado tanto tiempo corriendo en dirección opuesta a mi pasado y haciendo promesas sobre el futuro, que me siento mareada y un tanto perdida. He borrado todo lo que sucedió, lo he maldecido y he fingido que las cosas ocurrieron de otra manera, pero las cosas que dejé por resolver siguen allí. Es duro reconocerlo, pero no tengo la sensación de ser una madre soltera que camina resueltamente hacia un futuro mejor, sino de ser una cobarde y nada más.

Y todo esto se debe al encuentro con Fred. El nuevo Fred, con su cara de adulto, oscurece y a la vez reaviva mis recuerdos con la realidad de su presencia. Como si todos estos últimos años no hubieran transcurrido, la angustia y la sensación de ser traicionada vuelven a imponerse y amenazan con estrangularme. Trago saliva y reproduzco mentalmente nuestra conversación, una y otra vez, pero ahora le planto cara en la juguetería, tiro el videojuego como quien arroja el guante y le pregunto por qué. Es todo lo que necesito saber. Por qué se marchó

tan de repente. Por qué no me llamó ni escribió. Por qué, después de todo lo que había habido entre los dos, perdió el interés.

Me doy la vuelta e intento ponerme cómoda boca arriba, pero noto como si tuviera un gato maullando encima del pecho. No sé con quién estoy más enfadada, si con Fred o conmigo misma, por haber permitido un encuentro patético de tan educado, cuando en realidad debería haberle dado dos buenos bofetones. En vez de eso, me he puesto a hablar como una tonta, sin darle siquiera la oportunidad de meter baza.

Pero, aunque me topara con él otra vez, dudo que tuviera el valor suficiente para plantarle cara. ¿Qué iba a decirle? ¿Que lo culpo de lo que pasó? ¿Que mi vida cambió para siempre a partir de ese acto decisivo de nuestra juventud? ¿Es realmente cierto que cuanto me ha ocurrido desde que lo vi por última vez es de alguna forma culpa suya? ¿No será que estoy rabiosa porque nuestra infancia debería haber durado un poquito más?

Me he pasado tanto tiempo lamentando que aquello acabara de manera tan brusca, que he olvidado lo que era ser joven. Porque si, como hago ahora, me permito pensar en ello, lo echo de menos, echo de menos ser joven. Por mí, pero sobre todo por Joe, porque érase una vez cuando no

hacían falta los juegos de ordenador ni las noches de verano a solas en una habitación. . porque yo tenía a Fred. Y donde estábamos Fred y yo, siempre había aventuras.

Grisas nubes bajas recorrían veloces el cielo de octubre mientras yo me ponía en tensión, dispuesta a actuar. Pese a que no lucía el sol formé una visera con la mano mirando hacia el repecho, esperando a que Fred se colocara.

De repente lo vi en la diagonal opuesta, justo al otro lado del trecho cubierto de barro, destacándose de los campos marrón oscuro gracias a su corto impermeable color naranja. Fred no había querido quitárselo, aduciendo que, pese a la opinión generalizada, Miles le había dicho que los toros eran ciegos a los colores, y yo conocía de sobra el gesto tozudo de Fred para saber que toda discusión estaba fuera de lugar.

Yo estaba sudando, de modo que me bajé la cremallera de la parka e hice la señal convenida, levantando el brazo como Olga Korbut a punto de ejecutar una triple voltereta hacia atrás, pero sintiendo un cosquilleo de miedo por todo el espinazo mientras una urraca solitaria se cernía desde el imponente roble y aterrizaba con un graznido sobre un poste de la cerca, delante de mí.

Con una sensación de mal agüero, dejé de buscar a la pareja de la urraca y me concentré

en lo que iba a hacer. Bueno, por fin había llegado el momento. La guerra había estallado.

—Muy bien —murmuré, frotándome las palmas de las manos.

Me puse de rodillas y tiré del alambre que estaba flojo en la parte baja de la cerca. Tuve que retorcerme de lo lindo, pero al final logré pasar. Pegada contra la cerca, con el corazón a cien, levanté los ojos y vi que Fred se había subido a la tapia de piedra al otro extremo del campo, sosteniendo el arma en alto contra el cielo encapotado. Y entre él y yo, enorme, brutal y peludo, estaba nuestro enemigo: el toro de Jimmy Dughead.

Por momentos, la quietud lo invadió todo, nuestro temor flotó en el aire húmedo. Yo sólo oía los latidos de mi corazón y un perro que ladraba a lo lejos. En unas horas todos los chavales del pueblo estarían disfrazándose para la fiesta de Halloween. Era nuestra última oportunidad y tenía que salir bien.

La víspera, Fred y yo habíamos estado en mi habitación devanándonos los sesos para hallar un plan, mientras escuchábamos discos y buscábamos

palabrotas en el diccionario.

—Ya sé —exclamó Fred, con la cara iluminada al dar con una idea, pero, tal como se le había ocurrido, la desechó con su característica caída de hombros—. No, no —murmuró.

—¿Qué? —pregunté yo, dejando a un lado el diccionario.

—Nada. Nada. No importa.

—Fred —insistí, bajando las piernas de la cama—. Tenemos que recuperar la caja del tesoro. Todo nuestro dinero está dentro. Y si no lo conseguimos, no podremos comprar entradas para la rifa.

Estábamos los dos obsesionados desde hacía semanas con el premio de la rifa, unas entradas para el circo. Corría el rumor de que el único famoso de Rushton, Andy Buckley, el solitario mago que vivía en la casa grande, se las había regalado a la mujer que le hacía la limpieza, la cual a su vez las había puesto en la rifa de Halloween como primer premio.

—Pero.. —empezó. Luego suspiró ruidosamente—. No. Imposible. Claro que..

—Vamos, habla —lo apremié.

—Miles tiene una..

Pero no pudo continuar porque mi madre abrió de repente la puerta de mi cuarto. Era obvio que llevaba rulos gigantes en el pelo, puesto que el pañuelo que le cubría la cabeza mostraba unas protuberancias en la parte superior. Tenía los ojos vidriosos, como solía pasarle por la noche. Vestía la bata de color azul con lanilla en la parte de abajo y se agarró del cuello de la prenda mientras nos miraba alternativamente con una expresión vacía.

—¿Tenéis hambre? —preguntó sin el menor entusiasmo.

Yo negué con la cabeza.

—Hemos comido un bocadillo, ¿verdad, Fred?

Lo miré de forma significativa. Lo que menos queríamos era que mamá se pusiera a cocinar.

—Oh, sí —tartamudeó él—. Pero gracias, señora Maloney.

Ella torció el gesto, asintió a medias y, sin decir palabra, cerró de un portazo.

—Miles tiene una.. —repetí muy emocionada, instando a Fred a terminar la frase.

—Una pistola de salida.

—¿Una qué?

—Como en el colé, ya sabes. Esas que utilizan en las carreras para dar la salida. Hacen un ruido de mil demonios, pero sólo llevan cartuchos de fogueo.

—¿Y por qué tiene Miles una pistola de ésas? —pregunté muy sorprendida.

—De joven fue atleta —respondió orgulloso—. Me lo explicó todo el otro día, cuando vi que la guardaba.

El disco se había terminado y la aguja crepitaba al pasar por los surcos en blanco. Me puse a pensar y luego crucé las piernas a lo indio y empecé a jugar con mi cubo de Rubik mientras tramaba un plan.

—Ya lo tengo —dije—. Uno de nosotros podría ir a la parte baja del campo y distraer al toro mientras el otro salta la tapia y va corriendo a desenterrar el tesoro. Si el toro se pone pesado, podemos disparar la pistola y darle un buen susto..

—No puede ser, Mickey —me interrumpió Fred, inclinándose para levantar la aguja del disco. —¿Por qué?

—Miles se enfadaría muchísimo.

—No tiene por qué enterarse. Sólo la cogeríamos prestada hasta que recuperemos el tesoro. Si hemos de utilizarla, diremos a todo el mundo que eran los fuegos artificiales. Muy sencillo.

Pero luego, viendo cómo el toro de Jimmy Dughead expulsaba un aliento condensado por su espantoso morro, el plan ya no se me antojaba tan sencillo ni mucho menos. Era demasiado tarde para volverse atrás, de modo que empecé a caminar desde la parte baja del embarrado campo como un torero, gritándole fragmentos de letras de todas las canciones de Abba que recordaba, a fin de distraerlo, pero él no parecía compartir mi entusiasmo.

—Vamos, vamos —mascullé entre dientes, antes de continuar, gritando ya a pleno pulmón—. Atrévete conmigo —le dije, moviendo los brazos como aspas de molino y bailando el cancan calzada con mis katiuskas rojas.

Esa vez sí capté la atención del animal, que resopló y arañó el suelo con sus pezuñas mientras yo daba saltos cantando *Dancing Queen*. Pero no hizo falta que me esforzara mucho. *Hércules*, como una versión de sí mismo en dibujos animados, pareció empinarse para darse impulso, y luego salió disparado hacia mí por el campo.

Al fondo, Fred saltó de la tapia y echó a correr en busca del lugar donde estaba enterrada la lata del tesoro, tratando de no desviarse del punto central

entre los cuatro robles.

—¡ *Dancing Queeeeeeeeen!* —medio canté medio chillé, mientras el toro de Jimmy Dughead se me acercaba peligrosamente, y yo, perdida toda confianza, corrí hacia la parte baja del campo y me lancé por la brecha que había en la cerca.

Al toro no le gustó y resopló enfadado, empujando con el hocico un fragmento de mi capucha de piel que había quedado enganchado en la valla. Salté hacia atrás tratando de mantener a *Hércules* ocupado, pero éste se aburrió enseguida con mis tímidas bravatas y dio media vuelta, momento en que reparó en Fred, que estaba en el centro del campo, caminando por el suelo pegajoso de barro y mirando al suelo.

—¡Fred! —le grité, formando una bocina con las manos—. ¡Fred, cuidado!

Sobresaltado, levantó la cabeza y descubrió que el toro iba hacia él. Entonces vi que Fred intentaba sacar la pistola de salida del bolsillo delantero de su impermeable.

—¡Fred! ¡Rápido! —grité, abalanzándome contra la cerca y viendo horrorizada cómo el animal embestía hacia él.

Presa del pánico, Fred consiguió por fin sacar la pistola. Sosteniéndola con las manos temblorosas, apuntó hacia *Hércules*, crispó el gesto, apartó la cara y disparó. El estruendo fue enorme, ensordecedor.

Con la boca abierta y sin aire en las pulmones, vi cómo el toro vacilaba unos segundos y luego doblaba las patas y se derrumbaba. Fred soltó la pistola y se quedó con los brazos colgando a los costados, mirando el trecho espantosamente corto que lo separaba de la bestia. Al momento pasé por debajo de la cerca y corrí hacia él chapoteando en el fango, con el eco del disparo todavía zumbando en los oídos.

—Fred, Fred, ¿estás bien? —dije al llegar a su altura.

El pecho le subía y le bajaba cuando asintió con la cabeza vigorosamente, y acto seguido hizo un gesto de negativa.

Miré al toro tendido en el suelo y me acerqué despacio. Visto de cerca era imponente, y su piel púrpura y moteada estaba cubierta de grueso pelaje, todo salpicado de barro. Despedía un hedor acre que me produjo picor de garganta. Tuve que subirme la parka hasta la nariz mientras probaba a empujarlo con la punta del pie. La piel se arrugó un poco sobre la masa sólida de los músculos y di un salto de miedo, agarrándome a Fred. Nos quedamos mirándolo un momento en silencio, parpadeando bajo la

llovizna que había empezado a caer. Nuestros pies se iban hundiendo en el lodo.

—Debe de haber tenido un infarto —dije—. Jolín. Como el doctor Lawson. Éramos expertos en infartos y demás, después de la muerte del médico de Rushton en la oficina de correos hacía sólo unas semanas y a renglón seguido la de la señora Turnball, que se había derrumbado sobre el expositor de revistas en el quiosco del pueblo. En el colé, todos habíamos perfeccionado la secuencia del ataque (manos al pecho, rodillas dobladas) de aquellos dos habitantes de Rushton que parecían tan saludables, y ahora, por lo visto, habíamos hecho el pleno: habíamos matado de un susto al toro de Jimmy Dughead.

—Démonos prisa—dije—. Vamos a buscar el tesoro. Quién sabe, igual se despierta. Fred no se movió. Mudo todavía de asombro, alargó la mano hacia el animal, y yo, confusa, seguí la dirección de su dedo tembloroso. Sólo entonces vi lo que Fred estaba mirando. De la cabeza del toro, por un boquete chamuscado, pequeño pero a la postre mortal, manaba sangre de un rojo oscuro.

Vi mi expresión de susto reflejada en el globo convexo y negro del ojo del animal al agacharme para recoger la pistola. Pero lo supe antes incluso de notar el cañón caliente en la mano.

—Oh, Fred —dije con la voz quebrada, mirando su cara pálida—. Es un arma de verdad. Lo has matado.

Pero no tuvimos tiempo de meditar sobre la atrocidad que habíamos cometido, pues el suelo empezó a vibrar como si hubiera un terremoto. Volví la cabeza y vi que Jimmy Dughead coronaba la loma montado en su enorme tractor. Cuando nos vio allí de pie, junto a su querido toro exánime, el hombre se irguió en el asiento y comenzó a esgrimir el puño en alto como un vikingo iracundo.

—¡Corre, corre! —grité, agarrando a Fred y metiéndome la pistola en el bolsillo. Echamos a correr, atravesamos la cerca y volamos hasta el arroyo que la separaba de nuestras casas.

—¡Malditos cabrones! ¡Os atraparé! —chillaba Jimmy Dughead una y otra vez, y su voz reverberaba colina abajo.

Empujé a Fred entre las zarzas y corrí detrás de él, vadeando el arroyo con el agua por las rodillas sin pensar en las piedras colocadas para cruzar. Al llegar al otro lado, Fred tiró de mí

por la ribera fangosa y entramos en el jardín de nuestra casa. Nos detuvimos jadeando en el trecho de tierra que había junto a la pila de abono de papá.

Sabíamos que Jimmy Dughead nos había reconocido y que no teníamos mucho tiempo. Si nos encontraba, nos haría picadillo. Me quité una bota y la vacié de agua.

—Vayamos al pueblo, allí no podrá encontrarnos —dije, y Fred asintió. Mientras volvía a ponerme la bota a la pata coja, vi que Fred se adelantaba hacia mi bici Raleigh, que estaba tumbada, y la levantaba.

—Rápido. Venga, Fred —lo apremié, montando detrás en el largo asiento y agarrándome a él. Pero Jimmy Dughead debía de haber previsto nuestra estratagema, porque la verja de la granja, en la parte alta de la calle, estaba ya abierta cuando pasamos bamboleándonos junto al

coche de papá. Y al salir derrapando por el camino de grava, pudimos oír que el tractor salía por la verja para el ganado.

—Va a alcanzarnos —gritó Fred, recuperando por fin la voz.

Aceleramos por el centro de la Avenida dejando atrás las casas y tragándonos todos los baches que normalmente sorteábamos, con los dientes castañeteando a medida que ganábamos velocidad por la cuesta más pronunciada del mundo; la voz nos vibraba en el pecho mientras el tractor iba ganando terreno.

Al entrar en el pueblo a toda pastilla, los pies de Fred no pudieron mantenerse en los pedales y los dos gritamos a una cuando empezaron a girar sin nosotros. Como un coche de montaña rusa que hubiera descarrilado, la bici corrió por el puente de piedra dejándonos a los dos con un vacío en el estómago. Pero cada vez íbamos más aprisa, incapaces de parar y teniendo que decidir entre muerte inminente y Jimmy Dughead. Fuera de control, recorrimos la calle Mayor zigzagueando entre coches aparcados, pasamos a todo gas el cruce de la escuela, saltamos al lindero de hierba y luego, volando por los aires, aterrizamos en el aparcamiento del Memorial Hall y chocamos de frente con los cubos de la basura, donde, por fin, nos detuvimos en medio de un gran estruendo.

Doloridos, nos quedamos allí sentados. Fred apartó unos huesos de pollo que se le habían enganchado en el impermeable y se frotó la espalda, pero aparte de algún chichón, parecíamos estar milagrosamente intactos. Después de quitarnos de encima las tapas de cubo de basura, recuperamos la bici y la dejamos apoyada contra la pared, antes de asomarnos a la

esquina para ver si venía Jimmy Dughead. No había señales de él, debía de haber dado un rodeo para evitar el puente, pero nuestros corazones seguían desbocados.

—Vamos al pub —susurró Fred, todavía sin resuello—. Fingiremos que no ha pasado nada. Allí habrá montones de gente.

Asentí con la cabeza y, sin distanciarnos apenas, seguimos el edificio del Memorial Hall y salimos al parque. Luego, pegados al yeso pintado de rosa del Gordon Arms, avanzamos furtivamente junto a la pared, le dirigimos un «chist» a Elsie, la perra coja del pub, y cruzamos la puerta de madera oscura para entrar en el bar.

Dentro hacía calor y estaba lleno de humo, apenas se oía el crepitar del fuego entre el ajetreo de muebles, pues las señoras del Memorial Hall se ocupaban en reorganizar las mesas para la fiesta de la noche y poner largos manteles de papel y platos de plástico. Fred y yo estábamos pasando disimuladamente bajo la diana de los dardos cuando la puerta de atrás se abrió y notamos una corriente de aire frío.

—¿Dónde están esos malditos crios? —bramó Jimmy Dughead.

A la velocidad del rayo, Fred hizo que me agachara tirándome de la manga y nos escondimos bajo la última mesa. Por una abertura entre los manteles de papel vimos cómo el patrón del Gordon Arms, Eric, hinchaba su imponente tórax.

—Aquí no hay ningún niño, Jim.

—¡Se han cargado a *Hércules*! —rugió Jimmy Dughead—. Mi mejor toro —añadió, entrando en el pub—. Voy a desollarlos vivos —declaró, y hasta las caras de las jarras de cerveza colgadas de la viga sobre la barra parecieron contorsionarse de miedo—. Le han pegado un tiro.

La atmósfera se congeló durante un segundo al cesar de repente el alegre murmullo de voces. Estábamos atrapados. No podíamos escapar por donde habíamos entrado. La única vía era hacia delante.

—¿Un tiro? ¿Con una escopeta? —preguntó la patrona, Sue, saliendo de detrás de la barra. —¡Ahora! —me dijo Fred entre dientes, y yo lo seguí gateando bajo la larga hilera de mesas.

—No digas tonterías, Jimmy.

Oí la risa de Miles justo encima de mí. En efecto, a mi lado tenía sus zapatos, con aquellas borlas a la moda. Me quedé helada, pero enseguida le tiré de la pernera del pantalón y él levantó el mantel. En silencio, alcé la pistola para que Miles pudiera verla. Durante una fracción de segundo creí

que iba a sacarme de allí debajo tirándome de la oreja y exponerme a la ira de Jimmy Dughead, pero su rostro permaneció inalterable mientras, sin decir palabra, cogía el arma y se la guardaba dentro de la chaqueta como si nada hubiera pasado. El gesto que hizo con la cabeza ordenándome que me marchara fue casi imperceptible, y cuando empecé a gatear hacia Fred, sentí en el trasero la firmeza de la suela de su zapato. Vi que las gruesas piernas de Jimmy Dughead se acercaban a la mesa.

—Ha sido su rapaz, Roper. Se lo juro. Y su amiga la vecina.

—Vamos, Jim, ¿de dónde quiere que saquen una pistola un par de crios? —oí que decía Miles sin inmutarse, mientras me escabullía detrás de Fred arañándome las manos y las rodillas en las juntas que había entre la moqueta marrón y las baldosas rojo oscuro, hasta llegar al final de las mesas, donde me di de cabeza con el trasero de Fred. Viendo una oportunidad en el momento en que Teresa la Gorda, la cocinera del colegio, cruzaba la puerta de la cocina con una bandeja de perritos calientes, le dije a Fred que se levantara y en un segundo nos metimos en la cocina del pub. Agachados por detrás de la encimera de acero inoxidable, salimos disparados al jardín por la puerta trasera, corriendo bajo una hilera de paños de cocina colgados en la cuerda de tender. Hasta que llegamos al puente, no nos detuvimos para respirar, doblándonos por la cintura.

Fred me miró con las manos en las rodillas y dijo:

—¿Qué hacemos con la pistola?

—Se la he devuelto a Miles, en el pub —jadeé, sintiendo que mi corazón palpitaba de temor y júbilo a la vez.

Eso sorprendió mucho a Fred.

—Oh, Mickey. Vamos a meternos en un buen lío. Miles me hizo prometer que nunca la tocaría.

Me incorporé, inspiré hondo y me aparté el pelo con las dos manos.

—Para empezar, él no debería tener un arma en casa. Eso es ilegal.

—¿Crees que tendrá problemas con la policía? —preguntó Fred.

Me encogí de hombros.

Fred sorbió por la nariz y se la frotó con la manga del impermeable. En sus pálidas mejillas habían aparecido sendas manchas rojas.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo

—Tendremos que huir de aquí.

La idea de huir no era nueva para mí, sólo que, cada vez que pensaba en ello, tardaba tanto en meditar la nota de despedida y planear las cosas que

me llevaría, que para cuando me ponía a mirar la pequeña maleta que guardaba encima del armario, normalmente ya había descartado la idea. O me había entrado hambre.

Lo que nunca había considerado era la posibilidad de huir así como así, improvisadamente. Pero ahora, sin nuestro tesoro, buscados por el asesinato de *Hércules*, y ante el lío que íbamos a tener con Miles y con mis padres (que me castigarían a no salir de mi cuarto durante un año en cuanto se enteraran), largarme del pueblo me pareció la idea más brillante.

—Algún coche pasará —dije, moviendo mis empapados dedos de los pies dentro de las botas. —Pero igual tarda años —objetó Fred, con gesto solemne al ver que yo hablaba muy en

serio. —Pues tendremos que esperar —repuse, y de un salto me subí a la tapia, notando cómo la piedra fría me presionaba la cara posterior de los muslos. Me rodeé la cintura con los brazos, abrazándome, pero no dejaba de tiritar.

Guardamos silencio un buen rato.

Balanceando las piernas, aburridos, contemplamos el río. Yo nunca lo había visto tan crecido. Normalmente, en verano, un agua transparente cubría apenas las piedras revestidas de musgo que había en el lecho, y podías ver pececitos negros bregando contra la corriente. Ese día, en cambio, había casi un metro y medio de agua y la corriente era rápida, con hojas y ramitas dando vueltas en remolinos oscuros que me recordaron a un batido de chocolate.

—¡Salvado! —dijo Fred, agarrándome bruscamente el brazo mientras saltaba la tapia, pero apenas pudimos sonreírnos el uno al otro.

Fred había cogido un palo de alguna parte y se puso a golpear las piedras relucientes. Luego, dándome un codazo, lanzó el palo hacia atrás, al río.

—Te echo una carrera —dijo, saltando de la tapia y corriendo por el puente para ver pasar el palo por debajo.

—No vale —dije, y corrí tras él hasta alcanzarlo, contenta de tener algo que hacer, mientras mirábamos al agua estirados sobre el amplio pretil. Un segundo después la ramita de Fred apareció allá abajo, girando en las minúsculas olas.

—¡Más! —exigí, dejándome animar con aquel viejo juego de nuestra infancia compartida. Fuimos corriendo por más palos. Luego regresamos al

lugar exacto del puente y nos quedamos allí, cada cual con una ramita en la mano.

—Preparados.. listos.. —empezó Fred—. ¡Ya! —añadió de pronto, y ambos lanzamos la rama al agua y cruzamos rápidamente para ir al otro lado del puente—. No las veo —dijo, asomándose mucho al pretil. Sus pies ya no tocaban la calzada mientras miraba hacia abajo. También yo miré, pero sin alcanzar a ver, de modo que él se asomó todavía más y hubo un ruido raro que resonó en la parte inferior.

—¡Salvada! —exclamé riendo mientras lo empujaba en plan de broma. Sin embargo, esta vez no lo agarré. Quise hacerlo, pero quizá lo había empujado con demasiada fuerza. Quizá no fui lo bastante rápida, después de un día agotador, o quizá Fred no pudo sujetarse bien, el caso es que perdió el equilibrio y, como un saco de patatas, cayó al agua y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Fred! —grité, asomándome todavía más al pretil—. ¡Fred!

Pero la corriente ya lo arrastraba. Su cabeza daba saltitos en el agua, y de vez en cuando se veía un brazo tratando de agarrarse a algo en medio del torrente, con el impermeable naranja que se le hinchaba en los hombros.

Miré alrededor, presa ahora de otro tipo de pánico.

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! —grité, pero no se veía a nadie. Estaba anocheciendo y todo el mundo debía de haber regresado al pueblo. Corrí al otro lado del puente y volví, completamente aterrorizada.

Bajé corriendo por el talud y escuté el agua, consciente de que a cada segundo que pasaba, Fred corría más peligro. Nadando era malísimo. Había quedado el último en la competición de braza del colé, mientras que yo ya había conseguido el bronce en supervivencia.

—¡Socorro! —gritó Fred con un gorgoteo ahogado.

—¡Aguanta! Ya voy, ya voy —chillé al verlo, procurando no perderlo de vista, pues su cabeza aparecía y desaparecía en el agua.

Me quité las botas y la parka y me lancé desde la ribera al río marrón. Al momento me sentí pesada mientras el agua me calaba la ropa y me helaba la piel. Grité al notar que la

corriente me levantaba en vilo y me alejaba de la ribera. Pestañeando y tiritando de frío, intenté quitarme el agua de los ojos y llamar a Fred.

Mucho después, o eso me pareció a mí, divisé un destello naranja de la prenda de Fred. Nadé en aquella dirección y aferré su ropa mientras tiraba de él hacia mí. Por suerte, el peso de los dos frenó un poco nuestro avance

en la rápida corriente. Tosiendo y escupiendo agua, esquivé una rama de árbol, y rápidamente, agarrando a Fred de la barbilla y nadando como una loca, conseguí hacer pie.

—Fred. . No.. —grité, subiéndolo como pude a la orilla y viendo horrorizada cómo le colgaba la cabeza hacia un lado.

Trepé a la hierba del margen, me puse de rodillas y empecé a izarlo cogiéndolo por las axilas. Casi no podía con él, la ropa empapada lo convertía en una pesada carga. Mientras tanto, yo lloraba, jadeaba, resbalaba por el talud, tiritando de frío y miedo. Por fin conseguí sacarlo completamente del agua y lo acuné en mis brazos.

—Fred —dije entre sollozo y sollozo, dándole palmadas en la cara con mis dedos amoratados. Entonces me acordé de lo que nos habían enseñado en el cursillo de socorrismo. Junté las manos en un solo puño, las apoyé en su estómago, y comencé a subir hacia sus costillas—. Vamos, Fred. . Tranquilo. . Todo irá bien..

Súbitamente, él se puso de costado y vomitó medio río antes de empezar a toser entre convulsiones. Pero a mí no me importó, aliviada al ver que estaba vivo y que no lo había matado.

—Oh, Fred, oh, Fred —exclamé, frotándole la espalda mientras él seguía tosiendo. Por fin, extenuado, se derrumbó sobre mi regazo con el pelo pegado a la pálida cara, mirándome.

—¿Ha ganado mi palo? —preguntó con la voz apagada.

Entonces me dejé caer a su lado, riendo a carcajadas mientras nos agarrábamos el uno al otro. —Sí, esta vez has ganado tú —le dije—. Has ganado, sí. —Y en el firmamento, sobre el pueblo, los fuegos artificiales despidieron una cascada de chispas verdes. Los hombres de la basura me despiertan. Joe está sentado junto a mí en la cama, con las piernas estiradas, vestido y mirando una baraja. Me quito los tapones de los oídos.

—Te reías en sueños —dice.

—¿Ah, sí? —Me incorporo y me froto los ojos—. ¿Qué hora es?

—Las siete y media. No has oído el despertador. ¿Puedo desayunar algo?

Asiento con la cabeza y le doy una palmadita en la pierna. Joe se baja de la cama, absorto todavía en la baraja, y va hacia la cocina. Lo oigo abrir la nevera, bostezo y me levanto. El edredón está en el suelo y vuelvo a ponerlo sobre la cama antes de ir al cuarto de baño. Desde que estoy sola duermo como una posesa, agitando los brazos, dando patadas y (según Joe)

masculando frases incoherentes. Cuando estaba casada con Martin, no me movía por la noche, claro que tampoco es que durmiera mucho. Me quedaba tumbada en mi lado de la cama y miraba el despertador.

Todavía me parece un misterio haber estado casada, pero también es verdad que estuve muy cerca de la muerte clínica sin que nadie se diera cuenta. A los veintiún años había tomado ya un cúmulo de decisiones basadas en una lógica defectuosa, que no en sentimientos lógicos, pero hasta yo tuve que admitir que una de las peores fue unirme a un hombre del que no estaba enamorada a cambio de su promesa de ser un padre para Joe y proporcionarme un hogar lejos del sofocante Rushton. No obstante, pese a mis presentimientos, me zambullí en el matrimonio antes de comprender que ni todas las moquetas nuevas ni todos los muebles tipo

«móntelo usted mismo» podían compensar el hecho de que la espalda superpeluda de Martin me diera escalofríos. Aprendí también que no hay peor sensación de soledad que dormir al lado de alguien a quien no quieres.

Me ducho a toda prisa, me cepillo los dientes y me reúno con Joe en la cocina. Está

mirando las instrucciones de la cometa. Creo que se siente culpable por lo de ayer. Yo, en cambio, me siento culpable por lo de hoy. Es sábado y tendré que ayudar a Lisa, puesto que Marge tiene hora en el hospital. No sé qué de unas venas varicosas, de hecho empezó a explicármelo, pero preferí no saber nada. Marge se enciende cuando habla de temas médicos y si pudiera operarse de más cosas, sin duda lo haría. Cuanta más sangre, cuanta más viscera, mejor.

Lo malo es que Joe se quedará solo, al menos hasta media tarde. No parece tan contrariado como lo estoy yo y prometo llevarlo al parque más tarde, pero creo que se alegra de poder jugar en su ordenador sin que lo molesten.

La mañana pasa volando, y es una suerte que haya tanto ajeteo en la floristería. A eso de la una aparece Fred.

—Hola —dice tímidamente, señalando la puerta—. Pasaba por aquí y. . Lleva pantalón corto y gafas de sol sujetas por una correa de goma alrededor del cuello. Me doy cuenta de que lo estoy mirando como una boba.

—Hola —respondo, totalmente desprevenida, sin saber cómo reaccionar. Y avergonzada también. Después de pensar en él anoche, siento

como si me hubiera pillado en falta. Lisa nos observa, pero yo no me atrevo a mirarla. Estoy demasiado turbada para dar explicaciones.

—Es muy bonita, la tienda —dice Fred.

—Gracias —murmuro.

—Si estás ocupada, puedo venir en otro momento. .

—No, no. En absoluto —tartamudeo, recordando mis buenos modales—. Sube al apartamento y tomamos un café. No te importa, ¿verdad? —le pregunto a Lisa con los ojos muy abiertos.

Ella responde arqueando maliciosamente las cejas:

—Tranquila.

Hecha un manojo de nervios, voy hacia la escalera seguida de Fred. Me fijo en la moqueta raída, la pintura desconchada y las cañerías a la vista. No sé por qué, quisiera causar buena impresión. Quiero demostrar que me he abierto camino en la vida. Entramos en la sala de estar y, no sin esfuerzo, abro la ventana para que entre un poco de aire. En la cocina, el fregadero está lleno de platos por lavar y la encimera, cubierta de restos de mantequilla, extracto de levadura y pedazos de corteza de pan, seguramente dejados por Joe al prepararse un bocadillo.

—Perdona el desorden, no estoy acostumbrada a tener visita. De hecho, eres la primera persona que viene —digo cohibida mientras lleno de agua el hervidor—. Los hijos, ¿no? —

bromeo, arrancando un trozo del papel de cocina que utilizo para limpiar la encimera—. ¿Los tuyos son tan malos como el mío?

—No tengo hijos —contesta Fred, que parece confuso.

—Creía que.. Bueno, como te vi en el ToyZone. Estabas comprando juegos.. Se rasca el cogote.

—Eran para mí. Bien, para mí y mi compañero de piso, Eddie. .

—Oh —digo, sin acabar de entenderlo. Habla como si fuera una cosa tan normal que sólo se me ocurre que Fred se me ha vuelto gay.

Veo que estira el cuello para mirar entre la cocina y la sala. De repente, al verlo reflejado en sus ojos, me parece un sitio increíblemente pequeño y miserable.

—Es bonito —dice—. ¿Vives sola?

—No. Lisa también vive aquí, pero aparte de ella somos sólo Joe y yo. Me casé, ¿sabes?, pero. . bien, la cosa no funcionó. Creo que lo mío no era estar casada. ¿Y tú.. ?

—Estoy prometido.

—Ah —digo, cruzándome de brazos. Está visto que no paro de meter la pata. Menos mal que sólo tengo dos, de lo contrario quién sabe la que podría armar—. Vaya, enhorabuena.

—Gracias.

—¿Y cuándo es el gran día?

—Dentro de un mes.

—Oh. —Asiento con la cabeza—. Tan pronto..

Fred se queda mirándome y noto que me pongo colorada. Los dos reímos nerviosamente.

—¿Mamá? —Es Joe, que me llama desde su cuarto.

—Ven a conocer a Joe —propongo, tratando de parecer animada y natural, aunque por dentro no lo estoy en absoluto.

Detesto tener que presentarle hombres a Joe. Las pocas veces que he salido con alguno ha sido un desastre. El último fue Tom, hace cosa de un año. Era muy simpático, un poco a lo machote, pero no pudo aceptar que yo tuviera un hijo. En lugar de eso hizo lo posible por pasar de Joe y luego se enfadaba cuando teníamos que incluirlo en los planes del fin de semana. Como es natural, Joe y Tom se odiaron desde el primer momento, y hube de poner fin a la relación casi cuando empezaba.

—Joe, éste es Fred —le digo cuando llegamos a su cuarto—. Un viejo amigo mío. —La frase me suena cursi y victoriana incluso a mí—. Nos conocemos de la época de Rushton.. Ellos no me hacen caso, se saludan con un gesto de la cabeza y dicen: «Ah, muy bien», en el mismo tono. Serán cosas de chicos, pienso, pero parece que la situación no los mueve ni los conmueve. Ambos desvían su atención al ordenador.

—¿A qué juegas? —le pregunta Fred, sin darme tiempo a explicar nada más. Joe murmura el nombre del juego y Fred asiente con la cabeza.

—Lo tengo —dice, entrando por fin en la habitación como si conociera a Joe de toda la vida—. ¿En qué nivel estás?

—No paso del tres —responde, indiferente, como si fuera tan normal que un desconocido mancillase la sagrada moqueta de su espacio privado, como si eso ocurriera a diario. A mí casi me pide una dispensa papal por pasar el aspirador—. Me cargo a los imitantes, pero luego los del monopolín me liquidan a mí —explica como si tal cosa.

No puedo creerlo. Joe lleva una semana tirándose de los pelos porque no puede avanzar en el juego. ¿Cómo es que ahora se lo toma con tanta calma?

—Te entiendo —afirma Fred—. Es chungo, ¿verdad? A mí me costó una barbaridad, pero cuando le coges el truco, resulta fácil. ¿Quieres que te enseñe cómo?

Joe asiente.

—Pues hazme sitio —dice Fred, mientras Joe le deja espacio en el extremo de la cama, donde está sentado, y le pasa el mando. Al momento se ponen a mirar la pantalla mientras Fred le explica lo que tiene que hacer.

Me retiro, perpleja y con la sensación de que allí sobro. Me dedico a ordenar la cocina, haciendo el mínimo ruido posible, con las antenas puestas para saber qué pasa en el cuarto de Joe. Es raro tener a Fred en el apartamento. Parece la cosa más natural del mundo, pero al mismo tiempo soy consciente de que apenas sé nada de él. Igual resulta que ha dedicado los últimos quince años a la pedofilia. Podría ser cualquiera salvo el Fred Roper que yo conocí. El agua hierve.

—¿Fred? —llamo, mirando al techo. Es como si llamara a Joe, pero al no obtener respuesta voy a espiar qué hacen.

Mi hijo está casi en trance.

—Mola un montón —exclama. Vuelve la cabeza y añade—: Mamá, estamos en el siguiente nivel. Es muy fácil.

Fred se pone en pie y le pasa el mando a Joe. Éste le sonríe.

—Gracias —dice, con los ojos brillantes de gratitud—. ¿Puedo bajar a buscar unas patatas fritas a la tienda? —me pregunta.

—Vale. Pero no tardes, recuerda que luego iremos al parque.

Pone la pausa, se desliza entre Fred y yo, y sale del cuarto más entusiasmado que nunca desde hace meses.

—Es un gran chaval —dice Fred, siguiéndome a la cocina.

—Desde luego, le has hecho el favor del año.

Veo marcharse a Joe y me pongo a preparar café instantáneo.

—¿Cómo lo tomas? —pregunto.

—Solo, sin azúcar. Gracias.

—Bien.

Le doy la espalda, con la sensación de que no debería haber preguntado. Es extraño no saber cómo toma el café este desconocido y sí cuáles son sus golosinas preferidas. Ahora que lo pienso, creo que soy de las pocas personas en este planeta que podría identificar a Fred en un desfile de sospechosos por la cicatriz en forma de puñal que tiene encima del codo izquierdo de cuando se cayó de un kart y, sin embargo, no tengo ni remota

idea de dónde vive ni cómo se gana la vida. Al romper el precinto de un tarro nuevo de café instantáneo, los granos de café

saltan, y debo reconocer que me siento un poco así, revuelta, como si Fred hubiera roto el precinto de mi vida.

—Bueno —dice, cuando le paso la taza—, ¿por dónde empezamos?

Soplo nerviosa sobre el vapor que desprende mi tazón.

—No estoy segura.

Charlamos un rato e intercambiamos información. Es como si estuviéramos leyendo fragmentos de nuestros respectivos currículos, pero como si nada de todo eso tuviese gran importancia. Me habla de su empleo en informática y yo, de cuando me fui de Kent.

—Después del divorcio, Joe y yo estuvimos allí un tiempo, pero no me gustaba. Siempre tenía que evitar a los amigos de Martin. Yo había estudiado floristería, pero decidí hacer un curso de Administración de Empresas. Siempre había soñado con instalarme en Londres, y cuando salió la oportunidad, pedí un crédito al banco y pensé, qué diablos... —Hago un gesto con ligereza.

—Muy propio de ti, Mickey. Siempre fuiste muy valiente.

—¿Valiente? Yo, de valiente, nada.

—Sí que lo eres.

—Vamos, anda. Tú no me conoces. La última vez que nos vimos era una adolescente. Desde entonces me he vuelto una cobardica de campeonato.

—No te creo. Las cosas nuevas no te daban miedo. Las nuevas aventuras. Yo tenía celos de ti.

—Pues ahora soy diferente.

—¿De veras?

—Sí —afirmo—. Por supuesto. Completamente distinta.

Fred me mira y baja la vista. Guardamos silencio. Esta conversación tenía que agotarse tarde o temprano. Es como si hubiera un salto gigantesco lleno de chatarra del pasado y no pudiéramos ver más allá hasta haber limpiado toda la basura. Fred toquetea el asa de su taza y suspira.

Decido romper la burbuja.

—¿Por qué no me escribiste? —pregunto, dejando el tazón sobre la mesa. Me llevo las manos a las caderas y lo miro, pero él sigue mirando hacia otra parte—. ¿Por qué no telefoneaste ni nada? —Aunque intento que suene como si no me importara, advierto en mi voz un tono de crítica.

Fred levanta la vista.

—Te escribí —asegura, pero yo niego con la cabeza y lo hago callar.

—No me mientas —pido, mordiéndome los labios—. Ahórratelo.

Quiero decir que.. ahora ya da igual, pero. . —Carraspeo—. No sabes cómo me afectó tu marcha. De acuerdo, recibí una postal con tu dirección, pero después.. nada de nada. No podía creer que no quisieras seguir en contacto conmigo —confieso, sintiendo un escozor en los ojos, el escozor de la cruda verdad—. Fue un modo muy puerco de acabar lo nuestro. Me sentó fatal. Bueno, algo más que eso. Me puso furiosa.

—¿Tú? ¿Tú te pusiste furiosa? —Fred parece indignado—. Te escribí un montón de veces. Estaba hecho mierda. Joder, Mickey, tú no te imaginas..

—A mí no me llegó ninguna carta. Y yo en cambio te escribí casi a diario. Durante meses.

—De repente me pongo a reír recordando mis tonterías, tratando de conservar a Fred cerca de mí pese a que estaba a muchos kilómetros de distancia—. Pero supongo que es mejor así. Lo que te ponía era un tanto embarazoso.

—Dudo que fuese tan malo como mis poesías.

—¿Me enviaste poemas?

Asiente con la cabeza.

—Bueno, llamarlos así es excesivo. No eran más que una sarta de chorradas —

reconoce—. Las rosas son rojas, las violetas, azules.. Ese tipo de verso.

—Las violetas no son azules, como su propio nombre indica.

—Sabía que no entenderías mis poemas.

—Eso no es nada —confieso—. Yo te envié un *aftershave* de marca.

Fred se ríe:

—Qué vulgar.

Ahora, mirándolo, no puedo evitar una sonrisa:

—Nunca me diste las gracias.

—Me temo que mi madre interceptó tus cartas. Estaba desesperada por evitar cualquier tipo de contacto entre tú y yo. Ya sabes, que nada pudiera recordarme.. —Suspira—. Lo siento mucho.

—La mía debió de hacer lo mismo. La muy fisgona. Yo sería incapaz —digo rabiosa, pasmada ante la magnitud de la intervención de nuestros

padres, pero notando que las palabras «Lo siento mucho» han disipado parte de mi ira.

—Ahora no haría falta. Tendríamos correo electrónico y teléfono móvil. Sería fácil seguir comunicados. Pese a los padres. Pese a todo.

—Supongo que sí.

Fred estira el brazo y pone su mano sobre la mía.

—Aunque sea tarde —dice—: te eché de menos.

Me recorre un escalofrío y durante un momento me siento como paralizada. Bajo la vista, alarmada por el calor de su contacto. Tiene vello rubio en los dedos y me fijo en que sus manos son fuertes y morenas.

—Yo también —digo con una sonrisa, y retiro la mano.

Lisa está atendiendo a un cliente y hay otro esperando, de modo que cuando bajamos a la tienda, estoy un rato ocupada. Miro a Fred por el rabillo del ojo. Se ha quedado en un rincón, observando en derredor.

—Bueno, hálame de esa novia tuya —le digo cuando acabo—.

Imagino que tendrá un nombre, ¿no?

—Rebecca.

—Rebecca —repito—. ¿Y cómo es?

Fred sopla con los carrillos hinchados y pone cara de perplejidad.

—Pues..

—Vamos, seguro que puedes describir a la afortunada mujer que va a casarse contigo —
bromeo.

Se mete las manos en los bolsillos y encoge los hombros hasta las orejas.

—No sé cómo describértela. Trabaja en cosas de márketing. Acaba de volver de Oslo. Ahora iba a verla..

—Llévale unas flores. Pago yo.

—No, no es necesario. . en serio.

—Vamos, coge unas rosas. Éstas ya estarán mustias el lunes. Más vale que las disfrute alguien.

Me agacho para coger un buen puñado de rosas de tallo largo del cubo negro que hay junto a la caja registradora. Las manejo con cuidado debido a sus afiladísimas espinas. Personalmente no me gustan. Prefiero las flores frescas de primavera; las rosas rojas son un poco estereotipadas. De todos modos son caras, y por alguna razón me parece que la tal Rebecca tiene gustos caros, de modo que no quiero decepcionarla.

—Mickey, no es necesario. Y no tantas. Con un par bastará..

—Has de llevarle un buen ramo —digo, añadiendo unas cuantas flores más. Lo envuelvo en celofán y papel marrón, y lo ato con una cinta de rafia

—. Qué poco romántico eres. Toma —
digo, pasándoselo.

Fred lo acepta a regañadientes.

—Muy amable.

—De nada. Espero que le guste. —Junto las manos a la espalda, muy consciente de mis poco femeninas uñas.

Fred parece indeciso. Las rosas casi lo han ofuscado.

—Deberíamos vernos otro día —dice, y yo asiento con la cabeza.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Lo acompaño hasta la puerta y abro. Suena el timbre.

—Me ha gustado verte, Mickey.

—Y a mí verte a ti. —Me siento muy rara, como si un viejo sentimiento se hubiera agitado dentro de mí, no sé explicarlo.

Fred se queda mirándome. Estamos tan cerca que me pregunto si puede ver cómo el corazón me late bajo la camiseta. Es como si esperara que le diese un beso en la mejilla o le estrechara la mano. Sólo sonrío y me apoyo en la puerta. El gran ramo de rosas cruje cuando él pasa junto a mí.

Cierro la puerta y Lisa se me acerca. Juntas contemplamos cómo Fred se aleja por el espacio que queda entre las pegatinas del cristal.

—¿Quién es? —pregunta Lisa.

—Fred Roper —suspiro, un poco triste—. Mi antiguo vecino.

—Es muy mono, ¿no?

—Qué me vas a contar.



3. Fred

Frente a la tienda de Mickey, en la acera hay un capullo rosa que me recuerda al papel pintado del vestíbulo de la casa de mis padres en los años setenta. Al echar a andar, los pétalos esparcidos revolotean apartándose de mis pies y de pronto percibo una timidez que no sentía desde mis años de pubertad. Como cuando di el estirón, mi cuerpo me resulta extraño, y estoy convencido de que hasta el más normal de mis movimientos debe de parecer exagerado y brusco, como si fuera una marioneta rota.

La causa de todo esto, cómo no, es Mickey. No puedo evitar preguntarme si me estará

observando, y, en tal caso, a quién ve. ¿Le recuerdo todavía al Fred Roper que conoció, o los vínculos que tuvimos se han perdido para siempre, cortados ese funesto día de mi adolescencia en que me trasladé a Escocia con mi madre?

Resisto las ganas de girar la cabeza. ¿Qué es lo que estaría buscando? ¿Una confirmación de que todavía le intereso? ¿Por eso, a pesar de que la razón me inspira lo contrario, siento el impulso de tomarle la palabra y venir a verla otro día? ¿Qué es lo que yo buscaba, algo que me tranquilizara? ¿Me estaba midiendo con el joven que fui, para poder reafirmar que había tomado la decisión correcta al olvidarme de él? ¿Es por eso por lo que, después de tantos años esforzándome por mantener a raya el pasado, he decidido desenterrarlo? ¿O es que al ver a Mickey en el ToyZone reparé en lo mucho que la echaba de menos?

Quizá fue por su ropa, la falta de logotipos de marca en su cazadora o sus zapatillas de deporte, en contraste con todos aquellos vistosos embalajes que había en la tienda, pero hubo algo en la mujer que estaba a mi lado en la sección de videojuegos del ToyZone que me indujo a mirarla.

Incluso de perfil, y aunque se la veía innegablemente mayor, supe al momento que era Mickey Maloney. Su linda cara de niña intrépida, un poco masculina (aunque ahora más redonda, quizá, que entonces), me seguía resultando tan familiar como la mía propia. ¿Cómo podía ser de otra forma? La había visto crecer desde que era pequeña, sus pómulos enmarcando una naricita un poco respingona, su quijada cada vez más recta, cobrando fuerza y decisión, y sus labios pequeños y curvos volviéndose tiernos y más gruesos. Llevaba el pelo, castaño y brillante, recogido sobre la cabeza, y le colgaban unos rizos sueltos, más largos de lo que yo recordaba, rozándole la piel pálida y desnuda de la nuca por encima del cuello de la cazadora. Me

quedé mirándola impotente, asombrado de que pudiera estar tan cerca y, sin embargo, completamente ajena a mi presencia.

Sus vaqueros estaban gastados, igual que cuando éramos pequeños. Parecía en buena forma y toda su figura tenía la misma confianza de antaño, como si su cuerpo fuera algo que no le había preocupado demasiado durante mucho tiempo. Medía unos diez o quince centímetros menos que yo. No era fácil de adivinar, estando como estaba estirándose para alcanzar una consola del expositor. Doce centímetros, seguramente. Así es como yo la recordaba, con mi mentón descansando sobre su coronilla cuando bailábamos.

Miré otra vez su cara, nuevamente fascinado de que significara tanto para mí. Era como mil instantáneas reunidas en una sola. La historia de nosotros dos. Luego ella volvió la cabeza hacia mí y el momento se desvaneció tan rápido como había llegado. Negar, y si eso fallaba, huir. Siempre habían sido mis dos tácticas favoritas en las

ocasiones previas (un total de dos) en que personas de mi juventud habían reaparecido de improviso en mi vida. La primera vez fue casi diez años atrás en la Universidad de Manchester, cuando yo me negué a mí mismo ante un compañero de estudios que me identificó como el Fred Roper que vivía cerca de él, en la Avenida de Rushton, a principios de los años ochenta, el mismo Fred Roper cuyo padre había. . La segunda ocasión (y la más peligrosa de las dos en lo concerniente al riesgo que entrañaba) me supuso un dramático y pragmático acceso de náuseas en una fiesta particular a la que asistí con Rebecca varios años después, cuando divisé a un tipo que me miraba pasmado desde la otra punta de la sala y a quien reconocí como Jonny Phipps, un chico con quien había ido al Greenaway College de adolescente y que, una vez más, debía de saberlo todo acerca de mí y de Miles.

Y ahora me veía ante una tercera ocasión, y la mujer que me miraba no era sólo una persona de mi pasado, sino la única persona del planeta, con la posible excepción de mi madre, que sabía realmente quién había sido yo.

Debí seguir andando, claro está, dejando atrás los otros clientes, las cajas y las cajeras aburridas, cruzar la puerta basculante y salir al último sol de la tarde hasta el aparcamiento y su seguro anonimato. Todo menos quedarme donde estaba. Que fue lo que hice. Y entonces hablamos.

Incluso después, ya en el aparcamiento, el orgullo que debería haber sentido tras hacer al fin lo más sensato, escabullirme cuando ella contestó a

su teléfono, brilló por su ausencia. En cambio, me encontré de pronto atravesado de vergüenza sin poder evitarlo. Por primera vez en mi vida se me ocurrió que lo que había estado haciendo, en vez de ir adelante, había sido escapar. Sin duda le debía a Mickey algo más que eso. Sin duda, después de lo que había habido entre los dos, le debía la oportunidad de explicarse. Y sin duda también me debía a mí mismo descubrir por qué ella se empeñó en partirme el corazón. Aquí, al día siguiente, frente a la floristería, doblo la esquina y me detengo. Bien, una cosa es segura: si mi propósito al presentarme era satisfacer mi curiosidad, no me ha salido bien. Resulta que ella no recibió mis cartas. Santo Dios. De repente veo un mundo paralelo de posibilidades que me han sido negadas. En vez de renunciar a lo nuestro como hice (suponiendo que Mickey había hecho otro tanto), ¿qué habría pasado si yo hubiera recibido sus respuestas, si me hubieran dado la fuerza necesaria para luchar por mi vida, en vez de dejar que se borrara por completo? ¿Y si yo hubiera adivinado (cosa que ahora parece obvia) que sus padres habían visto mis cartas antes que ella? ¿Cómo sería ahora mi vida? ¿Seguiríamos intentando estar juntos?

Sin previo aviso, me abruma un sentimiento de cariño hacia ella, y sonrío. Con el corazón laténdome con fuerza en los oídos, siento un tremendo deseo de girar sobre mis talones y regresar corriendo a la tienda. Queda mucho de que hablar: sobre sus padres y lo que sucedió, sobre Joe, sobre tantas y tantas cosas.

El mundo reverbera con su luz cuando me quito las gafas de sol y me paso el brazo por la cara. Una gota de sudor me baja por la frente y corre por el puente de la nariz antes de caer sobre una de las rosas del ramo. Me quedo mirándola, brilla como el rocío. Luego contemplo las rosas: un regalo de Mickey para mí, que a mi vez voy a transformar en regalo mío para Rebecca. Rebecca.

¿En qué estoy pensando? No puedo volver así como así a la vida de Mickey por un capricho, no cuando ya no tengo sitio en mi vida para ella. Y así están las cosas, ¿no? Me siento realizado. En eso consistieron mis deseos de Año Nuevo: asegurarme de que me siento realizado.

Muy bien, Mickey fue mi mejor amiga hace muchos años y, sí, cuando nuestros caminos se

dividieron, la eché muchísimo de menos. Pero ¿y ahora? ¿Después de tanto tiempo? No, han cambiado demasiadas cosas entre nosotros para ser lo que fuimos una vez. Ella tiene un hijo, un negocio, una nueva vida, y yo,

dentro de cuatro semanas, seré un hombre casado, establecido, feliz. Lo único que hago ahora es perseguir antiguos sueños, cerrar un capítulo de mi vida que ya no existe. Mickey no sabe nada de mí, ni siquiera mi nombre. Lo que siento son viejas emociones, ecos de mi adolescencia. Que se desvanecerán. Lo sé, sólo es cuestión de tiempo. Como con Miles, al final Mickey desaparecerá.

Me pongo otra vez las gafas y camino hacia mi casa. Aquí tengo una vida, con Rebecca, hoy, me fuerzo a recordar, y es en eso en lo que debo concentrarme; no en lo que fue o lo que podría haber sido, sino en lo que es. Mickey Maloney es alguien a quien debo olvidar. Debo verla como lo que es: una pieza más de mi pasado, que enterré en su momento y puedo volver a enterrar.

Lo primero que hago cuando llego a casa es abrir el cubo de la basura y hundir allí las rosas, sepultarlas bajo la caja de la pizza de anoche y los restos del desayuno de esta mañana.

Esa misma tarde paso en coche por Queen's Park, junto a las casas de ladrillo de los obreros ferroviarios de la era victoriana, y enseguida me veo metido en un atasco imponente en la carretera de Harrow. En la media hora que tardo en cubrir tres kilómetros hasta el piso de Rebecca, hago una llamada telefónica, recibo otra y paso unos cinco litros de fluidos corporales en forma de sudor a la tapicería del asiento del coche. Hace seis años que tengo este automóvil, un Renault 5 rojo de principios de los ochenta. Rebecca, que tiene un descapotable Saab azul marino con detalles personalizados, odia de verdad mi Renault y, en más de una ocasión, me ha sugerido cambiarlo por un medio de transporte más fiable y sofisticado («Por ejemplo, un burro», propuso, con cierta mala leche, en mi opinión). Los coches son importantes para ella, y por eso se niega a ir en el mío. No es algo que me preocupe. En mi, por lo demás, tecnófila existencia, mi Renault 5 es el único objeto que me suscita afecto. Compartimos historia él y yo. Me ha durado ocho tarifas de telefonía móvil, cuatro empleos, dos novias y un choque múltiple en la autopista. Y mientras continúe velando por mí, yo haré lo mismo por él.

La llamada es a Susan, que está en la oficina trabajando en los clientes potenciales y las estadísticas de ventas que tenemos que presentar el jueves a nuestro director de finanzas, el virginiano Michael. El próximo fin de semana viaja a Stateside, en la Costa Este, para la reunión mensual con nuestros inversores norteamericanos, y, como siempre, necesita munición

en forma de gráficos optimistas para demostrar que nuestro flujo de ingresos crece por momentos y que (oh, por supuesto que sí) abandonaremos los números rojos antes de fin de año (cosa que, con un poco de suerte, lograremos).

Llamo con el fin de verificar que Susan, buena amiga mía además de colega de muchos años, no se me vuelva loca teniendo por toda compañía al equipo de desarrollo web y a los de atención al cliente. Pero que nadie crea que lo hago por altruismo. Al igual que Susan, soy incapaz de conectarme a la oficina desde casa y trabajar vía extranet (demasiadas distracciones: la televisión, Sony y Eddie, por nombrar sólo tres), y mañana estaré sentado exactamente donde ella está ahora, confiando en que también interrumpa con una llamada telefónica similar a la mía mi soporífero turno de domingo.

—¡Me estoy derritiendo, Dorothy! —chilla Susan por el teléfono—. ¡Sácame de aquí!

Río al imaginar la escena de *El mago de Oz* en que muere la Malvada Bruja del Oeste.

—Si quieres que el día te pase volando —le digo—, sólo tienes que entrechocar tres veces los talones de tus zapatos.

—No puedo.

—¿Qué pasa? ¿Es que no sabes contar hasta tres?

—Lo que pasa, Einstein —me corrige—, es que para poder chocar los talones de los zapatos, primero has de ir calzado.

—¿Estás descalza?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tengo los zapatos en la nevera.

—¿En la nevera?

—Ajá. Enfriándose.

—¿Cómo que enfriándose?

—Y mis bragas también. .

—¿Tus bra.. ?

—Oye —replica, ofendida—, ¿qué esperas que haga una chica? El aire acondicionado no va y los muslos me chorrean como dos pollos asados. En fin —añade, con tono más conciliador—, Germaine Greer dice que las mujeres no deberían llevar bragas si no lo desean.

—Bravo. Abajo las bragas.

Oigo el siseo de un fósforo cuando Susan enciende un cigarrillo (Silk Cut) y da una calada a fondo. Aunque por desgracia eso ya no me ataño, fumar en el puesto de trabajo es la única ventaja de trabajar en fin de semana. (Los días laborables te confinan al Rincón del Cáncer, un pequeño espacio embaldosado bajo una palmera artificial en el vestíbulo de la zona de recepción.)

—¿Por qué no llamas a la compañía y les dices que envíen a un técnico para que lo arregle? —le sugiero—. El número de urgencias debe de estar en el CD-ROM de Jimmy. .

—Ya lo he hecho —me interrumpe Susan.

—¿Y?

Su voz baja de tono:

—Pues que no responden. Bueno, sí, pero no consigo llegar a ninguna parte. Me van pasando de grabación en grabación, es como un laberinto..

—¿Y si envías un correo electrónico?

—Contestan una vez al año. —Hace una pausa y suspira—. ¿Sabes qué? Me convendría más pedir ayuda al Mago de Oz.

Sorbe por la nariz y me imagino el puchero a lo Bette Davis que está haciendo ahora, con su cabello rubio platino cayendo en ondulados mechones a ambos lados de su angulosa cara de elfo. Doy gracias al cielo de no estar allí para verlo. Seguro que, como mínimo, tendría que invitarla a un helado, ir a buscarlo al bar de la empresa y volver con él medio derretido, pero soy incapaz de hacer esas cosas.

—Olvídalo —digo, situándome a la altura de un furgón frigorífico aparcado frente a una carnicería—. El mago es un charlatán. Pura fachada. Todo el mundo lo sabe.

—Gracias por la solidaridad —bufa, y añade—: Por cierto, ¿dónde estás? No, no me lo digas —se apresura a pedir—. A ver si lo adivino. Sentado en una playa recoleta de la costa de Cornualles, con una caña de pescar clavada en la arena entre tus pies y una botella de cerveza helada en la mano. ¿Sí?

Sonrío. Susan (una chica tipo introspectivo-ecologista) siempre me está lanzando idilios arcádicos actualizados. Forma parte de su campaña para que supere lo que, según ella, es una renuencia casi patológica de Rebecca a salir de la ciudad para ir a algún sitio geográficamente más cercano y menos estilo guías Conde Nast que, por ejemplo, la Toscana. Me dispongo a decirle que, hace sólo dos semanas, Rebecca me llevó a casa de sus padres..

cuando un camión articulado que bloquea el paso en el cruce, un poco más adelante de donde me encuentro, provoca un concierto ensordecedor de bocinazos. Durante la pausa

forzosa en nuestra conversación cambio mi respuesta. Me digo a mí mismo que Rebecca no piensa en Thorn House como en un sitio real, al recordar lo que me comentó la primera vez que la acompañé para conocer a George y Mary: «Es como Kew Gardens: muy bonito y perfecto para pasar el día, pero las tiendas son una porquería, la verdad.»

—Claro que —continúa Susan medio minuto más tarde, cuando el ruido de los bocinazos ha disminuido de manera que la comunicación sin la ayuda de palomas mensajeras vuelve a ser factible—, podrías estar haciendo lo de siempre, pasear ese destartalado montón de chatarra que tienes por coche por toda la ciudad, no impresionar a las chicas, y ser adelantado en los semáforos por octogenarios que sólo piensan en llegar a sus tumbonas..

—Oye —exclamo, enfatizando mi indignación con un acento a lo Cosa Nostra—, un poco más de respeto, ¿eh? Cincuenta años más y este «destartalado montón de chatarra», como tú lo llamas, será calificado oficialmente de antigüedad.

—Dentro de cincuenta años, señor Corleone, formará parte del subsuelo de un vertedero. Sonriendo y rindiéndome al mismo tiempo, asomo la nariz por la ventanilla como los perros y tomo una bocanada de aire, diez por ciento oxígeno, noventa por ciento toxinas. Con la idea del campo todavía en la cabeza, sin saber cómo, por asociación libre, relaciono mi salida de Londres camino de Thorn House con Rebecca, a ésta con Rushton, y de repente me veo de nuevo saliendo de la floristería de Mickey.

Sólo que esta vez doy media vuelta después de cuatro o cinco pasos y regreso a la tienda. En la ventana creo ver su cara un momento, pegada al cristal.. Entonces el sol sale tras un edificio en la acera de enfrente y el cristal se torna blanco, como un destello de flash, y ya no puedo ver nada.

«¿Mickey estaba observándome de verdad?», me pregunto de nuevo.

—Por cierto, ¿cómo te va? —me apresuro a decir, cortando la imagen y volviendo a concentrarme en la calzada y en el sonido de la voz de Susan. Cansinamente responde que, aparte de la resaca que todavía le dura de la fiesta de lanzamiento a la que asistimos el miércoles por la noche en Soho (consiguió no acostarse en toda la noche), está bien. Me pregunta si recuerdo la conversación que tuvimos al final, antes de yo me fuese a casa, sentados a una mesa en Jay's Shakedown a eso de las dos de la madrugada,

y le contesto que no. Solamente sé que estaba hecho polvo y que me había tomado unos cuantos vodkas con tónica. Susan dice que se alegra, lo cual me empuja a pensar si no me habré perdido algo. Un vago recuerdo ebrio emerge (un comentario sensiblero por mi parte acerca del matrimonio, hacerse maduro y sentar la cabeza), pero enseguida pasa, dispersándose cual humo en el éter.

De todos modos, es tarde para comentarlo ahora; Susan ya ha cambiado de tema y me habla del trabajo. Ha charlado con los organizadores de la fiesta de presentación que damos el próximo sábado para el nuevo canal de juegos newsasitbreaks.com en un almacén de Brick Lane. Concienciarnos a fondo y darnos prisa por tener los juegos en la página web es lo que Susan y yo hemos estado haciendo los últimos seis meses. Confiamos en atraer a muchos jóvenes, clientes y visitantes de la web, y por eso es vital que la fiesta sea todo un éxito. Tal como pinta la cosa, parece que lo será, según Susan. La mayoría de los clientes, actuales o potenciales, y de nuestros proveedores a los que hemos invitado han dicho que irán. La rampa de monopatín que hemos encargado está ya lista, igual que las pantallas gigantes, donde podremos ver a expertos profesionales del videojuego y a chavales novatos de todo el planeta peleando en directo con las nuevas demos. Y, lo más importante, se han fijado ya los actos simultáneos con Nueva York y Tokio (confirmada la franja de tarde, hora de Greenwich), y no seremos nosotros quienes imponamos horarios intempestivos.

—En otras palabras —resume Susan—, va a ser una pasada y, toco madera, nuestra máxima preocupación no será otra que la de escoger qué ropa nos ponemos.

—En tu caso, amiga mía, todo, artículos de importación —le digo. (Ella encarga todo su raro y maravilloso vestuario de quinceañera a tiendas *online* de Japón y Estados Unidos.) Nos despedimos y cuelgo, no sin antes decirle que hablaremos mañana. Y en ese preciso instante (justo cuando estoy dando marcha atrás para aparcar frente a la imponente mansión gris donde está el piso de Rebecca) suena otra vez el teléfono y veo el nombre de mi chica parpadeando en la pantallita.

—Hola—digo—. ¿Dónde estás?

—Aquí arriba, encanto —responde Rebecca, con una voz áspera a lo Marlene Dietrich. Miro hacia su edificio y la veo en el cuarto piso, enmarcada por la ventana de la cocina. Detrás de ella, aunque desde aquí sólo distingo una impresión borrosa de plata y verde, mi cerebro adivina el

conocido despliegue de plantas Clifton Nurseries y cazuelas y sartenes Harvey Nichols. Rebecca parece llevar puesto un vestido blanco, y tiene el cuello doblado para sujetar el teléfono mientras sube la ventana de guillotina. Me alegro de verla y siento alivio de que así sea: quizá todos esos extraños pensamientos relativos a Mickey no eran más que un exceso de sol y vibraciones estivales.

—¿Cómo te ha ido en Oslo?

A modo de respuesta, Rebecca se inclina hacia delante con las manos apoyadas en las caderas y se contonea provocativamente.

— *I wanna be loved by you* —me canta por el teléfono, cambiando a Marlene por Marilyn, mientras sigue balanceándose y desliza las manos por las caderas. Noto que sonrío y ahora, sinceramente, toda mi atención está puesta en Rebecca. No es la primera vez que veo esta representación, ni mucho menos, pero lo que anticipa siempre me atrapa. Apago el motor sin dejar de mirarla y saco la llave del contacto. Me rindo, a Rebecca y al momento.

— *Just you, and nobody else but you* —continúa ella, acariciándome el oído, ahora con los brazos cruzados sobre los hombros desnudos—. *I wanna be loved by you.* . Va girando despacio hasta quedar de espaldas a mí. Sus dedos, que desde donde estoy parecen los de otra persona, suben y bajan sensualmente por los costados de su espalda. Me quito el cinturón de seguridad y cambio de postura para verla mejor. Yo nunca había pensado tener una novia exhibicionista, pero, qué demonios, de vez en cuando uno tiene que sacrificarse, ¿no? Y si el origen del sacrificio resulta que mide un metro setenta y dos y es un ocho perfecto, yo creo que toda queja por mi parte sería de mala educación.

El vaivén de caderas se acentúa, mientras sigue cantando:

— *A-lo-oo-one.* .

Sus manos tiran rápidamente de las esquinas del vestido (me doy cuenta de que no es tal, sino una enorme toalla blanca de baño), abriendo un rectángulo que lo oculta todo salvo su cabeza y su nuca. «No —me digo—, volver la cara sería un error.» Soy responsable ante Rebecca. Si tiene la necesidad psicológica de seducirme de tanto en tanto con esos lujuriosos e impúdicos despliegues de carne desnuda, lo menos que yo, su novio formal, puedo hacer es apoyarla. Es un caso de solidaridad, ni más ni menos.

— *Boop-oop-ee-do!*

Suelta la toalla, que cae al suelo. Y antes de que podamos intercambiar palabra, o de que sus nalgas puedan sacudirse un milímetro más, el teléfono enmudece y Rebecca desaparece de mi vista, sin lanzarme siquiera una mirada. Espero unos segundos a que regrese, pero la ventana permanece vacía.

Entonces salgo del coche y cierro la puerta con llave (más por costumbre que porque tema que puedan robármelo, pobrecito). Cruzo rápidamente la calle y entro en lo que, a estas alturas, considero ya mi segunda casa.

Hay una pila de correspondencia sobre la mesita del vestíbulo comunitario de la planta baja —propaganda de comida rápida, facturas (una del gas a mi nombre y el de Rebecca)—, pero no tengo tiempo ahora para esas minucias. Arriba hay una mujer desnuda y cachondísima que exige mi intervención.

Subo los cuatro tramos de escalera casi volando, y sólo me paro un poco en el último rellano para recobrar el resuello, antes de poner la mano en el tirador de la puerta del piso. La encuentro en el baño con suelo de tablas africanas y perfume de sándalo. Dos de las cuatro paredes son espejos del suelo al techo, y todo el cuarto resplandece con el parpadeo de velas de aromaterapia y las sombras danzantes que las acompañan. Rebecca está a cuatro patas encima de la alfombra, junto a la bañera. Su piel tiene un toque dorado con esta luz, y su grupa apunta hacia mí temblorosa y expectante. Mueve la cabeza hacia un lado y me mira reflejado en el espejo.

—Ven a follarme —me dice—. Fóllame viva.

Dos minutos después camino abatido hacia el dormitorio. Me derrumbo en medio de la cama continental tamaño continente. Es de madera, francesa y, según el tipo de Chelsea que se la vendió a Rebecca a cambio del sueldo de todo un mes, una pieza de anticuario. Evito la mirada de Rebecca cuando se acerca y se tumba a mi lado. Sólo miro su cuerpo. Lejos de la luz de su cuarto de baño de pecado, su piel es de un blanco cremoso y perfecta. Contemplo sus pezones, tan pequeños, marrones y duros como avellanas, pero mi cuerpo sigue sin reaccionar. Al final, reúno el coraje suficiente para mirarla a la cara.

—Lo siento —digo a media voz—. No sé qué..

Rebecca me hace callar con un dedo sobre mis labios.

—No digas nada —susurra.

Tras mirarme unos instantes, se arrima y empieza a observarme con los ojos entrecerrados. Al pestañear, sus párpados pintados centellean, perfectamente multicolores como plumas de pavo real.

—¿Seguro que no quieres que te. .? —pregunta en voz baja—. Quién sabe, a lo mejor. . —

comienza a pasarme la mano por el muslo— yo podría. . —levanta las cejas— ponerte a la altura de las circunstancias..

«Ojalá», pienso. Pero sé de sobra que será una pérdida de tiempo. El entumecimiento de genitales que he experimentado en el cuarto de baño es tan duradero como la anestesia de un dentista. Un gatillazo en toda regla.

—No —digo—, preferiría que no hiciéramos nada.

Levanto la vista y miro la pantalla minimalista (cromada y de algodón cepillado) que cuelga del sencillo rosetón en medio del techo. Rebecca recorre con un dedo la curva de mi hombro, pero yo no reacciono. Si me siento así ahora, por no haber estado a punto una vez,

¿cómo será si vuelve a pasarme lo mismo?

Lentamente me tumbo de costado, pego la nariz a su cuello y aspiro el hiperpotente combinado de baño capilar Vidal Sassoon y reafirmante corporal de Clarins. Una mezcla que ha obrado siempre maravillas en mí en otras muchas ocasiones: hoy sólo huele a jabón. Me aparto de nuevo.

—Eso le pasa a todo el mundo de vez en cuando —dice Rebecca.

Me mira, a la expectativa. Es algo que suele hacer, como si uno de mis principales deberes en esta relación fuera corroborar lo que ella cree que ya sabe de mí. Luego, cuando mi cara delata lo que sea que ella esté buscando (en este caso, abyecto agradecimiento por su actitud sumamente comprensiva) y me dispongo a hablar, ella me lo impide, al añadir:

—Pero no conmigo. Te aseguro que para mí es la primera vez.

Gruño, agarro un par de almohadas y me incorporo junto a la cabecera de la cama.

—Me siento muy avergonzado.

—¿Y cómo crees que me siento yo, eh? —pregunta, visiblemente cabreada—. Es lo último que esperas después de esforzarte por seducir al hombre con quien vas a casarte. . Es en momentos de aislamiento espiritual como éste cuando de veras me cuestiono el carácter estrictamente sexual de nuestra relación. Y no porque tenga nada contra hacer el amor con Rebecca. En eso es una mujer muy dotada, y físicamente es justo la clase de chica que siempre soñé tener en la cama. Pero si no pudiéramos follar, entonces

¿qué? ¿Con qué nos quedaríamos? ¿Qué quedaría de nosotros como personas? ¿De qué podríamos hablar? ¿Qué cosas haríamos?

—¿Es por mí? —pregunta Rebecca—. ¿Ya no me encuentras atractiva?

—Todo lo contrario —replico—. Esto no tiene nada que ver contigo. Es cosa mía. Lo digo con el corazón en la mano. Rebecca está tan impresionante como el pasado jueves por la noche, cuando celebramos una retozona despedida antes de su marcha a Oslo. Nada en ella ni en su físico ha cambiado en absoluto.

Me mira expectante, como si esa explicación no le bastara.

—No sé —continúo—, quizá sea estrés. Tengo mucho trabajo en la oficina, y luego está lo de la boda; bueno —me apresuro a añadir—, no quiero decir que me hayan entrado dudas ni nada, pero, no sé, supongo que todo contribuye, ¿no?

Rebecca no dice nada. No necesita hacerlo; ya sé lo que está pensando. Está pensando que ella también trabaja mucho, que ella también va a casarse, y que eso no le impide tener ganas de sexo.

—Todo se arreglará —asegura.

—No hay nada que arreglar —digo, con ganas de poner punto final a la conversación—. Es un gatillazo, nada más.

—¿No tendrás otra cosa en la cabeza? —me pregunta tras un silencio incómodo—. ¿Algo que quieras decirme?

—¿Como qué? —Suen a desafío, y me doy cuenta de que lo es porque su pregunta también sonaba a reto.

—Ni idea —contesta con aire inocente—. Tú sabrás.

Podría darle una respuesta concreta, pero no estoy preparado para ello. Ni siquiera me atrevo a reconocerlo para mis adentros. Y al mismo tiempo es difícil de evitar. Ella estaba allí, Mickey, en el cuarto de baño. No en carne y hueso, por Dios, sino en mi mente. Yo miraba a Rebecca, pero pensaba en Mickey, y ni siquiera en hacer el amor con Mickey, sino en lo eufórico que me he sentido hoy después de verla. Y estaba pensando, además, en aquella otra noche, Mickey y yo tumbados en el suelo de un edificio vacío, rodeados de velas y enamorados. Pero entonces, al mirar a Rebecca, he vuelto en mí y me he sentido culpable. La lealtad, ésa debería ser mi respuesta a su pregunta. Emocionalmente le he sido desleal. Emocionalmente, me he dejado comer el coco por la lealtad a otra chica, cosa que debería haber cesado hace años.

—¿Y si me pasa otra vez? —pregunto, pensando que tal vez me equivoco y podría estar en el inicio de un verdadero problema médico.

—No pasará.

—Pero ¿y si.. ?

—Podrías tomar Viagra —sugiere, sólo medio en broma.

—Eso quizá tampoco funcionaría. Y entonces, ¿qué? No podremos follar. . no podremos tener hijos.. eso lo cambia todo..

Me mira con un gesto de desaprobación.

—¿Hijos? —pregunta.

—Sí, personitas, ya sabes.

—¿Desde cuándo los hijos forman parte del plan?

—¿Qué quieres decir?

Se apoya en un codo, y vuelve a preguntar:

—¿Cómo que qué quiero decir? ¿Qué quieres decir tú?

—Nada.

Ladea la cabeza, poco convencida.

—¿Nada?

—Nada.

—A algo te referías, digo yo —replica, con sensatez—; si no, no lo hubieras dicho.

—Está bien —concedo—, es algo que pensaba que me gustaría hacer algún día, algo que pensaba que podíamos hacer, tú y yo..

—¿Cuándo?

—Bueno, tampoco lo había decidido. Después de casarnos, supongo...

—No, quiero decir que cuándo lo pensaste.

—Oh, pues no sé. No puedo darte una fecha concreta. Lo pensé y ya está. Qué sé yo, mirando a otra gente.

—¿Cuál?

—Pues gente con niños —digo vagamente—. Ya sabes, amigos nuestros con hijos.

—Nosotros no somos amigos de gente con hijos —observa Rebecca. Y tiene razón. Se me ocurre ahora: no tenemos amigos con hijos. Y sólo ahora, claro está, me acude a la cabeza una imagen de Mickey, y mi promesa anterior de no pensar en ella se queda por el camino.

—Sí —digo—, bueno, quizá deberíamos preguntarnos por qué. —Estoy confuso, confuso por todas estas cuestiones y confuso porque la respuesta fácil que tengo en la cabeza se relaciona con Mickey y su hijo Joe y lo

felices que parecían y lo feliz que me ha hecho mirarlos: respuestas que no puedo darle a Rebecca.

—¿Preguntárnoslo? —se burla—. ¿Qué pretendes, Fred? ¿Que vayamos a Queen's Park y busquemos unas cuantas parejas con crios? ¿Que los pongamos en la agenda bajo la P de padres? ¿Reunirlos una vez al mes para hablar de pañales y plazas escolares?

—No —respondo, tratando de reaccionar de la manera más razonable posible—. Sólo estoy diciendo que es una cosa muy normal. Y que.. que es importante —añado—, y que.. Rebecca suelta un resoplido y me interrumpe:

—El motivo de que no tengamos amigos con hijos, Fred, es que la gente con hijos es muy aburrida. ¿Qué? —Los ojos le brillan al detectar sin duda mi gesto de indignación, y replica un tanto indignada también—: Que te suene cruel no significa que no sea verdad.

—No son aburridos —objeto.

Rebecca sacude la cabeza con una expresión de desconcierto.

—No puedo creer que te pongas en plan clueca.

—No es eso.

—Pues lo parece.. —Me dedica una sonrisa paciente y se estira con languidez en la cama, luego dobla las rodillas y se pone una camiseta—. Piénsalo bien —me dice, tumbándose de nuevo—. Los padres, por definición, son responsables. Y ser responsable significa ser aburrido. Los padres no beben —me informa— y no van a fiestas. Se pasan el día en casa, vegetando. ¿Y

quieres saber por qué? —pregunta retóricamente, sin darme opción a responder—: Porque han renunciado a vivir. Porque han volcado todas sus energías en los hijos y en el proceso se han vaciado por completo. Porque ya no están ahí compitiendo con todos nosotros. Y sí, de acuerdo, puede que un día esté preparada para eso, puede que un día necesite descansar y decida entregar el relevo. Pero de momento, no. Joder, Fred —dice, con una sonrisa malévola—

. Soy demasiado joven. —Se inclina para besarme en la mejilla—. Y tú —añade— también lo eres. —Es lo que le dije a tu padre.

Parece sorprendida por la información y, de alguna manera, eso me da ánimos.

—¿Qué? —pregunta.

—Le dije que éramos demasiado jóvenes para tener hijos.

Sigue igual de sorprendida.

—¿Él preguntó al respecto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas. El día que estaba el vicario.

Rebecca sacude la cabeza y sonríe.

—Qué cabrón. ¿Y qué cara puso?

—Me dio la razón.

—Ah. ¿Lo ves?

Protesto, una vez más.

—Nada de «ah». ¿Qué importa nuestra edad? Mucha gente más joven que nosotros tiene hijos. Sí, gente con diez años menos que nosotros, si no más.. Seguro que si les preguntaras, no te dirían que están aburridos ni que han «renunciado a vivir».

—Es posible, pero ¿qué iban a saber ellos? Si es lo que han hecho desde que acabaron el instituto, entonces no tienen la menor idea de lo que se están perdiendo. —Se encoge de hombros, apoya el tobillo derecho en la rodilla contraria y empieza a toquetearse la uña del dedo gordo del pie—. Mamas jóvenes, jagh! Personalmente, no se me ocurre nada peor que estar atrapada cuidando de un crío cuando podría estar divirtiéndome por ahí. Eso sí que es desperdiciar la vida.

Me dispongo a replicar, pero me contengo. Cierro la boca, y también dejo de escuchar a Rebecca. No tiene sentido seguir discutiendo. Y no es que ninguno de los dos haya bebido. Ni que Rebecca no esté hablando en serio, igual que yo. Pero, aunque reconozco que tiene derecho a opinar así, no me quito la sensación de repugnancia que me ha inoculado. Visualizo una bonita imagen de Mickey y Joe. Caminan por un parque, cogidos de la mano, charlando animadamente y riendo. Y las palabras de Rebecca hacen añicos toda la escena. Echo un vistazo a la habitación: el enorme armario ropero importado de Bali, el televisor acabado en aluminio, la bata de Virgin Select colgada de la puerta de madera de anticuario, la lámpara diseño de Philip Stark sobre el tocador y la silla de Lloyd Loom, perfectamente emplazada frente al espejo iluminado de una boutique de Portobello Road. Luego miro a Rebecca. Ahora está de cara a mí, estirando el brazo para coger el mando a distancia, ajena a la importancia que ha cobrado para mí nuestra conversación. Paseo la mirada por sus hermosas facciones y luego me observo reflejado en el espejo.

—Ah, Fred, por cierto —dice, volviéndose hacia mí cuando el televisor se pone en marcha.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Te importa cambiar tu coche de sitio?

—¿Cómo dices?

Me mira como tomándose por imposible.

—Es que le da a la calle un aspecto calamitoso, ¿sabes? —responde—, y dentro de un rato viene un agente inmobiliario para hacer una valoración, a ver si ponemos el piso en venta y podemos empezar a buscar otra cosa para después de casarnos. —Me sonrío y me manda un beso antes de seguir mirando la tele—. Gracias, cielo —añade, subiendo el volumen cuando encuentra un concurso.

Con un montón de cuestiones por resolver acerca de la presentación de los videojuegos el sábado próximo, el jueves salgo temprano del trabajo (a eso de las siete de la tarde) y tomo el metro hasta Knightsbridge.

Phil cumple hoy veintisiete años y nos ha pedido que vayamos de picnic juntos. Fue mi compañero de piso durante mis dos primeros años en Londres, y ahora sale con Katie, la mejor amiga de Rebecca en la facultad.

Hace una tarde agradable y hay mucha gente desperdigada por Hyde Park, jugando al fútbol, abrazándose en la hierba crecida o sentada sin más bajo los árboles leyendo un libro o el periódico. Con todo, no es difícil distinguir a la pandilla de los amigos de Phil, aproximadamente unos quince, pues el ruido y la animación los delata. Desde cincuenta metros de distancia se nota ya que están borrachos. Akash está persiguiendo alrededor de un banco junto al lago a Michelle, que grita, y otros están congregados en torno a una robusta haya centenaria, colgándose de las ramas bajas en un intento de recuperar lo que parece un *frisbee*. Veo a Rebecca y Eddie sentados en una estera en medio de todo el ajetreo. Ellos no me han visto aún y los observo durante un par de segundos, riéndose juntos, antes de reunirme con ellos. —Estás hecho polvo, ¿no? —me dice Rebecca—. ¿Cómo ha ido la reunión? —Lleva una elegante falda gris y un top de seda blanco. Los zapatos y la chaqueta están en el suelo y va descalza.

Vuelvo a pensar en la interminable reunión de ventas de esta tarde con Susan y Michael. Dirijo la vista hacia los relucientes dorados del Albert Memorial y los párpados me pesan.

—Agotadora —respondo, alcanzando una cerveza.

—¿Quieres? —pregunta Eddie, con la sonrisa fija y la mirada descentrada, ofreciéndome el porro que está fumando.

Niego con la cabeza.

—Mejor que no. Me quedaría grogui.

Él le pasa el canuto a Rebecca, que inhala a pleno pulmón y luego se tumba de espaldas mirando al cielo, sin dejar de fumar.

Transcurren los minutos y hago todo lo que puedo por participar en la fiesta. Juego un rato al *frisbee* y me tomo unas cervezas con Phil y Chas, que me interrogan sobre lo que haremos en mi despedida de soltero, dentro de dos semanas. Pero parece que la cerveza no me hace efecto ni consigue levantarme el ánimo. Al contrario, me pasa como me ha pasado siempre con la ginebra, que me vuelve más ensimismado todavía.

Quitarme a Mickey Maloney de la cabeza está resultando mucho más difícil de lo que había imaginado. Es como si ese estallido de sentimientos que experimenté hacia ella al salir de la floristería hubiera arraigado y no hubiera dejado de crecer, y ahora lo siento dentro de mí, gimiendo como un árbol batido por el viento.

—Oye —le digo a Rebecca, acercándome a ella y a Eddie, que siguen sentados y riéndose como dos bobos en la estera—. Creo que me voy a casa.

Rebecca me mira con ojos de colocada, sin entender.

—Pero ¿por qué? Si estamos aquí tan bien, relajándonos.

—Sí, hombre —dice Eddie—, quédate.

—Tengo un montón de trabajo que hacer antes del sábado —alego.

—¿Qué pasa el sábado? —pregunta Eddie.

—El gran lanzamiento de sus juegos —le informa Rebecca.

—Oh —exclama, abriendo otra lata de cerveza.

Miro a Rebecca de arriba abajo. Las cosas no van finas entre nosotros desde el episodio del sábado en el cuarto de baño. Hicimos el amor el jueves antes de ir al trabajo, pero fue medio dormidos y sin gracia, y no sirvió para despejar el ambiente.

—¿Vas a venir o no? —le pregunto.

—¿Qué? ¿Ahora o a la presentación?

—Las dos cosas.

Veo que frunce el entrecejo, concentrada en encender un cigarrillo.

—El sábado, imposible —dice al cabo—. Tengo que ir a ver a mi modisto. —Hace una pausa para dar una calada—. Y en cuanto a ahora..

creo que me quedo un rato más —decide, y me sonrío como pidiendo disculpas—. No te importa, ¿verdad, amor? Es que estoy demasiado colocada para hacerte buena compañía. . Después me iré a casa. . así podrás descansar.

—Está bien. —No la culpo. Hace una tarde espléndida y si estuviera de mejor humor, yo también me quedaría—. ¿Crees que podrás volver a tu casa por tu cuenta?

—Oh, sí, descuida.

—No te preocupes —me tranquiliza Eddie, haciendo el saludo boy scout—. Yo me encargo de meterla en un taxi.

Me inclino para dar un beso a Rebecca.

—Bueno, entonces hablamos mañana —digo—. Llámame cuando puedas. Una vez en casa, me siento al escritorio de mi cuarto y abro el segundo cajón. Dentro hay una caja de zapatos llena de fotografías que rescaté del cubo de la basura después de pillar a mi madre tirándolas pocos días después de mudarnos a Escocia. La caja ha viajado conmigo de piso en piso, pero es la primera vez que me dispongo a ojear lo que contiene. Después de buscar un rato, encuentro la foto que quería.

Es en blanco y negro, del primer día que Mickey y yo estuvimos juntos. Se nos ve tumbados uno al lado del otro sobre una alfombra de cuadros escoceses en el jardín de la casa de sus padres. Tenemos las manos entrelazadas y la cara levantada al cielo. Mi madre está

sentada en la alfombra un poco más allá, sonriendo a la cámara. De fondo, medio tapada por un peluche gigantesco, está Marie, la madre de Mickey. Lleva un sombrero de ala ancha y un extravagante sarong y está hablando con Miles. Se distingue también a Scott, el hermano mayor de Mickey, sentado en los escalones de la puerta de atrás. No aparece Geoff, el padre de Mickey, por lo que supongo que debió de ser él quien hizo la foto. Una sombra cruza el jardín desde la cerca de madera creosotada que separaba nuestras respectivas casas. La foto es de cuando Mickey cumplió un año. Yo tenía ocho meses. Ahora, sentado a esta mesa, me doy cuenta de que a partir de aquel instante congelado nuestros relojes se pusieron de nuevo en marcha, y que cualquier cosa y todo era posible.

—Lo odio.

Yo estaba tumbado en el tejado de tela asfáltica del garaje particular de Dave Kirby, en la otra punta de Rushton, lejos de casa, hablando de Miles. *Ashes to Ashes* de David Bowie sonaba en la radio de la casa contigua,

mezclado con el chisporroteo y los aromas de una barbacoa de pollo. Faltaba un día para que empezaran las clases en el instituto de Bowley y una semana para que yo entrara a estudiar en la escuela preparatoria Rathborne para chicos. Dos meses antes en Rushton, al final del trimestre de verano, Mickey y yo habíamos hecho por última vez el recorrido desde el colegio hasta nuestras casas, cruzando el puente y enfilando la Avenida. Miles había decidido sacarme de la enseñanza pública y matricularme en la de pago. Después de dos años en Rathborne, y una vez pasados los exámenes de ingreso, me enviarían a un internado. Mickey y yo nunca volveríamos a compartir aula. Dave, larguirucho y desgarrado, capitán de nuestro equipo de fútbol en el colegio y uno de mis mejores amigos, estaba estirado boca abajo a mi lado, observando la calle a través de unos prismáticos viejos. La parte posterior de sus rodillas pestañeaba como ojos inyectados en sangre mientras hacía rebotar los talones en su pantalón corto azul marino, y los recién salidos

pelos negros de sus piernas brillaban de sudor. Era un domingo húmedo y caluroso, a dos meses de mi undécimo cumpleaños.

Dave estaba enfocando la casa de Sam Johnson, la última de Fern Road. Las tapias de piedra de su jardín trasero medían un metro ochenta de alto, y desde nuestra posición elevada se podía ver la esquina posterior izquierda del jardín. Había allí dos toallas rojas de baño desocupadas sobre la hierba amarillenta, junto a una exuberante mata de rododendros en flor. Yo no dejaba de pensar en Miles, hasta tal punto que era como tenerlo allí a mi lado, repitiendo una y otra vez lo que me había dicho la víspera: «Eres un chaval simpático, Fred. Te adaptarás enseguida.»

—Cómo vas a odiarlo, si es tu padre.. —dijo Pippa.

Me puse de costado para mirarla. Pippa era desgarrada y tenía el pelo moreno; sus gafas brillaron al sol y tuve que protegerme los ojos con la mano. Llevaba unos ajustados shorts verdes y un top amarillo, e iba descalza.

Mickey se había hecho amiga de Pippa seis meses antes. A veces iban juntas en autobús a Bowley para mirar ropa en Miss Selfridge y Dorothy Perkins, y a probarse cosméticos en los almacenes Brown. Como yo era un chico, quedaba automáticamente excluido de acompañar a Mickey en esas ocasiones, y al final empecé a frecuentar con Dave los salones de videojuegos de Houndsfield Street, donde nos gastábamos la paga semanal

rivalizando en inscribir nuestro nombre en los primeros puestos de Space Invaders.

Miré de reojo a Mickey, que estaba tumbada al lado de Pippa con sus téjanos recortados y la camiseta de Blondie de su hermano Scott. Morena como una avellana después de ocho semanas de rondar al aire libre, miraba al cielo despejado con los ojos ocultos tras unas gafas de sol de su madre, tan grandes que le hacían cara de mosca. No se había movido un ápice desde hacía treinta minutos y siguió sin moverse.

—¿Y qué? —le dije a Pippa, retador.

—Pues que.. —Ella dudó, y yo la miré arqueando las cejas—. Que.. —continuó— de no ser por él, tú ni siquiera existirías.

La lógica de sus palabras me dejó momentáneamente desconcertado, pero no impidió que le espetara:

—Quizá hubiera sido mejor.

Pippa me miró de soslayo, entre divertida y suspicaz. Le dio un codazo a Mickey.

—¿Has oído a éste? Fred dice que preferiría estar muerto.

—Yo no he dicho eso.

—Pues casi —replicó.

—No es verdad —insistí—. He dicho que odio a Miles, no que quisiera estar muerto. Girándose ligeramente, Mickey se bajó las gafas de su madre hasta la punta de la nariz y miró a Pippa.

—No va a influir en nada —afirmó.

—¿El qué? —preguntó Pippa.

—Que Fred tenga que ir a un cole de pijos. Que estudie allí no quiere decir que vaya a volverse pijo. —Me sonrió y dijo—: No te preocupes. Todo seguirá igual. Ya lo verás. Mirándola a los ojos, casi la creí. Tenía razón en la mayor parte de las cosas que decía, pero la idea de estar en un aula extraña, rodeado de caras nuevas, me llenaba de miedo. Y todo por culpa de Miles.

Yo había estado con Miles el día anterior, caminando por Chinatown, en Soho, Londres. Hacía mucho calor, las calles estaban atestadas y los aromas exóticos de carne asada y salsas picantes impregnaba el aire. Pollos y patos muertos colgaban de los ventanales de los restaurantes como bebés extraterrestres, y Miles llegaba tarde a no sé qué cita y estaba de un humor de perros.

La causa de todo ello tenía que ver con su socio, Cari, que se había marchado al extranjero hacía dos meses y no había regresado. «Ataque de nervios —oí que Miles le decía a mamá—. Seguramente está en una clínica de rehabilitación intentando acordarse de cómo se llama.»

La abrupta huida de Cari había creado problemas (líos con abogados y por la propiedad del club) que yo no entendí, pero que Miles tuvo que solventar a cambio de una importante inversión de dinero. Según mamá, ésa era la razón de que estuviera de tan mal talante. Al llegar a Clan, Miles me dejó ocho horas en la planta baja con un bocadillo de queso y una limonada por toda compañía. Me quedé allí sentado, muerto de asco, maldiciéndolo cada minuto que pasaba.

Aparté la vista de Mickey e hice una mueca, deseando poder quedarme toda la vida en la azotea de Dave. De momento, ir a casa quería decir mal rollo. Se había instalado allí una atmósfera de tensión permanente, como si amenazase descargar una gran tormenta cuyos rayos y truenos alcanzarían el salón, la cocina y las otras habitaciones. Estábamos así desde Navidad, cuando oí a mis padres discutir toda la noche por una foto de Miles que había aparecido en una revista.

Yo había visto la foto en casa de Dave. En ella se veía a un sonriente Miles y a otro hombre con dos mujeres mucho más jóvenes e, incluso para mis ojos de entonces, más bonitas que mi madre. El recuadro contiguo decía así: «Con la gente guapa: Miles Roper, propietario de un club nocturno, pasándolo bien con las chicas en compañía del promotor de boxeo Richie Smith.» La foto no hizo que me sintiera famoso por delegación. En absoluto. Lo que sentí fue vergüenza, por mi madre y porque Miles era mi padre.

A raíz del escándalo, mamá empezó a dormir en el cuarto de invitados. La nueva situación conyugal no me pilló de sorpresa. Nunca había visto a mis padres muy unidos. Parecían habitar en mundos diferentes. Mamá era una mujer estoica y sensata, estaba implicada en la parroquia y en asuntos de la comunidad. En cuanto a Miles, jamás había pisado una iglesia, y solía burlarse cuando aparecían en casa las amigas que mi madre había hecho en Rushton gracias a sus actividades.

Yo no acababa de entender por qué no se habían divorciado ya.

—Porque tenemos a nosotros hace que se sienta mejor como hombre, y puede que no le falte razón —le había dicho mamá a la abuela una Nochevieja cuando Miles no se presentó

hasta el día siguiente.

—Será porque todavía se quieren —había dicho Mickey—, de un modo que nosotros no entendemos.

—Y porque mamá piensa que el divorcio es pecado —había replicado yo, recordando lo que oí decir un día a la madre de Steven Kent después de que su marido se largara con su secretaria.

Fueran cuales fuesen las razones, lo poco que quedaba en pie de su relación parecía operar únicamente en el terreno de la urbanidad. Hablaban de cosas prácticas, pero de nada que tuviera que ver con sus respectivos sentimientos. Yo era su vínculo, algo imposible de soslayar. Siempre me preguntaba si cuando no estaba yo con ellos llegaban a hablar siquiera.

—Lo odio igualmente —le dije a Pippa, sin hacer caso de sus ojos en blanco y mirándola fijamente hasta que dejó de ponerlos así.

—Está bien, ¿y por qué? Seguro que hace lo que cree que es mejor. Mi madre me dijo que si tuviera dinero, me enviaría a la privada. Ella fue a un colegio privado, y según ella son mucho mejores que los institutos públicos.

Yo entonces no estaba al corriente de esas cosas, como tampoco sabía que Miles había estudiado en un colegio privado y salido de allí sin título de ninguna clase. Él pensaba que el instituto de Bowley era una porquería, y no había más que hablar del asunto. Quería para mí la mejor educación posible, tanto si me gustaba como si no. Y ni siquiera mi madre, que opinaba

que Bowley estaba muy bien, iba a quitarle esa idea.

Miles hablaba desde hacía un tiempo de modernizar el club, de modo que no había problemas de dinero. Tampoco ideológicos. Miles pasó de ser un joven rebelde a trabajar muy duro y hacerse rico. Y se proponía seguir siendo rico. Incluso había votado a los tories por primera vez en su vida en las generales del año anterior, jurando lealtad empresarial a una tal Margaret Thatcher, también hija de comerciante, a cambio de una prometida disminución de los impuestos.

Yo, que tenía entonces diez años, no entendía ni me interesaban los razonamientos de Miles. Margaret Thatcher me recordaba a mi abuela cuando le daba al jerez, y mi única experiencia de socialismo mal gestionado eran los cortes de luz y el hedor de la basura en las calles durante las huelgas. Lo único que me importaba era que Miles había decidido por su cuenta separarme de mis amigos. Y lo único que sabía era que yo no quería ir a esa escuela.

—Bueno ¿qué? —dijo Pippa.

—¿Qué de qué?

—¿Por qué odias a tu padre?

Una abeja pasó zumbando y la ahuyenté con la mano, valiéndome de ella como excusa para zanjar la conversación mientras miraba al insecto evolucionar en el aire. Reparé entonces en la fachada de ladrillo oscuro de la casa de al lado. El cemento gris y polvoriento entre ladrillo y ladrillo era como un laberinto y lo recorrí con la mirada mientras mi mente seguía una ruta igualmente tortuosa.

Vamos a ver: ¿por qué odiaba a Miles? Era una pregunta que (aunque Pippa pensara lo contrario) yo ya me había formulado. Que Miles fuese un ser detestable era algo que, de hecho, había ocupado mis pensamientos repetidas veces durante las últimas semanas a medida que se aproximaban las vacaciones de verano (con todo lo que eso suponía para mí). Sobre el papel había varias respuestas sencillas. Lo odiaba porque por su culpa mi madre estaba triste y a veces enfadada. Lo odiaba porque casi nunca estaba en casa durante el día y pasaba casi todos los fines de semana en Londres. Y lo odiaba porque, para mí, no era diferente de mis profesores: las pocas veces que nuestros caminos se cruzaban, lo único que hacía era preguntarme sobre mi vida sin contarme nada de la suya. Pero por encima de todas estas razones, lo odiaba porque lo quería y no creía que él me quisiera a mí.

—Podrías negarte a ir —apuntó Mickey—. Si lo haces, él no podrá obligarte, ¿verdad? Es como cuando mi padre me dijo que no me perforara las orejas. —Se pellizcó la punta del lóbulo con el pulgar y el índice y la agitó para ilustrar sus palabras. Una estrellita plateada centelleó—. Eso no me detuvo. Me las perforé.

—Ya —dije, deseando que fuera tan sencillo—, pero tú puedes quitarte los pendientes cuando tu padre está en casa.

—También podrías escaparte.

Los dos reímos. Para Mickey, escapar era siempre la solución final, aunque nunca la había visto ponerla en práctica.

—O hacer que te expulsen —añadió—. Sería divertido, y tu padre no podría enviarte de nuevo si en la escuela no te admiten.

—Es inútil —gemí—. Me mandarían a otra escuela de esas.

—Callaos —dijo de repente Dave—. Ya están ahí.

Nuestra reacción colectiva a la advertencia de Dave fue frenética e instantánea. Mickey se quitó rápidamente las gafas de sol y los tres nos acurrucamos junto a Dave, a codazos y dispuestos a pelear por el derecho a usar los prismáticos. Como exploradores indios, nos quedamos inmóviles contemplando el terreno que había entre nosotros y el jardín de atrás de Sam Johnson. Dos personas en traje de baño habían aparecido en el rincón de las toallas y Dave no había mentido al citarnos una hora antes: una de ellas, con un bikini blanco y negro a

lunares, era sin duda la señorita McKilroy, la maestra rubia y rolliza que había empezado a trabajar en el colegio de Rushton el pasado septiembre.

—¿Qué está pasando? —preguntó Pippa. La miré de reojo. Estaba limpiándose las gafas rabiosamente. Se las puso de nuevo y bizqueó hacia abajo con cara de frustración—. ¿Es ella?

—Sí —dijimos al unísono Mickey, Dave y yo.

Miré de nuevo hacia el rincón. Sam Johnson y la señorita McKilroy estaban sentándose en las toallas.

—¿Y con Sam Johnson? —inquirió Pippa, soltando ya una risita.

—Sí —respondimos todos.

Johnson trabajaba de contratista en la zona de Bowley y hacía un programa de radio los domingos por la noche desde la residencia de ancianos de Whispering Glades. Tenía la edad de mis padres y era el director de los Rushton Players, el grupo de teatro *amateur* que montaba obras dos veces al año en el Memorial Hall. Yo lo había visto actuar en *La importancia de llamarse Ernesto* el mes anterior; mi madre había colaborado en el vestuario como miembro del grupo de costura de la parroquia. Al final de la obra, Johnson besó a la señorita McKilroy en el escenario y todos los chicos y chicas de la escuela primaria que había entre el público nos miramos con los ojos y la boca muy abiertos. Scott, el hermano de Mickey, que hasta entonces había estado sentado a mi lado, tratando (sin conseguirlo) de magrear a su nueva novia, Alison Rawling, le dijo a ésta al oído pero en voz alta: «Al menos hay alguien de este pueblo que se divierte.»

—Déjanos ver —le pedí a Dave, tirando de la correa de los prismáticos.

—Ya va.

—¿Qué está pasando? —preguntó Pippa otra vez.

—Están ahí tumbados, nada más —respondió Mickey.

—Muy juntitos —añadí yo.

—Pero que muy juntitos —confirmó Dave.

Vi que Sam Johnson se ponía de pie y desaparecía unos segundos de mi vista para regresar y sentarse a horcajadas sobre la señorita McKilroy. El ambiente en el tejado del garaje de Dave ya era eléctrico a más no poder. Mickey rió nerviosa.

—Crema bronceadora —informó Dave—. Le está untando la espalda.

—Ahora me toca a mí —dije, reclamando los prismáticos.

Dave me los pasó a regañadientes.

—Siguiente —canturreó Mickey, arrimándose a mí.

Me llevé los gemelos a los ojos, hice un lento barrido sobre la pared de ladrillo y luego fui bajando por un mar de carne. Ajusté el enfoque hasta que pude ver claramente a Sam Johnson y a la señorita McKilroy, los mofletes y la nariz pronunciada de ella. La maestra se puso boca arriba y.. y. y casi no di crédito a mis ojos: la parte superior del bikini ya no estaba.

—¡Le veo las tetas! —exclamé.

—¿Qué? —boqueó Dave.

—¡Sí! —repetí, enfocándolas—. ¡Veo las tetas de la McKilroy!

—Dame los prismáticos —dijo Dave.

—No —protestó Mickey—. Me toca a mí.

A mí me daba igual a quién le tocara. Lo único que me importaba en aquel momento era lo que tenía ante mis ojos: los grandes pechos fofos de la señorita McKilroy. Sus pezones eran como dos bolas de goma de mascar de fresa, y cada una de aquellas tetas húmedas debía de pesar una tonelada.

—¡Son espantosas! —exclamé con gran regocijo.

—Me toca —insistió Mickey, y antes de que pudiera impedirselo, me arrebató los prismáticos y empezó a mirar.

Hice visera con la mano para ver mejor, pero sin la ayuda de los prismáticos era inútil: el cuerpo de la señorita McKilroy volvía a ser una simple mancha de color rosa.

—El muy guarro —dijo Mickey un par de segundos después—. Le está poniendo crema.

—¿Dónde? —quiso saber Dave.

—Pues en las tetas, hombre.

—Déjame ver —suplicó Pippa, tirando de los gemelos.

—No, son míos —le espetó Dave.

Mickey aguantó los tirones de los dos.

—Se están sobando —dijo—. Él se ha puesto encima de ella y ahora se están morreando.

—Venga, Mickey —imploró Pippa.

Mickey siguió un par de segundos más y luego le pasó los prismáticos. Dave frunció la boca.

—Ojalá tuviéramos una cámara —dijo—. Con un teleobjetivo de esos gordos. Podríamos pegar fotos en la parada del autobús. —Movi6 la cabeza—. Imaginaos lo que dirían todos los padres..

—¡Ecs! —chilló Pippa—. ¡¡Con lengua!!

En cuanto oímos el potente graznido de Pippa, supimos que la habíamos pifiado. Con o sin prismáticos, el movimiento que se observó de inmediato en el jardín de Sam Johnson sólo podía significar una cosa: nos habían cazado. Segundos después, Sam Johnson estaba de pie mirando alrededor, mientras la señorita McKilroy, todavía en el suelo, trataba de ponerse a toda prisa el sujetador del bikini.

—¡A correr! —dijo Dave, y de un solo movimiento se descolgó por la cañería que bajaba por un costado del garaje.

Pippa, que se había quedado rígida, vio cómo Mickey y yo seguíamos a Dave. Caímos unos sobre los otros, jadeando por el esfuerzo y la risa.

—¡Pippa Carrier! —gritó una voz (no había duda: era la señorita McKilroy)—. ¡Pippa Carrier! No te muevas de donde estás.

Mickey, Dave y yo nos miramos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mickey—. La McKilroy nos hará picadillo. Mickey tenía razón. A las pocas semanas de su llegada al colegio, la señorita McKilroy se había ganado una mala fama sin parangón por su rigor y severidad. Todos los alumnos temíamos el día en que le tocaba a ella vigilar el patio, porque siempre nos caían deberes extra o algún castigo. Aunque los cuatro íbamos a dejar el colegio en breve, no creíamos que su influencia sobre nosotros, y en especial sobre nuestros padres, hubiera menguado.

—Largaos vosotros —respondió Dave—. Yo me quedo aquí con Pippa.

—Nos quedamos todos —dijo Mickey.

—No —insistió Dave—. Para qué. A mí me pillaré porque es mi casa y a Pippa porque ya la ha visto.

—¿Qué crees que hará la McKilroy? —pregunté.

Dave se encogió de hombros.

—Si escondemos los prismáticos, no creo que pueda hacer gran cosa, ¿verdad?

—Supongo.. —repuse.

Mickey se aguantó la risa.

—Además, no va a ir contándolo por ahí, ¿eh? Después de lo que hemos visto que le hacía Sam Johnson..

Del interior de la casa nos llegó el sonido del timbre de la puerta. Mickey arrugó la cara.

—Claro que.. —dijo.

—Largaos —nos ordenó Dave, mirando hacia Pippa, que estaba aún junto a la cañería con los gemelos colgando del cuello—. Rápido.

Mickey y yo sabíamos desde hacía tiempo que los cables del teléfono que unían las casas de nuestros padres eran más veloces que las piernas de cualquier niño de Rushton. Por ese motivo, una media hora después de haber saltado la cerca de Dave Kirby para escabullimos de la escena del crimen, nos encontrábamos sentados en el desportillado panteón de mármol de Alexander Woolfstone en la parte más alejada del cementerio, al otro lado del río. Mickey apenas había dicho nada desde que habíamos cruzado el puente y ahora miraba con cara pensativa la cifra 1765 grabada en la tumba, detrás de nosotros, mientras la recorría con el dedo. Volví a mirar la minúscula entrada del hormiguero que tenía entre los pies en la tierra suelta y seca y removí el palo que había introducido allí. Las hormigas enloquecieron.

—¿Crees que la señorita McKilroy se lo habrá contado a nuestras madres? —preguté. Mickey no se giró para responder:

—Ni idea.

—¿Qué crees que harán en ese caso?

—Ni idea.

Partí la ramita y eché tierra sobre la entrada del hormiguero. Las hormigas rodearon desconcertadas el nuevo territorio y luego se detuvieron para olfatear el aire como los perros en busca de un rastro.

—Mi madre conoce a la señorita McKilroy de cuando hicieron los vestidos para la obra. —

Doblé la cabeza y vi que Mickey me estaba mirando. Tenía el pelo pegado a la frente—. La tuya no la conoce, ¿verdad?

—Sólo del cole. Le comentó que yo hablaba demasiado.

—La señorita McKilroy dice eso de todo el mundo. Un día dijo que..

—Tú no has besado nunca a nadie, ¿verdad, Fred? —me interrumpió Mickey.

—Pues —respondí tras una pausa—, bueno, mi madre y mi abuela siempre me dan besos, y. . —No cuentan.

—¿Por qué?

—Pues porque no.

—Entonces no, no he besado a nadie. —Bajé la vista. Las hormigas habían empezado a despejar el agujero—. ¿Y tú?

—Una vez. A Simón Cory. En el patio. Por una apuesta. —Iba a preguntarle qué se sentía cuando ella añadió—: Pero no fue un beso de verdad.

Me giré y la miré a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Con lengua.

Me acordé de lo que Pippa había dicho en el tejado del garaje y lo repetí:

—Ecs.

Mickey inclinó la cabeza de modo que el flequillo le tapó los ojos.

—Yo no haría caso de Pippa —murmuró—. Ella tampoco ha besado a nadie. —Se echó el pelo hacia atrás—. A lo mejor no tiene nada de asqueroso.

Miré sus labios. Los tenía secos por el sol, pero su perfil curvo era muy bonito. Me pregunté si ella tendría razón y Pippa no. Había visto sonreír a Mickey miles de veces y cómo formaba burbujitas de saliva en la punta de la lengua, pero nunca había relacionado esas partes de su cuerpo con los besos. Nuestras miradas se cruzaron y noté que me ponía colorado.

—En la tele da ganas de vomitar —señalé rápidamente—. Sobre todo cuando dura mucho y suena esa música sensiblera.

Mickey me miró y, con un resoplido, dijo:

—Bueno. Entonces nada.

—Nada ¿qué?

—Nada. Que no me beses. —Se puso de pie y contempló el valle. Me levanté de un salto, de modo que mis ojos estuvieron a la altura de los de ella. Mickey se mordió el labio inferior en un gesto de enfado.

—¿Quieres que te bese? —le pregunté, asombrado.

Me miró de arriba abajo, indecisa, y su expresión se endureció.

—Olvídalo —dijo, giró sobre sus talones y empezó a andar sendero abajo—. He cambiado de idea.

Me quedé donde estaba viéndola alejarse, sin saber qué hacer ni a qué atenerme. Noté

que el aire tibio me rodeaba y que una gota de sudor me resbalaba por la cara. Luego eché a correr.

La alcancé justo al llegar a la verja del cementerio y me adelanté para cortarle el paso.

—Espera —dije, jadeando.

Ella me lanzó una mirada asesina e hizo ademán de apartarme. Su cara tenía el color de la puesta de sol. Fue entonces cuando lo hice. Le puse las manos sobre los hombros, di un paso al frente y apoyé mis labios en los suyos.

Nos miramos a los ojos con las narices aplastadas. Mis mejillas recibieron sendos chorros de aire caliente de su nariz, cosa que me hacía cosquillas, y parpadeé con ganas de reír. Pero no me atreví porque Mickey estaba muy seria, de modo que aguardé. Entonces vi que ella cerraba los ojos. «Ya está —pensé—. Mickey va a hacerlo. Va a besarme con.. »

Y entonces, sin previo aviso, lo hizo. Con la velocidad de una serpiente, su lengua emergió

entre sus labios y se introdujo en mi boca. Resbaladiza como una babosa y movediza como un gusano, se paseó por mi lengua. Yo me quedé rígido. No podía moverme ni respirar. Era la cosa más extraordinaria que me había pasado nunca. Pero ¿qué hacíamos después con las lenguas en contacto?

Miré sus párpados cerrados e imploré que algo me indicara el camino. Entonces oímos un chillido y nos separamos rápidamente, mirando ambos hacia lo alto en el momento en que un estornino alzaba el vuelo de unos arbustos. Cuando bajé la vista, me sorprendió ver que el suelo continuaba bajo nuestros pies.

—Ha sido.. —empecé. Pero no sabía qué había sido, excepto algo nuevo y diferente.

—No se lo cuentes a nadie —dijo Mickey.

—¿Por qué?

—Porque no —respondió, sonriendo. Se apartó de mí y al poner la mano en la verja, se dio la vuelta y añadió—: Deberíamos volver. Se está haciendo tarde. Asentí con la cabeza y salimos del cementerio, cruzamos el

río y enfilamos la Avenida. No dijimos nada en todo el camino, absortos los dos en nuestros pensamientos. Yo no sé qué

estaría pensando Mickey, pero recuerdo esa caminata con tanta claridad como cuando me despedí de ella delante de mi casa. Me daba igual si la señorita McKilroy había ido a ver a mi madre. Y tampoco me importaba que Mickey fuese al día siguiente a su nuevo colegio sin mí. Ni siquiera me preocupaba Miles. En aquel momento, mi cabeza sólo tenía espacio para Mickey.

Guardo la fotografía en la caja de zapatos, que devuelvo al cajón del escritorio. Luego saco la tarjeta de Mickey de la cartera y marco su número. Sin darme tiempo a pensarlo, pulso OK. Luego cuento los tonos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis..

—Diga —responde Mickey.

Tomo aire.

—Hola —digo—. Soy yo, Fred. Perdona que te llame tan tarde, pero es que quería preguntarte una cosa.



4. Mickey

Joe sonrío de oreja a oreja al apartar la vista de la pantalla gigante. A miles de kilómetros, la cara pixelada de su adversario, un japonés que tendrá cerca de trece años, esboza una sonrisa refractaria. Su mirada barre nerviosa la parte inferior de la pantalla como un corresponsal de televisión novato, luego se vuelve borrosa y desaparece. Después del envolvente sonido digital del juego intergaláctico, los oídos me zumban y no puedo reprimir un bostezo cuando se encienden de nuevo las luces.

Fred, que no ha dejado de ir de un lado a otro durante la última hora, aparece a mi lado. Se suma a los aplausos de los chicos y adultos que han estado pendientes de los monitores mientras Joe y su oponente peleaban. Se acerca a mí cuando Joe baja del taburete para recibir su premio: una moderna mochila de plástico que va a entregarle Nina, la promotora con funciones de azafata. Ella parece un poco fuera de su elemento, con esa dentada sonrisa robótica y ese despliegue de poses estudiadas que encajarían de maravilla si, además, estuviera sujetando un cartón con un número en un concurso de Miss Cualquier Cosa, en vez de vigilar a una turba ingobernable de chavales adrenalínicos.

—No puedo creerlo —dice Fred, aplaudiendo orgulloso mientras Joe trata de agarrar la mochila que Nina sigue sujetando al tiempo que hace

posturitas para los fotógrafos—. Ni yo mismo habría podido lograrlo.

—Bueno, al menos todas esas horas pegado al ordenador le han servido de algo —

contesto, viendo cómo Joe se abre paso hacia nosotros entre el tropel de chavales que se dirige a la batería de consolas. Detrás de él un anuncio americano de otro juego explota en la pantalla gigante, y la machacona banda sonora nos envuelve por todos lados.

—Hace muchos años, en otra galaxia.. —empieza la voz en *off*.

—Jolín. Esto no para, ¿eh?

—Aventuras sin fin, ésa es la idea —responde Fred, que está radiante por el desarrollo del acto, aunque debo decir que, hasta ahora, yo no me he enterado de nada.. y sí en cambio Joe, por lo visto—. Bien, ¿qué te ha parecido? —le grita en medio del follón, pero basta con ver la cara de Joe para deducir que convertirse en uno de los héroes de una presentación internacional de juegos de ordenador es lo más emocionante que le ha ocurrido en la vida.

—Una pasada —contesta.

Fred y yo sonreímos mientras él se arrodilla delante de nosotros y, loco de entusiasmo, abre la cremallera de la mochila. Dentro hay una camiseta negra de marca con el nombre de la empresa de Fred en discretas letras amarillas, dos de los últimos videojuegos y unas entradas para el cine.

Joe me mira con la boca abierta, pasmado ante unos regalos tan exclusivos. Nina se le acerca y alisa su vistosa melena castaña sobre un hombro.

—¿Qué te parece una clase en la rampa? —le propone, con su mejor voz aguda de vendedora. Lleva las uñas increíblemente largas y de color rosa, con las puntas blanquísimas, que arañan la lista de su sujetapapeles—. Irá Zack, ¿sabes? —añade—. O también podrías patinar con Quark. —Indica la rampa de monopatín que ocupa casi toda la sala y luego mira nerviosa a Fred.

—Lo estás haciendo muy bien, Nina, gracias —dice él, sin perder la oportunidad que ella le brinda.

Ella se deshace ante el cumplido. Sonríe con complacencia y resopla desagradablemente por la nariz. Le da las gracias, mientras otro de los chavales, un chico de la edad de Joe, se aproxima entre el gentío.

—¿Son tus padres? —le pregunta a Joe.

Él asiente señalándome con la cabeza.

—Ésta es mi madre —responde, y luego ladea la cabeza—. Y Fred. . un amigo nuestro. —

Nos sonrío a los dos—. Tyler —nos dice, a modo de explicación—. Vive unas puertas más abajo.

—Hola —digo, sorprendida de Joe. Suele ser muy tímido.

Pillo a Fred sonriendo. Veo que le complace que Joe lo haya llamado «amigo nuestro». Tyler murmura un saludo y vuelve a centrarse en Joe.

—Ha sido grandioso, tío, lo del juego. ¿Vas a patinar con Quark? Lo he visto en un vídeo.. Se alejan juntos por la reluciente rampa metálica hacia donde hacen las demostraciones de monopatín y patines en línea.

Las finísimas cejas de Nina se juntan. Coloca la palma de la mano sobre su tablilla y nos mira. —Tranquilos, ya os encontraré —asegura, da media vuelta y corre tras los chicos.

—Parece que hemos quedado libres —dice Fred frotándose tímidamente la oreja. La mochila de Joe está desparramada a mis pies y me agacho para recoger los regalos. Fred me sostiene del codo cuando me incorporo de nuevo.

—Vamos a tomar una copa —propone. Me sonrío y se dirige hacia la otra pasarela camino de la barra.

Lo sigo mientras trato de cerrar la cremallera de la mochila, pendiente de los acróbatas del monopatín que escalan la empinada rampa y ejecutan volteretas desafiando la fuerza de la gravedad, mientras los focos barren la rampa captando sus evoluciones. Aunque esto es un almacén en la zona este de Londres, nunca lo dirías. Los organizadores han transformado el enorme espacio en una jungla urbana, con pasarelas entre las diversas zonas, y resulta imposible definir el perímetro del local o sus dimensiones. Nunca he estado en un sitio tan moderno y vanguardista, y hasta ahora me ha costado sudores no exteriorizar mi euforia y asombro delante de Fred.

Al pie de una escalera metálica tipo industrial, la fiesta está en pleno apogeo en la zona del bar. Un espectáculo de luces ilumina allí unos monitores gigantes al ritmo de la música ambiente, acompañado por el murmullo de conversaciones y el tintineo de vasos.

—Mamá..

Levanto la vista y veo a Joe colgado de la barra de un andamiaje. Se está abrochando un casco de color plata.

—Es fantástico —grita, y yo sonrío y lo saludo con la mano. Veo por su expresión que por fin me ha perdonado.

Cuando Fred llamó hace unos días para invitarnos a la presentación, yo estaba medio dormida y tan sorprendida de que hubiera llamado, que accedí sin pensar. Pero tan pronto hube colgado el teléfono, empezó para mí un lapso de cuarenta y ocho horas de preocupaciones que culminó en un pánico en toda regla poco antes de salir de casa.

—¿Por qué no llamas y le preguntas qué tienes que ponerte? —sugirió Lisa mientras me afanaba de un lado a otro de la floristería.

—No puedo —gemí, impotente—. Además, parecería. .

—¿Qué?

—Oh, nada—dije, totalmente desmoralizada.

Joe tampoco me sirvió de ayuda mientras procedía a revisar mi guardarropa por enésima vez.

—Tranqui, mamá. No sé por qué no te pones lo de siempre.

—¿Lo de siempre? —repetí exasperada, con un gruñido de frustración—. Es una fiesta por todo lo alto. No querrás que vaya en vaqueros y zapatillas de deporte, ¿verdad, tonto? Se trata de una presentación oficial de la empresa de Fred.

—A él le dará igual cómo vayas vestida —replicó con su habitual sabiduría de niño de nueve años, aunque era evidente que se había ofendido porque lo llamara tonto.

—Oh. . mira, ve a lavarte la cara —le solté injustamente—. Y cepíllate los dientes. Joe hizo un gesto orgulloso y salió enfurruñado de mi habitación cerrando de un portazo. Además del sobresalto, me sentí inmediatamente culpable.

Una vez a solas, examiné mi cara en el espejo del armario y comprobé que había descuidado mucho mi aspecto. La última vez que había ido a un acto similar había sido en la presentación de la empresa de telefonía móvil de Martin, y lo pasé mal de principio a fin. Por insistencia de Martin, y aunque yo no quería, me puse un vestido de noche y estuve la mayor parte del tiempo con una servilleta encima del escote para protegerlo de los colegas de Martin, que me comían con los ojos. Pensando en Fred, no creí que esa vez fuera a ser igual, pero aun así me sentía nerviosa.

Pero lo que me daba verdadero pánico era Rebecca. Una parte de mí me aconsejaba llamar a Fred y excusar mi asistencia, pero no podía defraudar a

Joe, de modo que me puse a ensayar. Sujetándome el pelo detrás de la cabeza, probé con mi mirada más confiada ante el espejo.

—Qué tal, Rebecca. —Ahí, mi mejor sonrisa—. Soy Mickey. —Me saqué la lengua a mí

misma y lo intenté de nuevo—: Hola, soy Mickey Maloney. Fred y yo.. Me solté el pelo y me dejé caer en la cama, desesperada, mientras un torrente de preguntas me pasaba por la cabeza. ¿Estaría Rebecca en la presentación? ¿Sabría lo que hubo entre Fred y yo? ¿Qué le habría dicho él después de nuestro último encuentro? ¿Cómo me habría descrito? ¿Íbamos a ser los tres amigos y salir juntos? ¿Por qué, en el fondo, nos había invitado Fred? ¿Qué es lo que quería?

Ahora miro a Fred y sigo todavía a dos velas. En vez de obtener respuestas, sólo tengo más preguntas.

—¿Qué? —me dice, sonriendo al detenerse en la escalera y mirar hacia arriba. La luz se refleja en sus ojos, que parecen centellear. Lleva una camiseta gris marengo que le sienta bien a su cara ligeramente bronceada, y durante un segundo se me hace un nudo en la garganta.

—Nada —respondo, pero en parte quiero decirle: «Eso, Fred, ¿qué? ¿De qué va todo esto?

¿Dónde está Rebecca? ¿Qué está pasando? Y... ¿desde cuándo eres tan guapo?»

—Dame —dice, estirando el brazo para alcanzar la mochila de Joe, y yo se la paso alegrándome de que no pueda leerme el pensamiento.

Naturalmente, Joe tenía razón. No debería haberme vestido así. Me siento ridícula con mi traje pantalón a rayas, que es la cosa más moderna, pero aun así pasada de moda, que he encontrado en el armario. Todas las chicas llevan extravagantes prendas urbanas, con ese look desaliñado pero caro y de diseño, y aparte de un poco de brillo de labios, parecen todas muy naturales.

En comparación, siento como si me hubiera dado de morros con el expositor de cosméticos del supermercado, cuyos mal conjuntados elementos acarreo de un lado a otro en mi enorme bolso de mamá junto con todo un cargamento de efectos personales. Me lo merezco por ser tan presumida. Pensé que llevar encima cosas esenciales como un cepillo de pelo y una sudadera para Joe, por no hablar de mi abultada agenda llena de correo basura y atada con gomas elásticas, haría que me sintiese moderna y

adulta. Sin embargo, me siento sencillamente rara. —Oye, Mickey, una cosa—susurra Fred cuando nos disponemos a ir hacia la barra entre la multitud. Se ha puesto serio.

—¿Sí?

—Ahora mi apellido es Wilson.

—¿Wilson?

Mira alrededor para cerciorarse de que nadie nos oye.

—Mi madre lo decidió después de.. ya sabes. Nos pusimos su apellido de soltera. —

Sonríe buscando mi aquiescencia, pero yo sólo lo miro aturdida—. No hay para tanto, Mickey. Sólo que es mejor que no me llames Roper, si alguien pregunta. Porque ya no soy Roper. .

—De acuerdo —acierto a decir, escrutando su cara, pero él asiente como si hubiera hecho conmigo un pequeño pacto y, antes de que yo pueda añadir nada más, continúa andando. No para de saludar a gente que se le acerca, y deduzco que debe de ser bueno en su trabajo, pues todos parecen mostrarle respeto y se deshacen en elogios a su empresa, pero Fred se los quita educadamente de encima y me indica que lo siga. Se muestra muy confiado y seguro de sí mismo este Fred Wilson. Es como ver a una persona nueva. Sin embargo, una parte de mí desea reclamar la atención de la gente y decir: «Lo siento, chicos, aquí hay un pequeño error. Este hombre se llama Fred Roper.»

No debería importar, pero sí importa. Ni Fred Wilson tiene que ver conmigo ni yo con Fred Wilson, y siento que al negar su pasado, me ha negado también a mí. Porque yo formaba parte de Fred Roper. La experiencia compartida que nos unía podía haberse alargado como una tela de araña con el paso de los años, pero seguía estando ahí. Ahora me doy cuenta de que, a pesar de las promesas, Fred hizo borrón y cuenta nueva y, pese a todos esos años de separación, él se sintió feliz de ser otra persona.

Claro que, bien pensado, ¿por qué no iba a cambiarse el nombre? Lo que le sucedió fue tan horrible que no puedo culparlo por tratar de olvidarlo todo. La gente se reinventa constantemente por motivos más nimios; si yo hubiera estado en su piel, quizá habría hecho lo mismo. Para ser sincera, creo que habría sido estupendo darme ese lujo. Al menos Fred no vio lo que pasó, a diferencia de mí. Él no estuvo presente. Él no percibió aquel espantoso olor que me ha perseguido durante años.

—Voy un momento al servicio —le susurro mientras saluda a otro colega más.

—No me muevo de aquí, ¿vale? —dice, y eso hace que me sienta halagada. Estoy tan acostumbrada a cuidar de Joe y de la tienda, que ya he olvidado lo bonito que es que alguien se preocupe de ti.

Tras examinar los extraños símbolos de una de las puertas, concluyo que debe de tratarse del aseo de señoras y abro la pesada puerta. Durante un momento miro hacia atrás, preguntándome si no me habré equivocado al ver una batería de paneles de acero inoxidable. Les doy empujoncitos, pero no pasa nada. Hasta los retretes son demasiado sofisticados para mí. Una chica rubia aparece detrás de mí y acude al rescate. Empuja con fuerza uno de los paneles, que cede y deja ver un cubículo de acero inoxidable con un inodoro digno de *la Guerra de las Galaxias*.

—De lo más fácil, ¿verdad? —dice, y sonrío solidarizándose conmigo.

—Gracias.

Cuando salgo, está esperando lavándose las manos en una fuente de agua.

—Has venido con Fred, ¿verdad? —pregunta.

—Sí. —Le sonrío y cojo una gruesa toalla blanca de tocador que hay en un montón junto al lavabo.

—Soy Susan —dice, remetiéndose el flequillo detrás de la oreja al tiempo que apoya la cadera en el lavabo, sin dejar de mirarme. Saca un paquete de tabaco del bolsillo de sus extraños pantalones y enciende un cigarrillo—. Fred es mi jefe —explica—. Aunque, para serte

franca, la mandona soy yo.

—Me llamo Mickey.

Da unas caladas con aire pensativo, observándose.

—Me gusta el look retro —dice, con un gesto de la cabeza hacia mi atuendo. La miro a los ojos, preguntándome si es una grosería. Ella se da cuenta.

—No, de verdad. Te sienta de maravilla.

Estudio una vez más su rostro franco y ancho y decido que habla en serio.

—¿Quieres decir que he llegado a esa fase en la que, de tan pasada de moda, voy a la moda?

—Querida, estás divina —dice Susan parodiando a una actriz de cine, y las dos reímos.

—Me siento como una tienda de accesorios andante —confieso, haciendo una mueca hacia mi superbolso.

Susan alarga la mano:

—Lo pondré con las cosas de Fred.

Agradecida, le paso el bolso y vamos hacia la puerta, aunque es un misterio cómo sabe ella dónde está la puerta.

—¿Hace tiempo que conoces a Fred?

—De toda la vida, pero hacía bastante que no nos veíamos.

—Pues me alegro de que hayas venido. Así podrá divertirse un poco y no ser el tipo aburrido que sólo piensa en el trabajo, como suele hacer en estos actos.

—Ah, ¿sí? —digo, incapaz de contenerme—. ¿No suele acompañarlo Rebecca?

—¿Rebecca? —repite Susan, como si yo estuviera bromeando, y luego se fija en mi expresión—. Deduzco que no te la han presentado.

—Pues no.

—Bien, digamos que no le va este rollo. —Hace una mueca y abre la puerta—. No es lo suficiente Gucci, encanto —añade en plan confidencial—, no sé si me entiendes. Encuentro a Fred charlando junto a la barra. Me sonrío y me pasa un vaso, pero está

conversando con otros dos hombres. Deduzco que hablan de cosas de informática, pero para mí es como si fuera marciano. Abro muchos los ojos mientras miro a Fred por encima del vaso.

—Perdona —dice, y me mira tranquilizadoramente—. Te lo traduciré. Éstos son Peter y Tim. Los reyes de los artículos para el hogar. Pídeles lo que quieras, desde pintalabios a pantallas para lámparas. Os presento a Mickey.

—Formas parte de la pandilla de Fred, ¿eh? —me pregunta Peter con un florido acento cockney. Es bajo y calvo y golpea su vaso con un grueso anillo de platino con verdadero brío.

—No, no —tartamudeo, sintiéndome como una impostora—. Yo soy. . soy florista.

—Florista —repite Peter, moviendo con la cabeza—. Pues quizá eres la persona que andábamos buscando. ¿No te parece, Tim?

Tim, quien sin duda es su ayudante, asiente con ganas.

—Oh, bueno, no.. Sólo tengo una pequeña floristería. No es..

—Es muy bonita —me corta Fred, deslizándolo discretamente un pie para presionarlo contra el mío—. Está en Kensal Rise, cerca de vuestras oficinas.

—Sí, estamos junto al canal —dice Peter con suficiencia, y me mira—. ¿No podrías venir y animarnos un poco el local? A mí no me va ese rollo de los cestos florales, pero nuestra oficina en Nueva York tiene flores fabulosas por todas partes. Todo muy moderno.. Miro a Peter, luego a Fred, y otra vez a Peter.

—Pues.. supongo que podría ir a echar un vistazo.. —respondo, siguiendo el ejemplo de Fred, que asiente de forma alentadora.

—Lo harías la mar de bien —asegura, y se vuelve a Peter—. En serio, es una florista excelente.

—Arréglalo, Tim —dice Peter, y empieza a alejarse—. Hasta luego, Fred, Mickey..

—¿Me das tu número de teléfono? —pregunta Tim, sacando una agenda electrónica de bolsillo.

Sonríó a Fred mientras le doy las señas a Tim.

—Te llamaré el lunes para concertar una cita —concluye muy decidido después de cerrar su agenda electrónica.

Fred choca su vaso conmigo cuando Tim se marcha.

—Ya ves, no ha sido tan difícil. Quién sabe, la empresa de Peter es enorme. Si consigues entrar, habrás dado en la diana.

—Hum, bueno, ya veremos.

Sonríó, no quiero ser demasiado optimista. Es increíble que Fred haya podido hacerme ese favor y, aparentemente, sin esfuerzo. En comparación, me siento como una completa aficionada. Llevo varios meses hecha un lío por el texto de un anuncio que puse en el periódico local, y aquí está Fred organizando supercontratos mientras se toma una copa. Comparado con mi pequeño negocio, me parece estar ante un mundo muy distinto.

—Oye, ¿no tendrías que.. bueno, hacer vida social.. ? —le pregunto mientras él tira de mí

hacia la barra y se me pone muy cerca.

—Sí, pero no tengo ganas. —Sonríe y me pasa otro combinado.

—Te lo advierto —digo, tomando un sorbo del potente cóctel frutal—. No estoy acostumbrada a beber. Esto sabe de muerte.

—Creo que deberíamos ir a ver el juego de realidad virtual, en la sección de la selva. ¿Qué

dices? —Me sonríe otra vez.

—Ya entiendo —bromeo—. Quieres que me emborrache para poder ganarme. El viejo truco. Pues no te será tan fácil engatusarme.

Estiro el brazo en ademán de golpearlo en las costillas (el alcohol empieza a hacer efecto), pero él es más rápido y esquiva el golpe.

—Vamos —dice—. A ver cómo están esos famosos reflejos tuyos.

—¡Rapidísimos! —exclamo bufando—. Como siempre. Espera y verás. Pero mientras camino detrás de él me siento ofuscada, y también vagamente feliz. Me alegro de que Rebecca no haya venido. Es estupendo tener para mí sola al hombre más importante y popular de la reunión, aunque sé que esto no durará. Y mientras pasamos junto a todas esas chicas tan atractivas, me dan ganas de pararme, señalar a Fred y decir en voz bien alta: «¿Lo veis bien? Pues una vez fue mío. Todo para mí sola.»

Al día siguiente amanezco con la peor resaca que recuerdo en muchos años. No sé ni lo que hago mientras intento preparar una comida ligera, y mi estado de ánimo no mejora cuando aparece Joe con el teléfono en la mano.

—Es la abuela —anuncia, pasándome el aparato.

Me limpio las manos en un paño. Mi madre no me saluda.

—No puedo creerlo. Después de tanto tiempo pensaba que ya te habrías sacado a ése de encima. ¡Fred Roper! —exclama, y parece impresionada de verdad—. Joe me lo ha contado todo. —Hola, mamá —digo, desoyendo su perorata y sintiéndome extrañamente propensa a interrumpirla con viejos y nuevos insultos.

—Me he quedado de piedra. Cuando pienso en su padre.. ¡Oh! —Traga aire y ya me la imagino en la escalera de la casa de Rushton, llevándose teatralmente una mano al pecho. Al instante, noto que me pongo a la defensiva, como un gato al sacar las uñas.

—Vamos a ver: ¿cuál es el problema? —le pregunto entre dientes, pensando que ojalá

fuera capaz de decir «tu problema».

—Ya sabes, hija, yo siempre he dicho..

—¡Mamá! —la interrumpo, con la paciencia agotada—. Olvídalo de una vez. Eso pasó hace mucho tiempo. Fred lleva una vida completamente distinta. Es un hombre responsable, amable y, para tu información, ha sido estupendo verlo otra vez. No tiene nada que ver con Miles.. —

Callo, rabiosa por estar haciendo lo que siempre hago: justificarme delante de ella. Sé que nunca funciona.

—Pero ¿y Joe? Piensa en tu hijo..

—¡Mamá! —Inspiro hondo—. Por favor. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Es que estoy preocupada por mi nieto, cariño. Alguien ha de velar por él —dice con voz de beata, y me contengo para no replicarle.

Desde que Joe nació, ella siempre ha insinuado que yo era una madre horrible. He de procurar no sulfurarme. No voy a empezar siquiera a enumerar sus faltas. Me siento tentada de acusarla de leer aquellas cartas y de haber sido la culpable de que Fred y yo hayamos sufrido tanto durante estos años. No, es inútil. Ella siempre cree que obra bien. No tiene sentido tratar de explicarle todo el daño que ha hecho, porque ella lo negaría sin más.

—¿Llamabas por algo en particular? —pregunto.

—Vamos al velatorio del primo de tu padre, este fin de semana no, el otro. Pensaba si podrías venir a dar de comer a *Oscar* mientras estamos fuera. *Oscar* es el anciano gato de mis padres.

—Es que ahora mismo aquí todo el mundo parece estar de vacaciones —añade, y capto que eso lo ha dicho para mi padre, que debe de estar cerca.

—Descuida, iré —digo, y cuelgo apresuradamente.

A medida que transcurre la semana me siento molesta y nerviosa, pero no es el negocio lo que me preocupa, tampoco Joe ni ninguna de las otras cosas que normalmente me inquietan. No, el problema es que, a pesar de los esfuerzos de mi madre por quitármelo de la cabeza, no dejo de pensar en él. En Fred.

Asalta mis pensamientos a cada instante y me sorprendo a mí misma manteniendo conversaciones imaginarias con él. Pasan los días y no tengo noticias tuyas, eso hace que me muera de ganas por hablar con Fred. El jueves me doy un madrugón para ir a comprar género al mercado y, de regreso, mientras renovamos todo el surtido de la tienda, Lisa decide que ya no aguanta más.

Como de costumbre estamos en la trastienda, detrás de la caja registradora. No hay mucho espacio, el suficiente para una mesa grande y una vieja pila de porcelana. He colocado un par de estantes donde tenemos cintas, la máquina de las tarjetas de crédito, un hervidor, un tarro de café y, ocupando el lugar de honor, la radio, que ahora suena con música pop. La mesa, entre Lisa y yo, está llena de helechos de diversas clases. Encima hay un manojo de flores, cuyos tallos apuntan hacia nosotras, y vamos cortando

uno por uno el extremo inferior de los mismos antes de meter las flores en los cubos negros.

A simple vista parece todo muy caótico, pero una de las cosas que más me compensan en mi trabajo es que a las nueve, cuando abrimos la tienda, las flores tienen su mejor aspecto y el local se ve ordenado. O al menos ésa es la idea.

—Mickey. —Lisa chasquea los dedos delante de mi cara.

—¿Eh?

—Baja de la nube.

Sacudo la cabeza y le sonrío.

—No has oído nada de lo que te he dicho, ¿verdad?

Me pongo tensa.

—¿Era algo sobre los oasis? —pregunto.

—Sí. —Me mira exasperada—. De eso hace cinco minutos.

—Perdona.

Lisa deja sus tijeras de podar.

—Sé que estás pensando en él.

—¿En quién? —pregunto con cara de inocente, pero sé que me ha descubierto. Lisa se lleva una mano a la cadera y levanta las cejas.

—No sé lo que hay entre tú y Fred, pero está claro que la cosa no ha terminado. ¿Cuándo tienes que verlo otra vez?

—No lo sé —suspiro, metiendo un alambre por la cabezuela de una gerbera naranja y arrollándolo en torno al tallo—. Ahí está el problema. Que no sé nada. La otra noche lo pasamos de maravilla, pero todo quedó abierto, no concretamos nada.

—¿Tú quieres verlo?

—Pues claro que quiero, pero la cosa es complicada. De entrada, Fred está a punto de casarse.

—Entonces, ¿por qué te invitó a esa presentación?

Me encojo de hombros sin saber qué responder.

—Mira, tú pensabas contarle lo de Peter, el de la fiesta. ¿Por qué no vas a visitarlo? —

continúa.

—¿Qué? ¿Ahora?

—¿Por qué no? Eres tú la que me llama a mí impulsiva.

—Pero si es tempranísimo. .

—¿Y qué? ¿Desde cuándo importa la hora en estas cosas?

Tardo un buen rato en convencerme de que Lisa tiene razón. Cuando me meto en la furgoneta, ya estoy medio mareada de emoción, como si me dispusiera a hacer algo particularmente prohibido. Es una locura, en realidad, porque si estoy tratando de demostrar algo, sólo me lo demuestro a mí misma. No hay nadie más a quien le importe esto y, sin embargo, sigo dándole vueltas y más vueltas intentando persuadir a la remilgada Mickey de que es una buena idea.

Después de mucho buscar, resulta que la calle de Fred no es lo que yo esperaba. Me la imaginaba pija y elegante, pero es la típica calle comercial londinense, sucia, con plátanos a ambos lados y una parada de autobús con baches. Verifico en mi manoseado callejero la dirección que anoté con lápiz de ojos en mi agenda cuando Fred nos dejó a mí y a Joe en un taxi después de la fiesta, y aparco en una línea amarilla frente a la vieja casa adosada. Debo de haber pasado por aquí innumerables veces y ahora me choca que Fred haya estado viviendo en este lugar todo el tiempo sin que yo lo supiera.

Apago el motor y bajo de la furgo en el momento en que un cincuentón sale de una casa dos puertas más allá y empieza a hacer jogging en dirección a mí. Lo saludo con la cabeza y le digo hola, pero él mira con recelo y simplemente me rehuye.

Está claro que hay una guerra de artistas urbanos en este barrio, porque hasta el último trecho de pared aparece pintado con vistosos graffiti. Me subo las gafas de sol y observo las viejas ventanas del edificio de Fred preguntándome cuál será su piso. No veo señales de vida en ninguna de ellas, a excepción de un gato rubio y gordo sentado en la ventana salediza de la planta baja que pestañea lentamente al sol.

Se oye un estruendo un poco más allá cuando el dueño de una cafetería sube la persiana metálica, y decido concederme unos minutos y prepararme mentalmente antes de entrar en casa de Fred. El dueño del bar baja una silla de plástico de las que hay sobre la mesa de fórmica para que yo pueda sentarme. Me guiña el ojo y se pone a silbar al son de la radio y a barrer el suelo, y entonces, mientras toqueteo el azucarero, se me ocurre que hacía siglos que no tenía tiempo para estar un rato así, a solas. Apoyo la barbilla en el puño y disfruto del momento

aspirando el aroma del café recién molido mientras mis ojos se relajan ante el sol que entra por las ventanas alumbrando como un reflector de partículas de polvo. Al otro lado de la ventana está el piso de Fred, y me

doy cuenta de que experimento una emoción tan ridículamente familiar que casi me echo a reír.

Pese a nuestros temores, cuando terminamos la primaria y yo empecé a estudiar en el instituto de Bowley después de un caluroso verano, el hecho de que Fred asistiera a otro centro apenas tuvo consecuencias en nuestras vidas. Nos adaptamos a las cosas, como hacen los niños. Él hizo nuevas amistades y yo también, pero seguíamos teniéndonos el uno al otro cuando nos faltaban los amigos y durante esas largas tardes de domingo entre la tierra de nadie televisiva y la hora de acostarse.

Yo estaba celosa entonces. Cuando Fred me describía su elegante escuela, me ponía los dientes largos oír hablar de sus grandes campos de deporte, sus laboratorios de idiomas y el chulísimo departamento de Arte. Dicho esto, no habría cambiado mis sábados por la mañana, cuando papá preparaba una fritura, por las clases de Fred el fin de semana, claro que al menos él parecía estar aprendiendo algo. En comparación, mi paso por el sistema educativo del instituto se me antojaba tedioso y más bien inútil.

Cuando sucedía algo importante (si había alguna pelea entre alumnos), se lo contaba a Fred, pero, por regla general, cuando llegaba a casa por la tarde me había olvidado ya de la escuela, que por lo visto no me aportaba nada nuevo. Aparte de que los váteres olían peor que en el cole de Rushton y había más caras en los espejos, las únicas diferencias reales que yo veía eran que las sillas de mi instituto parecían más grandes, los castigos, más prolongados, y que teníamos que andar más entre clase y clase.

Al igual que en la escuela primaria, los profesores me reprendían sin cesar por mirar las musarañas o por hablar en clase, y la única cosa que me inspiraba era el mapamundi descolorido que tapaba una de las paredes del aula. Me quedaba mirando los continentes pintados de tonos pastel, saboreando los nombres de las ciudades extranjeras, y fantaseaba como una cría viajando en un coche rojo trucado con la misión de localizar al astutamente disfrazado 00Fred, que dominaba el dialecto local y estaba siempre a punto para liquidar a los malos y restablecer el orden.

Luego volvía a la realidad, y lo que mantenía mi interés cotidiano eran los episodios de *Dallas* y los detalles extracurriculares de la vida escolar. Fumaba tabaco al fondo del campo de deportes, me formaba despectivas impresiones de todos los profesores y grababa palabrotas en los pupitres con un compás cada vez que se me presentaba la ocasión. Si evitaba meterme en mayores problemas era porque Pippa, mi compinche de

primaria, me dejaba copiar sus pulcros deberes por las mañanas en el autobús, a cambio de que yo la dejara ser la subjefa de nuestra pandilla.

Como jefa de pandilla, yo estaba muy ocupada en llevar la voz cantante a la hora de decidir quién era amigo de quién, quién prefería a qué solista masculino de qué grupo pop y quién llevaba el corte más moderno cortesía de Crops & Bobbers, la peluquería de la calle mayor de Bowley. Y el tema más absorbente de todos: los chicos. Huelga decir que los que teníamos a mano en el instituto eran repulsivos y dignos de nuestro escarnio, pero en privado se nos caía a todas la baba. Para demostrar mi superioridad dejé correr entre las chicas de mi clase el rumor de que me había «morreado con un chico» e inventé expresiones faciales que daban una impresión muy diferente de la experiencia que había tenido de hecho. El Beso Secreto de Mickey se convirtió en susurrado tema de conversación y, a falta de mejores chismes, mi fama de experta besadora se exageró

sobremanera al tiempo que las chicas hacían concursos para adivinar la identidad del besado, y

tan gorda fue haciéndose la bola que ya no pude revelar que sólo se trataba de Fred Roper. Al principio me sorprendió salir impune de mi embuste, pero a medida que pasaba el tiempo y mi estado de secreta iluminación sexual persistía, empecé a tomarle gusto a la fama. Para no ser superada por Tracey Hitchin, mi rival de 2C, hice correr la voz de que yo me había

«desarrollado» antes. Ni siquiera Pippa conocía la verdad. Sorprendentemente, nadie llegó a descubrir que me metía papel higiénico en las pequeñas copas de mi sujetador, como tampoco se olieron que el abdomen hinchado que mostraba una vez al mes, como si estuviera embarazada, era una combinación de patatas fritas con queso y cebolla y control muscular. Mientras que todo el mundo iba diciendo «Pobre Mickey», yo me tragué hasta tal punto mi supuesta feminidad que casi llegué a creer que había escrito en serio la carta que apareció en la página de consultorios de la revista Jackie acerca de un tampón que se me había quedado atascado.. «allí abajo».

A decir verdad, yo no sabía a qué atenerme acerca de lo de «allí abajo». Evitaba cualquier conversación al respecto con mi madre, por suponer que era una chica rara y sufría disfunciones. En privado, miraba mi pecho plano y mi cuerpo infantil con impaciencia y rezaba para que empezara a pasar algo de verdad, cualquier cosa.

Luego, cuando cumplí trece años, Fred terminó sus estudios en la preparatoria de Rathborne y se fue al internado. Aunque sabíamos que eso ocurriría y estábamos prevenidos, su repentina ausencia definitiva fue un golpe terrible. Para mí, era como si se marchara a la otra punta del planeta. Cuando se alejó por Hill Drive en el Porsche de Miles, supe que allí

terminaba una época, y pese a que le hice jurar que me escribiría todas las semanas y me explicaría con detalle su nueva vida lejos de casa, no lo hizo. En su ausencia, el mundo enloqueció con la irrupción de la pubertad. Adiós al papel higiénico de relleno: en su lugar vi crecer y crecer mis pechos, como también crecieron las peleas con mis padres por los diversos, muy tempestuosos y brevísimos amores que tuve con una selección de jóvenes granujientos.

Cuando Fred volvía al pueblo, apenas lo veía, tal era mi ensimismamiento con lo que consideraba mi dramática y plenamente realizada existencia. Había que comprar discos, teñirse el pelo, ir a fiestas, y Fred sólo era el vecino de al lado. Y, encima, pijo. Nada me había preparado, pues, para la llegada de Fred en las vacaciones de Navidad dos años más tarde. De repente había cambiado mucho: no sólo era más alto y corpulento, sino que le había salido la barba y llevaba el pelo cortado a la moda. Al observarlo por un resquicio en los visillos de mi comedor y verlo abrazar a Louisa, su madre, en el camino particular de su casa, envolviéndola en los pliegues de un gabán militar de segunda mano pero increíblemente moderno, no me quedó la menor duda de que Fred ya era un hombre. La conmoción, incluso a través del cristal ahumado de la ventana, fue tremenda.

No fui la única afectada. Con la necesidad imperiosa de nueva savia masculina en Rushton, y en vistas a la discoteca que iba a abrir por Navidad, casi todas mis rivales femeninas ficharon a Fred como posible pareja de besuqueo y baile lento. Hasta Annabel Roberts, la chica más guapa de mi clase y blanco de mis peores deseos, decidió hacerse amiga mía cuando descubrió que Fred y yo éramos vecinos.

Dudo mucho que Fred fuera consciente de su nuevo estatus social, o de que tantas chicas de Rushton suspiraran por él, pero yo decidí que el premio iba a ser para mí. Tal como veía las cosas, Fred me pertenecía por derecho. Lo conocía mejor que ninguna, vivía más cerca de él que nadie y tenía muchas oportunidades para seducirlo. De modo que la noche anterior a la

disco, para asegurarme de que Fred supiera lo que había disponible, dejé las cortinas abiertas mientras me desnudaba.

Al fondo del Memorial Hall el fango se había congelado formando aristas y los charcos eran un espejo de hielo, pese a lo cual yo me sentía de un humor cálido y animado. Después de varias horas emperejilándome en casa de Pippa, por fin estaba preparada: mis pestañas pesaban con la dosis extra de rímel azul eléctrico, mis labios eran como dos caramelos de fresa, e iba totalmente perfumada con medio envase de espray corporal Impulso. No sólo eso, también tenía alcohol y cigarrillos.

—¿Qué es eso? —me preguntó Pippa cuando desenrosqué el tapón de una botella de naranjada y aspiré los acres efluvios del turbio brebaje que había obtenido gracias a las botellas que mi padre guardaba en el armario ad hoc.

—Ginebra, Martini, Cinzano Rosso. . y algo verde.

Pippa arrugó la nariz cuando le pasé la botella.

—¿No nos emborrachará?

—Ésa es la idea —dije, con una sonrisita.

—Pero hace mucho frío, Mickey. ¿No podemos beberlo dentro? —suplicó Pippa, que trataba de entrar en calor pateando el suelo, con lo que los pendientes de Santa Claus que se había comprado para la fiesta se bamboleaban. No había motivo para que tuviera frío, con aquellos zapatos de invierno y la bufanda de mohair que asomaba bajo su grueso abrigo del colegio.

—No —insistí. Como ya le había explicado, no nos convenía llegar antes que Fred. Yo no quería ser una más. Haríamos nuestra entrada cuando estuviera claro que todo el mundo iba a fijarse en nosotras—. Bebe. Te hará entrar en calor —le sugerí. Pippa tomó un trago, torció el gesto y se palmeó el pecho antes de devolverme la botella. Aplasté mi cigarrillo con la puntera de mis zapatos de charol y tacón de aguja y asomé la cabeza para echar un vistazo al interior.

Pude ver que habían transformado totalmente el Memorial Hall. El belén de artesanía quedaba oscurecido por la Disco de Terry, que habían alquilado en Bowley. Luces de color rojo, azul y verde vibraban encima de la barra e iluminaban la pista de baile, mientras la enorme bola de cristales colgada del techo arrojaba sombras caprichosas a las paredes como un banco de peces plateados y convertía las gastadas tablas del suelo en un torbellino mágico. Había serpentinas colgadas de una red con globos color

de rosa que la gente agitaba al pasar. Una oleada de emoción se apoderó de mí cuando me pegué a la pared sin ser vista y di un trago a escondidas.

—Tienes escarcha en el flequillo —dijo Pippa.

—¿Sí? —Procedí a arreglarme el flequillo, tieso y peinado hacia atrás con la ayuda de una capa solidificada de laca con purpurina—. ¿Quieres ir a mirar? —pregunté, ansiosa. Pippa puso los ojos en blanco. Era la vigésima vez que se lo pedía en otros tantos minutos.

—Venga —supliqué.

Ceñuda y hastiada, Pippa salió del escondite y fue a echar una ojeada.

—Sí, está dentro —dijo un minuto después.

Me froté las manos de alegría. Iba a ser una gran noche.

—¿Qué tal estoy? —pregunté, tirando del extremo de la falda de tubo hacia las rodillas, que se me habían puesto moradas.

—Bien.

Me olfateé las axilas de pura paranoia.

—No huelo a sudor, ¿verdad? —Hice la comprobación, agarrando la tela de mi top y acercándosela a Pippa, que tosió y agitó la mano frente a la nariz.

—No —dijo, poniéndose bizca.

—Entonces, vamos, que empiece la fiesta. —Eché a andar hacia la puerta, contoneándome.

Dentro, la música estaba a tope y las mesas de los rincones oscuros empezaban a llenarse.

—Allí está —dije, dándole un codazo a Pippa.

Fred estaba hablando con Dave y un grupo de nuestros antiguos amigos de la escuela primaria. Se le veía mucho más moderno que al resto con su camisa azul a rayas, y al hablar se levantaba el flequillo a bufidos.

Apretando los labios, envolví la botella de naranjada con mi delgada cazadora de raso para meterla de contrabando y caminé lo mejor que pude hasta una mesa rinconera.

—¿Nos está mirando? —le pregunté a Pippa con los dientes apretados.

—Mickey —rezongó.

—¿Sí o no?

Ella volvió la cabeza y miró directamente hacia Fred.

—Sí —respondió, saludando con el brazo levantado.

Yo se lo agarré, lanzándole una mirada amenazadora.

—Ni se te ocurra.

—¿Qué pasa? —preguntó, irritada.

—El truco es hacerse la indiferente —dije, sentándome enseguida y fingiendo que no me importaban los chicos. Saludé a Annabel, Lucy y Claire, y al poco rato nuestra mesa estaba llena de chicas del instituto de Bowley.

La disco no tardó en animarse de lo lindo. Quedaban cuatro horas preciosas hasta el toque de queda de medianoche, y como en la cocina del Memorial Hall sólo servían naranjada y Coca-Cola, todos llevaban su ración de alcohol y estaban dispuestos a colocarse lo antes posible.

—Bueno, Mickey, ¿hay alguien que te guste en especial? —gritó Annabel para hacerse oír mientras repartía furtivamente su botella de Cinzano y limonada.

—Puede —respondí—. ¿Y a ti?

Asintió con la cabeza mirando significativamente hacia donde se encontraba Fred.

—Pero no te lo voy a decir.

Mosqueada, me puse en pie e inicié una infatigable campaña en la pista de baile. Yo no iba a seguirle la corriente, eso era demasiado obvio. Dejé bien claro que a mí no me importaba nadie en especial, encabezando nuestras evoluciones alineada con Claire, María y Denise. Hacia las once, Fred aún no había tenido oportunidad de acercarse a mí.

—*Relax!* —canté al unísono con Frankie Goes To Hollywood, adelantando un pie con las manos en la cintura mientras giraba con un salto de noventa grados a la vez que las demás.

—¡Mickey! —Era Lisa, que me gritaba al oído.

—¡¿Qué?!

—Es Pippa. Dice que vayas. Está en los lavabos.

Señaló hacia atrás con el pulgar, indicando la puerta de los servicios que había al fondo. Me salté la cola que había para entrar, llamé fuerte con la mano y grité el nombre de Pippa. Oí

que descorrían el pestillo desde dentro y abrían la puerta. Pippa estaba arrodillada sobre el linóleo granate, agarrada a la taza del váter. Me miró con los ojos inyectados en sangre y las puntas del pelo empapadas de vómito.

—¡Cielos, Pippa! —Entré y cerré la puerta.

—Agh —acertó a decir ella, y se puso a vomitar otra vez.

Aparté la vista para frenar las arcadas que me daba el olor del alcohol regurgitado al alimón con cacahuets a medio masticar.

Pippa gimio y yo le froté la espalda. Entonces oí la voz por los altavoces.

—Señoritas, agarren a sus parejas. Vamos a calmarnos un poco —canturreó Terry entre acoples del micrófono mientras cambiaba el disco.

Eran Wham!, *Last Christmas*, mi canción favorita. Eso no podía perdermelo.

Me agaché, presa del pánico.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a Pippa—. Es que. .

Ella me interrumpió con un acceso de vomitera. Entre escupir y toser, soltó un breve gemido.

—No te vayas, Mickey —imploró mirándome. A pesar de la poca luz de los aseos, pude ver que estaba de un pálido verdoso.

—Tranquila, enseguida se te pasa —dije con la mayor amabilidad que pude, agachándome a su lado mientras trataba sin éxito de limpiar aquello con papel higiénico satinado. A todo esto, mi letra favorita iba sonando sin que yo estuviera allí para disfrutarla.

—¿Quién hay ahí dentro? —Era la señora Bevan-Jones, la directora del Club de Jóvenes de Rushton, que se ocupaba ahora del puesto de bebidas—. Aquí hay mucha cola. Abrí cautelosamente la puerta del excusado y salí.

—Es Pippa. No se encuentra muy bien.

—¿Y eso?

—Algo que ha comido le ha sentado mal —mentí—. Está echando la primera papilla. —Vi la mala cara de la señora Bevan-Jones y rectifiqué enseguida—: Está devolviendo.

—Santo cielo —exclamó ella con un gesto de desaprobación—. Tendrá que salir de ahí. A lo mejor el párroco puede acompañarla a casa.

Oí que Pippa vomitaba un poco más detrás de mí.

—¿Mickey? —Su voz parecía un balido.

—Espera —le grité. Miré a la señora Bevan-Jones—. Creo que iré a buscar un poco de agua —dije con una mueca.

La señora Bevan-Jones asintió con la cabeza, me apartó y golpeó la puerta del váter. Me escabullí, sintiéndome culpable.

Sabía que Pippa se lo tomaría fatal, pero la señora Bevan-Jones era una autoridad en primeros auxilios. Lo que no sabía ella de hacerle el boca a

boca a una muñeca Lagrimitas no lo sabía nadie, y cuando por fin se le pasara, Pippa me agradecería que la hubiera dejado en tan buenas manos.

La pista de baile era ya un hervidero de parejas en movimiento y busqué con la mirada a Fred, recorriendo el perímetro de la sala. No tardé en dar con él. En mitad de la gente, Annabel lo tenía bien sujeto por el cuello. Aunque bailaba con los ojos cerrados, era obvio que lo estaba conduciendo hacia el manojo de muérdago colgante. Me quedé clavada en las sombras, sintiendo que me asfixiaba al verlos bailar como yo había planeado hacerlo. En ese momento Terry tiró del cordel y la red llena de globos cayó del techo, y todo el mundo levantó la vista extasiado mientras los globos descendían en romántica cascada. Ciega de lágrimas, giré sobre mis talones, crucé la puerta y salí de la sala.

Había empezado a nevar. Me levanté el cuello de la cazadora, tiritando mientras gruesos copos flotaban a mi alrededor para formar una fina capa en los escalones del Memorial Hall. No había nadie en la calle y sólo las frenéticas luces navideñas que adornaban el escaparate del supermercado Spar alteraban la blanca quietud. Eché a andar, perdida toda esperanza, mientras a mi espalda, en el calor del local, cantaba George Michael.

¿Qué me había creído? Era obvio que Fred saldría con Annabel. ¿Qué posibilidades tenía yo? ¿Por qué iba Fred a pensar en mí como otra cosa que una vieja amiga?

—¡Mickey! Espera.

Oí la voz de Fred que gritaba y me detuve, sin mirar atrás. Rápidamente me enjuagué las lágrimas y hundí las manos en los bolsillos.

—¿Adonde vas? —preguntó sin resuello al darme alcance. Iba en mangas de camisa, y tenía cara de frío y las mejillas de un rosa subido.

Me encogí de hombros y bajé la vista. Los zapatos de tacón no me habían causado

problemas a la hora de bailar, pero ahora me estaban matando.

—A casa —murmuré, evitando la mirada de Fred. Lo último que quería era que se diese cuenta de lo furiosa que estaba.

—¿No vas a quedarte hasta el final? —dijo, mirando hacia la disco. Arrugué la nariz.

—Me estaba aburriendo —contesté, reemprendiendo la marcha y tratando de no cojear.

—Creía que bailaríamos juntos —añadió, y noté en su voz que estaba desilusionado. Me volví. De la boca de Fred salían penachos de vapor

blanco y la nieve empezaba a cuajar sobre su pelo.

—¿De veras? —dije, consiguiendo aparentar indiferencia—. Me ha parecido que estabas ocupado.

—No seas así. Vamos, apenas te he visto desde que llegué a casa. Volvamos dentro, anda. Negué obstinadamente con la cabeza.

—Pero si es Navidad. . —Dio un paso hacia mí.

—¿Y qué? —gruñí, sin dejarme embaucar por su tono amistoso.

Fred puso los ojos en blanco y sonrió.

—Bueno, pues si no vas a bailar conmigo ahí dentro, Mickey Maloney, tendrás que hacerlo aquí fuera —rió, y luego me agarró y me situó en medio de la calle.

—¡Fred! —protesté, pero se me escapaba la sonrisa mientras él me tomaba por la cintura y sostenía mi mano en la suya. Tras la puerta del Memorial Hall, la amortiguada voz de Tina Turner empezó a cantar *What's Love Got to Do with It*, y Fred giró conmigo en la calzada.

—Hola, por fin —dijo, sonriéndome—. ¿Qué quieres por Navidad?

«A ti, tonto», tuve ganas de gritar. Pero me encogí de hombros y adopté mi maleado tono de «viejos colegas»:

—Poca cosa. Supongo que me pondrán jerséis, como siempre. Va a venir la abuela Ritchie, y ya sabes lo loca que está. ¿Y tú?

—En casa todavía no se habla de la Navidad. Miles no se ha presentado aún.

—¿Qué.. ? Entonces, ¿no has visto a tu padre?

—Pues no. Y mamá está rabiando. Si Miles no aparece, creo que no celebraremos nada.

—Oye, no creo que haya inconveniente si vienes a mi casa. Supongo que miraremos la tele y eso. Ponen una de James Bond, creo.. —Mis ojos se fundieron con los de Fred.

—Mickey —dijo, quitándome de la punta de la nariz un copo de nieve.

—¿Qué?

—Cállate —susurró, me atrajo hacia él y me abrazó con fuerza. Y entonces, mientras la nieve caía y empezaba a cubrir nuestras pisadas, Fred me besó.

El propietario de la cafetería interrumpe mi ensueño al acercarse para limpiar un poco de café derramado en mi mesa. Sonriendo, pago la consumición y salgo con el desayuno que he encargado. Estoy convencida de que mi visita al piso de Fred no puede interpretarse más que como un

sencillo pasaba-por-aquí, y de que él se alegrará de verme. Pero tan pronto aparto mi tembloroso dedo del timbre, el valor me abandona por completo. En esos segundos vitales, mientras espero ver la sombra de Fred al otro lado de los cristales de la puerta, me entran todas las dudas. Fred, o la idea de Fred, está sólo en mi imaginación, y obrar con arreglo a ese sentimiento es como tratar de alcanzar el sol poniente en un bote de goma pinchado. Esto es absurdo; busco la amistad de un hombre del que no he sabido nada en quince años. Es de chiripa que todavía nos llevemos bien y nos riamos el uno con el otro. Todo esto es pura nostalgia por mi parte, porque en tiempos lo quise tanto que habría dado la vida por él, pero ¿ahora? No, ahora es un hombre maduro y debe de estar tan

tranquilo en la cama acurrucado con la mujer con quien va a casarse. Todo el cuerpo me está diciendo que eche a correr, y cuanto más permanezco ante el portal, mayor es la sensación de estar de nuevo en Rushton haciendo gamberradas. Ya me dispongo a salir pitando cuando la puerta se abre y tengo un sobresalto.

—¿Mickey? —dice Fred, que parece y suena desconcertado, con la mano en el pestillo de seguridad.

Tiene marcas en la cara, el pelo todo revuelto y aplastado aquí y allá. Lleva un pantalón de pijama y el torso desnudo. Está moreno y musculoso, y cuando bosteza, veo el perfil de sus costillas. Como yo estoy un escalón más abajo, el pecho de Fred ocupa todo mi campo visual. Inmediatamente noto que la sangre me sube a la cara.

Hace mucho tiempo que no estoy tan cerca de un hombre semidesnudo y hace siglos que mis impulsos sexuales están en cuarentena. Quiero decir encerrados en una isla a muchos kilómetros de la civilización. Pero a la vista de Fred, las murallas se abren y todo cobra vida otra vez. Antes de que sepa lo que me pasa, las hormonas están agitándose en ciertas partes de mí que ya no recordaba que existieran.

—¿Qué hora es? —pregunta, rascándose el vello del abdomen. La última vez que se lo vi era liso y no tenía pelo, y he de cerrar la mano para no tocárselo y reclamarlo otra vez como mío. —Las ocho, o así —respondo, mirándolo a los ojos para no bajar la vista otra vez—. Lo siento, no he tenido en cuenta la hora. Para mí es como si fuera mediodía. Ya me marchó.

—No, no —dice, abriendo más la puerta—. Pasa, pasa.

—Olvídalo —digo con la voz rota, llena de confusión y miedo—. He venido en mal momento. Si Rebecca está aquí...

—¿Rebecca? —repite sacudiendo la cabeza—. Tranquila. Rebecca nunca duerme aquí y Eddie no volvió anoche. Estoy solo en casa. Entra.

Se agacha para recoger propaganda del felpudo y se incorpora otra vez. Entro en el edificio y subimos la escalera.

Mientras piso con cuidado la moqueta raída, me conmino a no mirarle el trasero. ¿En calidad de qué estoy yo aquí? ¿De amiga? Sí, eso. Una amiga del barrio. Pero no bien pienso esto, sé que lo que me tiene confusa es la idea de ser amiga de Fred. Joe no tuvo problema en llamarlo «amigo nuestro», pero ¿qué clase de amiga soy yo?

No puede decirse que seamos muy buenos amigos, pero eso no nos convierte en ex amigos, ¿o sí? ¿O se trata de una amistad nueva? Y en tal caso, ¿por qué habría de importar el pasado? Si somos nuevos amigos, ¿debería alegrarme menos de que estemos solos? ¿Una amiga, de la clase que sea, tendría en la cabeza las palabras «Rebecca nunca duerme aquí»

repitiéndose como un mantra a medida que está cada vez más a solas con Fred en su casa?

Me ceñiré a ser una vecina. Siempre es más seguro, menos comprometedor, aunque sea el tipo de vecina que fisga tras los visillos. Lo cierto es que estos últimos días he deseado ver dónde vivía Fred; quería verlo en su contexto y he imaginado que su casa sería muy moderna, llena de sofás de diseño y mobiliario minimalista. Y por eso me choca cuando empuja la puerta con el pie y entramos en su piso.

La sala de estar huele a cerrado y a tabaco rancio y el sofá está cubierto de periódicos. Fred coge una camiseta del respaldo y se la pone, del revés. Me siento intrépida y nerviosa al mirar el montón de vídeos y CDs. Hace siglos que no estaba en el piso de un tío y no sé muy bien qué hacer.

Me pregunto cuál es la razón de que Rebecca no se quede nunca aquí, cuando de repente veo una parte del cuarto de baño, cuya puerta está entreabierta, y deduzco una de las posibles razones. Hay una Game Boy sobre la cisterna del váter y la tapa está levantada. Una planta necesitada de riego ocupa una esquina del alféizar y el cristal opaco está astillado. No es lo que

una chica quisiera ver, y desde luego está muy lejos de ser lo que le gustaría a Rebecca (muy poco Gucci, por utilizar las palabras de Susan).

—Pondré agua a hervir —dice Fred yendo a la cocina.

—No te molestes —contesto, pero sé que la voz me sale nerviosa y asustadiza—. He traído desayuno. —Le muestro la bolsa del bar de enfrente

—. Café y bocadillos de salchicha. Fred se revuelve el pelo y empieza a bostezar.

—Tú desayunas, ¿no? —pregunto.

Él sonríe e interrumpe el bostezo.

—Claro. Perdona, todavía no estoy despierto del todo.

—Ah. ¿Te acostaste muy tarde?

—Tuve que salir con un montón de gente del trabajo. Terminamos en un bar. He llegado hacia las cuatro de la mañana, creo.

—Menuda marcha —digo sonriendo, pero en el fondo se me cae el alma a los pies. Me he pasado estos últimos días pensando en todo lo que tenemos en común, pero creo que me engañaba. La realidad es que Fred lleva una vida completamente distinta de la mía. A las cuatro de la madrugada yo pensaba en levantarme, no en acostarme.

Echo un vistazo a la cocina, pero no acabo de encontrar un espacio donde dejar la bolsa. Sobre la mesa de pino hay un portátil abierto, rodeado de montañas de papeles, mientras que la encimera ostenta una pila de platos sucios junto a un envase de comida rápida india. Me asomo a la sucia cristalera del salón, con ganas de abrirla para que entre un poco de aire fresco.

—¿Qué hay ahí fuera? —pregunto.

—Poca cosa. Una terraza. Si quieres, te la enseño.

Asiento con la cabeza y Fred abre la puerta.

La vista es impresionante y respiro hondo.

—Esto es precioso —digo, cruzando el piso de madera y mirando entre las chimeneas—. Con un poco de esfuerzo, podría quedarte muy bonito. Fíjate cuánta luz; es estupendo.

—¿Sí? Nunca se me había ocurrido. —Fred pestañea al sol—. La verdad es que nunca había estado aquí fuera tan temprano.

—Tienes suerte de disponer de esta terraza. Yo me pasaría el día aquí —afirmo, sentándome en una de las butacas de plástico y sacando los vasos de café de la bolsa de papel, que luego coloco en la abandonada jardinera de ventana.

Fred se deja caer en la otra butaca y cruza las piernas. Parpadea mucho cuando le paso el bocadillo. Lo desenvuelve y mira dentro del pan.

—Bañado en ketchup. Me sorprende que te acuerdes.

—Tal como solía prepararlos Miles.. —Me callo de golpe, consciente de mi falta de tacto. Nos quedamos mirándonos unos segundos. Me llevo una

mano a la boca.

—Lo siento.. No quería..

Fred sacude la cabeza y sonrío.

—No pasa nada.

—Este desayuno —digo, alargándole el café— es lo menos que podía hacer para agradecerte lo de la otra noche. Tienes un nuevo fan que te adora.

—¿De veras? Eres muy amable. No sabía que te importara tanto.

—No me refería a mí —aclaro con una sonrisa—, sino a Joe. Dice que eres muy molón. Es más, creo que quiere ser como tú.

—Espero que se lo hayas quitado de la cabeza.

—Lo he intentado, pero no es fácil.

Fred sonrío.

—Bueno, me alegro de que se lo pasara bien. —Hace una pausa y guiña un ojo, el sol le molesta—. ¿Y qué me dices de ti?

—¿De mí? Me pareció increíble. De hecho, por eso he venido. Tengo fantásticas noticias y no podía guardármelas más tiempo. —Sonrío a Fred, que me mira arqueando las cejas—. Peter, el Peter que me presentaste la otra noche.. —le explico—. No nos ha fallado. Bueno, eso es decir poco. Fui a su oficina y me ha contratado para que les organice las flores todas las semanas.

Fred se mueve en su asiento.

—Es estupendo, Mickey.

—Y que lo digas. Lo que piensa pagarme basta para cubrir todos mis impuestos. Y todo gracias a ti.

Fred me enseña el bocadillo.

—Estamos en paz. Esto es justo lo que necesitaba.

—Joe también está muy contento —prosigo—. No lo reconocerías; ha cambiado desde la otra noche. Le ha dado la tabarra a todo el mundo e incluso ha quedado con el chico que conoció allí, en la presentación, Tyler, para este fin de semana. —Doy un mordisco a mi bocadillo.

Fred sonrío mientras acaba de masticar.

—¿Sabes? —dice—, Joe es muy. . muy guay. Es la primera vez que conozco a un niño de verdad. Quiero decir, desde que yo lo era, ¿entiendes? Suponía que eran un poco, no sé, una carga.. Pero Joe. . —Hace una pausa buscando la palabra—. Joe es interesante. Sin poder evitarlo suelto una carcajada mientras levanto la tapa de mi vaso de café.

—No te extrañe tanto. Los hijos no son extraterrestres. Tú fuiste pequeño una vez, y si no recuerdo mal eras.. bastante interesante.

Hace una mueca.

—Supongo. Creo que lo había olvidado.

—En fin. Joe tiene a quién salir —bromeo—. Es lógico que sea. . guay. Fred asiente, mira su bocadillo y luego a mí. Como si fuera a decir algo.

—¿Qué? —le pregunto sonriendo.

—Nada. Nada.

—¿Qué?

—Es.. No tiene importancia, sólo que. . —Parece inquieto—. Ya sé que no es asunto mío, pero cuando estaba con Joe en el mostrador de sushi, le mencioné a Martin..

—¿Y?

—Yo pensaba que Martin era su padre, pero Joe me dijo que no. Noté que hablar de ello le resultaba violento. Simplemente me pilló de sorpresa.

—Ah.

Bajo la vista. Siempre me pongo a la defensiva cuando oigo a Joe hablar de su padre o de Martin con alguien. Paso tanto tiempo tratando de hacer el papel de padre y madre que cuando Joe menciona su confuso origen, siempre me sorprende. Yo nunca pienso que eso sea un problema, pero para él quizá lo es. Me sorprende que le hablara a Fred de ello.

—Perdona. —Parece avergonzado—. No debería haber dicho nada..

—No seas tonto. No me importa. Es una larga historia, nada más. Él sigue masticando y extiende el brazo como si dispusiéramos de todo el tiempo del mundo, y pienso que realmente le debo una explicación en nombre de Joe. Mi hijo detesta explicar nada, de modo que me toca a mí hacerlo. Me dispongo a dar mi acostumbrada versión de los hechos cuando se me ocurre que hace mucho que no confío lo suficiente en nadie como para contarle la verdadera historia. Miro a Fred, que está a la expectativa, y de repente me parece correcto contársela a él. A medida que voy desgranando los hechos, empiezo a sentirme aliviada.

Conocí a Dan en un concierto, en Camden, cuando tenía diecinueve años. Nunca había ido sola a Londres, pero eso no me impidió entrar en aquel bar muy decidida y coqueta y clavarle la vista. Dan era dos años mayor que yo, tocaba en un grupo y tenía la cabeza llena de las más peregrinas fantasías. Me embriagué de él, me enganché a su guapura morena desde la primera noche, y ya no lo perdí de vista. Al cabo de un mes me marchaba de casa y me iba a vivir con él a un estudio pequeñísimo en Brixton.

Londres me hechizó, y como provenía de Rushton, el anonimato me sedujo por completo. Me encantaba que cuando conocías a alguien y te presentaban, el otro no te mirara como diciendo: «Ah, ya, Mickey Maloney.» Fue como si hubiera mudado la piel y estuviera empezando de cero con otra identidad.

Y luego Dan. Iba con él a todas partes, extasiada y enamorada de la idea de estar enamorada. Yo creía que Dan me adoraba, pero en realidad sólo me concedía pequeñas dosis de atención cuando yo lo halagaba o respaldaba sus enormes expectativas de un futuro glamouroso y triunfal que, por lo visto, estaba siempre a la vuelta de la esquina. Vistos desde ahora, los dos años que pasamos juntos fueron como unas larguísimas vacaciones. Lejos del idilio de personas adultas que yo creía estar viviendo, nuestro comportamiento era el de dos irresponsables y despreocupados adolescentes a quienes se les dejaba actuar a su antojo. Cobrábamos el paro todas las semanas, bebíamos latas de cerveza barata y nos comportábamos como conejos sedientos de sexo. Nuestra cabaña del amor, como llamábamos al piso, era húmeda y sucia, pero a mí se me antojaba el paraíso. Por primera vez desde Fred, con Dan pensé que todo era posible. Él me llamaba «mi musa» y, aunque el dinero no llegaba para comer otra cosa que fideos chinos, eso no parecía importar. Éramos creativos y nada se interponía en nuestro camino.

Esto es, hasta que me quedé embazada.

Al principio Dan estaba contentísimo y no paraba de hacer promesas sobre nuestro futuro. Era como si tener una familia fuese la cosa más natural del mundo. Escribía poemas sobre el hijo que aún no tenía, fardaba de mí con sus amigos y me besaba la tripa una y otra vez. Pero luego nació Joe y todo cambió. De repente éramos tres en vez de dos y todo empezó a hundirse. Dan se enfadaba porque yo no podía salir con él o no aguantaba toda la noche de juerga como antes, y cuando Joe se ponía a

llorar, no lo soportaba. Un día (Joe tenía entonces dos meses) volví de la compra y me encontré una nota manchada de lágrimas. Dan había escrito frases muy manidas diciendo que me amaría siempre, pero que no podía renunciar a su sueño de triunfar en la música. Como si una luz se hubiera encendido de golpe, comprendí que me habían plantado de la manera más vulgar. Mi única opción era volver a Rushton con el rabo entre las piernas.

—Joder, Mickey, lo siento —murmura Fred cuando acabo de contarle la historia. Me mira frunciendo el entrecejo en un gesto solidario, pero yo le quito importancia:

—Bah, es agua pasada —digo, y soy sincera.

De hecho, me siento bien hablando de Dan. Mi explicación habitual («La cosa no funcionó») está pensada para que la gente no conozca la verdad, pero ahora me tranquiliza que Fred sepa la versión íntegra. Por una vez resulta liberador contar los hechos tal como ocurrieron en vez de cargar con todas las culpas sólo por no tener que hablar de ello.

—¿Le guardas rencor? —pregunta Fred.

—No. Tengo a Joe. Él me compensa de todo lo demás.

—¿Has vuelto a ver a Dan desde entonces?

Niego con la cabeza y me encojo de hombros.

—Se esfumó. No creo que dé nunca la cara. Me debe nueve años de asignación. Da igual, yo no quiero verlo, y para Joe sería terrible. Creo que tiene una idea determinada de su padre, y Dan difícilmente podría estar a la altura de esa idea.

—¿Y Martin? ¿Dónde encaja él en todo esto?

—Martin apareció justo cuando yo pensaba que iba a volverme loca viviendo en casa con mi madre y un bebé. Y cuando me pidió que me casara con él, le dije que sí más por pensar que Joe necesitaba una figura paterna que por otra cosa.

Fred se retrepa en la silla. Sabe escuchar. Me pregunta:

—¿Cómo era Martin?

—Soso —respondo—. Sobre el papel, bien, y créeme que me esforcé por enamorarme de él, pero todo el tiempo que estuvimos juntos fue como una condena perpetua para mí. Martin era el polo opuesto a Dan. Tardé sólo dos meses en darme cuenta de que estaba encerrada en su interminable agenda: el viernes, copas con los chicos; el sábado, fútbol; el domingo, lavar el coche; etcétera, etcétera.

—Desde luego, no te pega mucho.

—Traté de amoldarme, pero no fue posible. Me sentía todo el tiempo como una espectadora observándome a mí misma desde un rincón, hasta que finalmente volví en mí.

—¿Cómo terminó la cosa?

—Fue hace unos tres años. Desde que regresé a Rushton después de vivir con Dan, tenía muchas ganas de volver a Londres. Cuando comprendí que era perfectamente capaz de valerme por mí misma, me marché. Estaba decidida a abrirme paso yo sola. Pobre Martin. Creo que le dolió mucho; y para Joe fue injusto.

Fred guarda silencio. Cuando lo miro, veo que está observándome fijamente y algo en sus ojos hace que el corazón se me acelere.

—¿Crees que podrías volver a enamorarte, Mickey?

—No lo sé —respondo con la voz ronca. Toso e interrumpo así el contacto visual, tratando de tomármelo a broma y cambiar de tema—. Quién sabe. De todos modos, ¿qué es el amor? Aquí el experto eres tú. ¿Qué opinas? Tú eres el que va a casarse dentro de nada. Fred se despereza y se mira los pies. Sonríe irónicamente para sí.

—Ah, Rebecca —dice, pero casi parece triste, como si fuera reacio a pronunciar su nombre.

—Sí, Rebecca —replico, con la sensación de que hemos dicho demasiado y hemos llegado muy lejos sin mencionarla para nada—. ¿Cómo es la futura señora Roper?

—Wilson.

—¡Perdona! —Me palmeo la cabeza—. Wilson. Bueno, ¿cuándo me la presentarás?

Fred mira hacia los tejados y no responde.

—¿Ella.. sabe que existo? —pregunto.

Fred suspira con todo su cuerpo, se frota los ojos y luego me mira. Está serio.

—No exactamente. Ahora mismo no —confiesa—. Es complicado..

—¿Complicado? ¿Dónde está la complicación?

—No sabe nada.

—¿A qué te refieres?

Fred inspira hondo.

—No sabe lo de Miles.

Mi sorpresa es tan grande que durante un momento me quedo sin habla.

—Entonces. .

Fred mueve la cabeza.

—Sí, Rebecca sabe que yo vivía en Rushton, pero no que me llamaba Roper ni lo que le sucedió a Miles.

Estoy estupefacta.

—Entiendo —acierto a decir.

—No tenía sentido explicárselo. De hecho, no lo sabe nadie, a excepción de ti y de mí. —

Expulsa el aire con sentimiento de culpa cuando ve mi cara de incredulidad—. Y ahora.. no puedo decírselo. Es demasiado tarde. Además, no quiero decirle nada. Estoy contento de cómo van las cosas. El pasado, pasado está.

—Ya. Y supongo que eso me incluye a mí.

Fred niega con la cabeza.

—No, por supuesto que no.

—¿Seguro?

—Seguro. Me alegro mucho de volver a verte. Lo digo de veras. Y le hablaré de ti a Rebecca, se lo contaré todo, salvo lo de Miles. Igualmente pensaba hacerlo, y. .

—¿Todo? ¿Incluido que nos llevaste a mí y a Joe a la presentación?

Fred asiente con la cabeza.

—No pienso volver a verte si eso significa hacerlo a escondidas de ella —declaro—. No está bien.

—Lo sé..

—Por favor, no hagas rarezas. No soporto a los hombres raros. Fred pone cara de corderito y yo lo miro de reojo entre ceñuda e inquisitiva.

—¿Me lo prometes? —insisto.

—Sí.

—Hum. —Me levanto para estirar las piernas y me aliso los vaqueros. Cruzándome de brazos, paseo por la terraza y finalmente me siento en el murete. Fred viene a sentarse a mi lado. Detrás de nosotros, cuatro pisos más abajo, la calle empieza a animarse de coches y veo gente que se dirige a la boca del metro. Desde aquí arriba el mundo parece otro.

—Creo que debería ir pensando en marcharme al trabajo —dice Fred, y suspira.

—No lo digas con tanto entusiasmo —río.

—Contigo siempre quería saltarme las clases. Estar aquí arriba hace que, en cierto modo, todo carezca de sentido. Ojalá pudiéramos pasarnos el resto del día sin hacer nada.

—Lo mismo digo. —Nunca he sido tan sincera. Contemplamos la vista.

—Eh. ¡Salvado! —dice, dándome un susto. Me levanta cogiéndome del brazo y los dos reímos. En ese instante, cuando nuestras miradas se cruzan a la distancia de un beso, contengo el aliento.



5. Fred

El peor año de mi vida, 1985, comenzó como el mejor de todos. Recuerdo el tiempo que pasé con Mickey como un largo abrazo amoroso. Empezamos a besarnos bajo la nevada delante del Memorial Hall de Rushton en diciembre del ochenta y cuatro y casi no nos separamos para tomar aire hasta que me enviaron al internado a comienzos de año. No sé si lo que nació entre los dos en aquellos primeros meses fue amor o no, pero sí que me dejó más de una noche sin lágrimas que derramar pensando en ella. Me parecía que Mickey estaba muy, muy lejos, y lo único que deseaba era poder tocarle la mano. Mientras los trimestres se sucedían, por las noches soñaba que estaba de vuelta en Rushton. Flotaba por las habitaciones de mi casa como un espectro, cruzándome con Miles en los pasillos y rellanos, viéndolo hablar por lo bajo con personas semejantes a fantasmas, ocultándose tras una puerta cerrada cuando reparaba en mí. Luego oía a mamá ajetreada con los cacharros en la cocina, hablando por teléfono o seleccionando ropa para una venta benéfica, y el sonido familiar de su voz me llenaba siempre de paz. Sin embargo, invariablemente, terminaba caminando por las calles del pueblo de la mano de Mickey, bajo un sol de estío que arrojaba nuestras sombras como gigantes sobre muros y bardas. Todos esos trayectos terminaban en aquel momento de cinco veranos antes: Mickey y yo junto a la verja del cementerio con la cabeza levantada hacia el estornino que se elevó al cielo de color óxido, y yo con el corazón dividido por primera vez en mi vida.

Los sueños se desvanecían llegada la mañana. Con el estrépito de los timbres eléctricos, me encontraba de nuevo en el dormitorio oyendo el extraño ruido de otros veinte quinceañeros despertando, tirándose pedos y afanándose en los lavabos con sus cepillos de dientes, cremas antiacné y desodorantes. Me levantaba, me lavaba y me vestía, y me sumaba al

bullicioso torrente de mis compañeros de clase camino del comedor en el edificio principal para desayunar e iniciar un nuevo día.

Situado en una finca de cien acres en el corazón de los Cots-wolds, el Greenaway College era (y que yo sepa, sigue siendo) el hogar de unos trescientos chavales de trece a dieciocho años. Otrora una mansión normanda, se había convertido con el paso de los años en una colección de edificios de color miel hasta formar un pequeño pueblo. En algún momento (he olvidado la fecha) un industrial Victoriano de nombre Endicot Greenaway compró los terrenos con el fin de fundar una escuela para hijos de la clase gobernante del Imperio Británico. Recuerdo que los nombres de los gloriosos muertos del colegio estaban grabados en los respaldos de las sillas, en los dormitorios colectivos y en las aulas, junto con las batallas de ultramar donde habían perdido la vida.

Yo estaba en quinto curso, a medio camino de mi estancia en el centro. Si no conseguía convencer a Miles y mamá para que me dejaran hacer sexto en un centro próximo a Rushton, me esperaban otros dos años y medio hasta salir de Greenaway. Todo lo que para mí era normal en Rushton (autobuses, tiendas, libertad de movimientos y, sobre todo, Mickey) me estaba vedado o era inaccesible. Eran cosas que pertenecían al mundo exterior, del que yo ya no formaba parte. Tenía quince años y medía un metro setenta y cuatro, y lo único que sabía de la vida era que transcurría fuera de esa finca y esos edificios. Desde que llegué allí con trece años, había vivido para las vacaciones y la posibilidad de

volver a casa. Ahora que Mickey era mi novia, la ansiedad por regresar se tornaba aún más intensa. Quería tenerla a mi lado, en carne y hueso. Quería algo más que su voz al extremo de la línea telefónica o que el olor de su perfume en una carta.

Todas las semanas me llegaba como mínimo una carta de Mickey. Sus sobres siempre eran de formas y tamaños curiosos, de colores y estampados extraños. Los adornaba con pegatinas y dibujos, o escribía con tinta metálica en tonos verdes, granates, plateados y dorados. De vez en cuando me enviaba pequeños paquetes con copias en cásete de los discos que había comprado, así como chucherías, dulces y cigarrillos aplastados. Al inicio del trimestre de verano de 1985, al final del cual tenía mis exámenes de bachillerato elemental, releyendo sus cartas por la noche empecé a darme cuenta, y a regocijarme en silencio después, de que en algún momento de aquellos últimos meses me había enamorado de Mickey.

Sus cartas cumplían, además, otro propósito. Mediante un servicio de noticias que habría podido rivalizar con la agencia Reuters, Mickey Maloney devolvió el mundo real a mi vida. Nada de lo que ocurrió los primeros cinco meses de aquel año en Rushton me pasó inadvertido, gracias a ella.

Las esporádicas visitas de Miles a casa, por ejemplo, habían cesado bruscamente al término de las vacaciones de Pascua, al volver yo a Greenaway. Mamá había empezado a organizar reuniones de cristianos los miércoles por la noche e intentado varias veces (sin éxito) convencer a Mickey para que asistiera también. La señorita McKilroy (sí, la de las grandes tetas colgantes) se había quedado embarazada, y Sam Johnson, el presunto padre de la criatura, había puesto en venta su casa de Rushton y se había mudado a Gales. Dave había sido expulsado del instituto de Bowley por enseñar el trasero desde la parte posterior del autobús escolar a un Rolls Royce a cuyo volante iba un alto magistrado particularmente falto de sentido del humor. El hermano mayor de Mickey, Scott, había alcanzado mayor notoriedad todavía dejando plantada a Alison Rawling la noche en que ésta cumplía diecisiete años, lo que la impulsó a grabarse en el brazo con un cortaplumas las iniciales de Scott en un arranque de despecho gótico («Un ejemplo para todos nosotros de por qué debemos tener fe en Dios y no en el prójimo», según la opinión de mamá, y «Un ejemplo de las trágicas consecuencias de escuchar demasiados discos de The Cure», según Mickey).

Ciertas noticias, sin embargo, no podían transmitirse por carta. Ciertas noticias tenías que verlas para creerlas.

—Padre nuestro. .

—Pásalo —me dijo Rob Oldfield al oído.

—. . que estás en los cielos..

—Fíjate en ese macarra de la cola de caballo y la sonrisa de hiena — continuó Rob por lo bajo. —.. santificado sea tu nombre..

Le di un codazo a Luke Davidson, el chico que tenía a mi izquierda, y dije entre dientes:

—Pásalo.

—. . venga a nosotros tu reino..

Miré hacia el otro lado de la nave enlosada de la capilla, a los bancos de madera reservados para los padres. Era el segundo domingo del trimestre, día que, como consecuencia de las teorías de un profesor Victoriano loco, se

había fijado como el primero en que los padres de los alumnos estaban autorizados a visitar a sus hijos. Mamá tenía que venir, pero había caído enferma de gripe unos días antes, y Miles no se había presentado ni una sola vez en los dos años y medio que yo llevaba en el centro. Así pues, estaba resignado a pasearme a solas por los terrenos de la escuela mientras el resto de mi curso se largaba a almorzar. Cualquier cosa que sirviese de distracción era bienvenida, de modo que escudriñé las caras de los presentes en

busca del macarra con cola de caballo.

—. . hágase tu voluntad. .

Y lo vi sentado dos filas más atrás.

—. . así en la tierra como en el cielo...

Sonriendo como el ganador de un concurso de imitadores de los Bee Gees.

—. . el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. .

Mirándome.

—. . y perdona nuestros pecados..

Con un bronceado color caoba y la marca alrededor de los ojos de haber llevado gafas de sol. —.. así como nosotros perdonamos a nuestros deudores..

Vestido con una camisa roja y un traje gris brillante.

—. . y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de todo mal.. Con un Rolex de oro enorme en una muñeca.

—. . pues tuyos son el reino..

Y una gruesa pulsera de cobre en la otra.

—. .el poder y la gloria. .

—¿Pasar el qué? —preguntó Luke, siguiendo la dirección de mi mirada.

—. . por los siglos de los siglos..

—Nada —respondí.

—. . Amén.

—Te apuesto lo que quieras a que lleva calcetines blancos y mocasines grises —susurró

Oldfield desde mi derecha mientras el capellán daba algunos avisos.

—¿Qué? —murmuré sin dejar de mirar a aquel hombre.

—¡Mocasines horteras! —insistió Oldfield, un poco demasiado alto para el gusto del capellán, que miró hacia nosotros con cara de enfado.

Oldfield guardó silencio unos segundos antes de susurrar—: ¿Cómo crees que se llamará?

—¿El capellán?

—No, imbécil, el macarra.

Lo pensé un poco y luego respondí en voz baja:

—Miles.

Oldfield se aguantó la risa.

—Miles le pega. Yo iba a decir Trevor, Warren o algo muy hortera como Randy, pero Miles le va bastante bien..

—No —aclaré yo, torciendo el cuello para mirar sus ojos con gafas—. Quiero decir que se llama Miles. —Puse una cara que confié se semejara, aun vagamente, a la de Clint Eastwood en la escena del tiroteo final de El bueno, el feo y el malo, y luego se lo solté, sabiendo que era sólo cuestión de tiempo que el vínculo genético quedara en evidencia—. Es mi padre. Oldfield me miró boquiabierto de incredulidad. Se quedó callado y desvió la vista hacia Miles. Luego respondió a mi Eastwood con un Lee Van Cleef, mirándome duramente a los ojos como yo antes a él, esperando que me echara a reír. Pero no lo hice, porque lo que había dicho era verdad: aquel tipo bronceado era mi padre. Oldfield cerró al fin la boca y vi cómo paulatinamente su cara pasaba del blanco al rosa y de éste al rojo. Luego sus hombros temblaron y grandes burbujas de moco surgieron de las ventanas de su nariz mientras contenía la risa.

Luke me dio en las costillas y formó con la boca estas palabras: «¿Qué le pasa?»

En vez de responder, dirigí la vista hacia la base de madera del banco, entre mis pies. Visualicé a Miles y deseé verlo muerto. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Por qué había venido?

Entonces recordé dónde estaba y, acordándome de mi madre, pedí rápidamente disculpas a

Dios por desear la muerte de Miles y lo cambié por desear que estuviera en cualquier otra parte del planeta. Al fin y al cabo, se suponía que tenía que estar en otra parte. Concretamente en Málaga, con su secretaria Janine, buscando emplazamiento para un nuevo club en el que invertir. O eso me había explicado mi madre.

—Es el padre de.. —oí que Oldfield decía a quien tuviera a su derecha, con los hombros temblándole todavía—. El macarra ése. Es el padre de Roper. . el macarra es su papi... Oldfield se volvió para mirarme con ojos

risueños, y en ese preciso instante mi vergüenza se desvaneció, desterrada por la ira. ¿Quién se había creído que era? ¿Qué se habían creído todos? ¿Y qué si Miles se vestía como un macarra? ¿Qué significaba para mí? Yo ni siquiera conocía esa palabra antes de venir a Greenaway.

La había aprendido una vez aquí, lo mismo que había oído hablar de «plebeyos»,

«lumpen», «currantes», «horteras», acentos «chabacanos» y todos los otros vectores de clase que nada me importaban a mí, pero que tan importantes parecían para la mayoría de la gente en Greenaway.

¿Acaso los padres de Oldfield y los demás tenían un aspecto mejor, con sus aburridos trajes de tweed, sus bufandas, sus corbatas institucionales? Para mí no, desde luego. Pensé en Mickey, en mamá, en Pippa y en Dave, en toda la gente de Rushton a quien sin duda Oldfield consideraría despreciable por inferior. Lo miré con fiereza a los ojos y le espeté:

—¡Vete al cuerno, gilipollas de mierda!

El efecto fue inmediato. La histeria silenciosa de Oldfield se desvaneció tal como había surgido. Su boca recuperó la expresión pasmada. Boqueó. Torció el gesto. Apenas parecía respirar. Yo nunca había visto a nadie tan afectado por el poder del lenguaje. Fue entonces cuando noté que me bajaba por la columna un extraño escozor eléctrico. No me moví, sólo agucé los oídos: nada. Entonces lo oí, inequívoco aunque muy débil: el eco de mi exabrupto resonaba en el cargado aire de la capilla. Cuando alcé la vista, las tripas se me aflojaron de golpe. Todas las caras de los presentes estaban vueltas hacia mí y reproducían fielmente la expresión azorada de Oldfield. Luego, como el público de una final de tenis en Wimbledon que sigue la dirección de una buena volea, giraron al unísono y miraron hacia el pulpito.

El capellán, un escocés cuarentón de formidable planta, tenía los ojos del color de la pizarra mojada. Sus antebrazos eran gruesos como asados de domingo, y contaban que de joven había ganado premios cargando troncos allá en las Highlands, mientras que otros aseguraban que los fines de semana se dedicaba a rastrear los pubs del pueblo cercano en busca de ateos y alcohólicos con que liarse a puñetazos.

Que hubiera o no algo de verdad en esos rumores me pareció de repente la cosa más irrelevante, pues vi que en aquellos momentos el tipo con quien el capellán estaba pensando en liarse a puñetazos era yo. La sobrepelliz se frunció alrededor de sus brazos al abalanzarse hacia el frente y su nariz

ganchuda bajó hasta el nivel del pico del águila tallada en madera que remataba el facistol.

—¡Frederick Roper! —rugió, y las chispas que despidieron sus ojos eran otras tantas promesas de condenación eterna en las llamas del infierno—. Venga a verme al claustro después del servicio.

Miles me esperaba fuera, apoyado en el Porsche 928 blanco, con los faldones de su elegante chaqueta ondeando con la brisa y las mangas de la camisa subidas a la altura del codo, como un personaje de *Corrupción en Miami*. Es una imagen suya que aún hoy conservo tan clara como entonces. No sé en qué película creía estar actuando mi padre, pero si lo pienso ahora, sospecho que el otro protagonista sería Burt Reynolds y la trama tendría que ver con alcohol, coches y chicas en topless rescatadas de las garras de corruptos polis téjanos. Eché a andar hacia él. El capellán no se había tragado mi explicación sobre las palabrotas

pronunciadas en la capilla y, aparte de media hora seguida de sermón sobre la naturaleza del pecado, me había impuesto una penitencia consistente en limpiar de maleza los arriates de la capilla los lunes por la mañana dos horas antes del desayuno. Cuando estuve a unos pasos de él, Miles arrojó su cigarrillo de un capirotazo y vi que caía al asfalto y daba varias vueltas de campana.

Me agarró la mano y me la estrechó, mirando mientras tanto al capellán, que nos observaba desde el umbral de la cripta. De cerca, Miles tenía un aspecto turbulento. No es que fuera sin afeitar ni nada tan superficial. Su turbulencia provenía de dentro. Estaba en sus ojos, en los oscuros pliegues de su piel. Ojeras que hablaban de noches de insomnio, preocupaciones y temores. Me recordó a los chicos nuevos que llegaban cada septiembre a la escuela, chicos que mantenían el tipo todo el día para derrumbarse luego y dormirse llorando. La voz de Miles, empero, contradecía todo eso. Era tan engreída como siempre.

—¿Qué te ha dicho ese cura? —preguntó.

—¿Por qué has venido? —repliqué yo—. Mamá dijo que estabas buscando un sitio nuevo. .

—¿Un qué?

—Un sitio para un club. En España. Dijo que. .

—Ah, sí. Eso —murmuró—. La cosa no salió bien. Venga —continuó, abriendo la puerta del coche—, vamos a beber algo.

No le dije nada mientras el coche recorría con su mágico ronroneo el largo camino particular. Mirando por la ventanilla de mi lado, distinguí entre la espesura del bosque destellos que el sol sacaba aquí y allá de varios templos y otros caprichos arquitectónicos abandonados desde hacía mucho tiempo.

Encontramos un pub a unos quince kilómetros de Greenaway y Miles me depositó en la terraza, lejos de la vista del tabernero, mientras él entraba a pedir un par de pintas de cerveza. Muchos chavales de mi edad, estoy convencido, habrían deseado tener un padre como Miles, un padre capaz de quebrantar la ley por su hijo, pero yo no me contaba entre ellos. Esos detalles de Miles me incomodaban, había en ellos una frivolidad latente. Las pocas ilusiones infantiles que yo podía haber abrigado acerca de su papel como amoroso padre de familia se habían disipado definitivamente cuando trabajé para él en Pascua a fin de reunir unos ahorrillos. Yo ya había estado antes en Clan, por supuesto, pero siempre durante el día, cuando mamá estaba ocupada y Miles se veía obligado a cuidar de mí. En dichas ocasiones el club de mi padre siempre me había parecido un lugar deprimente, desconectado de la vida y la alegría como una tumba. Miles se iba al piso de arriba para hablar de negocios y yo quedaba a mi suerte en la fantasmagórica media luz del club desierto. Con los años había visto desfilar una cohorte de mujeres de la limpieza que barrían el suelo de colillas y cristales rotos y fregoteaban la cerveza derramada en la barra. Me había preguntado a santo de qué tanto ajetreo y había intentado imaginarme la pequeña pista de baile repleta de parejas elegantísimas moviéndose al compás de orquestas y cantantes.

Las primeras noches que trabajé en el club fueron un shock. Era todo lo que durante años había insinuado aquella foto de Miles y las modelos, pero que yo siempre había negado para mis adentros. Miles era realmente el hombre que salía en el periódico. El Miles de casa, el que se levantaba tarde o haraganeaba junto a la piscina nueva en verano, fumando cigarrillo tras cigarrillo y gritando a la gente por teléfono, encajaba perfectamente allí. El club lo había moldeado y era su elemento. El hogar familiar, como comprendí enseguida, no era el centro de su universo; el club sí. Entonces, ¿qué pintaba yo?

Miles me había dado el trabajo en parte porque yo era alto para mi edad, y en parte porque le preocupaba que estar siempre metido en aquella

escuela pudiese volverme blando. Había desdeñado groseramente las objeciones de mamá.

—¿No dices siempre que debería mostrar más interés por él? —lo oí decirle a ella—. Pues déjame hacer. No se trata de que vaya a estar trabajando en la barra ni nada, sólo será recoger vasos..

Mamá guardó silencio, cosa que Miles interpretó como consentimiento.

—Haré que Tony lo meta en vereda —añadió Miles, para dorar la pildora. Tony Hall, o Tony *el Compinche*, como yo lo llamaba para mis adentros, llevaba diez años o más trabajando con Miles. Cinco años más joven que él, era un tipo callado y meditabundo, con cuello de toro y unos ojos azules siempre alerta a los que no se les escapaba nada. Yo lo conocía de toda la vida, pero él apenas me había dirigido la palabra en todo ese tiempo, prefiriendo saludarme con un gesto de la cabeza en vez de preguntar cómo estaba. Me daba un poco de miedo, para ser sincero. Siempre parecía estar esperando que ocurriera algo malo, a sabiendas de que él sería quien tendría que solucionarlo. Miles confiaba en Tony sin reservas. Siempre que yo iba a Clan, los veía juntos, inseparables; eran el cerebro y la fuerza del club. Miles estaba en el negocio desde que era un adolescente y pensaba que cuanto antes me introdujera yo en ello, mejor. Solía decirme que también era mi negocio. Su antiguo socio, Cari, no había regresado de su viaje al extranjero cuatro años atrás, y Miles, olvidada su teoría de que Cari estaba en una clínica de rehabilitación, decía ahora que seguramente se había metido en líos con alguien más cerdo aún que el propio Cari, y que ese alguien le habría ajustado las cuentas para siempre. En cualquier caso, a Miles no le importaba ya dónde pudiera estar. La propiedad de Clan había pasado hacía tiempo a sus manos y algún día, según daba a entender en público, el club sería mío.

Miles solía ocuparse de la puerta por las noches, hasta dos horas después de abrir el local. Saludaba a los invitados y conducía a los famosos o (en el caso de las mujeres) a las guapas a mesas reservadas próximas a la suya, en el lado izquierdo del escenario. Él y Tony se reunían con ellos a eso de las nueve, y mientras Tony supervisaba la pista de baile, Miles fumaba, bromeaba y se emborrachaba.

Las primeras noches que trabajé allí conocí a mucha gente. En general sus nombres no me decían nada, pero había futbolistas, alguna estrella del rock y de la televisión, y resultaba emocionante estar cerca de ellos, observar a Miles sabiendo que era mi padre y que los otros lo respetaban

(aunque jamás le habría dado el gusto de decirle que eso era lo que yo pensaba). En cambio, me imaginaba a mamá en Rushton, sola, esperando a que yo llegara a casa, bajara del taxi y me reintegrara en su mundo. Para mí, revelar a Miles que me gustaba trabajar para él habría sido una traición a mi madre. Y tal vez a mí mismo. No estaba muy seguro. Lo cierto es que la actitud de Miles hacia mí me tenía confuso. En público siempre sonreía cuando me presentaba a alguien, como si yo fuera la persona más importante de su vida. Pero en privado apenas nos comunicábamos, y si lo hacíamos, a él no parecía interesarle nada de cuanto yo le decía. Tal vez quería herir a mamá. Era la única explicación posible a su postura ambivalente respecto a mí. Quizá tenerme allí con él, lejos de mamá, le causaba algún tipo de satisfacción. O quizá mi presencia hacía que se sintiera menos culpable. Una noche, que a la postre fue la última que trabajé en el club, subí a su despacho al final de mi jornada y encontré la puerta cerrada con llave. Eso no era extraño, en realidad. Miles celebraba reuniones clandestinas la mayoría de las noches con tipos cuyo nombre yo ignoraba y a quienes nunca me había presentado. Eran hombres de expresión ruda, invariablemente bien vestidos y escoltados por sujetos más corpulentos aún que Tony. Sin embargo, aquella noche, cuando me disponía a llamar con los nudillos, no fueron voces masculinas lo que pude oír, sino a una mujer que jadeaba y gritaba de placer, y luego a Miles, que con voz grave le decía lo que iba a hacerle a continuación.

El primer empleo que dejé por iniciativa propia fue el que mi propio padre me había dado. Al día siguiente se lo dije por teléfono, pero no el porqué, y nunca volví a pisar el club.

Sentado en la terraza del pub cercano a la escuela, vi llegar a Miles con un nuevo cigarrillo entre los labios y una pinta de espumeante cerveza en cada mano. Se sentó delante de mí, sacó

la cajetilla de tabaco del bolsillo y me la acercó a través de la mesa.

—No fumo —mentí; no quería darle el gusto de verme encender uno, cuando él sabía que mamá se enfadaría si se enteraba. Sería otro secreto entre padre e hijo, una razón más para que Miles pensara que me tenía de su parte.

—¿Vas a decirme qué diablos pasaba en la iglesia? —preguntó.

No respondí. A tenor de lo que Miles acababa de decir, no tenía sentido hablar del motivo de mi blasfemia. Además, yo ya había renunciado a

justificar mis actos ante él. Que de repente mostrara interés por mí, el hecho mismo de que estuviera allí, me empujaba a ser más cauto todavía.

—Bueno ¿qué?

—¿Acaso te importa? —mascullé sin levantar la vista de la mesa. Me esperaba una regañina, pero Miles sólo dijo:

—He venido, ¿no? —Se frotó la nariz con la mano—. Ese chico raro que estaba a tu lado te estaba molestando por algo, ¿no es cierto?

Asentí con la cabeza.

—¿Quieres contármelo? —preguntó tras unos segundos.

—No.

—¿Quieres que vaya a hablar con él?

—Ya me ocuparé yo. Mira, vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo? No tiene importancia.

—Si eso es lo que quieres..

De nuevo guardé silencio.

—¿Cómo van las clases?

Cogí la jarra de cerveza que me había pedido y tomé un sorbo, fijándome en que él había vaciado ya la mitad de la suya, aunque acababa de sentarse. Me supo acre y me revolvió el estómago, pero conseguí tragarla. Carraspeé un poco e intenté aparentar que no pasaba nada.

—Muy bien —respondí.

—¿Estudias mucho?

—Sí. —Arrugué la cara, buscando algún tema de conversación trivial—. A ratos. La Historia me cuesta, ¿sabes? Y el Latín. . Me hago un lío.. Hay chicos de mi clase que han estudiado Latín desde los siete años. .

Miles asintió con la cabeza y yo interpreté que se hacía cargo.

—Pronto tendrás los exámenes, ¿no?

—Sí. Dentro de un mes.

—No te preocupes demasiado.

—No me preocupo.

Su boca amagó una sonrisa.

—Pero tampoco te preocupes demasiado poco. Me sale bastante caro que estudies aquí.

—Ya lo sé.

—Ahora en serio, hijo, si suspendes, suspendes y ya está. Yo nunca obtuve ningún título y no me ha pasado nada.

Lo miré, impasible. No era la primera vez que lo oía decir eso.

—Siempre puedes venir a trabajar al club —añadió.

Tomé otro sorbo de cerveza.

—¿Y en cuanto al resto? —preguntó.

—¿El resto de qué?

—La escuela, en general. ¿Qué haces cuando no estás estudiando?

¿Cómo es la vida ahí?

«¿Qué es lo que quieres saber? —pensé—. ¿Que estoy harto de este sitio y que el final de

curso me parece increíblemente lejano? ¿Que pienso negarme (tanto si te gusta como si no) a hacer sexto como no sea en Rushton y con Mickey? ¿O que me aterra suspender los exámenes antes de eso? No —me dije—. Te interesa tan poco saber de estas cosas como a mí contártelas. Preferirías no saber nada, igual que te importa un comino lo que tenga que ver con mamá y conmigo que no sea de tu agrado.

»Y, aunque te dijera la verdad, tú no serías capaz de aguantarla, ¿a que no? No entenderías nada de los exámenes, de lo importantes que son para mí, de que quiera convertirme en algo decente. No lo entenderías porque crees que los exámenes son para los idiotas, y tu idea de decencia está entreverada de tipos fraudulentos y putas baratas, a espaldas de tu mujer.»

Miles encendió otro pitillo y me sonrió indeciso, esperando a que yo hablara.

—Todo va bien —dije encogiéndome de hombros.

—¿Sigues viendo a Mickey?

La pregunta me incomodó.

—Nos escribimos —respondí, y luego añadí—: Vamos a irnos juntos de vacaciones en verano.

Eso último se me escapó, porque la idea de irme con Mickey, los dos solos, había estado ocupando mis pensamientos durante meses. No quería que Miles lo supiera, por si ponía reparos y decía que éramos demasiado jóvenes. Mi idea era soltárselo a él y a mamá cuando Mickey y yo saliéramos de casa con nuestras bolsas ya hechas. El corazón me dio un vuelco, esperando su reacción, pero Miles no puso objeciones.

—Es una chica muy guapa —dijo, sonriendo un poco—. ¿Estás enamorado de ella?

No respondí. Mis sentimientos eran cosa mía. No quería que Miles (la persona que a mi modo de ver había convertido el egoísmo en una forma de arte) husmeara en ellos y me contaminara con su escepticismo ante la vida.

—Si lo estuvieras, lo sabrías.. —afirmó, con los ojos brillantes.

—Sí, claro —le espeté—, tú eres el que sabe mucho de amor, ¿verdad?

—Yo no he dicho tal cosa.

—¿Qué más te da lo que sienta por ella?

Vi que se rascaba la barbilla, absorto en sus pensamientos. No respondió y desvió la vista hacia los campos que había más allá de la terraza.

—No te caigo muy bien, ¿verdad, Fred? —dijo al fin, mirándome a los ojos.

—No.

—Pues lo siento.

Escrutó mi rostro en busca de una reacción. No le di ese gusto. Me tragué mi malestar. Yo quería a Miles, pero no, no me caía bien. Decirle lo contrario habría sido traicionarme, y no quería concederle mi perdón; Miles no había hecho nada para merecerlo. La vida para él era muy fácil, pero muy difícil para quienes lo rodeábamos. Deseaba hacerlo sufrir un poco, como yo había sufrido por su causa. No quería mentirle acerca de la opinión que me merecía.

—Sí —dije—, bueno, quizá podrías haberlo pensado antes.

—Quizá —concedió él, pero con aspereza en la voz—. Aunque quizá es lo que estoy haciendo ahora mismo, ¿no?

Levantó su jarra y bebió hasta casi apurar el líquido. Dio vueltas al resto con aire contemplativo.

—Hay algo que tengo que decirte.

Lo miré con atención. La inseguridad que había detectado en él fuera de la capilla volvía a reflejarse en su expresión. «Vamos —pensé—. Dilo. Di que vas a abandonar a mamá.»

—Ha habido ciertos problemas en el club —continuó.

Miles nunca hablaba de su negocio conmigo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Se trata de Tony. Se ha marchado y no creo que vuelva.

«Eso no tiene sentido», me dije.

—Pero..

Miles levantó la mano para interrumpirme.

—Antes de irse me amenazó. No voy a abrumarte con los detalles, porque puede que no sea nada.

—¿Y si lo fuera?

—Entonces. . no sé. Todavía no lo sé, Fred. . pero todo.. —agregó, enfatizando esa palabra casi para sí mismo, no para mí— todo podría cambiar. —Su rostro se descompuso; estaba siendo sincero.

—No lo entiendo.

—Lo que te he dicho antes —prosiguió—, eso de que lo sentía.. Quiero que sepas que hablaba en serio. Yo no pensaba que las cosas iban a ser así entre nosotros dos. Siempre pensé

que cuando fueras un poco mayor, yo.. nosotros.. —Sacó un Zippo del bolsillo—. Fíjate —

rezongó—, ni siquiera me sale la voz.

Al inclinarse para encender otro cigarrillo, le miré el pelo y advertí por primera vez una calvicie incipiente. Quería saber qué estaba pensando esa cabeza. Tony había proferido amenazas. ¿Miles estaba enfadado, asustado, ambas cosas? ¿Se hallaba en peligro? ¿Iba a perder el club, tal vez? ¿Qué iba a hacer al respecto y por qué me hablaba con enigmas?

Cualquier otro hijo, creo yo, habría hecho esas preguntas a su padre, pero yo no me decidí. Sólo veía en ello una oportunidad para rechazarlo, aprovecharme de su debilidad y arrojarle a la cara su amor. No iba a sentir compasión. No iba a permitir que mi opinión sobre él cambiara por una nimiedad. Miles tendría que ganárselo a pulso.

—Debería volver a la escuela —dije—. Tengo cosas que hacer.

Miles levantó la vista y yo hice caso omiso de la tristeza que reflejaban sus ojos; mi expresión era seca como una piedra.

Hace tres años me enganché a un complejo y violento juego de ordenador, el Quake. Era un juego de disparar, y Eddie y yo nos pasábamos horas en el piso matándonos el uno al otro, o aunando nuestros recursos contra otros adversarios en línea. Cada vez que hacía una pausa o abandonaba el juego, me entraban unas tremendas ansias de volver a ese mundo virtual tan bellamente diseñado. Mi entorno real me parecía soso y monocromo en comparación, y lo único que me apetecía era conectarme otra vez cuanto antes.

Es lo que me pasa ahora con Mickey: una dosis me deja muerto de ganas de otra. Las relativas angustia, melancolía y depresión que invariablemente acompañaban mis primeros síndromes de abstinencia del Quake están presentes ahora, corregidas y aumentadas. (De ahí

que me encuentre apoyado en el vacío e inutilizado archivador de mi oficina, mirando por la ventana, como si fuera un enamorado quinceañero

de los años cincuenta arrimado a una Wurlitzer.) Como también los flashes retíales que solía sufrir entonces, sólo que esta vez veo instantáneas y recuerdos de una infancia pasada en Rushton durante el siglo anterior, y no (menos mal) metralletas virtuales trinchando a enemigos virtuales. Con Mickey me siento muy relajado, muy. . aceptado tal como soy. Es como si me arrancaran toda la presión acumulada en los últimos quince años, tras la muerte de Miles. Es como quitarme la máscara y sonreír con mis propios labios por primera vez. Mickey estuvo allí. Sabe cómo fue. Ve todas mis imperfecciones y no me juzga por ello. Y si puede obrar ese milagro (si yo puedo ser así en su compañía), ¿dónde quedan Rebecca, Eddie y todos los demás? ¿Nos conocemos realmente los unos a los otros?

Mi portátil suelta un eructo detrás de mí, una de las últimas innovaciones de Susan, la señal de que ha pasado la hora del almuerzo y hay que volver al tajo. Suspiro profundamente, me aparto del archivador, regreso a mi mesa y tomo asiento. Me paso una mano por la frente, y al contemplar la película de sudor en la palma de mi mano maldigo a la empresa del aire acondicionado y al calentamiento terrestre por enésima vez en lo que va de día. Mi portátil ladra y empieza a jadear (otro de los truquitos de Susan), y abro el programa de correo:

«Eh, señor Romántico de la Mirada Perdida. ¿Soñando con el día de tu boda?»

Giro en mi butaca y miro por una brecha en la pared de cristal de mi despacho, entre los gráficos de tonos plata y rojo de sendos pósters de newsasitbreaks.com que sobraron de la feria tecnológica del año pasado.

Cómo no, al otro lado de las mesas del siempre animado departamento de ventas está

Susan, mirándome desde su propio cubículo de cristal. Veo que me sonríe mientras se abanica la cara con una chancleta naranja fluorescente. Niego con la cabeza y ella continúa mirándome mientras procede a teclear otra misiva. Mi pantalla ladra otra vez y leo:

«¿Con Rebecca?»

Vuelvo a mirar a Susan y niego nuevamente con la cabeza. Aparece otro mensaje en mi bandeja de entrada:

«Pues espero que no sea con otra.. »

Sin pensar (en Rebecca ni en la boda ni en las meras consecuencias de toda esta bromita) escribo a mi vez:

«Pues sí.. »

Apenas un pestañeo después de enviarla, mi respuesta aparece en el monitor de Susan. Y

yo tardo más o menos lo mismo en darme cuenta de que la confusión que me corroe ha alcanzado el dominio público.

Mi intento de evaluar la reacción de Susan queda frustrado por Jim, uno del equipo de ventas, que se ha puesto en pie y está entre ella y yo, con un teléfono alojado entre la mandíbula y el hombro y agitando los brazos como si estuviera conduciendo una bici hacia un pozo de petróleo en medio de una tempestad.

Mi frustración, sin embargo, es sólo temporal; Susan manda un mensaje a los pocos segundos.

«¿En serio?»

El índice de mi mano derecha se cierne sobre la S de mi respuesta «SÍ» cuando mis dedos quedan inmóviles sobre el teclado.

No, no puedo contárselo a Susan, aunque las ansias de liberar todas esas emociones que llevo dentro y confiarme a alguien son muy fuertes. Por otra parte, estoy convencido de que hablar de mis sentimientos será como provocar un alud que irá arrasando cuanto encuentre a su paso y cambiando para siempre la apariencia de mi mundo personal. Es lo que suele pasar,

¿no? Por ejemplo, de chaval, uno le confía a alguien alguna cosa y ese alguien se lo cuenta a otro, y de la noche a la mañana ves que todo el mundo está al corriente de lo que dijiste y no puedes echarte atrás. Deja de ser una posibilidad que tú tenías simplemente en la cabeza para convertirse en un propósito y se espera que obres en consecuencia. Y yo no puedo hacer nada de nada. No puedo ver de nuevo a Mickey sin decírselo primero a Rebecca. Mickey ha insistido mucho en eso. «Nada de rarezas», dijo. ¿Y cómo se la presento a Rebecca como una amiga cuando existe el riesgo de que a Mickey se le escape decir algo de Miles, cuando.. cuando la verdad es que ayer, sentados en la terraza de mi piso, pensé en ella como mucho más que una amiga?

Borro la S que ya había tecleado y decido poner:

«Olvídalo.»

Susan responde ipso facto.

«OK, pero si algún día quieres hablar, ya sabes dónde estoy.»

Tecleo OK y miro el emparedado de beicon y aguacate que sigue todavía dentro de su triángulo de plástico, en el alféizar de la ventana. Sé que debería comer algo, pero he perdido el apetito; en cambio, echo mano

de la lata de Coca-Cola *light* y tomo un trago. Contemplo mi oficina, el techo de poliestireno, la diana de velero de la pared, la carta de objetivos con sus banderitas magnéticas rojas y negras (efecto colateral de un gurú de la gestión estrictamente analógica reclutado el año pasado por los de Personal). Luego, distraído y alucinado por lo que casi le revelo a Susan, hago lo que he evitado durante toda la mañana: pasar revista a mi mesa.

Me considero un tipo de persona contraria al desorden, pero lo que tengo ante mí refuta dicha opinión. Normalmente, mi trabajo es tan portátil como mi ordenador y mi móvil, pero hoy no, hoy mi mesa es un almacén de papelería. A la derecha del portátil hay un montón de iniciativas de sponsorización con sus correspondientes sugerencias de contenido, sobre las que Susan ha estado trabajando con Graham y ahora me corresponde a mí tamizar. Hay también algunas facturas de la presentación de Brick Lane que los de Contabilidad me piden que aclare. Pero nada de eso me molesta. No, la responsable de esta atípica obstinación hacia mi mesa de trabajo es la pila mucho mayor que tengo a la izquierda de mi portátil. Con la alfombrilla de Wonder Woman para el ratón (un detalle de generosidad de Michael para su sucursal británica) a modo de cimientos, el edificio de papel se balancea precariamente al borde de la mesa como una chimenea condenada. Trato de apartar la vista, pero es inútil: como ocurre con una película de terror especialmente truculenta en una coyuntura especialmente truculenta, me tiene enganchado.

Allí está: la pila de quehaceres para la boda.

Lo preocupante es que no me decido a conectar con lo que significa todo eso, y mucho menos a hacer algo al respecto. Y me asusta. Dentro de dos semanas me caso. Debería estar impaciente y emocionado, pero no lo estoy. Me siento distante de todo ello. Mi convicción se ha esfumado y parece que no puedo hacer nada para recuperarla.

Lo que hago, en cambio, es imaginarme ante el altar de la iglesia de Shotbury el día de nuestra boda mientras espero que llegue Rebecca, mirando a la gente que está detrás de mí en los bancos, buscando, siempre buscando la cara que deseo ver, la única cara que sé que no está ni puede estar allí.

Amor. ¿Qué es eso? ¿Lo que hay entre Rebecca y yo? ¿Lo que pensaba que había entre nosotros? ¿Lo que pienso que podría haber de nuevo entre Mickey y yo? No he estado enamorado de verdad desde que era un adolescente. Tal vez esa clase de enamoramiento sólo es posible en los

adolescentes, o en personas que han tenido la fortuna de que nadie les partiera el corazón. Tal vez es una locura querer más de lo que ya tengo.

—Sinceramente, estos tíos están atontados —dice Rebecca—. Tres habitaciones y jardín. Eso es lo que les dije. No una habitación e invernadero, ni tres habitaciones y balcón. No es tan difícil, ¿verdad? Y luego te salen con que si el mercado esto, si el mercado aquello. ¿Qué sabrán ellos de mercados o márketing? Tengo yo más diplomas de márketing que ellos cenas calientes en su vida, o kebabs, o lo que sea que se metan en su grasienta tripa. ¿Y quieres saber otra cosa, Fred? ¿Fred. .?

—¿Eh? —Veo de pronto la calzada y miro a Rebecca, que va en el asiento del conductor.

—¿Me estás escuchando, Fred?

Lo último que recuerdo es subir al coche después de un decepcionante vistazo a un pequeño sótano en la zona de Carlton Vale.

—¿Qué?

—¿Me estás.. ?

—Oh, claro —respondo, rebuscando en mi memoria sus últimas palabras y aventurando una conjetura arriesgada—. Decías que te dolía la tripa, ¿no?

Rebecca pone los ojos en blanco y murmura:

—Los de la inmobiliaria, cariño. Estaba hablando de los de la inmobiliaria. —Vuelve a mirar hacia la calzada.

El rojo cereza de sus labios se contrae de repente cuando pisa el acelerador a fondo, aporrea el claxon con la palma de la mano y gira a la izquierda. La bocina suena y suena, y yo me quito las gafas de sol y contemplo el cielo azul desde el descapotable.

—¡Que te den, abuelete! —grita Rebecca por la ventanilla al enfurruñado conductor de un viejo Mini Metro al que acaba de cortarle el paso—. Bueno —continúa, guiñándome un ojo, y se recoge un rizo extraviado—, ¿quién es el siguiente?

—¿El siguiente?

—De la lista, hombre.

Miro la carpeta con el membrete «Sábado» que tengo encima del regazo. «Domingo», junto con las correspondientes a otros tantos días tachados previos a nuestra boda, está en el piso de Rebecca, de donde hemos salido esta mañana a poco de dar las ocho, «Para adelantarnos a todo el mundo y tener diez horas por delante para hacer las cosas».

—¿Qué lista? —pregunto, porque en la carpeta «Sábado» hay varias, todas esmeradamente mecanografiadas y cromocodificadas por Paul, el ayudante de Rebecca.

—Ciñámonos de momento a las inmobiliarias. Después de comer podemos pasar a las agencias de viajes. —Me da un apretón en el muslo, otra vez llena de paz y amor, sonriéndome con afecto—. ¿Has pensado algo más sobre dónde te gustaría llevarme? —pregunta. Una respuesta malvada acude a mi cabeza («A una mina de sal en Siberia»), pero me la callo. Callarme una diversidad de cosas ha sido mi salvación esta mañana. Me he callado lo incómodo que me siento al buscar piso cuando el mío me parece la mar de bien. Y me he callado la inquietud que me produce no poder mirar a Rebecca a los ojos cada vez que menciona algo relacionado con la boda. Y, por supuesto, me he callado hablar de Mickey. En resumidas cuentas, creo que gracias a mi silencio no me han expulsado físicamente del Saab ni me han dado calabazas u otras hortalizas, cosa que, lo reconozco, posiblemente me merezco.

—Bueno —digo, tratando de ganar tiempo cuando paramos en un semáforo. Lo cierto es que, como ni ella ni yo podemos tomarnos unos días libres inmediatamente después de la boda, no me he parado a preparar nada para la luna de miel—. Había pensado que..

—Las Vírgenes —me interrumpe Rebecca.

Confuso, miro hacia las dos aceras, pero las únicas personas que veo son una mujer que empuja un cochecito de bebé y dos hombres vestidos con monos salpicados de pintura que hablan frente a una cafetería.

—¿Dónde? —pregunto.

—Las Islas Vírgenes británicas —aclara—. Dice Eddie que las americanas están sobreexplotadas y..

—¿Eddie? —No puedo sino sorprenderme de que Eddie haya servido de fuente de información sobre lunas de miel.

El semáforo cambia a verde y Rebecca pisa a fondo, recorreremos volando unos veinte metros de calle despejada y luego ella frena a un centímetro del último coche de un nuevo atasco. Se nota un olor acre a caucho quemado.

—El otro día en Hyde Park me explicó que había estado allí como tripulante de un yate en el que se enroló al acabar los estudios, y que aquello es hiperbonito. —Me mira y recalca—: Hiper. —No estaría nada mal.

Rebecca mira de nuevo al frente y me toca la rodilla.

—La lista. . —me recuerda.

Abro la carpeta y saco la hoja de las inmobiliarias. Reviso las que ya hemos visitado. (Rebecca: «Telefonar es una pérdida de tiempo. Hay que ir y dar la cara. Es como todo en la vida: tienes que demostrar que lo quieres.») Ya lo hemos demostrado en no menos de doce agencias, peinando toda la zona de Maida Vale, y ahora ensanchamos nuestro campo de operaciones a los alrededores de Queen's Park, mi barrio.

Leo en voz alta la primera agencia de la lista, James Peters Limited, y le doy la dirección a Rebecca: al instante, dentro de mi cabeza empieza a sonar una alarma y no tardo ni un segundo en saber por qué.

—Creo que podríamos saltarnos esa agencia —digo.

—¿Por qué? —pregunta Rebecca.

—Bah, no sé —mascullo, tratando de aparentar que la cosa no va conmigo—. He pasado alguna vez por delante. Tiene mala pinta.

—En ese caso, es posible que cobren menos comisión —contraataca ella—. Además, está

a un paso. No nos cuesta nada parar. Mira —añade, antes de que yo pueda ponerle más reparos, señalando al frente—. Es allí.

La fachada pintada al más puro estilo de los primeros ochenta (pintura que, misteriosamente, me recuerda una funda de edredón roja y gris que tuve una vez, a los diez o doce años) de una agencia inmobiliaria se va acercando poco a poco, al igual que los carteles pegados ilegalmente en el escaparate de una tienda clausurada dos puertas más allá. Pero no es eso lo que llama mi atención, sino la tienda emparedada entre los dos edificios anteriores, y cuyo elegante pero llamativo rótulo me tiene la vista paralizada a medida que, inexorablemente, sus letras se forman en mi retina.

—¡Ideal! —canturrea Rebecca.

El intermitente hace tictac mientras esperamos a que una ranchera Volvo que tenemos enfrente nos deje sitio libre. Miro desolado a los cielos y vuelvo a bajar lentamente la vista hasta ese rótulo que está a menos de cinco metros y dice: «LAS FLORES DE MICKEY.»

Radiante de felicidad, Rebecca conduce el Saab hacia la plaza que el Volvo acaba de desocupar. La sonrisa que le devuelvo es apagada y medrosa, casi en perfecta sintonía con lo que siento. Pero luego, cuando mi visión periférica me informa de un pequeño movimiento en el umbral de la

floristería, dejo de sonreír por completo y me hundo cuanto puedo en el asiento del coche, doblando las piernas todo lo posible.

—Qué floristería más mona —dice Rebecca, apagando el motor. Se desabrocha el cinturón de seguridad y se sube las gafas de sol a la cabeza como si fueran una diadema.

—Sí —gruño, procurando no comprometerme y mirando decidido al frente, mientras me pregunto si podría echar un rápido vistazo a través del escaparate y verificar hasta qué punto corro peligro.

Pero no bien he hecho eso, descubro que no puedo. Allá está Mickey Maloney en persona, a un par de metros de la puerta, con el pelo recogido en un pañuelo rojo de lunares y hablando con un hombre que sostiene un gigantesco ramo envuelto en plástico. El hombre se mueve hacia un lado, y durante un momento la pierdo de vista.

—¿Realmente es necesario ir hoy? —digo, a la desesperada—. ¿No tenemos ya bastantes cosas que hacer para liarnos ahora a ver inmobiliarias?

Rebecca esboza un mohín.

—No es culpa mía que lo de mi piso vaya tan deprisa —me reprende. Y es verdad. Apenas hace dos días que colgaron el letrero y ya tiene dos ofertas en firme—. Y deja de poner pegas. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

—Está bien. Vamos —digo, apeándome deprisa.

Por primera vez en su vida, Rebecca hace las cosas con lentitud. Se mira en el retrovisor y luego espera a que pase un camión. Finalmente baja del coche, lo rodea por delante y se reúne conmigo.

Señalo con la cabeza hacia la agencia James Peters Limited.

—Vamos a dar la cara ahí dentro —le recuerdo, con una sonrisa entusiasta—. A demostrarles que queremos lo que queremos..

En lo que tarda Rebecca en alisarse los costados del ceñidísimo top rosa y la microfalda de piel de topo, el genoma humano queda trazado de principio a fin.

—¿Por qué nos mira? —pregunta al cabo.

—¿Quién? —digo, repentinamente fascinado por un hilo suelto que cuelga del bolsillo de mis vaqueros.

—La chica de la floristería.

Miro calle arriba y empiezo a caminar en esa dirección.

—¿Qué chica?

Rebecca me pone una mano en el hombro, deteniéndome.
—Por ahí no. Date la vuelta. Detrás de ti.
—Pues ni idea —respondo sin mirar—. Además, deberíamos..
—Nos está haciendo señas.
—¿Ah, sí?
—Sí.
—Oh.
—Y viene hacia aquí —añade.
—Ah.
—Y ahora va a tocarte en el hombro.
—Ya.

Al notar la mano de Mickey y oír su voz diciendo «¿Fred?» con suavidad detrás de mí, me giro despacio y la miro.

Desde ayer por la mañana, cuando estuvimos en mi terraza tomando café, le ha dado el sol y en sus mejillas han aparecido pequeñas pecas, y ahora me gustaría más que nada en el mundo rozarlas con las yemas de mis dedos. Me pone triste pensar que esos cambios sólo me parecen grandes porque yo no estaba allí para ver cómo se producían. Me sorprende mirándole los labios, recordando el día que la besé en la nieve, hace siglos.

—Mickey —exclamo, con un tono de voz inadecuado—. Qué curioso encontrarte aquí. Me mira extrañada.

—Estooo —dice, sonriendo a medias—, pues sí. Qué curioso, justo delante de mi tienda.. Oigo que Rebecca carraspea a mi lado y empiezo a asentir con la cabeza, sonriendo como un tonto a Mickey. No sé qué decir. ¿Qué se dice en una situación como ésta? Sólo sé cómo me siento: estúpido, rastrero y traidor, como si al no reconocer a Mickey cuando la veo claramente estuviera rebobinando el tiempo, borrando todo cuanto ha sucedido entre nosotros desde que nos encontramos aquella tarde en ToyZone. Rebecca carraspea otra vez, pero no puedo dejar de mirar a Mickey, hechizado por el simple hecho de estar otra vez con ella.

—Bueno, tú.. ¿tú estás. . bien? —pregunto.

Mickey todavía no sabe qué me pasa.

—Sí —responde, sin duda asombrada de mi ceremoniosidad—, ¿y tú.. ?

En ese momento Rebecca ejecuta un ataque de tos y consigue que por fin me vuelva hacia ella. —Te presento a.. Mickey —le digo—. Es una vieja amiga. Nos criamos juntos. Rebecca la mira como echándole un repaso.

—Ah, entonces se explica.

—¿El qué? —pregunta Mickey.

—Que Fred no haya hablado nunca de ti. . Se pone muy misterioso en lo que respecta a su pasado..

Mickey ladea un momento la cabeza y, casi imperceptiblemente, levanta la vista y me mira. Pero antes de que yo pueda negar con la cabeza, transmitirle un «Lo siento» o comunicarle de alguna manera lo complicado de la situación, ella sonríe a Rebecca y le dice, secándose las manos en el pantalón:

—Pues a mí sí me ha hablado de ti. Eres Rebecca, ¿no?

—Sí. —Parece un poco sorprendida por esa información, pero no demasiado; habrá

deducido que si Mickey conoce su nombre, eso quiere decir que nos hemos visto alguna vez recientemente.

Inspiro hondo mientras decido aquí y ahora tratar de compensar a Mickey por mi extraño comportamiento explicándole a Rebecca lo ocurrido. De todos modos tendrá que salir algún día, y prefiero que lo sepa por mí. De ese modo, al menos, habré cumplido mi trato con Mickey. Y, traviesa paradoja, eso se me antoja ahora mucho más importante que las sospechas que pueda suscitar en la mente de Rebecca.

—Nos encontramos por casualidad en ToyZone hace unas semanas —digo—, y me pareció que sería buena idea, ya que faltaba poco para la presentación. . Pero hasta ahí puedo llegar con la reciente historia de mi amistad con Mickey. Rebecca no me escucha; se pone a hablar con ella:

—ToyZone. No me digas que tú también eres una adicta a los juegos de ordenador. .

—No, yo.. Estaba comprando un regalo para Joe.

—¿Joe?

—Es mi hijo.

Rebecca se limita a asentir con la cabeza, pero experimenta un cambio visible. Sonríe a Mickey por primera vez, con la sonrisa del asesino, claro, como la que me dedicó la noche en que nos conocimos. Toda ella parece relajarse, desde los hombros hasta los brazos que tiene cruzados, uno de los cuales se mueve ahora para rodearme por la cintura. Observo a Rebecca mirando a Mickey de arriba abajo y me pregunto qué es lo que ve en ella que le hace estar tan cómoda. ¿Una florista, una insignificante Eliza Dolittle, más baja que ella y peor vestida? ¿Alguien que se gana la vida con

un trabajo manual? ¿Una mujer que es guapa, pero que no tiene ni idea de moda ni maquillaje? Ve todas esas cosas, quizá, pero por encima de todo, creo yo, ve a una madre, alguien completamente diferente de ella y, por definición, carente de interés para mí.

En ese preciso instante veo aparecer a Joe montado en un monopatín y seguido del chico al que conoció en la presentación de los juegos. Ambos llevan pantalones superholgados y, pese al calor que hace, un gorro de lana. El otro chaval pasa de largo y se aleja unos pasos.

—¿Qué hay, mamá? —dice Joe, saltando del patín a los pies de Mickey y dándole un zapatazo a la tabla de forma que le queda apoyada en la pierna.

—Tú debes de ser Joe —dice Rebecca, otra vez con la sonrisa exagerada. Él asiente con la cabeza, indeciso, y ve que nuestras caderas se tocan.

—¿Y cuántos años tienes? —pregunta Rebecca.

Joe tuerce el gesto y la mira detenidamente.

—Cuarenta y siete. Soy enano. ¿No te lo ha dicho mamá? —Me sonrío tímidamente—. Hola, Fred. ¿Qué tal?

—Estupendo —le digo, separándome de la mano de Rebecca que me ciñe la cintura al dar un paso hacia él—. ¿Y tú?

—Muy bien —responde, con un encogimiento de hombros.

—¿Tienes algo bueno en perspectiva?

Sacude la cabeza.

—No —dice, pero luego cambia de parecer—. El sábado que viene vamos a casa de los abuelos —me informa—. A Rushton. Mamá dice que tú vivías allí..

—Pues sí. Hace muchos años. —Me arriesgo a mirar a Mickey, pero está pendiente de Joe—. Tengo muy buenos recuerdos de Rushton.

Joe se remete el flequillo bajo el gorro.

—Mamá me explicó que te marchaste cuando eras muy joven —dice, mirándome de soslayo—. ¿Nunca has vuelto?

—No —digo, con gesto triste.

Joe asiente como si comprendiera.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? —propone—. Los abuelos estarán fuera, y podríamos..

—¡Joe! —Mickey le pone una mano en el hombro y se lo aprieta. Está colorada—. Perdón

—le dice a Rebecca—. A veces se embala un poco..

Joe parece avergonzado. Agacha la cabeza, pensativo, y gira la rueda inferior de su patín con el pie.

—Yo sólo decía que.. —murmura.

—Me encantaría —intervengo yo, tratando de aligerar la tensión—. Y en cualquier otra circunstancia estaría muy bien, pero ahora no puedo..

—¿Por qué?

—Pues porque.. No puedo porque me caso dentro de dos semanas —digo al fin. Los ojos de Joe vuelan hacia Rebecca, y luego otra vez a mí.

—¿Con ella? —pregunta.

—Sí. Con Rebecca.

Joe se suelta de su madre y deja caer el monopatín a la acera, y al momento se aleja en dirección a su amigo sin volver la vista atrás.

Mickey se queda mirándolo, estupefacta.

—Lo siento mucho —empieza—. Joe. .

—Olvídalo —le digo.

Rebecca se mira ostensiblemente el reloj y sonrío a Mickey.

—Es un encanto —afirma, y luego le tiende la mano—. Ha sido un placer conocerte —

añade mientras se dan un apretón—. Pero tendríamos que irnos, ¿no es verdad, Fred?

Mis ojos encuentran los de Mickey. Toda su cara es una interrogación, pero no tengo respuesta que ofrecerle, con Rebecca aquí. Me inclino para besarla levemente en la mejilla. Su pelo huele a flores.

—Adiós —me despido, retrocediendo un paso.

—Adiós —dice Mickey, y en el instante en que sus ojos examinan mi rostro, me sorprende a mí mismo confiando en que la palabra adiós le resulte a ella tan difícil de pronunciar como a mí oírla.

El domingo por la mañana voy a buscar a mi madre a la estación de King's Cross y la llevo a almorzar al piso de Rebecca. Los padres de ella están allí también y la comida sirve para que se conozcan un poco mejor, pues su único contacto previo ha consistido en una sola conversación telefónica tras el anuncio de nuestro compromiso. Mamá está muy aislada en Escocia; esta excursión a Londres es el resultado de meses de persuasión. George, como era de prever, despliega todo su encanto y buen humor durante la comida, pero en el fondo me huelo que los dos, él y Mary,

encuentran a mamá demasiado puritana para su gusto. Así es como ella misma se presenta: una aburrida y amargada matrona escocesa, muy

diferente de como yo la recuerdo cuando era un niño. Las pocas veces que interviene en la conversación es para hacer preguntas educadas sobre la iglesia de Shotbury y el tipo de servicio religioso que habrá el día de la boda.

Cuando nos despedimos en el andén de la estación a la mañana siguiente, es innegable que mi madre se siente aliviada; está contenta de irse a casa.

—Es una chica preciosa —me dice—. Cuídala bien. Organiza tu vida en función de ella. Es lo que yo he hecho con Alan.

—Mamá.. —Pero me quedo sin palabras. Quisiera poder hablarle de las dudas que me asaltan. Quiero que sea otra vez mi madre y me simplifique las cosas, que me explique dónde y cómo encajo yo en el mundo. No deseo seguir sintiéndome aislado—. Saluda a Alan de mi parte

—le digo poco antes de que suene el silbato y ella suba al tren. Cuando se despide con la mano, creo ver lágrimas en sus ojos, pero luego se retira de la ventanilla y ya no estoy seguro. Me alejo de allí preguntándome si mi madre ve en mí a Miles y si es eso lo que nos mantiene mucho más alejados que los cientos de kilómetros que median entre su casa y la mía.

En los días sucesivos tengo tanto que hacer que apenas me queda tiempo para meditar sobre mis apuros. Es como si mis pies estuvieran encolados a una cinta transportadora que me lleva hacia mi boda, y nada, absolutamente nada, pudiera frenarme. Llega el jueves por la tarde y voy en coche con Eddie hasta más allá de Kingston-on-Thames, a un pub llamado Rose and Thorn. Llegamos sobre las siete y media. Es un local pequeño y cursi con pretensiones de antigua posada, a pesar de que los enormes bloques de pisos de los suburbios londinenses están a poco más de medio kilómetro. Las vigas de madera del pub están atestadas de cascotes de la Guerra Civil inglesa, mosquetes de nuevo cuño y demás parafernalia de anticuario. Hay un par de lugareños sentados a la barra, y al fondo una máquina de discos vomita himnos de rock suave a un volumen tan bajo que no turbaría el sueño de un bebé. Pero no estamos aquí por el ambiente, sino porque aquí empieza mi fin de semana de despedida de soltero. Digo fin de semana, pero gracias a Dios (debido a que Eddie ha tenido problemas para reservar plaza en el barco), en principio sólo durará hasta el sábado. Y digo

gracias a Dios porque, francamente, no estoy de humor para estas cosas. Aunque pronto me doy cuenta de que soy el único al que le pasa.

Mientras van llegando paulatinamente los otros integrantes de la fiesta (nueve en total), el ritmo de las copas aumenta y eso disipa enseguida mi depresión, sofocada por los vapores étnicos. Juego al billar con Andrewy John, dos de mis viejos compañeros de cuarto en la Universidad de Manchester, y charlo largo y tendido con Will, la única persona de Kemble (el colegio donde terminé estudiando cuando mamá decidió que nos mudáramos a Escocia) con quien he mantenido contacto.

A las nueve y media cogemos las bolsas y vamos con Eddie a la parte de atrás del pub. Hay varias barcas amarradas a un par de destartalados pontones en la orilla del Támesis. Subimos a bordo del Naseby, nuestro hogar provisional para las próximas dos noches, y el crepúsculo se va diluyendo en una bruma cargada de alcohol.

Al día siguiente sigo utilizando la bebida como anestésico mientras vamos corriente abajo, deteniéndonos aquí y allá en pubs ribereños, lanzándonos los unos a los otros por la borda, tomando el sol en cubierta y olvidándonos de todo lo que no sea el aquí y ahora. Pero al anochecer, una vez amarrados frente al cuarto pub del día y recién cenados, la anestesia deja de hacer efecto. Es como si hubiera bebido para estar sobrio, no al revés, y me siento terriblemente solo en medio de mis amigos.

Dejo a los demás en el camarote, subo a cubierta y camino hasta la proa. Una vez allí, me siento con las piernas colgando por la regala y enciendo un cigarrillo que le he birlado a Eddie hace un rato. Pese a la cantidad de alcohol que he consumido, noto perfectamente el efecto de la nicotina. Mis pulmones la absorben como esponjas y la esparcen por mi corriente sanguínea, y por primera vez en esta semana, la tensión desaparece de mis hombros y entonces (en cuanto tengo la guardia baja) languidezco como un niño melancólico, sabiendo que no pinto nada aquí

y que todo ha cambiado.

Miro el cielo estrellado que se refleja en las tranquilas aguas oscuras. Desde aquí el río parece no tener fondo, como si, en caso de caerte, pudieras ir bajando y bajando a través de la oscuridad, cada vez más lejos de la luz y el aire. Me imagino a Miles. Me es imposible no hacerlo, como siempre que pienso en la muerte. Me pregunto cómo debió de ser para él. ¿Supo enseguida que había llegado su fin? ¿Experimentó la misma mezcla de impotencia y desesperación que me invadió a mí cuando me abandonó?

¿Qué pensaría Miles de todo esto? ¿De Mickey? ¿Y de mí? ¿De cómo me siento? «Es una chica muy guapa», dijo. Puedo verlo ahora en aquel pub, sonriendo antes de preguntarme:

«¿Estás enamorado de ella?» Trago saliva mordiéndome el labio para no pensar en él. Es en vano. Ojalá le hubiera respondido entonces, ojalá le hubiera permitido entrar en mi vida antes de que me dejara definitivamente. Creo que le habría complacido. Aunque las cosas le iban mal con mamá, Miles habría querido que yo fuera feliz, ¿no?

—¿Por qué no estás aquí? —susurro con la voz ronca y la garganta seca—. ¿Por qué no puedes estar aquí para decírmelo tú mismo?

Una lágrima solitaria me desciende por la mejilla. Bebo de la botella de cerveza y doy otra calada al cigarrillo. No voy a llorar por él, después de tanto tiempo. Me digo a mí mismo que no importa lo que él hubiera podido pensar. Está muerto, eso es lo único que importa. Todo lo que creo saber acerca de Miles carece de sentido. Es pura apariencia. Él ni siquiera existe. Oigo pisadas en la cubierta, y al volverme veo a Eddie que avanza tambaleante hacia mí

con la cámara todavía en la mano.

—Niño travieso —me regaña, con un gesto hacia el cigarrillo, y luego se sienta a mi lado.

—Apágala —le digo.

No hace caso. Me pregunta:

—¿Por qué?

—Porque no puedes vivir así, hombre, delante de una cámara.. como un actor. Accede a desconectarla.

—¿Estás bien?

—Sí —respondo, pero automáticamente me encuentro justificándome a mí mismo, tapando lo que llevo dentro, como siempre—. Me ha dado un poco por la lágrima, nada más. Será el alcohol. .

—¿Estás nervioso por lo de la boda?

—Algo así.

—Menudo cambio de vida, ¿eh?

Asiento con la cabeza.

—Es lo que hay —dice—. Mejor no estarse quieto mucho tiempo, uno se acaba aburriendo.

—Supongo.

—Es bonito este lugar, ¿no? —señala Eddie, tumbándose de espaldas—. En Londres nunca se ve un cielo tan estrellado. Hay demasiada luz. Tienes que alejarte de la electricidad para apreciar algo así.

—Gracias por encargarte de todo.

—¿Lo has pasado bien?

—Sí.

—Estupendo, porque..

—Porque ¿qué? —pregunto al ver que no continúa.

—No sé. —Vuelve a callar, sin duda tomándose tiempo para organizar sus pensamientos demasiado ebrios—. Es difícil —dice al cabo—. A veces es difícil ser amigo de alguien. A veces cuesta encontrar el punto.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, lanzando la colilla al río, en cuya superficie las estrellas se agitan borrosas.

—Mientras lo hayas pasado bien, ya está. .

—Sí. ¿Y mañana. .? —le pregunto. Su cara está en sombras—. ¿A qué hora calculas que regresaremos?

—Hacia el mediodía. ¿Por qué?

—No, por nada —digo, poniéndome de pie—. Venga, vamos a ver qué hacen los otros. Mientras volvemos hacia la popa y el camarote, pienso en mi coche aparcado frente al Rose and Thorn allá en Kingston, y pienso en montar en él. Y pienso también en las numerosas direcciones que podría tomar.



6. Mickey

Debí imaginarme que sería muy guapa. Era obvio que Fred iba a casarse con alguien tan moderno y a quien le fueran tan bien las cosas como a él, pero no sé por qué no lo imaginé. A partir de lo poco que sabía de Rebecca, me había hecho una imagen de ella lo menos amenazadora posible. De modo que cuando Susan dijo que las fiestas de negocios de Fred no le parecían «lo bastante Gucci», yo interpreté que era una esnob demacrada y brujesca, hecha para ir de compras por zapaterías de marca y para improvisar unos canapés de nouvelle cuisine. Y cuando me enteré de que nunca se quedaba a dormir en casa de Fred, me pareció

todavía más incorpórea. Supuse que tendría un pisito en Chelsea, que sería sumisa y opaca, en contraste con todo el brillo de Fred. Llegué incluso al extremo de creer que Rebecca se había ganado con mañas el afecto de Fred hasta engatusarlo para que se prometieran formalmente. Pero no había

tenido en cuenta que sería una persona de carne y hueso; no sólo eso, sino hermosa, lista, supermoderna, sexy, inteligente y, encima, que hiciera tan buena pareja con Fred. Y es eso, verlos tan unidos, lo que me angustia. He pasado todos estos años pensando en Fred como una cosa del pasado, y ver ahora que existe en el presente es como recibir dos bofetadas. Porque Rebecca está bien; está tan bien, de hecho, que es la clase de mujer que quizá, en otra vida, con un vestuario diferente, un cambio total de corte de pelo, maquillaje y colección de CDs, podría ser mi amiga. Y me siento como una estúpida integral, estúpida porque no le pregunté a Fred sobre ella, estúpida porque él debería haberme dicho que estaba prometido a una mujer de bandera, y estúpida porque eso me importe. Toda la semana, desde que la vi delante de la floristería, no he parado de darle vueltas, pero esta mañana, por el bien de mi cordura y el de Joe (que carga con el peso de mi mal humor), estoy tratando con todas mis fuerzas de quitarme a Rebecca, o mejor, a Rebecca y a Fred, de la cabeza. Durante el viaje en coche a Rushton con Joe, voy pensando que lo único sensato es olvidarme de Fred. Tengo que cortar esos hilos sueltos que todavía nos unen, en vez de tejer otros nuevos. Él tiene su vida y yo, la mía. Creer que encajamos de alguna forma es una simpleza.

Estaba tan ocupada montando la tienda que no he vuelto a Rushton desde hace medio año. Cada vez que voy, me fijo en que ha desaparecido otra colina, otro arroyo, otro bosque de los que salpicaban el trayecto del autobús escolar. Esta vez veo una especie de polígono industrial, varios edificios bajos hechos con bloques de cemento que parecen misteriosamente desiertos. Al tomar la vieja carretera, me encuentro de pronto en una vía de circunvalación con tantas rotondas que tengo la sensación de conducir por un juego de la oca. La sorpresa es aún mayor cuando entro en el pueblo. El Gordon Arms es ahora propiedad de una cadena de pubrestaurantes y sobre la puerta un letrero anuncia el menú de domingo a 4,99 libras, mientras que el aparcamiento del Memorial Hall se ha convertido en un mini parque de atracciones con su castillo de camas elásticas para saltar.

Pero eso no es todo. Al pie de Hill Drive hay una valla publicitaria con un remedo de acuarela donde se ve un callejón sin salida flanqueado por falsas viviendas Tudor, con sus ventanas de celosía, sus caminos particulares adoquinados y un terrier de aspecto retozón. La propaganda anuncia «cómodas y aisladas casitas de campo en el corazón de la

campiña». Parece que Jimmy Dughead ha vendido sus tierras a promotores urbanísticos y las «cómodas

casitas de campo» se han tragado los campos que componían la campiña. Y sí, un poco más arriba de nuestra casa, en la entrada de la finca, hay huellas de grandes neumáticos en un trecho de arena y un tractor abandonado donde antes estaba la verja. Las llaves de repuesto de la casa de mis padres están bajo el felpudo de la puerta de atrás, igual que cuando yo era una adolescente. Le he dicho varias veces a mi madre que piense un escondite más ingenioso, pero ella siempre insiste en que conoce a todo el mundo en el pueblo y que no teme por su seguridad. Por lo que veo, eso va a cambiar. Miro hacia el fondo del pequeño rectángulo de césped, al tiovivo con su bolsa de plástico llena de pinzas de la ropa y los árboles que hay al final del jardín. En el campo de más allá, las imponentes estructuras de madera de las nuevas viviendas trepan como esqueletos a la línea del horizonte. La casa huele a mis padres: una curiosa mezcla de polvo, té y laca de pelo. Es raro estar aquí sin ellos, como si la casa vibrara con los sonidos de baja frecuencia de sus moradores, como tu emisora favorita a poco volumen. Pulso el interruptor que hay al entrar en la cocina y los largos tubos fluorescentes zumban, parpadean y al fin se encienden del todo. Sobre el hule con motivos florales hay una nota de mamá. Nos dice que ha dejado en la nevera un pastel para almorzar. Joe y yo nos miramos. Mi madre nunca ha destacado por su pericia culinaria. Joe se arriesga a abrir la nevera y saca una fuente de cristal con una masa recocida y chata. Mira por debajo para ver de qué es.

—Cecina —dice, y yo arrugo la nariz igual que él—: ¡Puaj!

—Hay huevos. Haré una tortilla o algo —sugiero, señalando el plato de porcelana que hay al lado.

Joe me pasa los huevos con una expresión desdeñosa.

—Tienen mala pinta —replica, cogiendo uno—. Éste está cubierto de porquería.

—Es porque son de la granja que hay más abajo —digo con un gesto de desaprobación—. Huevos de corral.

—Yo no quiero. No llevan fecha de caducidad.

—No vas a morirte por comer uno —ríe—. ¿De dónde crees que salen los huevos?

—Del súper —responde, y se inclina para acariciar a *Oscar*, el gato, que maulla entre sus piernas.

Decido ocuparme primero del gato, ya que para eso hemos venido. Hay un cuartito junto a la cocina con una puerta que da al garaje. Una lavadora vieja ocupa casi todo el espacio, además de un perchero de acordeón repleto de prendas de abrigo. Encima de la cajonera de pino hay una hilera de tarros llenos de sospechosos productos en salmuera y cubos de plástico que contienen patatas fangosas y calabacines del huerto de papá. Hay asimismo un montón de dominicales antiguos y varios manuales de jardinería vetustos. *Oscar* entra y sale del cuartito empujándome la mano mientras yo abro una lata de comida para gatos, sin darme tiempo a poner en su cuenco unos cuantos grumos marrones. Le hago cosquillas para que se aparte, pero él consigue que se me caiga el tenedor; suelto un taco, me agacho para recogerlo y entonces reparo en una marca con la palabra «Scott» escrita al lado. Debajo de los abrigos, junto a la puerta que da al garaje, la pared tiene una regla dibujada a mano con marcas descoloridas de rotulador, recuerdo de nuestras fases de crecimiento. Me olvido de *Oscar*, que ha volcado la lata y está sacando la comida con la zarpa, y pongo el dedo en la pared. Abajo hay una señal con la inscripción «Mickey, 6», y dos dedos más abajo otra que dice «Fred, 5 $\frac{3}{4}$ », escritas en tinta verde. Sigo las marcas hacia arriba, pasando el tirador de la puerta, hasta que Fred me supera en altura a la edad de doce años. Apoyo la mano en la pared, palpando el espacio donde habría estado él. Desde que supe que se había cambiado el apellido, notaba como si nuestra infancia fuera un dibujo a lápiz que alguien hubiera borrado de forma chapucera, pero ver estas marcas me devuelve directamente a ella y la torna real. Miro a Joe, que está poniéndose los patines en línea, y reparo en que mi madre tomó nota

una vez de nuestra estatura. Resulta extraño, teniendo en cuenta que parecían no gustarle los niños. Pero eso lo pienso porque me consta que nunca fui su retoño preferido. Ese privilegio lo ostentaba Scott, quien, con su actitud distante respecto a la familia, siempre tuvo a mi madre pendiente de él. No es de extrañar que Scott acabara siendo piloto de aviación y que se pase la vida lo más lejos posible de aquí.

En cuanto a mí, sin embargo, creo que mamá comprendió enseguida que le habían dado gato por liebre, y que en vez de aquella fantasía de tutús y mofletes de melocotón, le salió un pequeño marimacho mugriento que siempre se ponía del lado de su padre. Y, si bien creo que ahora se enorgullece de mí, eso no cambia el hecho de que buena parte de mi vida adulta la haya pasado intentando ser el polo opuesto a mi madre. Hasta

ahora siempre he guardado rencor a esta casa y a cuanto representa, pero de repente me alegro de que mis padres sigan viviendo aquí y de que esta pared conserve, a pesar de los años, las marcas de mi tránsito por la vida. Joe parece tener un sexto sentido: levanta la vista y sonrío.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada. He descubierto una cosa, nada más.

Camina bamboleándose teatralmente hacia mí, pues sólo lleva puesto uno de los patines, y le muestro las marcas de la pared.

—¿Soy más alto que Fred? —dice, mirando su estatura cuando tenía nueve años.

—No sé. Vamos a verlo.

Aparto unos cuantos trastos y Joe se sitúa de espaldas contra la pared.

—Vaya —exclamo, con una sonrisa—. Eso es trampa. Tienes que quitarte el patín. Joe obedece. Pongo un manual de jardinería sobre su cabeza y lo sostengo contra la pared. Joe se retira y mira.

—Soy más bajo —dice, decepcionado.

—Si comes huevos —ríe—, crecerás.

Durante mi infancia siempre supuse que el verdadero propósito de las fiestas religiosas era comer mucho sin sentirse culpable. Ajena a cualquier posible significado espiritual, yo me lanzaba a las tartas, los bollos, el pavo con todo su relleno y el pan de cereales con muchísima mantequilla. Sólo cuando me di cuenta, durante un examen de Religión en 1984, de que la Pascua tenía un sentido místico (y no era simplemente un concurso para ver quién consumía más chocolate), decidí interrogar a mis padres sobre sus creencias. Y ellos se salieron por la tangente con mucho tacto.

En casa el tema de la religión se trataba con tanto recelo como superstición. Así fue hasta que me quedé embarazada y, de repente, se armó la de san Quintín. Pero hasta aquel aciago día, cuando hicieron que me sintiese como la primera pecadora de la especie humana, mis padres habían mantenido un severo pacto de silencio sobre asuntos de moral. Mi instinto me decía que bajo aquella apariencia había todo un torrente de resentimientos por ambas partes. Probablemente se debía al hecho de que, anteriormente a mi llegada al mundo, hubo una auténtica bronca entre la parte Maloney (católicos irlandeses) de la familia y los abuelos Richie, que pusieron en evidencia sus reparos hacia el prometido de su hija declarando que el Papa era Satanás, que todos los curas abusaban de niños y niñas y que lo único que podía arreglar Irlanda era una bomba. Los Maloney se

desquitaron informando a los Richie (en público) de que eran ordinarios, terrible acusación que, aunque tal vez acertada, colocó a mamá en la senda del esnobismo durante el resto de su vida de casada. A fin de mortificar a papá y sus presuntas raíces cultas, la nueva señora Maloney se propuso adoptar ciertas tácticas atemorizadoras de su madre, la loca abuela Richie, quien,

desde que su marido fuera atropellado por un autobús, residía en Dartford con un arisco bullterrier en una casita de planta baja con pavimento de guijarros. Al igual que la abuela Richie, mamá nos negaba la paga si usábamos el nombre del Señor en vano: vaya por Dios, maldita sea, qué diablos y otras exclamaciones parecidas eran particularmente inaceptables, aunque, cosa curiosa, Cristo como palabrota conseguía atravesar su cedazo censor. Además, hacía la señal de la cruz cada vez que se topaba con un judío, un musulmán o un protestante baptista, pero aseguraba admirar a los mormones (claro que en Rushton no había ninguno). Todos los años, llegada la Cuaresma, intentaba sin éxito dejar de fumar y se mostraba muy desdeñosa si alguien pretendía comprar condones en la farmacia de Bowley, donde ella trabajaba tres días a la semana.

Esa actitud idiosincráticamente católica hacia el control de la natalidad debió de ser la causa de sus dos confesados «errores». Scott y yo. Todavía es motivo constante de sorpresa que mis padres llegaran a hacer el amor. . dos veces. Un verdadero misterio rodea al hecho de que Marie Richie, la del pelo cardado y los zapatitos con piedras de imitación y bolso a juego, llegara a liarse con el tímido y apocado Geoffrey Maloney, irlandés de segunda generación. Se casaron en Hemel Hempstead y pasaron la luna de miel cerca del territorio ancestral de mi padre, en Derry. Cuenta la leyenda que papá iba a pescar a diario en las aguas tranquilas del lago cercano, mientras que mamá se quedaba sentada en su viejo Ford envuelta en un abrigo de pieles falsas derramando hasta la última lágrima por la vida de glamour que jamás iba a tener.

Dieciocho meses más tarde, al nacer Scott, los jóvenes señores Maloney se mudaron aquí, a Hill Drive, y empezaron a decorar la casa en tonos naranja y púrpura. Ya de recién casados disentían prácticamente en todo, pero mamá, con su habilidad para recurrir a la lágrima como una diva de Hollywood, se salía casi siempre con la suya. Por esa razón consideraba a papá un calzonazos y así lo manifestaba sin cesar, hasta que alguna vez él le soltaba un exabrupto y se iba a su huerto durante horas. Cuando eso ocurría,

mamá componía su última permanente, apretaba sus pintarrajeados labios y, con su mejor tono de mujer maltratada, sentenciaba:

«Fijaos, hijos míos. Hay que ver qué cruel es vuestro padre.»

Pero ésa era una de sus dramáticas fantasías, alimentadas por años y años de secreta adicción al melodrama. Nada le habría gustado tanto como mantener grandiosas y apasionadas peleas, pero papá de cruel no tenía ni un pelo. Al contrario, la torturaba con su paciencia de santo. Incluso hoy es tan sufridor y leal como un perro apaleado, después de haber aguantado a mamá en sus diversos brotes de fanatismo video-aeróbico, adicción a los tranquilizantes, adquisición ingente de tupper-ware, venta piramidal (incluida una franquicia de ropa interior voluptuosa), depresión, un lígüe fracasado con el vendedor de un concesionario de Peugeot y, últimamente, varios sustos por cánceres fantasma.

Mamá nunca le ha agradecido que soportara todo eso, aunque nadie lo diría, puesto que su meta en la vida parece consistir fundamentalmente en mantener las apariencias de cara a la buena gente de Rushton, personas a quienes (como le he señalado yo en muchas ocasiones) seguro que les importa un comino. Mamá siempre fanfarroneaba en público de que papá estaba

«en el negocio del petróleo», mientras en privado fustigaba a su JR Ewing por no ser un hombre emprendedor y carecer de lo que ella llamaba «empuje». A mi modo de ver, la falta de chispa y ambición de papá no debe sorprender, ya que mamá siempre echaba por tierra cualquier idea que se le ocurriera. No reconoció ni una sola vez que el aburrido trabajo de papá como supervisor del floreciente negocio de las gasolineras en Hertfordshire nos proporcionaba el pan de cada día y servía para pagar las compras que ella hacía por catálogo. Pero así como el reservado Geoffrey Maloney mantenía a su mujer dentro de la normalidad e intentaba compensar en lo posible su falta de aptitudes maternas, ella se quejaba amargamente de tener que aguantar a su marido. Seguro que lo peor que pudo ocurrir fue que

Miles y Louisa Roper se mudaran a la casa de al lado. Los Roper alimentaron todas las aspiraciones de mamá en cuanto a estilo de vida, y como ella se había pasado la vida señalando las cosas que tenía en común con la gente que la rodeaba, viéndose realizada en el papel que creía ocupar dentro de su comunidad, se sintió ensombrecida por sus elegantes vecinos, y hacía comparaciones entre ambas casas y jardines, buscando sin piedad la menor excusa para opinar que lo de ellos era siempre mejor.

Hasta que el matrimonio empezó a hacer aguas, creo que a mi madre le gustaba ser vecina de los Roper, convencida quizá de que, por aquello de la proximidad y el contacto, algo del glamour de Miles o de la belleza y elegancia de Louisa se le habían pegado. Siempre he considerado a mamá responsable en parte de la marcha de Fred, pero, si lo pienso caritativamente, para ella debió de ser un shock tremendo descubrir que los Roper eran muy diferentes de lo que creía. Cuando todo explotó, mi madre tuvo una reacción desmesurada, manifestando su vergüenza por estar tan cerca de quienes había tenido por amigos y censurándolos en términos propios de la prensa amarilla. Y así, mientras ella se ponía las botas lanzando exabruptos contra sus vecinos, Louisa y Fred se escabulleron de Rushton y, en un abrir y cerrar de ojos, los Roper desaparecieron para siempre. Desde mi antiguo dormitorio, miro por la ventana la casa donde vivía Fred. No sé quién la habita ahora, pero han vuelto a pintarla. Parece una damisela disfrazada con peluca y maquillaje de escena, pero a cualquiera que esté en el ajo no se le escapa que la capa de pintura es más gruesa en el porche delantero, donde en tiempos las pintadas con espray afearon la casa. Me apoyo en el repecho y miro la antigua habitación de Fred, pero la ventana está

oscurecida por una de esas cortinas opacas a prueba de niños y me concentro en mi propia ventana; rasco la pegatina de un arco iris que lleva fijada al cristal más de veinte años y esconde una pequeña grieta producto de una piedra que Fred tiró con demasiada fuerza. Nunca se me dio bien la Biología, pero de repente me pregunto si las mariposas visitan alguna vez sus viejos capullos. En tal caso, me pregunto si sentirán la extrañeza que experimento yo aquí en mi antiguo cuarto. Es como volver después de años a la celda de una prisión, intimidada por la cercanía de estas cuatro paredes que han sido testigos de tantas emociones, pero sabiendo que lo que queda de mí en este lugar no es más que una huella polvorienta.

De adolescente yo siempre suponía que viviría en una casa mucho más grande que la de mis padres. Lo consideraba un derecho natural, un paso lógico en la evolución, que yo tendría más dinero que ellos y que mi estilo de vida sería, con el tiempo, no sólo desahogado sino también lujoso. Pero las cosas no han ido como pensaba, y ahora que vivo en un piso pequeño envidio a mis padres el que sus trastos sólo llenan el cuarto de Scott y que tengan espacio suficiente para dejar el mío como estaba.

Me siento en el taburete bajo frente a mi vieja mesa de tocador, palpando el borde de tela estampada de flores que asoma debajo de la superficie de cristal, y contemplo mi imagen reflejada en tres rectángulos de espejo. Sujeta en el extremo superior hay una vieja foto mía con Joe de bebé. Lo sostengo en brazos de manera que su espalda está pegada a mi abdomen y ambos miramos a la cámara con la misma expresión de impaciencia. Es la clase de foto que le gusta a mi madre, pero opino que ninguno de los dos hemos salido nada bien. Dejo la foto en su sitio y miro hacia el armario que tengo detrás. Dentro hay varios abrigos y trajes de mi madre envueltos en plásticos de la tintorería. En un extremo del colgador hay un pequeño recipiente de porcelana que contiene hierbas. Acerco la nariz a los agujeritos de la parte superior, pero no sé si estoy evocando un recuerdo o si el perfume es real. Suspiro y cierro la puerta del armario. No tiene sentido estar aquí; me deprime. Salgo al rellano y voy a la ventana, siguiendo una ruta silenciosa sobre la moqueta beige que cubre las tablas que crujen debajo. Desde la ventana contemplo el jardín trasero.

Joe parece aburrido y un poco harto. Está inclinado contra la cerca, junto a la puerta de atrás, rozando los patines contra el sendero pedregoso que va desde el camino particular hasta un lado de la casa y sigue paralelo a la cerca del jardín. Me dispongo a llamar su atención desde aquí arriba cuando veo que su expresión cambia. Su rostro se anima con una gran sonrisa, se aparta de un salto de la cerca y empieza a andar sobre los patines hasta la parte delantera. Estiro el cuello para averiguar la causa de su alegría, pero no alcanzo a verla. Cuando llego al pie de la escalera, oigo voces en el camino particular y, desanimada, deduzco que mis padres han regresado antes de lo previsto. Rápidamente revuelvo entre las figuritas de porcelana que hay en el estante contiguo al espejo en busca de la llave de la entrada. Sin embargo, cuando consigo abrir la puerta, mi sorpresa es mayúscula. En el camino de grava hay un viejo Renault 5 rojo aparcado detrás de mi furgoneta. Joe está sentado al volante con cara de éxtasis. De pie junto a la puerta del conductor está Fred, sonriendo paciente mientras Joe juega con el volante y las palancas. Noto que la sangre me sube a las mejillas cuando Fred mira tímidamente hacia mí y me saluda con la mano antes de sacar a Joe del coche.

—Eh, mamá —dice Joe, acercándose—. Al final ha venido. —Mira muy contento a Fred, que se aproxima a mí haciendo tintinear las llaves en su mano.

—Hola, Mickey —me saluda, casi como si se disculpara.

No puedo creer que esté aquí. Desde luego, era la última persona a quien esperaba ver. Ladeo la cabeza tratando de encontrar respuestas en sus ojos, pero él evita mi mirada escrutadora.

—Qué bien que hayas venido —exclama Joe—. Me estaba aburriendo mucho. Pongo mala cara a mi hijo y luego miro a Fred.

—No puedes aburrirte —replica él—. Estamos en Rushton. Hay muchas cosas que hacer

—añade, riendo.

—Tienes una pinta horrible —le digo, apartándome para franquearle el paso. De cerca, veo que tiene los ojos inyectados en sangre y que parece que no hubiera dormido. Instintivamente, quiero tocarlo, acariciarle la mejilla y preguntarle qué ha pasado, pero no puedo. Además, no me da oportunidad de hacerlo.

—Gracias. —Entra en casa y se limpia los zapatos en el felpudo.

—¡Mamá! —me riñe Joe—. Qué mala eres. Vamos, Fred. —Pasa como una flecha por mi lado y va a la cocina, antes de que yo pueda decirle que se quite los patines. Cierro la puerta, y mientras Fred está de espaldas a mí, compruebo rápidamente mi aspecto en el espejo del recibidor. Me llevo las manos a la coleta y tiro con fuerza, aunque el efecto apenas se nota.

—¿No estabas en tu despedida de soltero? —pregunto, entrando en la cocina con la máxima naturalidad de que soy capaz, pero mi corazón late a mil por hora.

—Estaba. He vuelto esta mañana.

—¿Qué es una despedida de soltero? —pregunta Joe, sentándose en una silla de la cocina para quitarse los patines.

—Es una reunión de hombres que van a alguna parte, beben demasiado, se encuentran mal y luego se preguntan qué pintan allí—dice Fred, y me mira.

—¿Por qué?

—Buena pregunta —responde Fred, sonriendo para mí—. Lo sabrás cuando seas mayor. Bueno, el caso es que he recordado que veníais a Rushton y he pensado daros una sorpresa. Confiaba en que el aire libre me sirviera para recuperarme un poco. Joe parece plenamente satisfecho con esa explicación.

—Te he visto en la pared —dice, dando un salto—. Ven a verlo. Corretea por el linóleo en calcetines y Fred lo sigue al cuartito de la

lavadora.

Me paso una mano por la boca y aprieto los labios, deseando que el corazón me lata más despacio. ¿Por qué me resulta todo tan normal? ¿Cómo puede Fred entrar en esta casa y que se me antoje lo más natural del mundo, cuando hay miles de razones en contra? Lo oigo reír con Joe y una parte de mí tiene ganas de reír también, pero hay otra que quiere decirle que se vaya. No puede hacerse amigo de Joe; no es justo. Claro que Joe es sólo un niño y Fred le ha salvado el día presentándose aquí. ¿Merece la pena que Joe se enfade cuando, si he de ser sincera, Fred me ha salvado el día a mí también?

Soy incapaz de mirarlo cuando regresa a la cocina.

—Está todo muy cambiado, ¿verdad? —dice.

Asiento con la cabeza.

Se asoma por la ventana y mira hacia el antiguo terreno de Jimmy Dughead.

—Es increíble, han edificado en el campo. Me pregunto si se les aparecerá el fantasma del toro. —¿Qué toro? —pregunta Joe.

Fred levanta las cejas.

—¿Tu madre no te ha contado lo del toro?

—Fred —lo prevengo, pero se me escapa la sonrisa.

—Vamos, Fred, cuéntamelo —suplica Joe con entusiasmo.

—Hace muchos años.. —empieza. Mira a Joe, luego a mí, como si acabara de ocurrírsele una idea—. De hecho, creo que teníamos la misma edad que tú ahora. Tu madre y yo enterramos una lata con un tesoro en ese campo de allá.

—¿Qué había dentro? ¿Qué clase de tesoro?

—No lo recuerdo, pero era importante. En fin, Jimmy Dughead, el horrible granjero propietario del campo, decidió trasladar a esa parte de sus terrenos al mejor toro que tenía, *Hércules*, y no podíamos recuperar el tesoro.

—Y a mí se me ocurrió un plan para distraer al toro, pero no funcionó —añado, mirando a Fred. —¿Qué pasó? —pregunta Joe.

—Le pegué un tiro —dice Fred, rascándose detrás de la oreja.

Joe se queda patidifuso.

—¿Un tiro?

—Sí. Lo maté allí mismo.

—¿Con un arma de fuego?

—Yo creía que era de mentirijillas, como las que utilizan para dar la salida en las carreras de atletismo, pero resulta que no. Sólo pretendía asustar a aquel monstruo.

—¿Y qué pasó después?

—Para abreviar —digo, con una mirada a Fred conminándolo a no entrar en detalles—, salimos bien parados.

—Bueno, más o menos —me corrige él—. Mi padre me puso de vuelta y media y me castigó sin salir durante no sé cuánto tiempo, pero Mickey sí salió bien parada. Tu madre siempre se las apañaba.

Veo que todo esto divierte a Joe. Nunca ha tenido la oportunidad de situar a su madre fuera del contexto familiar, y oír hablar a Fred ahora de nuestra adolescencia hace que me considere bajo otra luz. Me está mirando de una manera nueva, como si viera a una persona y no a su aburrida mamá. Eso me incomoda y también me cohibe extrañamente. Me encanta recordar esas anécdotas para mí misma, pero me resulta raro que Joe las conozca, como si eso pudiera empujarlo a perderme el respeto.

—¿Qué pasó con la lata del tesoro? —le pregunta a Fred.

Él se encoge de hombros.

—Ni idea. Imagino que todavía está allí.

—¿Vamos a buscarlo? —propone, metido ya en la aventura. Nos mira a los dos.

—Es imposible que esté allí, cariño —respondo—. Están construyendo casas; seguro que ya lo habrán desenterrado.

—Tal vez no —apunta Fred con malicia.

—¡Ni se te ocurra, Fred! Es una propiedad privada.

—Ah —dice, y sonrío—. ¿Y desde cuándo te importa a ti eso?

Sale el sol mientras Fred, Joe y yo avanzamos entre ladrillos amontonados y hormigoneras por el antiguo campo de Jimmy Dughead. De cerca, las casas nuevas se ven débiles. Sus armazones de madera parecen ensambladas chapuceraamente, como un decorado de mala calidad, y se diría que la primera ventolera puede echarlas abajo. Mientras caminamos por el solar desierto, Fred entretiene a Joe con un monólogo absurdo acerca de los futuros habitantes.

—¡Vaya! El señor Jones está en el váter. ¡Perdón! —dice, haciendo una mueca y agitando una mano ante la cara por un supuesto mal olor—.

Buenos días, señora Jones —continúa, atravesando un futuro portal para

entrar en un futuro jardín y quitándose un supuesto sombrero—. Tiene usted un jardín maravilloso. ¡Es impresionante!

Joe se muere de risa y yo río también mientras Fred se para, inspira hondo y mira más allá de los árboles hacia los tejados de Rushton. Trato de leer sus pensamientos, pero no sé qué

es lo que siente, si nostalgia, pesar o simple rechazo. Parece empeñado en no dejarme decir una sola palabra sería ni hacer pregunta alguna. Su táctica funciona de maravilla con Joe y debo reconocer que su buen humor es contagioso.

—Era por aquí, ¿no? —dice de repente, mirándome. Su luminosa sonrisa me llega al corazón.

—Todo está tan cambiado.. No me acuerdo. —Miro alrededor. Nos encontramos en una parcela delimitada por postes de madera unidos entre sí mediante tiras de cordel.

—Pues deberías acordarte —bromea—. La idea fue tuya. Fuiste tú quien dijo que enterráramos el tesoro en medio de los cuatro robles. — Señala hacia los árboles—. Tiene que estar por aquí.

A Joe se le ilumina la cara.

—¿Empezamos a cavar? —pregunta entusiasmado, mirando la tierra apisonada.

—Primero será mejor sondear un poco. ¿Y si probamos con esas estacas? —propone Fred. Joe y él van hasta una esquina de la parcela, sacan la estaca de allí, van a otra y hacen lo mismo. Al observarlos, siento el peso del tiempo transcurrido desde la última vez que Fred y yo estuvimos aquí. Formo una visera para protegerme del sol y sonrío cuando Joe me hace señas con su estaca.

—Toma —dice Fred al volver—, colabora un poco.

Me pasa una estaca y durante un segundo sus dedos cubren los míos. Lo miro, preguntándome qué es lo que trata de comunicar, pero la ocasión pasa y él se da la vuelta para ayudar a Joe con la otra estaca. Qué espectáculo: los tres caminando en círculos con la cabeza baja, acribillando el suelo con unos postes.

Al cabo de un rato Fred deja a Joe y viene a ayudarme.

—No te importa que me haya presentado de improviso, ¿verdad? — dice. Vuelvo la cabeza y me aparto el pelo de la cara. El sol está detrás de él y forma un halo en torno a su cabeza, y me sorprende ver lo alto y fuerte que parece. Me sonrojo sin poder evitarlo.

—Podría pasar perfectamente sin tus ideas de bombero —respondo entre risas. Creo que el aire libre le ha sentado bien. Tiene color en las mejillas y su sonrisa es de felicidad.

—¿Sabes?, me siento como liberado —dice, y enseguida baja la voz—. ¿A que no sabes lo que he hecho? —Se muerde el labio, y a mí me da un vuelco el corazón. Me quedo mirándolo con los ojos muy abiertos, esperando que me diga que ha tomado una importante decisión.

—No. ¿Qué?

—He dejado el móvil y el reloj en el coche. —Extiende los brazos y se ríe. Muevo la cabeza sin saber qué decirle. Me siento como asfixiada al darme cuenta de qué

era lo que yo quería oír.

—¡Lo he encontrado! —chilla Joe, y Fred se aleja corriendo.

Clavo mi estaca en el suelo con fuerza innecesaria, diciéndome a mí misma que debo renunciar a mis fantasías.

En efecto, la estaca de Joe ha topado con un objeto en el subsuelo. Fred me mira, y sus ojos centellean al sol.

—Podría ser.

—Seguramente será una roca —digo yo, pero también estoy impaciente. Joe ya se ha puesto a gatas y está cavando con las manos. Es extraño verlo ensuciarse de esa manera. Suele ser muy melindroso en lo que respecta a llevar la ropa limpia. Fred se acucilla a su lado y luego también yo, y nos echamos a reír los tres mientras arañamos el hoyo.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! —grita Joe.

Fred se agacha y pasa la mano alrededor del hoyo, sacando a los pocos segundos la lata redonda.

—¡Dios mío! —exclamo, y bato palmas de alegría—. ¡No puedo creerlo! Ábrela, Fred, vamos.

Fred también se ríe mientras forcejea con la tapa, pero está oxidada y no cede.

—Imposible. Está atascada. Tendremos que llevarla a la casa. Vamos, Joe, ayúdame con las estacas.

Yo echo paletadas de tierra al agujero y procuro dejar la superficie nivelada. Luego salto encima para aplanarla. No sé si es de frustración, de júbilo, o de ambas cosas, pero el caso es que dar saltos me sirve como terapia. Voy a jugar con Fred y a disfrutar del presente, porque si intento ver señales en todo cuanto él hace, puedo volverme loca.

—¡Mamá! —chilla Joe—. ¡Nos vamos!

—Vale —digo, recuperando el resuello mientras me aliso los pantalones.

—Yo iría por la ruta tradicional, ¿no te parece, Mickey? —Fred me guiña un ojo.

—Después de usted —respondo, haciendo una venia y extendiendo el brazo hacia los árboles y el arroyo del pie de la loma.

La maleza es mucho más intrincada de lo que yo recordaba. Estoy llena de zarzas cuando cruzamos la zanja que mira a la parte posterior de nuestro jardín. El riachuelo es apenas un hilo de agua y el sol atraviesa la cúpula de ramas moteando la corriente.

—El truco es pasar corriendo —afirma Fred, señalando la empinada orilla del otro lado.

—Ni hablar —replico, y río—. Las pasaderas ya no están, y fíjate la de barro que hay.

—Aparta, aparta —dice Fred, pasándome la lata. Luego mira a Joe—. Lo he hecho miles de veces. Mira y aprende..

Finge escupirse en las manos y se las frota. Joe se muere de risa. Fred se precipita terraplén abajo, se mete en el arroyo y el pie se le hunde con un ruido líquido en el lodo del fondo. Con gran esfuerzo, consigue sacar el pie y continúa hacia la otra orilla, pero ha perdido impulso y aterrizo espatarrado en la cuesta. Resbala hasta el agua y Joe y

yo nos reímos como locos.

—Muy gracioso —dice Fred, mientras se sacude el barro de las manos. Se queda mirándonos desde la corriente. Está empapado y cuando se pasa la mano por el pelo, deja una estela de fango.

Joe lanza un grito de guerra y echa a correr para salvar el arroyo de un salto y trepar por la otra orilla, pero Fred lo placa en pleno salto y al momento están los dos revolcándose en el arroyo y tirándose agua.

Los veo hacer el animal y río, porque, aunque Joe está calado, no me importa. No recuerdo haberlo visto nunca tan desinhibido, y al verlos abrazarse y jugar, levanto la vista al cielo y aspiro el aire fresco, oyendo sus gritos y a los pájaros. Quisiera que este momento durara siempre.

Cuando por fin llegamos al jardín de la casa de mis padres, Joe y Fred están sin aliento. Abro la puerta y les ordeno quitarse los zapatos. Se quedan los dos en el umbral, con cara de pilluelos, tiritando patéticamente, con las manos juntas al frente como extras de *Oliver Twist*.

—Os traeré ropa seca —digo sonriendo—. ¡No os mováis de aquí!
¿Entendido?

Vuelvo a bajar con unas toallas y ropa vieja mía para Joe.

—Es lo único que he podido encontrar —le digo a Fred pasándole un viejo pijama de mi padre y un jersey marrón con coderas de piel. Joe ríe al ver su mueca—. Te está bien empleado, Fred Roper. Desnúdate y meteré la ropa en la lavadora.

—¿Cómo? ¿Aquí delante?

—Me pondré de espaldas —bromeo. Pillo a Joe mirándonos, ahora a mí, ahora a Fred. Está sonriendo, y lo miro para disimular mi vergüenza—. Tú también. Vamos. Quítate todo eso. Pone cara de tímido y yo cedo.

—Bueno, está bien, parecéis dos niñas..

Me voy a la cocina y los dejo en paz. Pero miro. Observo por la ventana de la cocina cuando Fred se quita la camiseta mojada, y noto el abdomen tenso al ver su pecho y los pliegues de su estómago cuando se dobla. Aparto la vista, mordiéndome los labios, y voy a buscar papel de periódico al cuartito de la lavadora para tapar la mesa de la cocina antes de depositar encima la lata del tesoro.

Por fin, Fred y Joe entran por la puerta de atrás.

—Qué sexy —digo, mirando de arriba abajo a Fred cuando me pasa su ropa. Lo suelto en plan socarrón, pero la verdad es que está muy sexy aun con la cara sucia de barro.

—Vamos, Fred, abre la lata —pide Joe, sentándose a la mesa.

—Esto servirá. —Abro el cajón de la cocina y le paso a Fred un destornillador. Recojo las prendas de Joe, me dirijo al cuarto de la lavadora y la abro. Voy metiendo la ropa y mirando las instrucciones en las etiquetas de la de Fred. Siento un curioso alborozo al tener en las manos su camiseta de marca. Sabiendo que nadie me mira, me la acerco a la cara y aspiro su olor.

—¿Mickey? —me llama Fred.

Nerviosa, vuelvo a la cocina.

Fred ha introducido ya el destornillador bajo la tapa. Nos mira a Joe y a mí.

—A la una. . a las dos..

—Venga, venga —lo apremia Joe, incapaz de aguantar más tiempo la intriga. Fred coloca la mano encima de la lata y le toma el pelo.

—No sé si vale la pena—dice, expulsando el aire de los carrillos. Joe aporrea la mesa y grita:

—¡Fred!

Fred le pasa la lata.

—Hazlo tú.

Se retrepa en la silla, mirándome, mientras Joe se pone de pie y levanta la tapa. De repente es como si fuera hijo de los dos y estuviera a punto de abrir un regalo de Navidad.

—¡Ecs! —exclama, y extrayendo un paquetito de mal aspecto, pregunta —: ¿Qué es esto?

—Ah —suspira Fred, tomando el paquete por una esquina—. Esto, Joe, es nuestro polvo espacial.

Me inclino hacia delante.

—¿Qué más hay dentro?

Joe saca dos arrugados billetes de una libra.

—¿Y esto? —pregunta, alisándolos sobre la mesa.

—Son viejos billetes de banco. Ahora valen una fortuna —dice Fred.

—Queríamos comprar entradas para el circo —explico, cogiendo uno de los billetes, maravillada de que el verde del papel se haya conservado tan bien y de lo joven que se ve a la reina—. ¿Te acuerdas, Fred?

—¿Cómo se llamaba ese mago que vivía en la casa grande, camino de Bowley? —pregunta chasqueando los dedos en un intento de recordar el nombre.

—Andy no sé qué.. ¡Andy Buckley! —decimos los dos al unísono.

—Dios mío, ¿te acuerdas, Mickey?

Cómo no voy a acordarme. Mientras tanto Joe va sacando lo que hay en la caja: tarjetas, goma de mascar, cigarrillos, billetes viejos, llaves, cochecitos de plástico, la navaja y la lupa de Fred, así como minibotellas birladas de whisky Grant y ginebra Gordon's. Es como un viaje al pasado.

El último objeto son unas gafas de sol. Veo que a Fred le cambia la cara. Joe separa las varillas y se pone las gafas, que le van grandes y le resbalan por la nariz.

—¿De quién son? —pregunta.

—Eran de mi padre —responde Fred despacio.

Joe capta el tono de Fred, se quita las gafas y se las da.

—Oh —dice.

Fred se queda unos segundos mirándolas.

—Estas gafas mágicas me las regaló él. Para ahuyentar a los malos. Lo miro y me entran muchas ganas de abrazarlo.

—¿Cómo es tu padre? —pregunta Joe, pero veo que Fred no quiere responder.

—Verás, Joe, su padre murió prematuramente —digo.

—Lo siento.

Contemplo el tesoro desplegado sobre la mesa, para romper el momento de tensión.

—Menudo botín, ¿eh? —Miro a Joe, pero es evidente que él no opina lo mismo.

—¿Ya está? —pregunta examinando el interior de la lata.

—¿Cómo que «ya está»? —dice Fred, recuperado el buen humor. Deja las gafas a un lado, coge su navaja y prueba el filo con el pulgar y el índice —. Estamos hablando de nuestra infancia.

Reconozco que a Joe no le falta razón. Quisiera llorar por mi inocencia perdida, por los momentos felices representados en estos objetos. Pero, sobre todo, quiero llorar porque veo a Fred tal cual es, veo a mí Fred, al Fred que yo conocí.

—¿Qué haremos con todo esto? —pregunta Joe.

Fred se encoge de hombros.

—No lo sé. Toma, si quieres, puedes quedarte con esto. —Le da la navaja.

—¿Me la regalas?

—Claro, de todos modos ya ni me acordaba de ella.

—Eso da igual —dice, examinándola—. Que no te acordaras de ella no quita que siga siendo tuya.

Le sonrío a Fred, y él a mí.

—Ya sé —exclama Joe de repente—. Deberíamos enterrar más tesoros para poder desenterrarlos un día.

Y mientras ellos hablan de los detalles, a mí sólo se me ocurre que si tuviera que guardar algo en lugar seguro, no lo pensaría dos veces: guardaría este día de hoy.

Joe insiste en que Fred se quede a cenar, y ni Fred ni yo ponemos demasiados peros. Preparamos una montaña de salchichas y puré de patata y abrimos una botella de vino. Al caer la noche, coloco la ropa de Fred y de Joe sobre el radiador y saco el candelabro que le regalé a mamá las pasadas Navidades. Al poco rato las ventanas de la cocina están empañadas y el

ambiente es distendido mientras Fred y yo rememoramos nuestra infancia, los amigos que teníamos en la escuela primaria y las aventuras que corrimos juntos. Finalmente Joe empieza a bostezar. Río y le toco la cara.

—Vamos, muchacho. Hora de acostarse.

—¿Tan pronto? —protesta.

—Sí —insisto—. Venga, levanta. Todavía no he hecho la cama de mi antiguo cuarto, o sea que acuéstate en el de la abuela, ¿de acuerdo?

Accede de mala gana. Me da un beso en la mejilla y se queda de pie junto a Fred. Fred le da un puñetazo en broma en el hombro.

—Hasta la vista —dice.

Joe le devuelve el golpe y hay una pausa. Intuyo que quiere saber cuándo volverán a verse, o si Fred estará aquí por la mañana. Sé cómo es cuando se trata de concretar, y desearía que no dijese nada. No sé lo que pasará en los próximos cinco minutos, mucho menos en las próximas cinco horas. Pero Joe se decide, besa a Fred en la mejilla, sale corriendo de la cocina y va escaleras arriba.

Fred se queda mirándolo y luego mira la mesa. Silencio. Después de tanta intimidad y de jugar todo el día a la familia feliz, me siento nerviosa otra vez. No quiero romper el hechizo. De momento, al menos.

—¿Un cigarrillo? —pregunto, y Fred asiente con la cabeza.

Nos sentamos juntos en el escalón de la puerta de atrás y es como si volviéramos a ser adolescentes. Fumanos en silencio contemplando largo rato el dosel de estrellas sobre nuestras cabezas.

—Lo he pasado muy bien hoy —afirma Fred en voz baja.

—Has estado increíble con Joe —digo, sincera—. ¿Sabes?, serías un gran padre.. —Callo y cruzo los brazos. Ha sonado espantoso y se produce un silencio incómodo—. Quiero decir. . un día. . tú y. . —Aplasto el cigarrillo, irritada por haber metido la pata al no querer pronunciar el nombre de Rebecca.

Guardamos silencio de nuevo, y, aunque me apetece mucho hablar del pasado, antes o después el presente tiene que imponerse. Me preparo para formular las preguntas que deseo hacerle. Finalmente me decido a hablar.

—Ella no sabe que estás aquí, ¿verdad? Quiero decir Rebecca.

Fred expulsa el humo y tira el cigarrillo al desagüe.

—No. —Suspira—. Claro que no. Está en Brighton celebrando su despedida de soltera. No hay tono de disculpa en su voz, y cuando se gira hacia mí, sé, por fin, que el motivo de su presencia aquí soy yo.

—Tenía que venir.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

—Pensaba que me daría miedo estar aquí otra vez, pero son muchos los recuerdos felices.

—Suspira hondo y mira al cielo. Luego vuelve la cabeza hacia mí—. Me acuerdo de cuando te espiaba desde mi habitación.

—Era yo la que te espiaba a ti.

—No me digas —ríe—. Ahora en serio. Una noche te pillé desnudándote.

—Ah, eso. Ya lo sé. —Le sonrío pagada de mí misma.

Fred cambia de postura y me mira.

—¿Cómo que ya lo sabes?

—En las Navidades del ochenta y cuatro. La noche previa a la disco en el Memorial Hall. De verdad: lo hice a propósito.

Fred pone cara de asombro y luego se echa a reír a carcajadas.

—Vaya, Mickey—dice al final—. Teníamos que irnos juntos de vacaciones, ¿verdad?

—Estuvimos a punto de hacer muchas cosas..

La frase queda flotando en el aire. He sacado a relucir nuestro pasado común, hasta este preciso momento, y Fred lo sabe. No sé cuánto tiempo nos quedamos mirándonos a los ojos. Sea como sea, basta para saber que lo que comenzamos hace muchos años no ha terminado aún. Ni de lejos.

El mundo parece sumirse en el silencio y siento como si me derritiera bajo la mirada de Fred. Sin darme cuenta, estoy inclinándome hacia él.

En el último momento me entra pánico, retrocedo bruscamente e interrumpo el contacto visual. Bajo la vista y me pongo a toquetear el borde de mi jersey. «¿Qué estoy haciendo? —

pienso—. ¿Qué estoy. .?»

No tengo tiempo de pensar nada más. En un abrir y cerrar de ojos, Fred me agarra de la nuca y me atrae hacia él. Antes de que yo pueda verle la cara, nuestros labios chocan en un beso tan descontrolado que es casi violento.

Separándome para respirar, tomo su cara entre mis manos y nuestras bocas vuelven a unirse con avidez, nuestros cuerpos, apretados el uno contra el otro como dos imanes. Noto cómo me hierva la sangre y el corazón me late con infinito alivio. Es como si me hubieran rescatado de la cautividad y volviera a ser yo por primera vez en años. Fred me quita la

diadema que llevo en el pelo y me lo suelta. Yo introduzco las manos bajo su camisa de pijama y palpo la piel de su espalda; lo deseo tanto que hasta me duele. Entonces me doy cuenta de que estoy temblando.

Fred se aparta y rodea con sus manos mis mejillas.

—¿Tienes frío? —dice, apoyando su frente en la mía.

—No —ríó—. Sólo es..

Pero no sé decir lo que es ni describir la excitación que siento, y Fred no necesita una respuesta. Busca mis labios otra vez, y así, besándonos, nos levantamos y entramos en la cocina, tambaleándonos hacia la mesa. Sin dejar de besarme me tumba en la mesa y yo lo atraigo encima de mí. Le agarro del pelo mientras nos abrazamos y es como si no existiera nadie más en el universo. Doblo las piernas y lo rodeo con ellas mientras nos apretamos y besamos, sin tomar aliento, y lo único que me acude a la cabeza es que me he pasado media vida guardando esto dentro de mí, y ahora es como una gran liberación. Noto sus manos recorriéndome la piel y lo deseo, lo deseo como jamás he deseado a nadie ni a nada. Es la escalera lo que delata a Joe. Al conocer la anatomía de esta casa como a mi propio cuerpo, oigo crujir ese peldaño de en medio y el sonido me llega como una bala. Aparto a Fred, boqueando y bajándome la blusa.

—¿Joe? —digo, con una voz que parece un graznido y mirando significativamente a Fred, que se pone colorado y retrocede hasta caer en la silla.

Me precipito al vestíbulo e intercepto a Joe en el escalón inferior. Su mirada inquisitiva me desarma.

—¿Puedo beber un poco de agua? —dice.

—Claro que puedes —respondo, con ganas de ponerme a gritar cuando la realidad me da con el puño en la cara—. Ahora te la llevo, ¿vale?

Cuando voy a llenar un vaso del grifo, le hago una seña a Fred para que no diga nada. Luego, como una sonámbula, subo la escalera.

Joe está sentado en la cama de mis padres. Le paso el agua.

—Que duermas bien.

—Mamá —dice cuando ya estoy en la puerta—. ¿Fred se queda a dormir?

—No lo sé, cariño —contesto, dándome la vuelta. Toda la pasión de unos minutos atrás desaparece lentamente al ver su cara—. No creo.

De nuevo en la cocina, veo que Fred ha recogido los vasos de vino y los está llenando. Ahora, intentando mantener una pose digna con ese pijama,

se le ve ridículo. Me pasa un vaso.

—Lo siento. Joder, Mickey..

Da un paso hacia mí, pero yo lo detengo poniendo una mano sobre su pecho.

—No puedo, Fred —digo, procurando no llorar—. Quiero, pero no puedo. No quiero ser. .

—¿Ser qué?

—Una.. bueno, no sé.. —vacilo, temblorosa, bajando la vista al suelo—. Tú te casas la semana que viene.

Fred se aparta.

—No pretendía que te sintieras así. .

—Lo de hoy ha sido muy bonito, pero nos hemos dejado llevar por la nostalgia. —Mi voz suena firme—. Será el vino..

Trato de reír antes de tomar un sorbo, pero eso no me ayuda. Cuando vuelvo a mirar a Fred, noto cómo las lágrimas me cosquillean dentro de la nariz.

—Eso no lo dices en serio. Tú sabes que ha sido algo más..

Y yo no sé qué pasa después, cómo sucede todo, porque sé que Fred va a pronunciar las palabras que he deseado escuchar durante mucho tiempo. Y, aunque dentro de mí hay una quinceañera que anhela con todo su ser este momento romántico, también está mi yo de aquí y ahora, un yo cargado de experiencia. Han ocurrido demasiadas cosas y es mucho lo que está en juego. Levanto una mano para interrumpirlo.

—No. No sigas.

Fred frunce el entrecejo.

—Pero.. pero ¿tú no.. ?

—Claro que sí —digo, atragantándome—. No se trata de eso. Ya no tenemos dieciséis años, Fred. Ahora apenas nos conocemos.

—Pero, Mickey.. —empieza, y yo niego con la cabeza.

—Aunque nos lanzáramos a esto, yo no puedo asegurarte que sólo porque nos hayamos reencontrado vamos a tener un final feliz y todo será estupendo. Significaría comenzar de cero otra vez. Rebecca es una chica preciosa y te quiere. No puedo decirte que renuncies a casarte por algo que quizá no funcionaría. Yo tengo una familia. Está Joe. . y todo lo demás. Me dejo caer en la silla, apenas capaz de contener el llanto.

—¿Y no podríamos.. ? No sé.. —Fred expulsa el aire. Se sienta delante de mí y sacude la cabeza, estirando los brazos para tomarme las manos

sobre la mesa, pero ahora no puedo tocarlo.

—Es inútil. No funcionará.. lo de vernos otra vez. —Trago con dificultad. Lo miro, con los ojos rebosantes de lágrimas—. Lo que hubo entre nosotros fue muy real. Procuremos no estropearlo.

Yo estaba enamorada, más enamorada de lo que nadie ha estado nunca, pero no quería que nadie lo supiera antes de habérselo dicho a Fred. Entretanto, fue el mayor, mejor y más fabuloso secreto del mundo. Un secreto que sin duda estaba volviendo locas a mis amigas, y mirando los rostros expectantes de Pippa, Lisa y Annabel, sentadas las cuatro en el McDonald's que había frente a la parada del autobús, en Bowley, me sentía infinitamente superior, fantásticamente superior.

—Bueno, ¿lo estás, Mickey? —repitió Lisa.

Me encogí de hombros, presumida, y guardé mis carpetas en la mochila. En todas ellas había un recordatorio de Fred. La de Geografía estaba adornada con una inscripción alusiva a Fred cuyas letras eran una serie de garabatos enlazados entre sí. En la portada de mi libro de Francés decía «J'AIME FR», a lápiz y con una flecha tridimensional alrededor. Donde había echado el resto era en la parte interior de mi libreta de Inglés, donde en grandes letras mayúsculas decía «AMO A FRED ROPER», hecho que no se le había escapado a Pippa.

—Lo está —afirmó Pippa—. Fijaos en su libreta de Inglés.

—A ver —dijo Lucy abalanzándose para agarrarla.

—No —repuse yo, poniendo rápidamente la mano encima.

—A cambio de otro batido —trató de sobornarme Annabel.

—¡No! ¡He dicho que no! —reí—. Son cosas íntimas.

—Pero yo te la he visto en clase de Inglés —protestó Pippa—. Vi cómo lo escribías.

—¿Y qué?

—¿Qué pone? —preguntó Lucy, que siempre detestaba que la dejaran al margen.

—Nada —dije, abriendo y cerrando la libreta durante una microfracción de segundo y metiéndola después en mi mochila.

—¡Cómo eres, Mickey! —protestaron Annabel y Pippa casi al unísono. Hice un gesto como diciéndoles que no se metieran donde no las llamaban y luego removí

la pajita en el fondo de mi vaso de batido.

—En realidad no era nada —dijo Pippa, molesta—. Fred Roper. . —
Dejó escapar un gran bostezo de mentirijillas—. Qué aburrido.

—¿Aburrido? —espeté yo.

—Sí, qué aburrido —corroboró Annabel—. No nos cuentas nada de nada.

—Porque no hay nada que contar —aseguró Pippa.

—Eso tú no lo sabes —repliqué yo, a la defensiva.

Pippa esbozó una sonrisa astuta y dijo:

—Entonces, ¿sí hay algo?

—¿Sí, Mickey? —preguntó Lucy, nerviosa—. ¿Lo has hecho con él?

Las miré a las tres, exasperada y a la vez satisfecha de su interés. Dejé que la intriga flotara unos instantes en el ambiente.

—No —respondí al cabo—. Pero voy a hacerlo...

—Tara Anson sí lo ha hecho —dijo Annabel con retintín.

—¿Con quién? —pregunté escéptica.

—Con Paul White, el de sexto.

—¿Paul White y Tara Anson? —me mofé—. No creo.

—Es verdad —confirmó Lucy—. Tara se lo contó a Catherine después del parcial de Biología. Y Catherine se lo dijo a Lorna, y ésta a Annabel.

Annabel asintió. Precisamente por eso yo no quería hablar de Fred.

—Pero si ni siquiera salía con él —señaló Pippa.

—Ya. Una putilla —dije, mirándolas con aires de superioridad.

—Al menos ella no tontea —repuso Annabel, que admiraba a Tara—.

Tú llevas siglos yendo con Fred y todavía no lo has hecho.

—Pero hemos hecho casi todo lo demás —contraataqué.

—¿Dedos y tal? —preguntó Lucy.

Mojé una patata en el grumo de ketchup que había quedado en el envase de cartón.

—Y más cosas.

—Entonces, ¿se la has visto? —preguntó Pippa.

—Tocado.

—¿Y qué? ¿Qué tal?

—Muy bien —respondí, sin querer entrar en detalles. Pippa y Lucy se arrimaron la una a la otra soltando risitas. Annabel se acercó también.

—Tara dice que la de Paul White es espantosa —informó en tono confidencial.

—Pues la de Fred no —contesté, poniéndome de pie al ver que llegaba el autobús—. Es la mejor.

Intrigada, Pippa subió conmigo al autobús y nos sentamos al fondo como teníamos por costumbre. Una vez terminado el ritual de gritarse insultos, tirarse papeles y cambiar cigarrillos, ya a las afueras de Bowley, Pippa suspiró ruidosamente.

—¿Has repasado las Mates? —preguntó. Negué con la cabeza—. Yo tampoco —añadió.

—No me lo creo. Tú siempre estudias. A mí no tienes por qué mentirme.

—Tú tampoco a mí —replicó como ofendida.

—Yo no te miento —dije, mirándola a la cara. A aquellas alturas Pippa ya debía de saber que era mi mejor amiga.

—Entonces ¿qué? ¿Piensas hacerlo con Fred o no?

—Lo habría hecho antes, pero quiero que sea perfecto, ¿sabes? Lo tengo todo planeado.

—¿De veras? ¿Para cuándo?

—¿Sabrás guardar el secreto? —Me moría de ganas de contarle a alguien nuestro plan. Pippa asintió con la cabeza—. ¿Prometes no decírselo a las otras?

—Claro.

Me incliné hacia ella y bajé la voz.

—Nos vamos de vacaciones después de los exámenes.

—¡Toma! ¿Adonde?

—A Francia.

—¿Con padres?

—No. Eso es lo mejor, iremos solos.

—Qué suerte. A mí nunca me dejarían. ¿Qué dijo tu madre?

—No lo sabe. Por eso es un secreto. No se lo diremos a nadie. Nos iremos sin más. Se lo contaremos a nuestros padres un momento antes de marchar y así no podrán hacer nada. Pippa me miró con una mezcla de admiración e inquietud.

—Pero.. —dijo.

—Va a ser increíble. Pero, sobre todo, tú no digas nada.

Iba a ser increíble, desde luego. Estar enamorada de Fred era como tener dentro una gran burbuja. A veces quería explotarla, contárselo todo a todo el mundo, pero en general me alegraba de haberlo mantenido en secreto y haberle contado a Pippa solamente una parte del plan. Tras despedirme de ella frente a la iglesia de Rushton y echar a andar por la acera paralela a la Avenida, sorteando los robles, me dieron ganas de besar todos aquellos árboles, pues sabía que pronto dejaría de verlos. Fred y yo estábamos decididos, y todo, absolutamente todo, estaba a punto de comenzar. Quedaba, por supuesto, el pequeño asunto de los exámenes finales, pero yo aprobaría con un poco de suerte, y Fred no iba a tener problemas en ese sentido.

Fred me había hablado del instituto al que los dos pensábamos apuntarnos. Estaba en el

otro extremo de Bowley, y tan pronto nos sacáramos el bachiller elemental, no sería difícil convencer a nuestros padres para que nos dejaran matricularnos allí. Y si les preocupaba el dinero, yo me buscaría un trabajo

para los sábados. Seguro que se ablandarían en cuanto comprendieran el disgusto que iba a llevarme si me veía obligada a seguir en el otro instituto. Tenía ganas de hacer nuevas amistades, y si Fred y yo íbamos allí juntos, seríamos una pareja en toda regla. Tal vez incluso podríamos buscar un pisito cerca y tener un perro. Claro que, bien pensado, un perro quizá no fuese muy buena idea, porque cuando termináramos el bachillerato superior al cabo de dos años, nos dedicaríamos a viajar. Fred decía que quería ir a Australia, y la última vez que fue a casa estuvimos mirando el atlas de Louisa. Nos turnábamos a pasar las gigantescas páginas de mapas y uno u otro decía «Alto». La idea era viajar al país que saliera al azar. Así fue como decidimos lo de Francia. Iba a ser estupendo holgazanear al sol, asar salchichas en un fuego al aire libre y acurrucarnos por la noche en nuestros sacos de dormir. Pero Francia era sólo el comienzo; al cabo de dos años habríamos ahorrado dinero suficiente para dar la vuelta al mundo. Calculábamos que eso nos llevaría un par de años o tres, parando en varios países. Había mucho que ver en África, y Fred pensaba que si se nos daba bien acampar, podríamos llegar hasta la selva.

A decir verdad, eso sonaba un poco peligroso; yo prefería Norteamérica. Todavía no habíamos decidido si iríamos allí antes o después de visitar África, pero yo calculaba que si llegábamos a Nueva York, Fred podría conseguir un empleo en algún periódico importante porque sacaba muy buenas notas en Inglés, y yo podía trabajar en alguna emisora de radio, por ejemplo.

Una cosa era segura: ninguno de los dos pensaba volver a vivir jamás en el viejo y apestoso Rushton. Si regresábamos alguna vez a Inglaterra, viviríamos en una casa grande en medio del campo, con el mar al final del jardín. Fred había prometido comprarme un burro, y habría ovejas y cerditos, ah, y también hijos. Fred quería dos, pero yo dije que cuantos más, mejor, quizá un mínimo de cinco.

Suspiré pensando en nuestra futura familia. Seríamos muy diferentes de nuestros padres, los suyos y los míos. Nos amaríamos siempre y saldríamos muy a menudo. Y cuando nuestros hijos fueran mayores, estaríamos siempre de su lado y ellos podrían hacer lo que se les antojara. No los agobiaríamos con normas ni los obligaríamos a quedarse en casa. Pero para eso faltaban muchos años. Además, primero teníamos que hacer el amor. Mucho. Estaba impaciente porque llegara el año siguiente: yo tendría dieciséis años y podría tomar la pildora. Cuando fuéramos al instituto, todo

sería fácil. Tenía planeado hasta el último detalle. Mientras caminaba cuesta arriba, traté de imaginar cómo sería nuestra primera noche de sexo. Me mordí el labio preguntándome si me pondría nerviosa o si dolería. No, sería una cosa mágica, como todo lo que tenía que ver con Fred. Oh, cuánto lo echaba de menos. Oí el rumor de un coche a mis espaldas. Volví la cabeza y vi el Porsche de Miles subiendo despacio la cuesta. Miles iba al volante con cara ceñuda, muy serio. Vi que miraba por el retrovisor. Nuestros ojos se encontraron durante un segundo y yo le sonreí, saludando con la mano, pero él hizo caso omiso, concentrado en conducir. Me detuve, un tanto enfadada. Sabía que Fred tenía diferencias con su padre, pero Miles siempre había sido amable conmigo. Además, hacía mucho que no lo veía; lo menos que podía hacer era responder al saludo. Después de todo, yo salía con su hijo.

Miles detuvo el coche al llegar frente a su casa, sin molestarse en meterlo en el camino particular. Yo seguí andando hacia él y lo vi apearse muy deprisa, cerrar de mala manera la puerta del conductor y entrar a toda prisa.

Me pregunté qué diablos le ocurriría, pero cuando pasé frente a la casa de los Roper, no pude ver nada y continué hacia la mía.

—¡Hola! —grité al meter la llave en la cerradura. Oí la sintonía de las noticias de las seis. Papá había vuelto temprano. Estaba sentado en su butaca delante del televisor, acariciando al gato. Dejé la mochila en el suelo y le di un beso en la mejilla.

—¿Qué tal ha ido hoy? —me preguntó.

—Muy bien —respondí. Fui hasta la ventana y separé los visillos para mirar hacia la casa de al lado.

Hablar de Fred con mis padres no estaba resultando fácil. Como todo el mundo estaba acostumbrado a vernos juntos, el hecho de que saliéramos oficialmente no causó el impacto que yo esperaba. Mi madre me puso furiosa con su desdén y reconoció que se alegraba de que no saliera con Doug, mi último novio del instituto. Cada vez que yo mencionaba a Fred, ella hacía un gesto distraído, como si pensara que no era nada importante. Cuando un día la oí

hablar casualmente con Rita, la secretaria del médico, diciéndole que Fred era mi último novio y que teníamos una relación muy «mona», me enfurecí. Fred y yo no éramos «monos», íbamos muy en serio. Para demostrárselo me puse el anillo de plata en el dedo anular, confiando en que

eso la hiciera consciente de mis sentimientos hacia Fred, pero o no se dio cuenta o fingió no hacerlo.

Me quité la cazadora y la tiré al sofá mientras mi madre entraba con una taza de té. La dejó en el brazo de la butaca de papá.

—Podrías colgar eso —me dijo, señalando la cazadora—. Y no te pongas demasiado cómoda. Yo que tú empezaría a estudiar para los exámenes. Dispones de un par de horas antes de la cena.

—Dale un respiro, Marie —intervino papá—. No tiene por qué ponerse a estudiar enseguida.

—¡Los exámenes son dentro de cinco semanas! Si quieres que suspenda, entonces bueno. Hice oídos sordos y volví a mirar por la ventana.

—¿Qué estás mirando? —preguntó papá.

—Miles ha vuelto —respondí, viendo que se abría la puerta delantera.

—Aparta de ahí —dijo mamá, pero no pudo resistir la tentación de mirar ella también. Pude ver que Miles salía de la casa vecina. Detrás de él, Louisa, que siempre parecía tan serena y sosegada, le agarraba el brazo con una expresión de gran inquietud. Miles se la sacó de encima de mala manera y fue hacia el camino de grava. Llevaba en una mano una bolsa de viaje y en la otra un fajo de papeles. Mientras se apresuraba hacia el coche, vi que intentaba meter los papeles dentro de la bolsa.

Louisa se llevó las manos a la boca y le gritó algo a Miles, pero él desoyó sus palabras.

—¡Hay que ver! —exclamó mi madre—. Están discutiendo.. —Pero dejó la frase a medias al ver que se acercaba un coche de la policía.

—¿Qué pasa? —dijo papá sin levantarse, viendo los destellos azules que entraban en el salón. Tuve muy malos presagios cuando el coche redujo la marcha y la sirena cesó bruscamente.

Sin pensarlo dos veces, fui hasta la puerta principal y la abrí.

—¡Vuelve, Mickey! —oí que gritaba mamá, pero no le hice caso. Tenía que ver qué estaba ocurriendo.

El coche patrulla aparcó enfrente del Porsche y sus puertas se abrieron al momento. Pude oír la radio de la policía cuando un agente que iba en el lado del copiloto se apeó. El que conducía se acomodó la gorra al tiempo que ponía el pie en la acera. Ambos miraron a Miles. A lo lejos se oían más sirenas. Miré hacia Louisa: su cara pareció arrugarse mientras gritaba

«¡No!» y extendía su brazo hacia Miles, pero éste, cerca ya de su coche, no se detuvo. No se molestó en mirar a Louisa ni tampoco a los policías, y en una fracción de segundo abrió la

puerta del Porsche. Vi la expresión de pánico que tenía cuando tiraba la bolsa al asiento del copiloto, y vi papeles que salían volando. Miles no se paró a recogerlos. Se sentó tras el volante y casi sin tiempo de cerrar la puerta puso el motor en marcha. Yo salí corriendo a nuestro camino al ver que el Porsche daba marcha atrás alejándose de la policía. Con un chirrido de neumáticos, Miles giró a unos pasos de mí y salió disparado colina abajo. Louisa gritó:

—¡Miles!

Los policías, aturcidos, volvieron a montar en el coche patrulla. El ruido fue ensordecedor cuando conectaron de nuevo la sirena, y pocos segundos después emprendían la persecución del Porsche.

Sin detenerme, salí corriendo a la calle. Vi que el Porsche se alejaba por la Avenida seguido a cierta distancia del vehículo policial. Otro más que avanzaba en dirección contraria giró bruscamente para bloquear el paso. Entretanto el primero estaba reduciendo la distancia, pero, aunque estaba claro que Miles no podría esquivar al coche detenido en mitad de la Avenida, no por ello aminoró la marcha.

En el último momento el Porsche se subió al sendero paralelo a la Avenida tratando de pasar por allí, pero no lo logró. Oí un tremendo estrépito.

El Porsche había chocado de frente con el último y gran roble de la Avenida. Mientras yo corría como una loca colina abajo, vi que salía mucho humo del arrugado capó del Porsche y, un segundo después, se produjo una gran explosión y el humo se convirtió en llamas.

De pronto había ruido por todas partes. La gente salía de sus casas. Un agente de policía gritaba que nadie se acercara. Yo lo esquivé, llevándome un brazo a la cara al notar el calor del fuego. Entonces sentí que unos brazos me rodeaban y tiraban de mí, y sólo tuve un segundo para darme cuenta de que era mi padre, pues enseguida me cubrió la cara con su jersey, me obligó a apartarme del humo y me abrazó con fuerza, mientras yo empezaba a gritar.



7. Fred

A menos de un mes del inicio de los exámenes finales, el señor Pearce, director de mi internado en el Greenaway College, fue la persona encargada de decirme que mi padre había muerto.

Me llamaron cuando estaba en la última clase antes de la merienda. Un monitor me acompañó al estudio del señor Pearce. Una vez allí, éste me indicó que me sentara y repitió lo que le había dicho mi madre: que Miles había fallecido en un accidente de coche cerca de casa, que había complicaciones y que la policía quería investigar. Tenía que reunirme con mi madre en la estación de King's Cross a las once en punto de la mañana siguiente, y debía llevar una bolsa con lo indispensable pues tal vez me quedase un tiempo.

—Va a ser difícil —me dijo el señor Pearce—, pero procure ser valiente, por ella y por usted mismo.

Aparte de rechazar el vaso de whisky que me ofrecía y agradecerle su oferta de escribir a la junta de calificaciones explicando mi situación, no dije nada más. Aquella noche la pasé en vela en mi cama, mirando al techo hasta que amaneció, derramando silenciosas lágrimas de pena y culpa. Sólo hacía una semana que Miles había ido a verme y que habíamos estado en aquel pub, yo negándome a escuchar lo que intentaba decirme.

A la mañana siguiente, en el tren a Londres, recibí el segundo golpe, que me dejó

conmocionado, aturdido como estaba todavía por la noticia que me habían dado la tarde anterior. La prensa no sólo publicaba la muerte de Miles sino también las circunstancias de la misma. Por lo visto, la policía había ido a buscarlo a fin de proceder a su interrogatorio y él había perdido el control del vehículo y se había estrellado. Lo que aún no estaba claro eran los motivos del interrogatorio y por qué Miles había decidido escapar. Cuando me reuní con mi madre, me explicó que la policía estaba revisando las posesiones de Miles, tanto en casa como en Clan. Aunque a ella ya la habían interrogado, lo único que le habían dicho era que seguían un chivatazo en relación con un crimen en el que Miles podría haber estado involucrado. Le dijeron que nos tendrían al corriente de cualquier novedad. Recuerdo muy poco de los días siguientes. Tomamos un tren a Aberdeen y nos fuimos a casa de la abuela. Mi madre se pasaba el día en el salón pegada al teléfono, contemplando la pared y rezando en voz baja. Yo me sentaba a su lado y consumía los litros de té que la abuela nos preparaba, decidido a que mamá no me viera llorar. Oía el pesado tictac del reloj de

pared, apenas capaz de aprehender un pensamiento durante más de un segundo. La información que estábamos esperando llegó una semana después en el periódico de la mañana. La policía había descubierto un cadáver en el sótano de Clan. Al principio, mi cabeza no quiso procesar esa información, que permaneció separada de la realidad, como semanas antes me había sido imposible asimilar el horror de la tragedia del estadio de Heysel. El muerto era el antiguo socio de Miles, Cari. La policía lo había desenterrado a los pocos días de la muerte de Miles. Antes de leerlo en la primera página de The Times, el nombre de Cari no significaba para mí nada en especial, como tantas otras personas que habían tenido relación con Miles o con mamá. Cuando se marchó al extranjero, yo tenía once años. Pero después de leer otra vez su nombre y ver la granulada fotografía del hombre a quien recordaba

a medias, mi mente empezó a formular miles de preguntas sin respuesta. Había sido un asesinato tipo ejecución; la causa de la muerte, un disparo en la nuca. Tres semanas más tarde, con las pesquisas en marcha, la investigación sobre la muerte de Miles todavía pendiente y mi madre aún en Escocia, volví al Greenaway para preparar mis exámenes finales. El funeral de Miles, al que sólo asistimos mi madre y yo, se celebró unos días antes con el mínimo de atención y el máximo de rapidez, en un crematorio cercano al pueblo natal de Miles, Warminster. La ceremonia me dejó entumecido.

Sentado en la biblioteca del centro, contemplando la capilla por la ventana, no podía más que pensar en lo poco que habría quedado del pobre Miles para incinerar. Así estuve varios días. Me acudían a la cabeza destellos de lo que le había pasado. De repente, todo en mi vida parecía relacionado con su muerte, desde el olor de las tostadas a la hora del desayuno hasta el sonido del motor de un coche. No había manera de evadirse.

Un chico mayor que yo me observaba desde un pupitre cercano. Según las normas del centro, la biblioteca era terreno acotado para los de sexto en la época de exámenes, en tanto que los de los cursos inferiores estudiaban en las aulas comunitarias de los internados. Mi presencia allí era excepcional, un privilegio que me habían concedido dadas las circunstancias por las que atravesaba. Pero no era ése el motivo de que el chico me mirara. Como cualquier otro alumno del centro, sabía quién era yo y lo que mi padre había hecho. Le sostuve la mirada hasta que él bajó la

vista y siguió con lo suyo. No se había demostrado aún la implicación de Miles en el «asesinato de Clan», como lo llamaba la prensa. Pero todos lo habían condenado «en ausencia» por las circunstancias que rodearon su muerte. La prensa, así

como la opinión pública, argumentaba que si él no lo hubiera hecho, ¿por qué habría intentado huir? Lo difamaban por gángster, dando por sentado que estaba al corriente del cadáver sepultado, si no era él mismo quien lo había dispuesto todo.

En esos dos últimos días me había acostumbrado a las miradas; no esperaba menos de la mayoría de los alumnos que no me conocían. Lo que más miedo me daba (que fue lo que en realidad pasó) era que mis amigos me condenaran al ostracismo. No es que dejaran de hablarme, sino que, cuando lo intentaban, se veían incapaces de articular palabra. Nuestra conversación se agotó enseguida la noche que volví, y a la mañana siguiente ya no teníamos nada que decirnos. Fue como si un temblor de tierra nos hubiera lanzado a cada uno en una dirección distinta. Yo había aterrizado en un lugar nuevo, un lugar al que los otros no podían seguirme, aunque hubieran querido.

Miré los apuntes que tenía desplegados ante mí sobre la mesa. Cogí una de las hojas y traté de leer mi propia letra, pero una vez más fue en vano. Lo que miraba me recordó un vídeo sobre la dislexia que había visto meses atrás en una clase de Sociales. Las letras del alfabeto parecían animadas, bailaban y se fundían unas con otras cada vez que yo intentaba ponerlas mentalmente en orden. Por más que me esforzara, su significado me resultaba tan indescifrable como un jeroglífico egipcio.

No tenía la menor esperanza de aprobar los exámenes. Lo supe en cuanto mi madre sacó

el tema de mi regreso al centro. Entonces me puse a discutir, previendo la acogida que iba a tener por parte de los otros alumnos. Sin embargo, la discusión en sí misma (el hecho de que mi madre hubiera encontrado por fin un motivo para romper su silencio) fue algo que recibí

con agrado. Ver que mamá tomaba otra vez las riendas, sentirme sometido de nuevo a su voluntad, me devolvió a la madre de siempre, la mujer práctica y capaz de solucionar problemas. Y no bien fui testigo de esa resurrección, supe que haría lo que ella me dijera que hiciese, porque así al menos nos moveríamos y escaparíamos del estancamiento en que nos hallábamos sumidos.

Había otra razón, más importante para mí: estar en Greenaway me acercaría también a Mickey, y fue el deseo de verla lo que borró todas mis dudas.

La única alternativa posible era quedarse en Escocia. Gracias a mi madre, cualquier paso en dirección a Rushton había dejado de existir como posibilidad. Sin consultarme a mí, había puesto en venta nuestra casa. Yo había reaccionado con verdadero horror. Rushton, para mí, significaba Mickey; y Mickey, para mí, lo era todo. ¿Cómo se atrevía mamá a separarnos? ¿Y no tenía yo voto a la hora de decidir sobre nuestro lugar de residencia? Mi madre me había contestado con evasivas. En cualquier caso, nunca volveríamos a Rushton y ésa era su última palabra. Ella pensaba, creo, que con el tiempo olvidaría a Mickey, que me sobrepondría. Y así

fue como mamá vivió a partir de entonces, sobreponiéndose y olvidándose de todo y de todos. Intenté llamar a Mickey tres veces desde Escocia. Las dos primeras contestó su madre, Marie, y dijo que Mickey no estaba. Al tercer intento lo cogió también Marie, pero esa vez me pasó con Geoff, el padre de Mickey. Con la voz triste pero decidida, él me dijo lo que yo creo que Marie había intentado decirme en las dos ocasiones anteriores: no querían que viera a su hija, la llamara o le escribiera nunca más.

Miré el reloj de la biblioteca: acababan de dar las nueve. A las diez apagaban las luces y yo quería ducharme antes. Me sentía sucio, como me había sentido todo el tiempo desde hacía tres semanas. Con una súbita sensación de claustrofobia, recogí el inútil cargamento de lápices, libros y apuntes que tenía sobre la mesa. Necesitaba salir de allí enseguida, lejos del silencio y los libros mohosos. Pero mientras lo pensaba supe que no tenía adonde ir. En ninguna parte podía sentirme mejor; mi desdicha era demasiado grande. Miles había muerto, Mickey estaba lejos, y yo no tenía medios de ponerme en contacto con ella.

Cuando salí, estaba oscureciendo y encendí un cigarrillo pasando despreocupadamente por delante de la sala de los profesores. Me daba lo mismo que me pillaran fumando. Podían multarme o expulsarme, y qué. Ya todo me daba igual. Como la escuela misma, sus normas habían perdido para mí toda importancia. Pertenecían a otro mundo, un mundo más benigno. Dejé atrás la capilla y me senté al pie de un árbol. Un grupo de chicos de mi edad daba patadas a un balón en el campo de deportes. Me levanté y aplasté el cigarrillo con la suela del zapato y eché a andar por el sendero que llevaba a mi dormitorio.

Más tarde, el sonido de mi nombre me llegó entre el rumor del agua caliente de la ducha.

—¡Roper!

—¿Qué? —dije sin moverme, y el agua convirtió mi voz en un gruñido líquido.

—¡Roper!

Esa vez la llamada fue un ladrido estridente, de modo que me quité el champú de los ojos y giré en redondo sobre el piso embaldosado de la ducha comunitaria.

—He dicho qué —le espeté a la silueta de un chico que distinguí entre el vapor.

—Teléfono —respondió, súbitamente contrito.

—¿En la cabina?

—Sí.

—¿Ha dicho quién era? —pregunté, apartándome del chorro de agua y cerrando el grifo. Alcancé la toalla. Había aprendido a no fiarme de la cabina de teléfonos para uso de los alumnos desde que un periodista llamó para hacerme preguntas necias acerca de Miles y de cómo me sentía yo. Mi madre siempre llamaba por la línea privada del señor Pearce, de modo que no podía ser ella.

—No lo sé —murmuró el chico—. Lo siento —agregó, rascándose la rodilla—. No lo he preguntado.

—Di que enseguida voy.

—Vale, Roper.

—Y gracias —añadí.

Me sequé, me ceñí la toalla a la cintura y salí del vestuario pasillo abajo hasta las cabinas, que estaban en el sótano junto a la sala de juegos.

Oldfield, a quien no le había dirigido la

palabra desde el día en que llamó macarra a Miles en la capilla, estaba usando un teléfono, y el auricular del otro estaba descolgado y apoyado en la caja del dinero atornillada a la pared. Tras la puerta de la sala de juegos se oyó el ruido de una bola de billar al ser golpeada y a alguien maldiciendo su mala suerte. Recostado en la puerta estaba un tal Clarkson, monitor, con los hombros y el cuello envueltos en un caftán.

—Date prisa, Roper —masculló, lanzándome una mirada asesina mientras se echaba atrás el flequillo con gesto lánguido—. Algunos tenemos llamadas importantes que hacer. En otro tiempo habría tomado sus

palabras por lo que eran: una orden. Clarkson, capitán de nuestro equipo de rugby, pesaba seis o siete kilos más que yo y estaba acostumbrado a conseguir lo que quería y cuando quería.

—Que te den por el culo —le solté, dándole la espalda. Cogí el auricular y me lo llevé al oído, haciendo caso omiso de los gruñidos que sonaban detrás de mí—. ¿Sí?

—¿Fred?

—¡Mickey! —exclamé, incrédulo.

—¡Fred!

—Yo.. —dijimos los dos.

—No, tú.. —volvimos a decir al unísono.

Noté que la piel de mi cara se tensaba; hacía tiempo que no sonreía.

—Gracias a Dios —musité, envuelto en la presencia de Mickey como si fuera una manta que daba calor y confort—. Menos mal que has llamado.

—¿Cómo. .? —empezó, luego hizo una pausa y la oí reír.

Cerré los ojos y me la imaginé sonriendo: mi bella y querida Mickey.

—Háblame —pedí.

—¿Cómo estás? —Su voz sonó más grave.

—Pues.. —sacudí la cabeza. ¿Cómo estaba? Menuda pregunta—. Yo. . Es cojonudo oír tu voz. —Te echaba de menos.

—Intenté llamarte —balbucí—. Hablé con tu madre y luego con tu padre y me dijeron que no.. —De repente, tenía tantas cosas que decir que no supe por dónde continuar—.

¿Dónde estás? Tus padres no estarán escuchando, ¿verdad? Porque..

—Voy a matarlos.

—No —dije, recordando cómo me sentí cuando su padre me colgó—. Sólo lo hacen para..

¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Porque, aunque esté en Escocia, tu madre sigue siendo Louisa y tú todavía no te has examinado..

—Tengo tantas ganas de verte. .

—¿De veras?

—Naturalmente. ¿Por qué me.. ?

—Entonces perfecto —me interrumpió.

—¿Perfecto? —reí—. Pero tus padres..

—Olvídate de ellos.

—Bueno, ¿y mi madre? Ella quiere que vuelva a Escocia. De ninguna manera va a permitir que.. —Yo estoy hablando de ahora.

—¿Qué?

Hubo una pequeña pausa. Y luego:

—Estoy en la estación.

—¿Qué estación?

La oí reír al otro extremo de la línea.

—Pues la que, según el mapa de carreteras de papá, está a unos quince kilómetros de tu escuela.

—¿Pero cómo.. ?

—¿Importa eso?

—Claro que no —dije, lleno de esperanza.

—¿Puedes escaparte?

—No sé. Bueno, sí. Ya encontraré la manera. —Traté de pensar a toda prisa—. Dentro de media hora apagan las luces. Creo que podré hacerlo después. —Recordé entonces que Clarkson estaba cerca y empecé a susurrar—. ¿Quieres que vaya a la estación?

—¿Hay alguien por ahí? —preguntó Mickey.

—Sí —confirmé—, pero no importa. Dime.

—¿Y si voy yo? Tengo dinero para tomar un taxi. Puedo estar ahí para cuando tú te escapes. ¿Hay algún sitio seguro donde podamos reunirnos?

Oldfield terminó su llamada en la cabina contigua y Clarkson ocupó su sitio y empezó a marcar. Mientras lo hacía, me miró con ojos malévolos y yo aparté la vista.

—Espera un momento —le dije a Mickey, y aguardé un par de segundos hasta que Clarkson comenzó a hablar—. Ya —continué—. En el recinto de la escuela hay varios edificios abandonados. Podríamos meternos en uno. Quedamos dentro de una hora al principio del camino particular. .

—Llevaré unas velas. Y también algo de comer y bebida..

—Y tabaco —añadí—. Me he quedado sin nada.

—Y tabaco.

—Vale. Al principio del camino particular, ¿no? A las once. ¿Estás segura de que podrás encontrarlo?

—Descuida. Allí estaré.

La línea crepitó y yo no dije nada. Tenía que despedirme, pero no podía. Fue Mickey quien rompió el silencio.

—Fred. .

—¿Qué?

—Te quiero.

Media hora más tarde, en el dormitorio, tumbado en mi cama con el sabor del dentífrico todavía en la boca, contemplé la oscuridad con los ojos muy abiertos. Alrededor el silencio estaba salpicado por los sonidos habituales de un dormitorio comunitario. Susurros, crujir de muelles de somier. Ruidos a los que había ido acostumbrándome en los últimos tres años. Hacía mucho tiempo que no me molestaban ni me impedían dormir. Pero esa noche no quería dormir. Mi cuerpo y mi mente estaban tan despiertos como si me hubieran tirado a una piscina de agua helada. Quería que los murmullos y los movimientos cesaran. Porque en cuanto eso ocurriera, me largaría de allí.

Sentado ahora en mi coche frente al crematorio cercano a Warminster, me inclino sobre el volante y despejo con la mano un espacio en el parabrisas empañado. Veo cómo el saturado cielo gris exprime toda su agua. Goterones grandes como granizo martillean el capó del coche cuando alcanzo el abrigo y empiezo a ponérmelo. Saco una gorra de béisbol de la guantera, me la calo hasta las cejas y pongo la mano en el tirador de la puerta. Aunque sé que esto es algo que debo hacer solo, me gustaría que Mickey estuviera aquí. Este puente entre mi pasado y mi futuro sería, lo sé, mucho más sencillo con ella a mi lado mostrándome el camino. Pero Mickey no está. Y tampoco sabe que yo estoy aquí. No la he visto desde el domingo por la mañana, cuando desperté a solas en el sofá de la casa de sus padres,

me vestí y salí de allí.

Suelto el tirador y vuelvo a hundirme en el asiento, saco un paquete de cigarrillos de la guantera y enciendo uno. El humo se arremolina delante de mi cara y miro cómo escapa hacia el exterior al bajar unos centímetros la ventanilla.

Mickey tenía razón en lo que dijo después de que Joe nos interrumpiera en la cocina. Y

también acertó al impedir que las cosas entre nosotros fueran más lejos. Sin embargo, yo no puedo renunciar al precioso olor de su piel cuando estábamos sentados en el escalón y la besé

en los labios. No puedo renunciar a eso, como tampoco al contacto de sus manos en mi piel ni a su mirada de deseo mientras le echaba las culpas a lo mucho que habíamos bebido. La pasión que yo había sentido unos

momentos antes había sido embriagadora, pero nada tenía que ver con el alcohol. La pasión que había sentido al besarnos sólo la había experimentado en una ocasión anterior, y también estaba con Mickey.

Estoy enamorado de ella. De eso no hay duda. Mickey flota en mis sueños y despierto con su cara grabada en mi cerebro. Paso los días suspirando por ella. Estoy enamorado de Mickey y ya no lo estoy de Rebecca. Me he desenamorado de Rebecca. Lo mire por donde lo mire, una cosa está clara: el sábado, dentro de tres días, voy a casarme con una mujer de la que ya no estoy enamorado, una mujer a la que he sido mentalmente infiel durante varias semanas y a la que, tan sólo hace unos días, habría sido físicamente infiel si me lo hubieran permitido. Pero Mickey tenía razón. Lo que yo quería hacer (lo que casi hicimos) estaba mal. Ya no tenemos dieciséis años. Nuestras vidas han crecido más de lo deseado. Hay demasiadas cosas que considerar, demasiadas personas implicadas. El bagaje que hemos acumulado con los años es demasiado grande para desprenderse de él y empezar de cero. Nos hemos vuelto demasiado maduros para eso.

Aplasto el cigarrillo a medio consumir en el cenicero del coche, deseando no haberlo encendido. Abro la puerta y salgo. Tras cerrar, me protejo la cara de la lluvia con la mano y cruzo el aparcamiento a la carrera. El crematorio es un edificio bajo y alargado, de hormigón. Al llegar allí me cobijo bajo un alero chorreante y rodeo el edificio hasta la entrada. Hay unas cuarenta personas charlando en voz baja y cuando entro, algunas se vuelven a mirarme con una expresión colectiva de serena interrogación.

Un hombre de aproximadamente mi edad se adelanta. Sus mejillas delatan un mar de lágrimas vertidas y sus ojeras son profundas.

—¿Era amigo de Bill? —me pregunta—. Yo soy Roger, su hijo mayor. Niego con la cabeza.

—No —respondo, repentinamente asombrado de que tanta gente se haya reunido aquí

para honrar al muerto—. Sólo venía a.. —Carraspeo un poco—. ¿Sabe quién es el encargado del crematorio? ¿Hay alguien que se ocupe de todo?

—Espere un momento —dice, y me da la espalda—. ¿Jonathan? —llama de viva voz, y un clérigo de baja estatura y hombros cuadrados se acerca a nosotros.

—Necesito encontrar a.. —empiezo, pero la lucidez me abandona y no sé qué más decir—. Una tumba —prosigo—. He dicho tumba, pero. . —

Señalo con la cabeza hacia el techo, encima del cual están sin duda las chimeneas del crematorio.

—La señora Philips podrá ayudarlo —afirma el clérigo—. Lleva un registro de todo, creo que ya habrá vuelto de comer. —Apunta hacia el otro lado de la carretera, más allá de un césped cuidado, a una casita de ladrillo rojo—. La encontrará allí. Le doy las gracias y cruzo la calzada hacia la verja distante, donde un coche fúnebre encabeza una lenta procesión de automóviles hacia el grupo de gente que queda a mi espalda. Recuerdo la última vez que estuve aquí, un sol implacable llenaba el cielo y no había más personas que mi madre y yo.

La señora Philips, una mujer de cuarenta y pocos años, me sonríe con gesto abierto y curioso cuando entro en su despacho y me acerco al mostrador de madera tras el cual trabaja.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Miles... —empiezo, y me corrijo—: Mi padre. . fue incinerado aquí en mil novecientos ochenta y cinco y he venido desde Londres porque quería ver dónde estaba enterrado, sólo que acabo de darme cuenta de que eso es una estupidez, porque, evidentemente, no debieron de quedar restos después de que lo quem.. de que lo incineraran. —Veo por su expresión que estoy hablando demasiado deprisa y tomo aire antes de continuar—. Pensaba que quizá usted podría decirme dónde están sus cenizas. Sé que mi madre no las tiene. No nos llevamos nada después del funeral y. .

Pero ahí se me termina el fuelle. Bajo la cabeza y miro mi reflejo borroso en la madera barnizada del mostrador. Mentalmente, me abofeteo por ser tan tonto. Debería haber sabido que no había nada que buscar.

—Disponemos de un jardín de los recuerdos —dice la señora Philips—. Algunos clientes optan por dejar allí las cenizas de sus familiares. ¿Sabe usted si su madre.. ?

—No. Dudo que ella..

—En ese caso —prosigue, un tanto incómoda—, si no recibimos instrucciones en contra, nuestra política es esparcir las cenizas en el bosque que hay detrás del crematorio. Es un lugar muy apacible —añade con una sonrisa bondadosa.

—Gracias. Iré a ver.

—Pero antes —dice, cuando me dispongo a partir—, si me permite, haré una comprobación. —Se pone en pie.

—No es necesario. Sólo. .

Pero la señora Philips insiste.

—Nunca se sabe. Es posible que su padre esté en el jardín, y sería una pena que no lo viera usted después de haberse tomado la molestia de venir.

Estoy a punto de darle las gracias y declinar su ofrecimiento. (No creo que mi madre quisiera que nadie se acordara de Miles.) Pero es demasiado tarde. La señora Philips ha atravesado ya la puerta que separa esta sala de lo que hay detrás. Me miro los zapatos mojados y de pronto soy consciente del brillo de sudor que empapa mi cara húmeda. Oigo una puerta y, al levantar la vista, veo que la señora Philips regresa con un grueso libro de registro encuadernado en piel.

Lo pone encima del mostrador y lo abre.

—Ha dicho usted mil novecientos ochenta y cinco..

—Junio —digo, nervioso ante lo que sé que va a continuación.

—¿El apellido?

—Roper. Miles Roper.

La miro fijamente, pero ella no parece inmutarse ante mi respuesta. Todo lo contrario. La oigo murmurar el nombre mientras examina las páginas recorriendo con el dedo las columnas de difuntos.

—Ya lo tengo —dice contenta, y gira el libro señalando el nombre de Miles junto a una cuadrícula—. ¿No se alegra de que lo hayamos mirado?

—Entonces, ¿quiere decir que tiene un lugar propio en ese jardín? —pregunto, sin acabar de creérmelo.

—Por supuesto. Fila veintisiete, parcela dieciséis.

—Gracias, señora Philips.

—De nada, señor Roper —dice, y luego, sin duda al ver mi cara de consternación, pregunta—: ¿Ocurre algo?

—No —respondo, relajando mis músculos faciales—. Creo que todo está bien.

Llueve un poco menos que antes, y ahora es como polvo que cae sin ruido. Al pasar de nuevo frente al crematorio oigo sonar un órgano y voces amortiguadas que cantan *The Lord's my Shepherd*. Siguiendo las instrucciones de la señora Philips me dejo guiar por las señales blancas hasta el jardín de los recuerdos, que está a la derecha del crematorio. Ocupa un par de acres, no más, y mientras zigzagueo entre las parcelas voy pensando en la mísera condición humana.

La fila veintiséis está cerca del bosque. Caminando por ella con la cabeza gacha, empiezo a sentirme débil de nerviosismo, casi como si Miles

pudiera aparecer en cualquier momento.

¿Qué le diría si lo viera sentado en una de estas parcelas de tierra, fumando un cigarrillo y mirándome con aquellos ojos fríos y calculadores? ¿Qué me transmitirían: arrepentimiento o inocencia? Naturalmente, Miles no tendría el aspecto de antes. Han transcurrido quince años desde su muerte, esto es, ahora tendría cincuenta y tres años y no los treinta y ocho que yo le recuerdo. Es decir, tenía entonces casi diez años más que yo ahora. Sigo adelante, fijándome en las pequeñas chapas de latón que hay en el suelo y en las flores frescas o de plástico que la gente ha puesto al lado. Al pasar la parcela número quince noto un nudo en el estómago y luego, al llegar a la diecisiete, me paro en seco. Ya sabía que mamá no habría hecho algo así. Sabía que habría preferido esparcir al viento las cenizas de Miles. El libro de la señora Philips está equivocado.

Pero cuando ya me dispongo a volver, algo llama mi atención y me fijo en la maleza que hay entre las dos parcelas. Me arrodillo, ajeno al frío y a la humedad que me cala a través de la tela del pantalón, escarbo entre las hojas de acedera y los cardos y descubro una chapa deslustrada con esta inscripción:

Miles Stanley Roper

1947-1985

Oh, Cristo nuestro Salvador: disipa nuestras penas;

pues unos están enfermos y otros tristes,

y unos nunca te han querido bien,

y otros han perdido el amor que tenían.

Releo una y otra vez esas palabras, elegidas por mi madre, y levanto la vista al cielo encapotado.

No, Miles nunca amó a Cristo, ni a Dios tampoco, para el caso. Miles siempre vivió de acuerdo a sus propias normas, y dudo que incluso ahora se deje doblegar por normas ajenas. La chapa de latón tiene el brillo apagado de un fuego en lontananza; paso los dedos por el nombre, pero no despide ningún calor en este día desapacible y frío. La vida de Miles, y por supuesto su muerte, están envueltas en un nimbo de misterio.

¿Intervino en el asesinato de Cari? De ser así, ¿apretó él mismo el gatillo? La policía creía que la respuesta a ambas preguntas era un sí con mayúsculas, aunque naturalmente Miles no se enfrentó a un tribunal ni a un interrogatorio.

La policía fue informada de todo eso por Tony Hall, el mismo que, tras reñir con Miles, les dijo dónde encontrar el cuerpo. Miles no tuvo oportunidad de dar su versión de los hechos. Según Tony, Miles se habría jactado de matar a Cari de resultas de una discusión sobre la firma de ciertos papeles concernientes a la propiedad del club. Para la policía eso era prueba suficiente, y tras la muerte de Miles el caso del asesinato quedó oficialmente abierto, pero extraoficialmente no se siguió ninguna otra línea de investigación. Tony *el Compinche*, fuera cual fuese su propia implicación, no fue acusado de nada y el club cerró para no volver a abrir sus puertas. Los ingresos por la venta del edificio y de su contenido sufragaron las deudas contraídas por Miles en vida. Por mi parte, dudo que Miles fuera culpable de asesinato. Tal fue mi reacción visceral en

su momento, como hijo suyo, pero con los años me he ido convenciendo de ello, no tanto para mi propia protección cuanto porque no creo que Miles fuese capaz de asesinar a nadie. Era un mafioso, eso no lo niego. No era un buen hombre, en la misma medida en que no fue un buen marido ni un buen padre. Pero no era malvado. Lo movían la ambición y la codicia, y a veces era egoísta y poco compasivo, pero malvado no. Yo no creo que fuese lo bastante duro y cruel para matar a alguien de un tiro en la nuca. Eso encaja más con el estilo de Tony. Dicho esto, sí

creo que Miles estaba al corriente; no creo que hubiese nada relativo a Clan que él no supiera de primera o segunda mano. Es posible que persuadiese a Tony para que lo llevara a cabo. Eso habría sido más propio de él, y explicaría por qué había intentado huir. Pero quizá.. quizá me equivoco. . quizá sí lo hizo Miles. Quizá mató a Cari con la misma pistola con la que yo disparé al toro de Jimmy Dughead. Porque de algo sí estoy convencido todavía: con Miles, cualquier cosa era posible.

Al levantar la vista, el crematorio me recuerda uno de aquellos refugios nucleares que yo solía recortar de revistas en los años setenta para enseñárselos a Miles con la esperanza de que construyera uno en el jardín de atrás.

—Rushton no es un objetivo militar —me decía.

—Pero tú eres el mejor agente secreto de las Islas Británicas —replicaba yo—. Los rusos querrán liquidarte a ti primero. Tú conoces todos los secretos. Y en eso, al menos, nada ha cambiado. Los secretos que guardaba sigue guardándolos. Para siempre.

Saco del bolsillo interior de mi chaqueta las gafas de sol que Mickey y yo enterramos con el resto del tesoro en el terreno de Jimmy Dughead. Rememoro aquel día, hace casi un cuarto de siglo, en que Miles me las puso por primera vez cuando me subió en brazos para acostarme.

—Son propiedad del Estado —me dijo—. Cien por cien a prueba de Carnages. Nada malo puede pasarte cuando las llevas puestas.

Separo las varillas de las gafas, me inclino hacia delante y las hundo en la tierra blanda, de modo que los cristales oscuros miren hacia mí desde la placa de latón.

—Adiós, papá —digo.

Me pongo de pie, doy media vuelta y regreso al coche.

El viernes salgo temprano del trabajo y vuelvo al piso para recoger mis cosas. Luego voy en coche a Shotbury y me instalo en la habitación que he reservado en el hotel King's Head, encima del bar.

Consiste en un dormitorio amplio de techo bajo con vigas vistas y un cuarto de baño adjunto. La habitación tiene dos camas, una para mi padrino, Eddie, y otra para mí. Eddie se enteró ayer de que tenía que reemplazar a alguien esta noche en Nitrogene y no se reunirá

conmigo hasta mucho más tarde. Su idea es venir directamente desde el club cuando termine su turno, así que es improbable que llegue antes de las cuatro de la madrugada. Eso significa, y lo digo con alivio, que su tan cacareada velada de copas y nostalgia de mis últimos días de celibato no va a celebrarse.

Miro la hora y calculo que Rebecca está a punto de aterrizar tras su viaje a Oslo, y que con toda seguridad no llegará a Thorn House hasta dentro de un par de horas. George me ha llamado al trabajo esta mañana para comprobar que todo estaba bien y proponerme tomar unas cervezas esta tarde conmigo y con Eddie. Por lo visto, Thorn House está demasiado repleta de damas de honor y floristas para su gusto, y George no iba a dejar pasar la menor oportunidad de restaurar el equilibrio de su masculinidad.

Es algo que de todos modos yo había previsto, una visita a Thorn House esta tarde, pero al explicarle los problemas de Eddie, George ha insistido en que fuera a cenar con él, Mary,

Rebecca y los demás; o bien podía acudir él y vernos en el bar del King's Head. Le he dicho que lo de la cena me parecía buena idea. De todos modos quería ir a visitarlos. Además, sé que ahora me sería imposible hablar con él a solas.

Sin molestarme en colgar la ropa en el armario, tiro la bolsa de viaje sobre la cama de Eddie y me tumbo en la mía. Me acomodo unas almohadas en la espalda, hago un recorrido de canales de televisión y opto por una serie de dibujos animados con personajes de vivos colores que dicen burradas con voz estridente mientras se persiguen los unos a los otros. Cierro los ojos y pienso en mi madre, que sin duda estará acompañada de Alan, subiendo al tren en Escocia para poder llegar aquí mañana por la mañana y asistir a la boda de su único hijo. Thorn House es un hervidero de actividad cuando aparco en el camino de grava poco después de las ocho. Hombres y mujeres con camiseta y vaqueros están descargando cajas de una furgoneta y metiéndolas en uno de los anexos. Tal como convinimos con George hace menos de dos meses, un hermoso entoldado blanco domina ahora el césped delantero, en contraste cada vez más acusado con el telón crepuscular de la propia casa. Al apearme del coche diviso a Rebecca, que sale corriendo por la puerta principal para recibirme. Me echa los brazos al cuello y me estrecha mientras yo, con la mirada perdida, me pregunto cuánto durará

esta noche.

—¿Estás bien? —inquire, apoyando las manos en mis hombros.

—¿Por qué lo dices?

Duda, me interroga con la mirada y tengo que bajar la vista.

—Fred —dice muy seria—, ¿te encuentras bien? No ha ocurrido nada horrible, ¿verdad?

—No —respondo, sin mentir—, no ha ocurrido nada horrible.

—Pero algo hay. . se te ve como triste. .

Me devano los sesos en busca de algo que alegar.

—Es que Eddie. . —empiezo.

—¿Qué? —me interrumpe.

—No llegará hasta primera hora de la mañana.

—Oh —exclama, apartando la vista hacia la casa, distraída por algo que no puedo ver. Noto que sus manos se relajan—. ¿Eso es todo? —pregunta al girar su cara hacia mí.

—Sí, eso es todo.

Sonríe, me toma de la mano y dice:

—Tengo muchas cosas que enseñarte, cariño. Mamá y papá han dedicado el fin de semana a organizarlo todo.. —Tira de mi mano y empezamos a cruzar el césped—. Ven, ven a verlo. Katie y Susan, las

damas de honor, están ya en el entoldado, y entre las tres me explican muy agitadas la disposición de las mesas, señalando dónde estarán sentados ciertos grupos de invitados durante el ágape y los discursos.

—Va a ser fabuloso —afirma Kate, abarcando el espacio con un gesto del brazo—. Imagínate cuando todo el mundo esté aquí, con las flores en su sitio y las velas encendidas..

—Espera a ver a Rebecca con su vestido de novia —me dice Susan. Miro a mi prometida, que contempla con semblante sereno la mesa principal donde mañana, como mujer casada, se sentará junto a mí, hombre casado.

—Olvida el vestido —ríe Susan—. Te interesa más la ropa interior, ¿no es cierto, Fred?

Asiento con la cabeza, pero mi rostro permanece impasible. Me caen bien Katie y Susan, pero preferiría que no estuvieran aquí. Necesito hablar con Rebecca y quiero hacerlo a solas. Pero las cosas se tuercen. Después del entoldado vienen las cocinas y media hora de charla con Mary y George acerca del orden en que habrá de servirse la comida, el champán y el vino. Y yo, cada vez más distante de todo el festejo. Desearía que todo se planeara de forma más normal y sencilla. El dinero que se han gastado me pone enfermo. No puedo evitar pensar en la

casa de mi madre en Escocia y en el hecho de que es el único familiar mío invitado a este evento, y lo diferente que soy de la familia de Rebecca. Y, por supuesto, pienso en Mickey y en lo que pasó en casa de sus padres el último fin de semana, y su reacción tan sensata, nada que ver con lo que aquí sucede. Las voces de Mary y George van alejándose cada vez más en mi mente hasta que ya apenas los oigo. Mi actitud es la de un espectador ante una película muda. Pero no puedo cambiar de canal. No puedo apagar el vídeo e irme de aquí. Hasta después de cenar no se me presenta la oportunidad de hablar a solas con Rebecca.

—Ya sé que eso no se hace la noche previa a la boda —me susurra al oído mientras vamos hacia la sala de estar—, pero yo nunca he creído en supersticiones. .

—¿Qué? —digo, dejando de caminar y viendo cómo George, Mary y las chicas van pasando por la puerta del salón.

—Un polvo rápido, ¿vale? —propone Rebecca, arrastrándome hacia la escalera—. Nadie se dará cuenta. Están todos bebidos.

Su última afirmación es acertada. De los seis que estábamos a la mesa, yo soy el único que permanece sobrio, después de excusarme con tener que conducir para reunirme después con Eddie en el King's Head para no participar en la cata de los vinos de la boda que George ha promovido tan pronto nos hemos sentado.

—Está bien —acepto—, mientras sea en algún sitio seguro. No quiero que nadie nos sorprenda..

—Descuida —dice con una sonrisa, y sin más empieza a subir la escalera. Sigo el intrincado dibujo floral de su vestido hasta el rellano de la segunda planta y luego recorremos un pasillo que no me resulta familiar. Mientras camino detrás de ella, me fijo en que lleva el pelo más corto de lo habitual y ahora la piel de su nuca es claramente visible desde atrás.

Rebecca dobla una esquina y se detiene frente a una puerta cerrada. Luego se da la vuelta y me dedica una sonrisa ebria.

—El estudio de papá. Con su bonito y amplio escritorio.. Soy una chica muy mala..

—Pero ¿y tu padre no.. ?

Ella niega con exagerados movimientos de cabeza, haciendo bailar su flequillo de lado a lado. —Demasiado borracho —me dice—. Y alterado, además. Lo último que se le ocurriría ahora es subir a trabajar. .

Abre la puerta y entramos en el estudio, que huele a humo de cigarro puro. Es una habitación de proporciones modestas, forrada de libros en sus cuatro paredes. Frente a la puerta, que cierro mientras Rebecca va a encender la lámpara del escritorio, hay una ventana que da a los jardines. Pienso en mi bolsa sobre la cama de Eddie en el hotel. Rebecca se gira, se levanta el vestido y empieza a bajarse las bragas.

—No —digo, sin moverme del sitio.

—¿Cómo que no? —replica, y me mira agitada.

Apoyo la espalda en la puerta.

—Tengo que hablarte de una cosa.

Ella se endereza, se sube las bragas y deja que el vestido le caiga sobre las piernas.

—Adelante —dice, cruzándose de brazos—. Te escucho.

—Se trata de nosotros. De nosotros como pareja.

Busco las palabras adecuadas y ella me apremia:

—¿Qué pasa con nosotros?

—Verás, se trata de que mañana vamos a casarnos, y vamos a jurarnos amor y fidelidad delante de nuestros amigos y familiares. Y si no somos sinceros, sería mejor no decir lo que vamos a decir mañana. —La cara empieza a arderme mientras la tormenta busca un sitio por

donde descargar. Me llevo una mano a la frente y comienzo a masajearmela—. Se trata de la verdad, Rebecca, de que seamos francos el uno con el otro. Y con nosotros mismos. Ella dice algo que no entiendo y, al levantar la vista, veo su cara, siempre tan segura de sí

misma, que ahora tiembla a la luz de la lámpara de mesa.

—Perdona —digo, pasados unos segundos—, no he entendido lo que has dicho.

—Lo sabía. —Se ha puesto a llorar—. Lo he sabido en cuanto has bajado del coche. Al verla así, mi instinto me empuja a consolarla, pero me resisto.

—¿Y cómo.. ? —pregunto, sorprendido de lo que acaba de decirme.

—¿Tú qué crees? —me espeta, y sus hombros empiezan a temblar—. Porque te conozco, Fred. . porque te leo el pensamiento, por la misma razón que tú ya has adivinado.. Antes de que pueda transmitirle la confusión que esas últimas palabras han provocado en mi interior, ella toma aire en un intento de recobrar la compostura.

—Tienes razón, hemos de hablar de esto ahora. Debería habértelo dicho antes. Lo siento, Fred. Debería habértelo dicho en cuanto pasó.

Cuando ya me dispongo a preguntarle de qué está hablando, me reprimo y digo en cambio:

—Habla.

Rebecca alcanza una caja de kleenex que tiene detrás sobre la mesa, saca uno y se suena la nariz con ruido. Cuando comienza a hablar, lo hace sin mirarme:

—Yo no quería que ocurriera. Ninguno de los dos quería. Estábamos colocados, habíamos fumado. Tú mismo viste cómo estábamos cuando te marchaste..

¿Estábamos? ¿Ella y quién más?

Rebecca se suena otra vez.

—Y Eddie dijo que no importaba..

¿Eddie?

—. . porque —continúa— sólo íbamos a divertirnos un rato y, además, tú y yo aún no estábamos casados, y si pasó lo que pasó fue solamente

porque habíamos fumado mucho. No es que yo te fuera infiel ni nada de eso..

—Eddie. . —digo, asintiendo con la cabeza, al darme cuenta de lo ciego que he estado a lo que sucedía a mis espaldas.

Visualizo el momento en que los dejé sentados en la estera en Hyde Park, la tarde de la fiesta de cumpleaños de Phil. Enseguida me asalta un recuerdo más reciente, Eddie hablando conmigo en la proa de la gabarra hace ahora una semana, diciéndome lo difícil que era a veces ser amigo de alguien.

—Eddie. . —repito, sin dejar de cabecear y mirando a los ojos a Rebecca.

—Lo siento, cariño —dice entre sollozo y sollozo—. No significó nada. Fue sólo uno de esos.. Te lo juro, no volverá a suceder nunca más.

Ya he oído bastante.

—No tiene importancia —aseguro con voz queda.

Rebecca deja caer el kleenex y da un paso al frente, indecisa.

—¿Lo dices en serio? —pregunta.

No lo dudo ni un instante:

—Sí.

—Es que yo entendería que te enfadaras..

—No. No me enfado en absoluto.

Se oyen voces en el pasillo y los dos guardamos silencio. El ruido suena otra vez.

—Es tu padre —digo, reconociendo su voz—. Nos está llamando.

Rebecca hace ademán de tocarme la cara. Está aliviada e incrédula a partes iguales.

—¿Estás seguro de que.. ?

—Sí —repito—, pero ya que hablamos con sinceridad, yo también tengo que decirte una cosa.. —¿Qué? —Me mira a los ojos, sobresaltada.

Aparto la vista, sin responder a su pregunta.

—Ve a ver qué quiere tu padre —le digo, abriendo la puerta—. Y cuando acabes, reúnete conmigo. Te estaré esperando en el jardín de la cocina.

Una vez fuera, camino por el sinuoso sendero del jardín y espero la llegada de Rebecca. El intenso olor de las glicinas y de la acedera nocturna domina el aire, que es cálido y acogedor. Sintiéndome vivo de verdad, pienso en mañana. Lo que le he dicho a Rebecca iba muy en serio. No

importa lo que pasó entre ella y Eddie. Lo que voy a decirle se lo habría dicho de todos modos, independientemente de que ella me hubiera contado lo de Eddie. Me detengo en un recodo del camino y contemplo el jardín a media luz. Entonces, sin darme cuenta, me encuentro recordando otro verano, otro lugar, y a otra chica.

Al final el sonido de voces se fue apagando poco a poco y el silencio dominó el dormitorio comunitario. Era una suerte que los exámenes estuvieran encima, de lo contrario, podía haber acabado esperando horas el momento propicio para escapar.

Retiré el edredón y, sentado en el borde de la cama, alcancé la bolsa de gimnasia que tenía debajo y que había preparado unos tres cuartos de hora antes de apagarse las luces. Permanecí

inmóvil, escuchando la respiración de los otros alumnos, esforzándome por percibir alguna señal de gente despierta.

Al ponerme en pie agucé los sentidos. Sentía como si hubieran conectado mi cuerpo a un amplificador. Oía el sonido de mi respiración y el crujir de mis articulaciones, pero lo que dominaba eran los latidos erráticos de mi corazón. El cierre de la ventana conectaba con una alarma en el estudio que el señor Pearce tenía en el piso de abajo. Si alguien levantaba la aldaba, empezaría a sonar un timbre, y el señor Pearce estaría aquí en cuestión de minutos para ver qué andaba mal.

El otro extremo del dormitorio (la ruta que yo pensaba tomar) terminaba en una pesada puerta giratoria que daba a los lavabos y al resto del edificio. Desde allí, una escalera subía a los dormitorios de los pequeños o descendía a los estudios-dormitorio de los de sexto. Debido a la alarma de la salida de incendios, tendría que arriesgarme a bajar y confiar en que el señor Pearce no estuviera haciendo la ronda y que los monitores de guardia estuvieran encerrados, estudiando para sus exámenes.

En un intento de mitigar una creciente paranoia, me obligué a serenarme amparado en la seguridad que me proporcionaba la oscuridad. En el dormitorio, al menos, podían oírme pero no verme. Una vez fuera, lo mismo. Entretanto (en el piso de abajo) tendría que confiar en la suerte.

Coloqué la almohada debajo del edredón de forma que la cama pareciera ocupada. Mientras lo hacía me di cuenta de que era un detalle gratuito. Era por mi propia tranquilidad de ánimo. Una inspección poco más que somera descubriría mi engaño. Pero para entonces yo ya estaría lejos.

Sin nada más encima que el calzoncillo que Mickey me había regalado al final de las fiestas y con la bolsa de gimnasia en la mano, enfilé el pasillo camino de la puerta. A mi izquierda alguien gimió en sueños, pero aparte de eso sólo oí el sonido de mis pasos pisando con cuidado la gastada moqueta marrón.

Antes de abrir la puerta dudé, consciente de que si Pearce o alguno de los monitores estaba al otro lado, el contenido de mi bolsa bastaría para acusarme y acabar en el estudio del director, respondiendo preguntas a cuál más incómoda, mientras Mickey esperaba sola en el camino particular de la escuela.

Al abrir la puerta lo suficiente para pasar, un potente haz de luz penetró en el dormitorio, pero el corredor estaba despejado. Corrí hacia los lavabos, me metí en un retrete y cerré la puerta. Con el sonido de fondo de la vieja cisterna que goteaba y el resplandor de la bombilla desnuda sobre mi cabeza, abrí la bolsa y empecé a vestirme.

Dos minutos después, habiendo dejado la bolsa vacía tras la puerta del cubículo, me encontraba ya en el descansillo, vestido con el pantalón negro del colegio, zapatos negros de reglamento y un jersey de cuello alto azul marino. En el cinturón llevaba metida una linterna y un cuchillo que había conseguido en la cocina. No era ni mucho menos como me habría gustado ir vestido para ver a Mickey, pero, dadas las circunstancias, no había otra salida. Si mi seguridad hubiera dependido de ello, podría haber salido en pañales y con un casco de motorista.

Cuidando de pisar únicamente con la puntera de los zapatos para que mis tacones no resonaran en la superficie de plástico duro de la escalera, bajé los dos tramos. A mano izquierda, un pasillo llevaba a la lavandería, las duchas y los vestuarios, y a mano derecha otro pasillo dejaba atrás los estudios de los de sexto y terminaba en la puerta que separaba los aposentos del señor Pearce del resto del edificio.

Las luces cenitales estaban apagadas en ambos pasillos y la única luz procedía de una claraboya a mi izquierda. La luna había grabado un gran bloque de luz en el piso laminado de color blanco. El recuerdo infantil de cuando se abrían las puertas de la aeronave en *Encuentros en la tercera fase* me hizo estremecer. Torcí a la izquierda, alzando momentáneamente la vista hacia el cuadrado de cielo estrellado al pasar bajo la claraboya, sintiéndome más cerca ya de Mickey y con la idea de que ella tal vez estaba contemplando esa misma vista. No me topé con nadie mientras recorría el

resto del pasillo camino de la lavandería. Parecía que todo el mundo hubiera sido presa de un hechizo y que yo fuese un espectro que avanzaba sin ser visto entre la niebla.

Entonces, al llegar a la puerta de la lavandería pero sin haberla abierto todavía, oí voces y me quedé paralizado. Maldiciendo mi mala suerte pero negándome a dejarme vencer por el pánico, volví la cabeza y escudriñé el pasillo. A unos quince metros de distancia, de pie en el umbral de uno de los estudios-dormitorio, hablando en voz muy baja, estaba la silueta inconfundible de Clarkson, el monitor cuya ira había concitado aquella misma tarde al hablar por teléfono con Mickey. Para él sería un triunfo y una satisfacción pillarme in fraganti. No tenía más que darse la vuelta.

Noté una subida de adrenalina mientras esperaba a que Clarkson se moviera. Pero no lo hizo, siguió hablando agitadamente mientras golpeaba la jamba de la puerta con un bolígrafo hasta que, con un gesto muy suyo, se echó atrás el flequillo y cerró. Se hizo la oscuridad y luego, con un «clic», noté como si me hubieran barrido con un reflector: la luz del pasillo estaba encendida. Pestañeando, pues mis ojos se habían acostumbrado a la negrura, esperé a que alguien gritara mi nombre. En cambio, oí pasos y vi que Clarkson se alejaba en dirección opuesta, totalmente ajeno a mi presencia. Abrió las puertas del otro extremo del pasillo y subió los tres peldaños hacia la parte privada de la casa. Rezando en silencio, me apresuré hacia el fondo de la lavandería. Sentado en el alféizar de pintura desconchada y rodeado del olor familiar de las prendas de deporte húmedas, empecé a abrir el pestillo. Levanté la ventana, me asomé al jardín iluminado por la luna y aspiré el aire cálido y quieto. Más allá del césped, los edificios del centro estaban envueltos en oscuridad bajo el amplio cielo de la noche, como si estuvieran dibujados al carbón. Me descolgué y caí en la tierra blanda de los arriates que había debajo. Estiré el brazo para cerrar de nuevo la ventana y, temeroso de utilizar la linterna, empecé a cruzar el césped hacia las matas que había al fondo. Hasta que estuve a más de quinientos metros del internado y del edificio principal, no me

arriesgué a dejar los arbustos y los árboles y salir al camino. La gravilla crujía bajo mis pies mientras avanzaba a saltos, corriendo una cincuentena de metros, deteniéndome para escuchar, corriendo otros cincuenta más. Pensaba en el capellán y en las historias que contaba de sus correrías nocturnas por los pueblos cercanos, y veía su cara en todo zarzal que

encontraba a mi paso. Sólo comencé a tranquilizarme cuando llegué al final del camino varios minutos más tarde.

Entonces vi los faros. Un coche estaba doblando una curva a unos trescientos metros. Los haces gemelos oscilaron sobre la cerca de hierro fundido que señalaba el límite de la escuela, y cuando decidí moverme otra vez, pude oír el rumor del motor diesel que se acercaba. Recordando dónde me encontraba y qué estaba haciendo allí, crucé el sendero a la carrera y me refugié tras uno de los pilares de piedra que flanqueaban la entrada a la escuela. El vehículo no pasó de largo, sino que redujo la velocidad y sus faros describieron una curva hasta apuntar camino arriba hacia las distantes siluetas del Greenaway. El nerviosismo me contrajo el estómago. Entonces oí que el coche se detenía y el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse. Con mucha cautela, me separé unos centímetros de mi escondite, asomé la cabeza y sonreí.

Mickey estaba de pie junto a la ventanilla del conductor del taxi, nimbada por la luna como una actriz en escena. Llevaba su cazadora tejana colgada al hombro y el pelo recogido en coletas y más corto que la última vez que la había visto. Vestía un pantalón pirata negro y ceñido. El taxista le dio el cambio y ella se apartó del vehículo, que dio un giro de ciento ochenta grados y se alejó por donde había llegado.

Me quedé observando, abrumado por la llegada de ese momento tan esperado. Sabía que tenía una pinta horrorosa. Había adelgazado en las últimas semanas, y al mirarme en el espejo del lavabo antes de que apagarán las luces, me había fijado en lo flaco que estaba. Pero todo iría bien, ¿verdad? Mickey me recordaría tal como yo era y no por los acontecimientos que me habían rodeado. Me decidí, salí de las sombras de la columna y carraspeé.

—Hola —dije, con una voz preñada de un arrojo que no sentía—. ¿Te acuerdas de mí?

—¡Fred! —exclamó con un grito ahogado, soltando su bolsa y corriendo hacia mí. Me estrechó entre sus brazos, diciéndome cosas que yo no pude oír. Lloraba y me besaba la cara y cuando retrocedió un poco y pasó sus dedos por mis mejillas, me di cuenta de que yo también tenía los ojos llenos de lágrimas. Su presencia era como una liberación; fue como si Mickey hubiera abierto la puerta tras la que se agolpaban todas esas cosas horribles: cuanto me había sucedido en el último mes estaba saliendo de mi

mente a borbotones. Me abrazó de nuevo, su cara pegada a la mía, recibiendo en sus labios las lágrimas que yo derramaba.

—Estoy aquí —la oí susurrar una y otra vez mientras yo continuaba sollozando—. Estoy aquí, cariño. He venido.

Finalmente me aparté de ella y le dije:

—Démonos prisa. Puede que lo hayan descubierto. Si creen que me he escapado, el primer sitio donde mirarán será en el camino particular.

Mickey asintió con la cabeza.

—Sé un sitio donde podemos ir —proseguí, centrado en la parte práctica. La conduje hacia los árboles. Por necesidad, apenas cruzamos palabra mientras andábamos. Al principio avanzamos un buen trecho, pues sólo teníamos que aflojar la marcha para sortear los arbustos, heléchos y zarzales. Al cabo de unos quince minutos llegamos a la vista de los campos de deporte de la escuela. Mickey se detuvo a mi lado y miró. A lo lejos, minúsculos bloques de luz señalaban las ventanas de los edificios del Greenaway.

—¿Tan grande es esto? —preguntó, asombrada.

—Deberías verlo de día. Lo verás mañana cuando despertemos.

Y en aquel preciso momento comprendí que, mentalmente, había tomado una decisión.

No iba a volver al internado, ni esa noche ni al día siguiente. Estaba con Mickey. No permitiría que me separaran de ella otra vez. Deslicé mi mano en la suya y seguimos caminando. Cinco minutos después nos encontrábamos frente a un pequeño templo ornamental de piedra blanca al otro lado de los campos de deportes, y a centenares de metros de cualquier zona habitada de la escuela. Se decía que el edificio había sido pasto de las llamas hacía más de una década. Desde luego, en los dos años y medio que yo llevaba en Greenaway, el templo en cuestión sólo se había utilizado una vez, como telón de fondo para un montaje de *El sueño de una noche de verano*. Los jardineros (de eso hacía más de un año) habían formado una platea al aire libre eliminando las ortigas y las zarzas que rodeaban la estructura, pero la naturaleza había vuelto a reclamar todo el espacio.

Ninguno de los dos sabía lo que nos esperaba tras los cristales negros de hollín de los ventanales. El haz de la linterna que Mickey sostenía osciló sobre el candado, que yo intentaba arrancar de la húmeda madera de la puerta con mi cuchillo. Finalmente el candado cedió; me volví hacia Mickey y la besé.

—Vamos —dije, cogiéndole la linterna—, a ver qué tal está esto. Franqueé el umbral y barrí el espacio con la linterna. Era una sola estancia del tamaño de una pista de squash. Sábanas blancas cubrían objetos desconocidos. Las paredes estaban chamuscadas y cubiertas de telarañas; algo invisible se movió por allí cerca y me puse tenso.

—Tranquilo —dijo Mickey pasándome el brazo por la cintura—. Será un ratón de campo. Iluminé el techo abovedado y recorrí los restos de un fresco. Entre las manchas de humedad y hollín, aún podían distinguirse unos ángeles surcando un cielo de nubes. Oí suspirar a Mickey.

—Esto debía de ser increíble —musitó.

Empezamos a hacer un poco de sitio. Con una escoba medio pelada que encontré junto a una de las paredes, barrí una parte del suelo polvoriento.

Mickey retiró las sábanas. Debajo había pupitres rotos y sillas apiladas. Tras sacudir las sábanas, las dispuso encima del suelo. Luego sacó un paquete de velas que llevaba dentro de la bolsa, calentó el extremo inferior de cada una y utilizó la cera derretida para apuntalarlas en el piso de piedra formando un círculo alrededor de las sábanas. Por último encendió los pábilos y examinó su obra.

—Bueno, no es el Ritz, pero servirá.

—Es ideal —dije yo, sentándome en las sábanas con las piernas cruzadas y observando a Mickey, que se había acercado a la puerta para coger la bolsa que había dejado allí. Luego cerró y se volvió hacia mí.

Mientras se aproximaba, pensé en lo bien que nos conocíamos y lo lejos que habíamos llegado en nuestra relación. Al verla en aquel extraño entorno sentí que la estaba viendo por primera vez.

Anteriormente a aquel momento, Mickey había sido para mí tanto un puñado de recuerdos como una persona de carne y hueso. Pensar en ella siempre me hacía recordar el relato de un milagro que tuve que leer una vez en un concurso de lectura cuando iba a la escuela primaria. Jesús curó a un hombre llamado Legión, que estaba poseído por muchos demonios, traspasando aquellos demonios a una piara de cerdos. No es que yo pensara que había demonios dentro de Mickey, siempre la había visto como un compuesto de las muchas versiones de sí misma que yo había ido conociendo. Su risa era la risa de la amiga sentada en un columpio mientras yo la empujaba cada vez más alto. Sus lágrimas eran las del cómplice de un

crimen, que me había salvado de ahogarme en el río Elo cuando tenía nueve años de edad. Su tacto era el de la primera chica a la que besé. Sin embargo, ahora era diferente: sólo la veía a ella. Ya no era la niña con quien había crecido. Así como la muerte de Miles había marcado el fin de mi infancia, la intervención de

Mickey en los momentos significativos de mi vida había marcado, para mí, el fin de su infancia. Era algo que debería haber notado antes. Mickey había cambiado.. en muchos sentidos. Sus caderas de chico, otrora rectas como reglas, se habían vuelto convexas. Mis torpes toqueteos alrededor de sus pechos en el jardín de su casa me parecían ahora cosa de alguien que no sabía de verdad lo que tenía literalmente entre manos. Su mirada había adquirido sabiduría y confianza. Ya no mostraba esa expresión de desafío ante la autoridad, sino de estar segura de sí misma.

Mientras le sucedían todas esas cosas (incluso a lo largo de los últimos seis meses en que habíamos estado viéndonos), yo no había dedicado tiempo a ver en qué clase de mujer se había convertido. Ya no era la vecinita de al lado, sino la chica a quien yo amaba.

—Eres preciosa. —Me di cuenta de que susurraba a pesar de que allí estábamos a salvo. Mickey se encogió de hombros, un tanto avergonzada, y esbozó una sonrisa confusa.

—Parece que te sorprende —dijo, también en voz baja.

Se sentó conmigo en las sábanas y vació el contenido de su bolsa. Había un jersey con cuello de pico, una camiseta larga, cuatro cervezas, un paquete de tabaco y unos emparedados. Encima de éstos cayeron un cepillo de dientes y un tubo de dentífrico.

—Siento que no haya agua corriente —susurré, y Mickey sonrió ofreciéndome el jersey; negué con la cabeza y ella procedió a ponérselo. Luego me pasó una lata de cerveza y encendió

un cigarrillo para cada uno—. ¿No has tenido problemas para conseguir esto.. ? —dije, levantando la lata y tomando un sorbo.

—Las chicas siempre parecemos mayores de lo que somos —repuso; y en su caso era cierto. Se arrimó a mí y apoyó la cabeza en mi hombro, rozándome la mejilla con sus cabellos. Bebimos y fumamos en silencio, acurrucados. Tuve la sensación, los dos allí sentados en aquel sitio extraño y maravilloso, de que éramos astronautas dentro de una cápsula espacial en órbita alrededor de la Tierra.

Pero entonces, como me había ocurrido cada vez que fumaba un cigarrillo desde la muerte de Miles, como si asociara el olor del tabaco a su persona, su desaparición se tornó de nuevo presente y fue como caer en picado.

—¿Tú lo viste? —pregunté.

Mickey abrió la boca, pero le ahorré la molestia de tener que abordar el asunto.

—Cuando ocurrió el.. ¿Estabas tú allí cuando Miles murió?

Vi otra vez en sus ojos cómo pugnaba por responder.

—Por favor —le supliqué—. Mi madre no quiere.. no puede hablar de eso. Necesito saberlo.

Mickey me contó lo sucedido, que vio a Miles en el coche cuando volvía a casa por la Avenida después de bajar del autobús escolar, y que lo oyó discutir con mi madre, y lo de la policía y lo que aconteció después, de nuevo en la Avenida, y por último cuando Miles intentó

sortear el coche patrulla y se estrelló contra el árbol.

—¿Tú crees que murió tan rápido como dicen? —pregunté.

El cigarrillo tembló en sus labios cuando dio otra calada.

—Fred, no —dijo, apagando el cigarrillo y haciendo lo mismo con el mío. Me rodeó con sus brazos—. Siento que pasara lo que pasó. Siento que Miles no esté vivo y que esto te haga tan desdichado.

Miré nuestros dedos enlazados y recordé que así era como los mantenía mi madre día tras día en Escocia, mientras esperábamos noticias.

—No soy desdichado —empecé, pero la voz me temblaba. Intenté continuar con la esperanza de que hablando de ello me sentiría mejor—. Son cosas que pasan. Puedo superarlo. No tienes de qué preocuparte. .

Pero mentía. No podía superarlo. Me eché a llorar otra vez y noté la mano de Mickey acariciándome la cabeza. Esa vez, sin embargo, mis lágrimas eran distintas de las que había derramado en sus brazos junto a la entrada de la escuela. Como sangre que mana de una herida, eran lágrimas sin dolor, indicativas solamente de la profundidad del corte.

—Juntos podemos superarlo —susurró Mickey.

Me fui calmando poco a poco y conseguí reponerme lo suficiente para hablar.

—Miles vino a verme —dije—. Vino aquí, a la escuela, para decirme que algo malo pasaba. Yo no lo escuché.

Mickey me habló con tono sereno:

—Tú no sabías lo que ocurriría después. Nadie lo sabía.

Negué con la cabeza y me aparté de ella.

—Miles sí. Sabía que estaba en apuros. Sabía que irían por él. Que alguien. . Debería haberlo escuchado. Debería haber estado con él cuando me necesitó. Mickey abrió mucho los ojos.

—No, Fred. Tú no podrías haber hecho nada para cambiar las cosas. Otro temor acudió a mi mente.

—¿Tú crees que.. ? Lo que dicen los periódicos que hizo.. ¿Tú crees que es verdad?

Una lágrima bajó por su mejilla y cayó sobre su jersey.

—¿Crees que él.. que Miles pudo.. ?

Vi por su expresión que estaba asustada, que temía por mí.

El aire nos hacía cosquillas como electricidad estática. Suspiré y espiré aire otra vez. Mickey no tenía respuestas a mis preguntas. Nadie las tenía. Me froté la cara con las manos.

—No hablemos más de eso —dije.

Sus manos volvieron a mis hombros.

—Pero si tú..

—No.

Estaba decidido. Cogí mi lata y apuré la cerveza. Cerré los ojos, me sequé las lágrimas que me quedaban en la cara con el dorso de la mano. Conseguí amagar una sonrisa y dije:

—Catarsis. Lo aprendí en clase. Significa. .

—Ya lo sé. Significa lo que estás haciendo tú ahora. Y antes de que lo digas, tienes razón: es bueno para ti. . para nosotros..

Contemplé su cara, semejante a una estatua a la luz de las velas. Tan pronto como había llegado, Miles se esfumó en la oscuridad casi como si el brillo de Mickey lo hubiera ahuyentado.

—Lo que me has dicho por teléfono.. ¿iba en serio? —pregunté. Asintió con la cabeza.

—Sí —afirmó con expresión grave.

Tragué saliva, buscando alguna señal de duda en su rostro. Sus ojos brillaban a la luz de las velas. Me recordaban. . Traté de apartar la imagen de mí, pero me fue imposible. Me recordaban los ojos de Miles cuando había ido a verme a la escuela un mes antes, intentando encontrar las palabras para decirme cómo se sentía. Sólo entonces reconocí lo que había detrás de aquella mirada: amor. Y era amor lo que estaba viendo en los ojos

de Mickey, esa cosa que Miles había sido incapaz de expresar, pero que yo estaba decidido a declarar.

—Te quiero.

Nunca se lo había dicho a nadie, pero allí estaba, sin el menor esfuerzo. Después de todo eran sólo palabras, y los sentimientos que contenían habían estado dentro de mí durante meses. Verbalizarlas fue tan natural como decir: «Yo soy», porque así era como lo sentía. Mickey estaba viva en mí. Estábamos unidos. Yo no quería que eso muriera. No quería que nos separaran y no quería dejarla otra vez.

—Ven —dijo ella, tumbándose en las sábanas y tendiéndome los brazos.



8. Mickey

Es viernes por la noche. Joe quiere ir al cine con Tyler. Hemos tenido una semana difícil desde que volvimos de Rushton y creo que se merece un respiro, pero no estoy de muy buen humor. Además, recelo de Tyler, y de sus padres, Judith y Mike. Viven en una casa grande cerca del parque, van por ahí en un monovolumen Mercedes y, aunque son buena gente —un poco demasiado «positivos» para mi gusto—, me preocupa que su presencia en nuestras vidas haga que Joe dude de su propia manera de vivir.

Sé que es estupendo que Joe se relacione y se lleve tan bien con Tyler, pero no estoy preparada para esta sensación de tener demasiados cabos sueltos. Cuando éramos sólo Joe y yo, tomábamos las decisiones juntos y lo que él hiciera con su tiempo libre era cosa suya. Ahora sus horizontes parecen estar cambiando. Esta semana, el asunto de las inminentes vacaciones escolares ha sido motivo de riña. Tyler y sus padres se marchan de viaje a Norteamérica, y Joe, como es lógico, está celoso. Lo que me da más miedo es que la familia de Tyler, por simpatía, lo invite a ir con ellos y tenga que ser yo quien decida si va o no va. No estoy segura de poder asumir esa clase de decisión, por no hablar de los gastos.

Por si eso fuera poco, hemos tenido una semana espantosa en la floristería. No ha dejado de llover y apenas han entrado clientes. He pagado a Lisa y a Marge, mi otra ayudante, y le he hecho un préstamo a Lisa, lo cual me deja con bastante poco.

Joe se dedica a dar patadas a su mochila del colé mientras hablamos de lo del cine. A él no se lo he dicho, pero si le dejo ir, tendré que darle las últimas diez libras que me quedan en metálico.

—Es para mayores de doce años —protesto.

—¿Y qué?

—Que tú tienes nueve —le recuerdo.

—La madre de Tyler no piensa que eso sea un problema —dice de mal humor.

—Me da igual lo que opine la madre de Tyler. El que me preocupa eres tú.

—Pero si he visto montones de pelis para mayores de quince, y hasta un trozo de una para mayores de dieciocho.

—No se trata de eso, Joe —murmuro, sabiendo que sí se trata de eso—. Es por tu educación.

—Bueno, pues edúcame—replica, mirándome con los ojos brillantes. Yo suspiro, al borde de la exasperación—. No tiene nada de malo —continúa. Me conoce lo suficiente para ver que dudo, y entra a matar—. Son sólo dibujos animados y en el cole todo el mundo la ha visto. Tyler me tomará por tonto si le digo que no puedo ir.

No añade «por tu culpa» al final de la frase, pero el mensaje está implícito. Lo miro, y veo mi propia mirada retadora en sus ojos. Me gustaría encontrar la manera de decirle que no quiero que se haga mayor, pero eso no tiene sentido. Joe no lo entendería y yo quedaría como una tacaña si le dijera que ser mayor no es tan bueno como la gente cree, y que debería, si tiene dos dedos de frente, procurar ser niño todo el tiempo que sea posible. Además, eso me convertiría en la mayor hipócrita del planeta. Yo siempre quise crecer más deprisa, ser mayor de lo que era, desafiar las etiquetas impuestas por los padres y los gobiernos, de modo que no puedo pedirle a Joe que sea diferente. Y supongo que esas cosas no atañen a la edad sino a la

madurez, y si él es bastante maduro para superarme en muchos aspectos, entonces puede ver una película para mayores de doce sin que le pase nada malo.

—Está bien, está bien. Puedes ir —claudico al fin—. Pero luego no me vengas corriendo si no te dejan entrar.

—Oh, no te preocupes —dice sonriendo—. La mamá de Tyler ya ha reservado las entradas.

Se echa la mochila al hombro, va hacia la puerta y sube al piso. Cuando ya no puedo verlo, me froto la cara con las manos e intento dominar mi frustración. Un minuto más tarde entra Lisa sacudiendo su paraguas.

Inspiro hondo y busco la manera de sonreír.

—¿Alguna buena noticia? —le pregunto. Esta noche tiene una cita y le he dejado unas horas libres para que fuera de compras.

—En Barkers había cosas monísimas —responde entusiasmada—. Se va a caer de culo cuando me vea, claro que eso lo digo yo.

El afortunado caballero en cuestión es Spike, que trabaja en la tienda de música reggae que hay más abajo. Hace tiempo que va detrás de Lisa, pero es tan habilidoso que ella no ha captado que sus encuentros fortuitos no eran totalmente fruto de la coincidencia, como se empeña en creer. Han quedado en un club de reggae y Lisa estaba preocupadísima pensando en la imagen más idónea. Yo le he dicho que le sentaría de maravilla hasta una bolsa de basura, pero no me ha creído.

Se me acerca y abre la enorme bolsa de marca.

—Mira —dice, y saca unos pantalones negros que procede a colocarse sobre la cintura. Los tirabuzones le caen a la cara.

—Precioso.

—Y mira —continúa, sacando un top de licra que sostiene bajo la barbilla para que yo vea el efecto del conjunto—. Todo carísimo, pero qué caramba..

—Así me gusta —digo, sonriendo y tratando de pasar por alto que mi adelanto haya acabado tan bien invertido.

Lisa dobla las prendas con cuidado y las mete de nuevo en la bolsa.

—¿Tienes plan para esta noche? —pregunta.

—Joe va al cine, o sea que seguramente me dará un baño o algo así.

—Puedes usar mi aceite de rosas; hace milagros.

—Gracias.

Se queda mirándome.

—¿Estás bien?

Me encojo de hombros.

—Un poco cansada.

Asiente y ladea la cabeza antes de preguntar en voz baja:

—¿Todavía nada?

El domingo por la noche le conté una versión abreviada del viaje de Fred a Rushton. Lisa vaticinó que él se pondría en contacto conmigo esta semana y me dio un abrazo de amiga, diciéndome que tuviera fe, pero yo me puse muy nerviosa y cambié de tema. Estaba demasiado confusa para confesarle cómo me sentía o para seguir su consejo. No le había contado

muchas cosas, había demasiada historia entrelazada con el presente, y me parecía imposible encajar todas las piezas a fin de poder explicarlo.

Así pues, apenas hemos mencionado a Fred en toda la semana, pero sé que Lisa me observa, pues presiente, y no se equivoca, que estoy contando los días que faltan hasta mañana, el día de la boda.

Le respondo negando con la cabeza:

—Yo creo que eso se acabó.

—Lo siento —dice, tocándome el brazo, y sé que es sincera.

—Tranquila. Estoy bien, en serio —miento. Voy hacia la puerta, desconfiando de mi bravata—. Sube a prepararte. Yo me ocupo de la tienda.

Cuando se marcha, me asomo un momento a la puerta para mirar el autobús que acaba de detenerse fuera. Suena la puerta hidráulica y veo la cola de gente que sube. Parece como si todo el mundo tuviera algo que hacer. Menos yo, que estoy en pleno atasco vital. No soporto que Fred pueda estar cerca de aquí. Hace que me sienta asfixiada, atrapada. Está aquí, dentro de todo coche, en toda tienda, metido en el auricular de mi teléfono.. Nuestros mundos respectivos están interconectados. Es como si Fred hubiera desarrollado tentáculos que se adhieren a todo cuanto me es querido y me hubiera sacado del mundo seguro que yo me he construido para dejarme al borde de un abismo. Observo las caras de cansancio de los pasajeros y siento el peso de su fatiga.

Cierro un momento los ojos al revivir la conversación que tuve con Fred en Rushton. He vuelto sobre ella una y otra vez a lo largo de la semana, tratando de recuperar un poquito de esa determinación con que le dije que no podíamos vernos de nuevo. Sé que tenía razón, pero eso no sirve para que me sienta mejor. Quizá debería haberme acostado con él y acabar de una vez. Quizá me habría sentido bien si al final hubiéramos hecho el amor, una manera de poner la rúbrica a nuestro pasado.

Sé que en ese momento estaba protegiendo a Joe, y a mí misma también, pero ahora no le veo ningún beneficio a mi coraje. Le expliqué a Fred los motivos por los que no funcionaría, pero no le di los motivos por los que podría funcionar. Retrocedí a un rincón y, en vez de ser fuerte, le entregué toda mi energía. Desde que desperté el domingo, fui abajo y vi las sábanas y mantas dobladas encima del sofá de mis padres, sin señales de Fred, me he sentido como vacía, como si me hubieran arrancado algo.

La culpa es mía. Dejé que dependiera de él cambiar las cosas y, a pesar de todo lo que le dije, casi esperaba que se presentara o me llamara por

teléfono. Pero no ha sido así. Lo rechacé

y Fred ya no está: así de simple. Dentro de veinticuatro horas se habrá casado con Rebecca, la chica que, como yo señalé (estúpida de mí), lo quiere muchísimo y va a hacerlo muy feliz. Y ahí

se acabará todo. Inspiro hondo, giro el cartel por la cara de «CERRADO» y bajo las persianas. Para cuando he terminado de ordenar la tienda y subo al piso, Joe ya está a punto de marcharse.

Se ha puesto la camiseta que ganó en la presentación de los juegos de Fred: me consta que huele, pero ya no me quedan fuerzas para discutir por eso. Está pelando un plátano con la navaja que Fred le regaló.

—¿Puede venir Fred mañana a comer? —pregunta.

—No, cariño. Está ocupado.

—Podríamos llamarlo —sugiere, esperanzado—. A ver si lo convencemos para que venga a volar la cometa.

Lo miro, sorprendida de que sea tan lento para captar las cosas.

—Creo que no vamos a saber mucho de Fred en algún tiempo —digo con cautela—. Sabías que se casa mañana, ¿no?

Frunce el entrecejo.

—¿Con esa mujer?

Asiento con la cabeza.

—Es espantosa, la pobre. —Arruga la nariz.

—Eso no lo sabemos, Joe —apunto, en plan razonable—. Además, no importa que lo sea o no. Fred la quiere.

—Pues no veo cómo..

—Dejémoslo —lo corto—. El caso es que Fred tiene una nueva vida a partir de ahora, y nosotros no cabemos en ella.

—Ah. —Parece que por fin cae de la nube.

Guarda la navaja; me da la impresión de que todo él se encoge mientras hunde las manos en los bolsillos, y en ese instante odio a Fred. Lo odio por entrar en nuestras vidas y esfumarse después. Y lo odio por defraudar a Joe. Yo sabía que era peligroso y, sin embargo, aquí estoy otra vez, dándole vueltas al asunto, hundida por los mismos sentimientos de entonces, sólo que ahora es mucho peor. Esta vez soy la responsable de mi naufragio y el de Joe. Me giro hacia el fregadero y levanto la cabeza para que no me caigan las lágrimas. Joe no lo advierte. Lo oigo acercarse por detrás.

—Mamá. ¿Tú te casarías de nuevo?

Doy media vuelta e intento sonreír.

—Qué pregunta más absurda —digo, pero él no se rinde fácilmente.

—¿Sí o no?

—Nadie me lo ha pedido todavía, Joe. Uno no decide casarse así porque sí. Tienes que encontrar a alguien, una pareja.

—Pero supón que hubiera ese alguien. Alguien como Fred. .

Trago saliva.

—No lo sé —respondo—. Eso lo cambiaría todo. Quiero decir, estamos bien como estamos, ¿no crees?

Para mi sorpresa, Joe me sonríe con solidaridad y veo que es inútil tratar de ocultarle cómo me siento. Se me aproxima tan confiado y sabio que casi me derrumbo, como si yo fuera el niño y él el adulto.

—Pues a mí no me importaría —dice, y me da un abrazo. Yo acerco mis labios a su cabeza cuando apoya la mejilla en la pechera de mi jersey—. Yo sólo quiero que seas feliz, mamá. Quisiera responderle que lo soy, pero no puedo porque las lágrimas me caen sobre sus cabellos.

Sentí como si mi corazón fuera a reventar. Me daba lo mismo que hiciera frío, que hubiera polvo o que el suelo estuviera duro. Para mí era el sitio más perfecto del mundo y flotábamos sobre el colchón de plumas más blando del universo. Cuando Fred se puso encima de mí y yo le rodeé el cuello con mis brazos, sentí un inmenso alivio y cerré un instante los ojos, saboreando la sensación de estar a salvo, de ser abrazada por la persona que lo significaba todo para mí. Yo estaba allí, con él, y lo demás no importaba.

Había imaginado muchas veces ese momento, pero cuando llegó, no se parecía en nada a la imagen que me había formado. Había temido que mi plan para reunirme con Fred no funcionara, que descubrieran mi ausencia, que Pippa no fuera una coartada segura, o que Fred no pudiera escapar para estar conmigo.

Luego estaba el problema de qué pasaría cuando nos viéramos. Me preocupaba no saber qué decirle, puesto que nunca había tenido un amigo cuyo padre hubiera muerto. En los peores momentos había pensado que Fred se mostraría distante y frío, tal vez reacio a estar conmigo. Pero ahora todos mis temores se me antojaban ridículos y la angustia que había experimentado en las últimas semanas desapareció por completo.

Me había devanado los sesos pensando en Fred. Lo único que necesitaba era averiguar dónde estaba. Supuse que Louisa lo habría enviado de nuevo a la escuela y ansiaba saber si se encontraba bien. Sin poder hablar con Fred, la muerte de Miles se había convertido en algo mucho

peor. Todas mis emociones parecían multiplicarse por dos, como si yo también estuviera sintiendo el shock, la ira y el miedo, igual que él. En su ausencia, todos los

comentarios de la gente, en la escuela y en casa, habían sido un duro golpe para mí, como si Miles hubiera sido mi padre y yo fuese el objeto de todos los chismes. Ahora que habíamos hablado, sentía como si me hubiera dejado caer de la cuerda floja a una red de seguridad. No es que todo fuera normal, pero al menos hablar de eso con Fred le había quitado hierro al asunto, por más espantoso que fuese.

Los rumores de que Miles era un asesino habían convertido en un infierno la vida en Rushton. No parecía importar que hubiera habido una muerte horrible a un paso de nosotros; lo único que les preocupaba a todos era el hallazgo de un cadáver en Clan. En un intento de aceptar el hecho de haber conocido de cerca a alguien que pudo cometer un acto tan espantoso como un asesinato, el supuesto crimen de Miles se volvió más brutal incluso de lo que los periódicos nos hacían creer, y su víctima, un perfecto desconocido, fue adornada con cualidades que ni siquiera en vida habría podido tener.

Lo que más me desagradó fue que todo el mundo tomara la muerte de Miles como una oportunidad de hinchar su propio ego, de demostrar hasta qué extremo ellos no eran asesinos ni cobardes ni mentirosos, a diferencia de él. Scott me dijo que en el Gordon Arms la gente evitaba sentarse donde solía hacerlo Miles. Hablaban en animados susurros sobre los momentos en que habían vislumbrado un atisbo del carácter violento del finado. En vez de recordar sus buenas cualidades y que (aun esporádicamente) había formado parte de la comunidad, todo Rushton hablaba de él como si fuese un forajido, un mal bicho que, con su coche de lujo y su ropa cara, nunca había encajado en el pueblo. Incluso las reuniones de carácter bíblico de Louisa eran vistas ahora como un plan para recabar méritos celestiales en un intento de protegerse contra el tirano de su marido.

A mí me daba pena por Miles, y me pareció que era la única persona en todo el pueblo que lamentaba su muerte. Yo había visto con mis propios ojos lo asustado que estaba y cómo casi había burlado a la policía. Me habría gustado que Miles hubiera vuelto para defenderse de las calumnias y mandar al cuerno a todos los habitantes de Rushton. La policía aún tenía acordonado el roble contra el que Miles chocó al final de la Avenida, y cada vez que pasaba por allí, me entraban ganas de llorar. Nunca había conocido

a nadie que hubiera muerto y en sueños se me aparecía el Porsche, hecho un acordeón. Tenía metido en la nariz el olor a quemado de aquel día y los nervios constantemente a flor de piel. Despertaba siempre asustada, pensando que la sensación de estar viva me abandonaría en cualquier momento si no me mantenía alerta.

Ignoro si Louisa sentía la vergüenza que sus antiguos vecinos suponían. Sólo sé que la casa de al lado estaba en venta. El lugar que en tiempos había sido mi segundo hogar había adquirido un aura fantasmagórica, era un sitio del que los chicos del pueblo contaban historias de miedo, retándose unos a otros a mirar por las ventanas. Un día, nada más despertar, descubrí que alguien había pintado la palabra «asesino» en el porche delantero y me resultó

horroroso, como si durante el sueño alguien me hubiera hecho un tatuaje. Pero lo peor de todo fue, para mí, que a raíz de la muerte de Miles nadie mencionara a Fred. Él no encajaba bien en la escandalosa leyenda que siguió al accidente, en el mito popular del que tanto se hablaba, que había sido moldeado hasta convertirlo en algo tangible, casi como un tótem. Dejaron a Fred de lado, como si no formara parte de toda la historia. Y por si fuese poco, el hecho innegable de que Fred y yo éramos muy amigos se desvaneció de la noche a la mañana. Mis padres, que nunca habían querido enterarse realmente de lo que yo sentía por Fred, negaban sin más que hubiera nada entre nosotros. También en el instituto, Fred y yo (de quienes siempre se había hablado como una unidad) fuimos borrados en pro de los «escandalosos» Roper.

Por esa razón necesitaba demostrarle a Fred, después del accidente, que todavía lo quería. Necesitaba decirle que yo no lo juzgaba, que para mí continuaba siendo mi Fred,

independientemente de lo que hubiera pasado. Pero, por encima de todo, necesitaba estar físicamente con él. Ansiaba tanto ese contacto, necesitaba tanto un abrazo, que tumbados en el duro suelo me volví insaciable.

El rostro de Fred parpadeó en las sombras.

—¿Te estoy aplastando? —susurró, apoyándose en los codos.

—No —contesté, y ceñí sus piernas con las mías—. Quiero sentirte todo.

—Yo también a ti —musitó.

—Fred —dije, tomándole la cara entre mis manos, nuestras narices casi tocándose—. Quiero que lo hagamos..

Puso cara de asombro.

—¿Estás segura? Es decir, ¿no prefieres esperar?

Me aparté para mirarlo mejor, preocupada porque no compartiera mis sentimientos.

—¿Esperar a qué?

Fred me miró a los ojos y me acarició el pelo.

—Mickey —suspiró—. Todo aquello que habíamos planeado..

—No importa. Nada importa. Sólo el ahora —susurré, arrimando mi cara a su cuello, deleitándome en el olor de su piel—. No quiero esperar más. ¿Y tú?

—Claro que no. Dios mío, Mickey.. —dijo, abrazándome con más fuerza. Cerré los ojos y empezamos a besarnos otra vez. Le subí el jersey mientras rodábamos de costado, hasta que Fred se apartó, sonriendo.

—Llevamos demasiada ropa.

—Lo sé. —Reí—. Te echo una carrera.

Nos pusimos de rodillas y comenzamos a arrancarnos la ropa. Noté el aire helado en la piel, pero por dentro estaba ardiendo. Desnudos, nos situamos uno delante del otro. La cara de Fred se veía suave a la luz de las velas, su piel, pálida, casi luminosa.

—Qué preciosa eres.. —suspiró, alargando la mano para acariciarme un pecho. No podía creer lo guapo que estaba desnudo. Conocía su cuerpo desde siempre, pero era como verlo convertido en un hombre de verdad por primera vez. Toqué los músculos firmes de sus brazos y dejé que mis ojos recorrieran la tersa piel de su duro estómago. Si creía que iba a sentir vergüenza, ésta no apareció. Me parecía, en cambio, que éramos las únicas personas en todo el planeta, como si lo que estábamos haciendo no lo hubiera hecho nadie antes que nosotros. De rodillas frente a Fred me sentí irremediabilmente romántica, abrumadoramente primitiva. Aquello era muy distinto de lo que se contaba en la escuela, no se semejaba siquiera a cómo había imaginado que sería de vacaciones en Francia, en un saco de dormir.

—Eres guapísimo —susurré—. Oh, Fred, Fred, te he echado tanto de menos.. Me hizo callar con un beso y juntamos nuestros cuerpos, besándonos la piel, explorando con nuestros dedos primero tímidamente, luego con más confianza a medida que nuestros cuerpos se encontraban. Fred me rodeó con los brazos, me tumbó de espaldas y empezó a besarme por todas partes. Yo arqueé el cuerpo hacia él, agarrándole el cabello.

—Eres muy hermosa, Mickey —murmuró entre besos.

Al final lo atraje hacia mí y nos miramos a los ojos. El corazón me latía más fuerte que nunca.

—¿Me amarás mañana por la mañana, Fred Roper? —pregunté con una sonrisa.

—Te amaré mañana y todas las mañanas que me queden de vida. Pase lo que pase, seré

siempre tuyo, Mickey, lo juro.

Entonces lo sentí presionar contra mí, y dentro de mí. Abrí mucho los ojos.

—Te quiero, te quiero, te quiero —repetí besándole la cara.

—Eres perfecta —jadeó él—. Oh, Mickey.

—¡Roper!

El sonido desapacible de una voz masculina cayó como un hachazo. Lancé un grito y aparté la vista, protegiéndome la cara de un implacable haz de luz, inmovilizada como un presidiario en el acto de saltar la valla. Noté que Fred salía de mí mientras, frenéticamente, cogía las sábanas para cubrirnos.

—Te avisé —oí que decía otra voz, riendo.

—¡Clarkson! —exclamó Fred.

Miré por encima de la sábana y vi a un chico con flequillo oscuro, cruzado de brazos y recostado en la puerta.

—Basta, Phillip —ordenó un hombre mayor, palmeando a Clarkson en el hombro. Clarkson señaló con el dedo a Fred con una horrible expresión en la cara, y luego se retiró

mientras se toqueteaba el flequillo.

El hombre volvió a hablar y yo me acurruqué como pude.

—Vístase como Dios manda, Roper —le dijo a Fred—. Quiero verlos fuera a usted y a su... amiga. Inmediatamente.

Salió cerrando de un portazo y la corriente de aire apagó la mitad de las velas. La cara de Fred era la imagen de la angustia. Empezó a tirarse del pelo mientras se ponía en pie.

—¡Dios! —exclamó.

Me incorporé y alcancé mi ropa. La vergüenza me caló hasta los huesos y mis dientes comenzaron a castañetear.

—Oh, Mickey —dijo Fred, desesperado—. Lo siento. Joder, lo siento mucho.

—¿Hay alguna otra salida? —pregunté, poniéndome rápidamente los pantalones—. A lo mejor. .

—No. Ésa es la única puerta. Estamos atrapados.

Lo miré mientras nos vestíamos, sintiendo que la intimidad que habíamos compartido momentos antes se hacía añicos, evaporada en la nube de polvo que se formó alrededor de nosotros. Las rodillas me temblaban, todo mi cuerpo estaba conmocionado todavía. Sin decir palabra, vi cómo Fred aplastaba de mala manera las velas que aún estaban encendidas y luego me tendía la mano para que me levantara. Se quedó allí de pie un instante, apretándome la mano en la oscuridad, incapaces los dos de encontrar palabras. Cerré los ojos y deseé tener poderes para escapar de allí, pero ya era tarde.

La puerta volvió a abrirse y la linterna llenó la estancia con su luz fría.

—Vamos, es para hoy —ordenó el hombre, que sin duda era un profesor. Seguí a Fred hacia la luz estéril que nos guiaba a la puerta, y a nuestro destino. El viaje de vuelta al internado fue horrible. El director, que se presentó a mí como señor Pearce, tenía el coche aparcado en el camino particular, cerca de la entrada. Había otro hombre esperando allí. Le dijeron a Fred que subiera al coche del otro director y a mí que montara en el del señor Pearce con Clarkson. Me acurruqué lejos de él en una esquina del asiento mientras el coche se dirigía a los edificios de la escuela, sintiéndome observada todo el tiempo. La escuela era mucho más grande de lo que yo había imaginado y estaba misteriosamente oscura. Un reloj enorme dentro de una torre sobre la imponente entrada dio las doce de la noche mientras los dos automóviles se detenían al borde del camino de grava. El señor Pearce se apeó y me abrió la puerta, pero yo me quedé sentada, rígida, sin atreverme a salir.

—Vamos —me dijo.

Sin mirarlo, bajé del coche.

Un momento después, vi que Fred se apeaba del asiento del acompañante del otro vehículo. Nuestras miradas se cruzaron, pero no pudimos decirnos nada.

—Iremos a mi casa, Jerry —le dijo Pearce al otro director, que asintió con la cabeza. Clarkson cerró la puerta del copiloto y rodeó por delante el coche del señor Pearce mientras Fred y el otro hombre se acercaban a nosotros.

—Estoy impresionado, Roper —le dijo a Fred, y silbó por lo bajo—. La chica no está nada mal.. Fred soltó un grito gutural y se abalanzó sobre él con los puños en alto.

—¡So, muchachote! —rió Clarkson, esquivándolo y parodiando los puñetazos que Fred trataba de propinarle mientras el otro hombre lo sujetaba.

—¡Te mataré! —bramó, mientras el director, con cara de enfado, le tiraba de la hombrera del jersey.

—¡Bah! —se mofó—. Yo pensaba que lo de tu padre te habría quitado las ganas de esas cosas. —¡Basta! —ordenó el señor Pearce—. Se acabó. Ahora suba a su habitación. Clarkson sonrió y me guiñó el ojo antes de encaminarse hacia el edificio grande, hundiendo las manos en los bolsillos y poniéndose a silbar despreocupadamente. Vi que Fred lo miraba temblando de ira y noté que el pulso se me aceleraba. Me hubiera gustado machacar a Clarkson.

—Vamos a arreglar esto —dijo el señor Pearce, con un gesto de la cabeza hacia el otro director, que estaba junto a Fred.

Durante un momento pensé en echar a correr, sabiendo que Fred me seguiría, pero el señor Pearce parecía haberme leído el pensamiento y me condujo hacia la puerta de una casa grande.

Volví desesperada la vista atrás, hacia Fred, conteniendo las lágrimas. Entré detrás del señor Pearce a un zaguán con paneles de madera. Había un gran perchero de madera con paraguas, abrigos y varios pares de botas. Un labrador con cara de sueño levantó la cabeza desde una alfombra al pie de la escalera.

—Si hace el favor de venir... —dijo con firmeza el señor Pearce, llevándome del codo hasta una puerta a mano izquierda. La abrió y me acompañó a un pequeño estudio.

—Pero.. —empecé, al darme cuenta de que Fred no nos seguía.

El señor Pearce hizo un gesto al hombre que se llevaba a Fred por el pasillo y, antes de que yo pudiera decir nada más, entró también en el estudio y cerró. Pearce era alto, con una poblada barba castaña y unos ojos azules muy vivos. Probablemente era más joven de lo que aparentaba, quizá más joven que mis padres.

—Puede sentarse —dijo, yendo hacia el amplio escritorio con superficie de piel. Me quedé donde estaba, mirando desafiante alrededor. Una de las paredes estaba casi cubierta de fotografías de equipos deportivos de la

escuela; las otras dos, con librerías hasta el techo. Sobre el escritorio había una lámpara de lectura de cristal verde, que el señor Pearce encendió.

—¿Adonde va Fred? Quiero ver a Fred —exigí, tratando de frenar el temblor de mi barbilla mientras lo miraba con mala cara.

—Me temo que eso no será posible —repuso, tirando sus llaves a la mesa.

—Usted no puede detenerme —dije, subiendo la voz.

El señor Pearce expulsó el aire de los pulmones y luego me miró con expresión muy seria.

—Me temo que sí.

—¡No! —chillé, precipitándome llena de rabia hacia la puerta. Veloz como el rayo, el señor Pearce rodeó la mesa y apoyó el brazo en la puerta. Tiré

desesperadamente del pomo de porcelana.

—¡Déjeme salir! —grité—. ¡Déjeme salir!

Él hizo más fuerza aún y no pude mover la puerta. Gruesas lágrimas de ira brotaron de mis ojos.

—Por favor. . ya basta —dijo, tirándome del hombro—. No servirá de nada. —Me obligó a dar media vuelta, me sujetó por los hombros y se inclinó para mirarme a la cara—. Cálmese,

¿de acuerdo?

—Pero.. ¿qué van a hacerle a Fred? —exclamé.

El señor Pearce me apartó de la puerta e indicó que me sentara en la butaca de cuero rojo.

—Mire.. —dijo serenamente e inclinándose.

—Mickey —murmuré, secándome las lágrimas.

—Mickey. Bien.. estamos ante un caso de *in loco parentis*. ¿Sabe lo que eso significa?

Negué con la cabeza.

—Significa —continuó, con enloquecedora calma— que yo soy el responsable de todos esos chicos. Dentro de esta casa están bajo mi custodia. Por ley, debo actuar como lo harían sus padres si estuvieran aquí.

—Fred no lo necesita. Es bastante mayor para hacer lo que quiera —le espeté.

—Se equivoca. No lo es conforme a la ley, ni según las normas de este centro.

—Pues sus normas me parecen estúpidas —apostillé—. Encierran a la gente como si fueran animales..

—Esto es un establecimiento docente, Mickey, no un zoológico. Las normas están por algo, para proteger a los propios chicos.

—Fred no necesita protección.

—En eso discrepo. ¿Cuántos años tiene usted?

—Diecisiete —mentí.

El señor Pearce no pareció impresionado y me miró arqueando las cejas.

—Tendrá que darme el número de teléfono de sus padres. Imagino que ellos no saben dónde está...

Guardé silencio, sintiéndome atrapada. Mis manos eran dos puños apretados de rabia. Odiaba a aquel hombre y cuanto representaba.

—¿Va a darme el número de sus padres? —preguntó, yendo hasta la mesa y levantando el auricular.

—Vayase al infierno —gruñí.

El señor Pearce colgó el teléfono muy despacio.

—Mire usted, Mickey —dijo con tono razonable, haciendo oídos sordos a mi última frase—. Entiendo que esté furiosa, y la situación es un tanto delicada, pero no empeoremos más las cosas. Creo que lo mejor es que pase la noche aquí y que sus padres vengan a buscarla por la mañana. —Me miró, pero yo me negaba a ceder—. Si le sirve para sentirse mejor, no les explicaré nada de.. bueno, ya me entiende. —Carraspeó un poco. Me mordí los labios y miré al techo. Vi una telaraña colgando de la lámpara. Estaba decidida a no hablar, pero el señor Pearce no se daba por vencido.

—Tengo toda la noche —dijo, levantando otra vez el auricular—. ¿Prefiere que pregunte el número de su casa a la madre de Fred?

Lo último que deseaba era meter en todo eso a Louisa. No tenía otra opción. Me quedé

mirando cómo el director marcaba y adiviné que era papá quien había contestado; enseguida me entró miedo al oír hablar al señor Pearce.

—Hola, soy Andrew Pearce, del Greenaway College —se presentó, mientras se mesaba la barba—. Imagino que se estarán preguntando dónde se encuentra su hija Mickey.. —Me miró—. Sí, exacto. . su amigo Frederick Roper. .

Dejé de escuchar y miré hacia la pared, con los ojos cegados de lágrimas. Al cabo de un rato el señor Pearce colgó.

—Vamos —dijo, poniéndose en pie y conduciéndome hacia la puerta—. Mi mujer se

ocupará de usted. ¿Sue? —llamó al salir al corredor, con voz jovial, como si nada hubiera pasado. Me quedé mirándolo, pasmada de que hubiera podido reventar mi vida y estar tan alegre. Una mujer menuda con el pelo rizado salió por una puerta junto a la escalera. Llevaba un chándal rosa y blanco y me sonrió al acercarse a nosotros, apartando al perro con suavidad—. A ver si puedes instalar a Mickey en el trastero.. La habitación estaba dos tramos de escalera más arriba, en la parte de atrás de la casa. Tenía cortinas azules con volantes y el papel de las paredes era azul y morado. Me senté en la blanda cama sintiéndome más sola que nunca. Había probado a abrir la ventana, pero estaba cerrada con llave, y sabía que el señor y la señora Pearce estarían pendientes de todos mis movimientos. Fred debía de estar al otro lado de aquella pared, tal vez a sólo unos pasos de distancia, lo que aún era más doloroso.

La moqueta azul se fue desdibujando con la profusión de lágrimas que caían a mi regazo. Hacía sólo media hora yo estaba desnuda con Fred, pero parecía que hubieran pasado años, y, pese a que ahora estaba vestida, me sentía más vulnerable y expuesta que nunca. No superaba la humillación de haber sido sorprendida *in fraganti*. Sí, sin duda era gracioso si le pasaba a otro. Me imaginé a Annabel y a Pippa boqueando entre horrorizadas y gozosas si alguna vez se llegaban a enterar. Pero yo estaba desesperada; no podía quitarme de la cabeza la vergüenza de que el señor Pearce y aquel infame de Clarkson nos hubieran visto a Fred y a mí desnudos. Lo volvía todo muy sórdido. Aunque me esforzaba por recordar lo bonito y maravilloso que había sido estar juntos, ahora semejaba algo sucio por culpa de otros, y yo sólo tenía ganas de matarlos.

Todo había sido perfecto. O todo lo perfecto que era posible, dadas las circunstancias. Pero ahora, arrancada del lado de Fred, me sentía aún peor que cuando no podía verlo. No soportaba pensar en lo que le estaba pasando ni en lo mal que debía de sentirse. Yo, al menos, estaba sola. El pobre Fred estaría en el dormitorio y todo el mundo sabría lo que habíamos hecho.

No sé cuánto tiempo estuve sentada en la cama, pero al final oí que se abría la puerta. La señora Pearce entró con una taza humeante que dejó sobre la mesita de noche.

—Te he preparado chocolate caliente —anunció. Yo miré el tazón por el rabillo del ojo, pero no dije nada—. Mickey. —Me puso una mano en el

hombro y se sentó a mi lado. Los muelles crujieron con su peso—. ¿Te encuentras bien? —preguntó con amabilidad.

—No es justo —susurré—. No es justo.

—Vamos, vamos. Mañana lo verás todo menos negro.

La miré con ojos preñados de odio.

—No, seguro que no. Usted no lo entiende. No es culpa de Fred. .

—Mira, si eso te ayuda a sentirte mejor, a Fred no van a expulsarlo. De todos modos se marcha dentro de dos semanas, cuando termine los exámenes. Pobre chico, bastante ha pasado ya.. Con sus palabras no me sentí mejor. Eran lo último que deseaba oír, pero hubo algo en su tono de voz que me quitó un poco de amargura. La miré, confiando en su ayuda.

—¿Puedo verlo? —supliqué—. Sólo un momento.

—Creo que eso no puede ser —dijo, estirando el brazo para retirar el cubrecama—. Esta noche no. Mira, lo mejor que puedes hacer ahora es descansar un poco. Mañana veremos qué se puede hacer.

De mala gana, me eché hacia atrás y levanté los pies, abrazándome las rodillas.

—Así me gusta —aprobo la señora Pearce, pasándome un pañuelo. Me soné y le di las gracias.

—Ahora duerme. Imagino que estarás muy cansada. —Me sonrió, con ojos afables—. Mañana por la mañana te encontrarás mucho mejor.

Asentí aturdida, y ella se levantó y salió de la habitación, no sin antes lanzarme una mirada de preocupación. Entonces agaché la cabeza y lloré hasta que me quedé dormida. La cosa no mejoró por la mañana. Una estridente campana eléctrica me sacó de mi agitado sueño. Oí gritos, y salté de la cama y aparté la cortina. Unos quince minutos después hubo más timbrazos. Miré por la ventana. Las puertas de la parte principal del edificio se abrieron para dejar salir a un enjambre de chicos de uniforme que echaron a correr por el camino de grava bajo la lluvia. Me acerqué al cristal y limpié con la manga mi aliento condensado, confiando en ver a Fred entre aquellos chicos, pero no estaba. Como era previsible, mi padre se presentó temprano. Fue raro verlo en la escuela de Fred. Vestido con su mejor y más serio traje, parecía, sin embargo, estar fuera de su elemento, y no paró de balbucir. Guardé silencio mientras él les daba las gracias al señor y la señora Pearce, asegurándoles que me impondría el castigo que creyera más oportuno. Sentí que me invadía una gran frialdad mientras íbamos hacia el coche. Cuando dejamos Greenaway, no volví la vista atrás.

No cruzamos palabra en todo el trayecto hasta Rushton. Yo tenía la vista fija en los limpiaparabrisas que se movían de un lado al otro y sentía como si me estuvieran azotando. No me importaba lo que pudieran hacerme mis padres. El peor castigo del mundo ya lo había recibido.

Cuando llegamos a casa, mamá nos esperaba en el comedor, fumando un cigarrillo con cara de enfado. Vi que el cenicero estaba a rebosar.

—No puedo creerlo —empezó, con furiosos movimientos de la cabeza—. Qué

humillación. No te lo imaginas..

—¿Qué te impulsó a hacerlo? —preguntó papá, recuperando al fin la voz—. ¿Por qué te escapaste?

Lo miré, perpleja ante su pregunta. ¿Cómo podía lograr que comprendiera que estaba enamorada de Fred y que la única cosa que me importaba era verlo?

Mamá tenía los brazos en jarras y el rostro ceñudo.

—Responde a tu padre —me ordenó.

Hice caso omiso y apreté los labios mientras contemplaba la lámpara que colgaba sobre la mesa. Por el rabillo del ojo pude ver que se miraban y presentí un cambio de táctica. Papá

carraspeó.

—¿Y Fred. ? Bueno, ya sabes.. ¿Te.. tocó? —dijo.

Noté que algo se partía dentro de mí. Los miré alternativamente con odio.

—Estábamos haciendo el amor —mascullé—. Pues claro que me tocó. Mi madre soltó un gemido y apartó la vista.

—¡Oh, Geoffrey! —exclamó, llevándose una mano a la boca.

—No me tratéis como a una niña —grité.

—Es lo que eres, Mickey —dijo papá con frialdad.

—No podéis impedir que haga lo que me dé la gana —chillé. Durante un momento creí

que mi padre iba a pegarme, pero no lo hizo.

—Podemos impedirlo y lo impediremos. Se acabó el ver a Fred. Para siempre. ¿Queda claro? —Pienso volver a verlo. Me da igual lo que digas. Nos queremos y vamos a estar juntos.

—De eso nada. Tú acabarás el curso, y a partir de ahora nos tendrás más respeto.

—¡Te odio! —grité—. Os odio a los dos. Vosotros no me queréis.

—¡Ya basta! —bramó mi madre—. ¿Es que no te enteras? Se acabó tanta tontería. —Fue directa hacia mí, pero papá la detuvo.

Me quedé mirándola con todo el desprecio de que era capaz, luego di media vuelta y subí

corriendo a mi cuarto. Ni que decir tiene que cerré de un portazo.

El piso está desacostumbradamente silencioso cuando Lisa y Joe se marchan. Pongo la tele y cambio de canal sin muchas esperanzas. No dan nada que valga la pena mirar, de modo que la apago y lleno de agua la bañera. Busco en la caja de esencias de aromaterapia y saco el aceite de rosas. Lo desenroscó, y mientras aspiro su embriagador perfume me pregunto si de verdad podrá calmar mi tensión, como asegura Lisa.

Para una gota de esencia hacen falta treinta rosas. En aquel tiempo, estar enamorada fue como echarme encima toda una botella de aceite de rosas. Fue algo envolvente, embriagador y peligroso, y a partir de entonces todos mis sentimientos me han parecido diluidos. Me doy cuenta ahora, mientras vierto unas gotas en el agua, que desde lo de Fred me he pasado media vida en un estado casi constante de anticlímax.

Empecé a escribir un diario la noche en que nos separaron. Poner por escrito mis sentimientos parecía el único modo de ordenar mis pensamientos. Lo llevé a rajatabla durante un año seguido, como un preso lleno de odio e impotencia, mientras chocaba una y otra vez con el enervante muro de la autoridad paterno-materna. Al principio copiaba algunos fragmentos de mis prolijas anotaciones, manchadas de lágrimas y teñidas de pena, en mis cartas a Fred. Pero al no recibir noticias suyas, las entradas de mi diario se tornaron diatribas amargas para dar paso primero a la confusión y, finalmente, a la depresión. Tras un tiempo escribía para mantener vivos mis sentimientos, para registrar hechos mundanos de mi solitaria existencia con un patetismo añadido, confiando en que algún día esas páginas servirían de prueba, en que, si gracias a algún milagro, volvía a ver a Fred, podría enseñarle mis escritos y hacer que sintiera la desdicha que había sentido yo. O para que, si llegaba lo peor y me moría, mis padres pudieran leer el diario y llorar por la infelicidad que me habían causado.

Durante casi toda mi niñez había querido y buscado ser adulta de una manera oficial, pues en mi horizonte veía brillar como un faro la edad de la independencia; pero sin Fred me sentía desprovista de toda gloria, y apenas tuve fuerzas para apagar las velas de la tarta de cumpleaños que me hizo la abuela Richie cuando cumplí los dieciséis. Naturalmente, suspendí

los exámenes finales, más como una forma de protesta que por otra cosa. Ya que el mundo quería tratarme como una criatura estúpida, decidí comportarme como tal. No tenía motivos para vivir; donde antes había un futuro repleto de sueños, sin Fred todo era espacio en blanco. Pensándolo ahora, resulta irónico que el momento que marcó el final de mi infancia no fue cuando perdí la virginidad con Fred, sino cuando les cerré la puerta a mis padres y me refugié en mi cuarto. Fue un acto muy infantil, pero mientras lloraba contra la bata que colgaba detrás de la puerta, aporreándola con los puños de pura frustración, me di cuenta de que había perdido, y por primera vez me sentí derrotada.

No puedo culpar a mis padres por la forma en que actuaron. Les daba miedo que estuviera creciendo demasiado deprisa. Y no puedo culpar al señor Pearce por separarme de Fred porque a él también lo movía el miedo. Tenía las manos atadas: era responsable de sus alumnos y no podía permitir que se comportaran al margen de las normas del centro. Y así, sus miedos combinados consiguieron filtrarse por la barricada de mi cuarto y me convertí en una mujer adulta.

A partir de entonces el mundo ya no fue el mismo. Si antes eran mis padres los que tenían que pararme los pies, ahora era yo misma quien lo hacía. Pasé de ser egocéntrica a autocensurarme. El mundo dejó de ser un lugar precioso lleno de maravillas. Nunca volví a abrir un atlas al azar. No volví a alimentar complicadas fantasías. E incluso cuando conocí a Dan y me mudé a

Londres, una parte de mi corazón se reservó el beneficio de la duda. Si Fred y yo hubiéramos podido seguir en contacto, tal vez las cosas habrían sido distintas. Pero, inevitablemente, la furia se convirtió en apatía y el dolor quedó en simple entumecimiento. Empecé a saltarme mi cita con el diario y al final dejé de escribir. Había revivido una y otra vez nuestro momento de pasión en el templo hasta que, de haber regurgitado tantas veces ese recuerdo, dejó de ser tangible. Al final, toda mi relación con Fred dejó de parecerme real. Éramos historia pasada. Todo el mundo había seguido adelante. Hasta los recortes de prensa que hablaban de Miles, y que tan importantes se me habían antojado en su momento, fueron a parar a la papelera.

Echo la cabeza atrás para que el agua me empape el cabello. Lo noto flotar como algas en torno a mi cabeza y me pregunto qué pasaría si no tomara tantas precauciones. Me asaltan imágenes del último fin de semana.

Siento el sol en el campo de Jimmy Dughead y me veo junto a Joe y Fred, mirando a lo lejos los tejados de Rushton. ¿Podría ser así la vida, todo el tiempo?

Me incorporo bruscamente y me escurro el pelo, molesta conmigo misma. No puedo hacer esto. El último fin de semana no fue una promesa de futuro sino un regusto agradable de cosas que ya pasaron, y soy una tonta por darle el menor viso de realidad. Fue tan poco real como las familias felices de los anuncios de televisión. La vida no es así: los padres son actores y los niños están maquillados para mostrar un aspecto saludable. Levanto las rodillas y encaro los hechos. La verdad es que Fred pertenece a otra, a Rebecca. Mañana caminará del brazo con ella, guapísimo, y la fotografía de la pareja de recién casados tendrá el rostro de Fred y Rebecca, no el mío.

Está mal sentir celos, pero ahora mismo me están matando. Creo que el aceite de rosas no ha funcionado. Siento como si me hubiera inyectado puro odio. Me imagino un momento telefoneando a Rebecca.

—Hola, soy Mickey —digo en voz alta—. Fred no te ama. Me ama a mí. No bien acabo de decirlo, suelto un gran suspiro. ¿Cómo puedo pensar tal cosa? ¿Qué

clase de persona sería si cediera a ese impulso? Rebecca no ha hecho nada malo. La culpa no es suya, sino de Fred.

Yo podría tomar cartas en el asunto, por supuesto. Podría, si tuviera narices, separarlos, presentarme en la iglesia y ser quien adujera exactamente la causa y el impedimento por los cuales no deberían de ningún modo unirse en matrimonio, pero ¿qué probaría eso? Yo no sería la chica con la que Fred se escapó, sino la persona que les agitó la fiesta a todos. Sé que soy injusta porque, a ojos de todos los demás, Fred no ha hecho nada malo, pero aun así lo desprecio por tomar el camino fácil. Ha pasado tantos años pisando con cautela que se ha convertido en un verdadero experto, pero yo diría que es un modelo ejemplar de cómo se supone que hemos de comportarnos. Debería aplaudir su madurez, no denunciarla. Fred no dejará plantada a Rebecca, eso seguro. ¿Por qué iba a hacerlo? Se ha adaptado a su nueva identidad como Wilson y se ha forjado una vida de éxito en torno a ese otro yo. ¿Es honrado por mi parte esperar que él quiera cambiar su vida en consideración a un pasado compartido, o por el hecho de que yo lo haya querido todo este tiempo?

Además, lo único que le he ofrecido es un mar de dudas. Incluso cuando estábamos a punto de desmandarnos, incluso cuando lo tenía a unos centímetros de mí, me eché atrás y no quise poner en peligro mi propia seguridad. Si no actué entonces, ¿por qué iba a hacerlo Fred ahora?

Pero pensar en nuestra situación como una adulta no soluciona nada. El motivo de que esté tan inquieta es que ver de nuevo a Fred me ha recordado una cosa; yo era una chica que no tenía miedo de pasar a la acción, y ahora, en la bañera, tiritando pese a que el agua está

caliente, siento vergüenza cuando me comparo con la persona que fui antaño. Salgo de la bañera, me pongo unos vaqueros viejos e inicio la búsqueda del secador. Lo encuentro en el cuarto de Joe y me siento en su cama. Debajo del edredón noto un bulto y meto la mano: es la tortuga de juguete de Joe. Hace unos cuantos años que la tiene. Le retuerzo las orejas y presiono la cabeza tratando de encontrar el punto duro que, cuando lo aprietas, activa una voz electrónica.

—Pide un deseo —dice la tortuga, y yo sonrío.

—Pues verás, tortuga. Desearía ser joven otra vez. —Alzo la vista, me veo reflejada en el pequeño espejo de Joe y noto cómo me suben las lágrimas mientras me decido a expresar lo que estoy pensando—. Y desearía.. —empiezo con voz ronca, mirándome desgredada y ojerosa—, desearía..

Despierto muy temprano y no consigo volver a dormir. Me quedo en la cama con una extraña sensación de calma. Es sábado, hoy se casa Fred. Toda la semana he tenido miedo de derrumbarme, pero en realidad me encuentro bien. Fred ha tomado su decisión. Por los motivos que sea, reapareció en mi vida y se ha marchado otra vez, y tengo que aprovechar de ello lo que pueda.

Miro a ver si Lisa está en casa y luego decido hacer un viaje rápido al mercado de flores para comprar material. Estaré de vuelta antes de que Joe o Lisa se hayan levantado y será

mejor que quedarme sentada en la cama esperando a que empiece el día. Por si acaso, le dejo una nota a Joe.

Me encanta conducir por Londres antes de que amanezca. Es estupendo circular por las calles sin tráfico. Mientras voy por Ladbroke Grove y dejo atrás Holland Park hacia Shepherd's Bush, aparte de algún camión de la basura o de reparto de leche, apenas hay nadie. Las farolas flanquean la

calle como si estuvieran ahí para facilitar mi ruta, y, como de costumbre, juego a superar mi récord de catorce semáforos verdes seguidos.

Casi lo consigo, pero al llegar a Earl's Court el semáforo número trece se pone rojo. Bajo la ventanilla para aspirar aire fresco. Un hombre está descargando cajas de un camión de panadería y me llega un aroma a pan recién hecho.

Me gusta la sensación de encontrar a gente haciendo cosas a esta hora del día. Delante de mí, el rótulo de neón de una farmacia abierta las veinticuatro horas va girando mientras, en la acera de enfrente, el hombre del quiosco está ordenando las primeras ediciones de los periódicos. Hace un gesto de desaprobación al ver a un par de chicos cruzar la calle. Llevan sudaderas y parecen desorientados y ateridos de frío, como si salieran de una discoteca. Uno de ellos le pasa el brazo por los hombros al otro y siguen caminando. Al otro lado, tras las ventanas oscuras de un pub, los logotipos iluminados de los fabricantes de cerveza relucen desde los surtidores, y un vagabundo se asoma a la ventana.

Sigo hasta Embankment mientras el cielo empieza a clarear y veo cada vez con más nitidez las copas oscuras de los árboles en Battersea Park. Las luces del Albert Bridge parpadean y una gabarra toca su sirena al pasar por debajo del puente, sobre la lisa extensión del río.

Tuerzo a la derecha para entrar en el nuevo mercado de Covent Garden, dejando atrás la perrera de Battersea. Cruzo las barreras y continúo hasta el aparcamiento. El sábado es un día tranquilo en el mercado de flores. Suelo venir los lunes, y a las tres de la madrugada hay un ajetreo tremendo, pero los sábados es mucho más relajado, me gusta tener espacio y tiempo suficientes para charlar con algunos mayoristas. Aparco en mi sitio habitual y veo a unos camioneros tomar café en vasos de plástico. Estiro el brazo hasta el asiento de atrás. Dentro del mercado siempre hace frío, la temperatura

adecuada para mantener frescas las flores, y me pongo la chaqueta acolchada que siempre tengo a punto cuando vengo de visita.

Apenas hay movimiento en el aparcamiento aparte de alguna furgoneta, y parece que fueran las doce de la noche. Pero cuando camino hacia el enorme almacén y cruzo las puertas automáticas, todo cambia.

La iluminación está retocada para que parezca que es de día. Está lleno de puestos y gente, y por los altavoces suena una música alegre que apenas se oye con el bullicio general. Como acostumbro, me detengo para que mi

olfato se habitúe al olor de un millón de flores. Noto que se me levanta el ánimo al contemplar la muralla de color. Siempre me asombra que todos esos hermosos capullos puedan llegar aquí desde todos los rincones del planeta. Hay mayoristas que traen género de Holanda, Colombia, Israel, Italia y África. Además de las obligadas rosas, los crisantemos y geranios de todas las formas y colores imaginables, hay también esas flores raras y exóticas que tanto me gustan de Asia y las Antillas, y cada vez que vengo, encuentro algo nuevo.

Las unidades que rodean la enorme sala principal están reservadas para los vendedores de artículos varios. Voy hasta el puesto de Miranda, donde cintas, cestas, flores secas y de seda, espuma floral y alambres se apretujan de tal modo que es casi un milagro que Miranda tenga sitio para ella. La encuentro detrás de una colección de animales hechos de musgo seco. Los grandes hoteles suelen comprarle ese género para arreglos florales de lo más exótico, y tengo que pasar bajo un camello enorme para llegar hasta ella. Charlamos un rato mientras mete un gran bloque de oasis en una bolsa. Por suerte, accede a dármele a crédito. Saludo a Hillary, mi proveedora de lirios. Está rodeada de cajas repletas de blancas flores de tallo largo. Se ven tan perfectas y aterciopeladas que me entran ganas de acariciarlas. En el puesto de Hargreaves, Harry está rodeado hasta las rodillas de peonías y rosas de todos los tonos. Es muy buena persona, y lleva toda la vida en el negocio. Sonríe al verme.

—Vaya, Mickey —dice con su acento del East End y su eterna sonrisa—. Estás muy guapa esta mañana.

—Hola, Harry —saludo, haciendo un gesto con la mano para desdeñar su innmerecido piropo—. ¿Ocupado?

—No —responde—. De momento está todo muy tranquilo. Ojo, no digo que me moleste tener un respiro.

Harry empieza a medianoche y a veces no cierra hasta las doce del día siguiente. No solemos tener ocasión de hablar.

—¿Qué te pongo?

—Hoy nada, creo. Estoy sin un céntimo. Sólo miraba, la verdad.

—¿Has visto a Jimmy esta mañana? —pregunta de repente, como si acabara de acordarse de algo.

—No. ¿Por qué lo dices?

—Te estaba buscando.

—¿A mí? —pregunto, un tanto alarmada. Jimmy es uno de los directores del mercado. Normalmente arreglo mis pagos con él, y noto que me pongo colorada al comprender que mi crédito debe de haberse agotado.

—Ha dicho que tenía un mensaje para ti.

Al instante dejo a un lado mis preocupaciones monetarias y pienso en Joe. Mi teléfono móvil parpadea, así que debe de haberme llamado, aunque no se me ocurre qué puede pasar. Le doy las gracias a Harry y corro hacia las escaleras que llevan al entresuelo, donde están las oficinas. Me tropiezo con Vince, uno de los porteros.

—Jimmy anda buscándote.

—Sí, lo sé. ¿Lo has visto?

—Creo que está ahí arriba —dice señalando hacia las ventanas del despacho.

—¿Sabes de qué se trata?

—Creo que ha llamado alguien —responde, y mi corazón empieza a acelerarse. Doy con Jimmy junto a la puerta. Aún no tiene cuarenta años y está completamente calvo. Sostiene una bandeja con plantas y he de esperar a que se desembarace de ellas.

—Por fin apareces. Espera. —Busca en el bolsillo de sus vaqueros—. Tengo algo para ti.

—Saca un papelito y lo lee—. Un tipo.. ha llamado hará cosa de media hora. Fred no sé qué

más.. —¿Fred? —repito, notando que el corazón se me sube a la garganta—. ¿Qué te ha dicho?

—Que era importante. Y que te dijera que fueras a buscarlo —contesta Jimmy pasándome el papel. Lo cojo y miro la letra.

—¿A buscarlo y ya está? ¿No ha dicho dónde o a qué hora?

—Ha dicho que si tú querías, ya sabrías dónde.

Me quedo mirándolo mientras pienso a toda velocidad.

—¿Seguro que no hay más?

—El teléfono se oía mal, creo que llamaba desde un móvil, pero eso es lo que ha dicho: «Si ella quiere, ya sabrá dónde.» Eso es todo.

—Ah.

—¿Qué pasa, es un agente secreto o algo? —pregunta Jimmy.

—Más o menos.

—Siento no poder ayudarte —dice encogiéndose de hombros.

—Tranquilo. Muchas gracias —murmuro, apretando el papel.

La mañana es soleada cuando llego a Rushton. No voy a casa de mis padres, sino que aparco la furgoneta junto a la iglesia y apago el motor. Estoy muy nerviosa. Fred no aparecerá, estoy siguiendo una estúpida corazonada. Sin embargo, tiemblo de emoción, una emoción que no puedo definir, mientras apoyo los brazos en el volante e inspiro hondo. He llamado a Joe desde el mercado para ver si podía aclararme el mensaje de Fred, pero su respuesta ha sido tan vaga como la de Jimmy.

—¿Has hablado tú con Fred? —le he preguntado despacio, tratando de disimular mi agitación.

—Sí. —Bostezo—. He visto tu nota y le he dicho que estabas en el mercado de flores.

—¿No ha dicho nada más?

—No. ¿Ocurre algo?

—No lo sé, cariño. Dile a Lisa que abra ella la tienda, ¿de acuerdo? Tengo que hacer una cosa. —¿El qué?

—Todavía no lo sé —he respondido con toda sinceridad.

Y sigo sin saberlo. Salgo de la furgo y miro alrededor. No hay un alma y reina un silencio absoluto a excepción de los trinos de unos gorriónes en los sauces. El cielo está de un azul pálido y diáfano.

Camino hacia la verja de la iglesia. He estado devanándome los sesos, intentando adivinar dónde estaría Fred, y el único lugar que se me ha ocurrido es donde nos besamos por primera vez.

Los recuerdos se agolpan en mi cabeza como fotogramas de una película. En medio del silencio puedo oír nuestros gritos cuando hacíamos carreras de palos bajo el puente, los crujidos de nuestras gastadas casetes mientras fingíamos tocar la guitarra, el tintineo de canciones infantiles en la furgoneta de los helados.. Paso el dedo por la madera vieja de la

verja, sintiendo en su aspereza los largos días de verano que pasamos aquí y que parecían no terminar nunca.

Me apoyo de espaldas en la valla y busco con la mirada el coche de Fred, pero la calzada permanece desierta. Los minutos pasan y noto que lágrimas de decepción se agolpan en mi pecho. Fred no va a venir. O bien he llegado tarde o quizá me he equivocado de lugar. En la era de la comunicación, hemos tenido un nuevo desencuentro. Me muerdo los labios, sintiéndome totalmente perdida.

Entonces oigo el largo sonido de una bocina de coche. Proviene de la parte del puente. Echo a correr hasta perder el resuello. Al acercarme al

puede, me paro en seco. Fred está

sentado en el pretil al lado de su coche, mirando hacia mí. Durante un momento me sorprende lo mayor que parece. ¿Dónde se ha ido el tiempo? ¿Cómo ha dejado de ser un niño tan deprisa?

Llego al puente y me detengo a unos metros de él. Cuando se pone en pie, toda la madurez que he visto en él desaparece. En cambio, por el modo de inclinar la cabeza veo que es un niño, el niño que espera a que yo tome la iniciativa sin advertir que era él quien siempre me daba fuerzas a mí.

—Confiaba en que vendrías. —Parece cansado, pero aun así sus ojos brillan cuando me mira. —¿Qué ocurre? —digo, tratando de leer en su cara —. ¿Es que no te casas?

Niega con la cabeza y deja caer los hombros mientras pasa la punta de un pie por los guijarros de la calzada.

—No. Ya no.

Me quedo mirándolo y me doy cuenta de la enormidad de lo que acaba de decir.

—Entonces. .

—Se terminó. Quiero decir, Rebecca.. Se ha. . terminado.

Abro mucho los ojos y quiero estirar el brazo y tocarlo.

—¿Ha sido duro? —pregunto.

Asiente con la cabeza y guardamos silencio.

Oigo el canto de los pájaros y el río que borbotea debajo de nosotros mientras nos miramos. Es como si fuéramos pequeños otra vez y estuviéramos tomando posesión del mundo, haciendo pactos y guardando secretos que sólo nos pertenecen a nosotros. De repente la vida se me antoja increíblemente preciosa y al mismo tiempo increíblemente breve. El futuro que me había parecido tan trivial e inevitable rebosa ahora de infinitas posibilidades, y sonrío de tal forma que las mejillas me duelen.

Damos el último paso el uno hacia el otro, tan sólo separados por unos centímetros. Hay muchas preguntas pendientes, pero no importa: la respuesta a todas ellas es «sí».

—Parece que me has salvado —digo.

—Te lo debía —responde Fred, tendiéndome sus manos.

Las tomo en las mías mirando cómo nuestros dedos se entrelazan, y sé que, cueste lo que cueste, ya no voy a soltarlo.

* * *





RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

JOSIE LLOYD & EMLYN REES

JOSIE LLOYD se crió en Essex y vive en Londres. Estudió Literatura y Arte Dramático en el Goldsmith College.y en 1998 publicó su primera novela, *It could be you* (Podrías ser tú).

EMLYN REES nació en Gales y también vive en Londres. Su primera novela, *The book of dead authors* (El libro de los autores muertos), se publicó en 1997.

Emlyn y Josie se conocieron casualmente en una agencia literaria, cuando ambos soñaban con ser escritores. Empezaron a salir, se hicieron amigos y, en una noche de juerga, tuvieron la feliz idea de escribir *Finalmente juntos*. El libro saltó de inmediato a los primeros puestos de las listas del Reino Unido, convirtiéndose en el éxito más inesperado del año. También la versión española, publicada en 1999, conquistó enseguida la atención de los jóvenes lectores. Pero el resultado de esta obra a cuatro manos no sólo fue una de las novelas preferidas por el público, sino que también marcó el principio de una historia de amor que ha convertido a los dos autores en una feliz pareja. A raíz de su propia boda, Emlyn y Josie decidieron escribir una nueva novela, *Juntos otra vez* (2000), y el éxito volvió a sonreírles, consolidando la carrera de esta singular pareja.

EL CHICO DE AL LADO

Han pasado quince años y el encuentro casual, nada menos que en una juguetería, los deja un tanto descolocados. Fred es ahora ejecutivo de marketing en una moderna empresa de internet y está a punto de casarse. Por su parte, Mickey ha abierto una floristería, empeñada en empezar una nueva vida en la ciudad, y se ha instalado con su hijo de nueve años en un modesto apartamento. El reencuentro les trae, inevitablemente, recuerdos de su infancia y juventud, aquellos maravillosos años en el pueblo cuando, además de vivir en casas vecinas, eran amigos inseparables, bueno, algo

más que amigos. Claro que todo eso es cosa del pasado, y el pasado es historia, ¿verdad? Pues sí, siempre hay que mirar al futuro.

Y sin embargo, ¿por qué Mickey se pregunta si Fred conservará algo de aquel chico maravilloso, y por qué Fred empieza a plantearse ideas raras sobre su inminente proyecto de vida?

Dicen que donde hubo fuego, rescoldos quedan, aunque también es cierto que las cosas nunca son tan sencillas como nos gustaría. Dicen que el primer amor nunca se olvida...

* * *

© Josie Lloyd & Emlyn Rees, 2001

Título original: *The Boy Next Door*

Traducción: Luis Murillo Fort

© Ediciones Salamandra, 2006

ISBN: 84-9838-068-5

Depósito legal: B-44.644-2006

OceanofPDF.com